USA TODAY BESTSELLING AUTORA

VANESSA VALE

fiona y el encargo más sucio



FIONA Y EL ENCARGO MÁS SUCIO

VANESSA VALE



Derechos de Autor © 2025 por Vanessa Vale

Vanessa Vale® es una Marca Registrada de Bridger Media.

Este trabajo es pura ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora y usados con fines ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o muertas, empresas y compañías, eventos o lugares es total coincidencia.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro deberá ser reproducido de ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y retiro de información sin el consentimiento de la autora, a excepción del uso de citas breves en una revisión del libro.

Diseño de la Portada: Bridger Media

Imagen de la Portada: Phia Cooch

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Sin título
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59

Capítulo 60
Capítulo 61

Contenido extra
¡Recibe un libro gratis!
Todos los libros de Vanessa Vale en español
Acerca de la autora

Un mediador con fama de chico malo y una detective deslumbrante pueden trabajar juntos desde lados opuestos de la ley… o eso dicen.

Soy un mediador agotado que necesita un descanso. Cuando me piden que cuide a un gato en Coal Springs, acepto sin dudarlo: unos días aburridos suenan perfectos.

Excepto que el descanso es un espejismo, y el aburrimiento no tiene cabida. O al menos no cuando entro a la tienda de conveniencia y me encuentro con una mujer imparable, adicta a la cafeína y con una determinación feroz, capaz de darle baja a un ladrón armado por sí sola.
Ahora tengo una nueva obsesión: *ella*. Y cuando descubro que es agente del FBI, no puedo evitar soltar una carcajada. Yo rompo las reglas y ella las hace cumplir.

Por lo que sé, su presencia aquí podría estar limitada a investigarme a mí y a mi amigo sicario, y aunque debería mantenerme al margen, no puedo. Es audaz, descarada y me saca de mis casillas. Está sembrando el caos por toda la ciudad, poniendo en peligro su seguridad… y mi cordura.

Creí conocer mi mayor amenaza. No es un pueblo lleno de mujeres indomables encantadas de que, por ahora, dirija una librería de romance. Tampoco son los misteriosos dueños de la tienda de encurtidos. Es Fiona. Y no estoy seguro de que alguno de los dos salga con vida de Coal Springs.

¿Puede el villano enamorarse de la heroína y… vivir para contarlo?

1



DAX

—¿Quieres que haga qué? —Incliné la cabeza hacia un lado para sostener el teléfono mientras usaba los dientes para rasgar la cinta adhesiva.

A mis pies, un cadáver yacía en el suelo. Ya lo había enrollado en una lona, agradeciendo que el tipo hubiera muerto por una sobredosis y no por un disparo, lo que habría significado un desastre sangriento. Dos largas tiras ya mantenían los lados del plástico cerrados hasta la cintura del hombre. Cada vez se parecía más a un burrito.

—Que cuides al gato —dijo Jack.

Yo tenía un montón de conocidos por toda la ciudad. Por todo el mundo, en realidad. Pero Jack era mi… ¿Cómo lo dicen las mujeres? ¿Mi otra costilla? Siendo yo un mediador y él un sicario retirado, la descripción era bastante acertada.

Me puse de pie, apoyé una mano en la parte baja de mi espalda e hice una mueca. Mis músculos estaban terriblemente tensos.

—Creí que estaban ya de camino a Hawái.

—Así es. Pero el cuidador de gatos se echó para atrás.

—Solo déjale un poco de comida y agua.

No tenía tiempo para esto. Maldita sea, no tenía tiempo para casi nada. Era como un conserje de hotel. Me encargaba de los problemas cuando los ricos no querían ensuciarse las manos y me pagaban una fortuna por hacerlo. Como ahora, cuando el cuñado de

mi cliente se pasó de fiesta y terminó muerto en una suite de hotel. Desnudo. Bueno, desnudo excepto por unas bragas de mujer.

Sí, yo era ese tipo de mediador.

—No sabía que se echaría atrás hasta después de que nos fuimos. Además, estamos hablando de Panqueque —dijo Jack.

Debió escuchar el crujido de la lona mientras volvía a mi tarea, porque preguntó:

—¿Sacando la basura?

El hecho de que reconociera el sonido incluso a través del teléfono decía mucho. Tenía tanta experiencia envolviendo cuerpos como yo. Mi padre había sido un sicario/mediador y nos enseñó todo lo que sabía. Luego tomamos el relevo cuando decidió retirarse y mudarse a Florida. Desde entonces, el negocio había ido viento en popa.

Especialmente esta semana.

Solté un suspiro.

—Sí. Parece que todos los días hay recolección de basura. Ya tengo una bolsa en el maletero lista para llevar al vertedero.

Lo que significaba que este era el segundo cadáver que tenía que sacar de un aprieto y hacer desaparecer hoy.

—Pensé que tenías ese trabajo en Miami.

—Regresé ayer por la mañana.

El clima había sido increíble, pero tuve que escoltar de vuelta a Denver a una veinteañera que, de alguna manera, se perdió en la vida nocturna de South Beach en lugar de estar en su clase de Ciencias Políticas, donde sus padres querían que estuviera. De algún modo, había conseguido millones de seguidores en redes sociales enseñando a otros cómo maquillarse. Afortunadamente, después de rastrearla, cargarla sobre mi hombro y subirnos a un vuelo privado, todo lo que hizo fue grabar tomas de relleno y acomodar sus pestañas postizas.

Después de eso, recuperé un Lamborghini vintage del exmarido de una mujer que se negaba a devolverlo tras el divorcio. No todos los trabajos involucraban cadáveres. Excepto que… después del embargo, un cliente llamó. Había estado de fiesta con un prostituto

que tomó demasiada cocaína, resbaló, se golpeó la cabeza contra una mesa de centro y murió por traumatismo craneal.

Ese era el cuerpo que estaba en el maletero de mi coche. Luego estaba el tipo que acababa de envolver en una lona.

¿La lección del día? No consumas drogas.

Fui a buscar el carrito de equipaje que había subido conmigo desde el vestíbulo del hotel.

—¿Tienes miedo de que Panqueque haga una fiesta salvaje y destroce la casa con todos sus nuevos amigos gatos? —No pude evitar sonreír.

Aunque Jack había rescatado al gato callejero detrás de un contenedor de basura donde había disparado a alguien, el gato realmente disfrutaba de su nueva vida de lujo.

—El verdadero animal de las fiestas —coincidió Jack, con un tono cargado de sarcasmo—. Tiene comida suficiente para aguantar las próximas veinticuatro horas. Procura que eso no pase.

Para ser un sicario reformado, era un completo blando con su gato. Yo también lo era, o al menos no quería que el pobre animal se muriera de hambre.

Solíamos trabajar juntos. Nos ayudábamos mutuamente, lo que nos facilitaba la vida ya que nuestras habilidades se complementaban. También era divertido. Ahora tenía una chica: Hannah. Se sentó junto a ella en el avión desde Las Vegas y fue amor a primera vista. Fue tan descabellado como suena. Se obsesionó con ella de una forma casi acosadora y logró que ella también se enamorara de él. Incluso se mudó a Coal Springs, un pueblo tranquilo y pintoresco en las montañas donde lo más emocionante que ocurría en todo el año era cuando los niños de la escuela bautizaban las máquinas quitanieves con nombres como Escavazaurio Rex y Juan Nieve.

Solté una carcajada mientras alineaba el carrito junto al cuerpo envuelto en plástico.

—¿Te has escuchado últimamente? Hace seis meses trabajabas para la mafia y ahora… ¿Te preocupa que tu gato se sienta solo? ¿Dónde te has dejado los cojones?

—Están de camino a Hawái conmigo, listos para pasar dos semanas de acción con mi chica. ¿Y los tuyos qué harán?

—Mis cojones y yo estamos perfectamente bien —murmuré. No tuve a una mujer en mi vida por más de una noche. Me resultaba demasiado complicado. Las relaciones y yo no compaginábamos, pero la idea de ir a los trópicos para un maratón de sexo sonaba tentadora. No podía usar mi trabajo de mediador como excusa para no tener a alguien. De algún modo, Hannah quería a Jack, a pesar de que su número de asesinatos se acercaba al marcador de algunos en una partida de bolos.

Aun así, yo había visto lo que era el amor verdadero entre mis padres antes de que mi madre muriera atropellada por un borracho. Presencié cada segundo de lo que vino después con mi padre, cómo literalmente se convirtió en un justiciero para obtener venganza cuando la policía no pudo. No iba a arriesgar mi corazón de esa manera. La gente se iba.

«La gente muere», pensé, mirando un maldito cadáver.

Tomé la bolsa para esquís que había traído, la lancé al suelo de madera y la abrí. Sí, justo del tamaño adecuado. Aunque era octubre y no había nieve, nadie en Denver se extrañaría al verme empujar una bolsa para esquís en un carrito de equipaje por el estacionamiento del hotel. Había considerado usar una bolsa de golf, pero estaba demasiado cansado para partir al tipo en dos. Además, eso sería un desastre.

—Si estás lo suficientemente desesperado como para pedirme que cuide a Panqueque, ¿por qué no le pides el favor a tus futuros suegros?

Jack y Hannah aún no estaban comprometidos, pero tarde o temprano lo estarían.

Escuché su desagrado a través de la llamada cuando dijo:

—Porque si lo hago, cuando regresemos Panqueque estará disecado y exhibido sobre la chimenea.

Puse el teléfono en altavoz y lo dejé sobre el carrito mientras empezaba a acomodar el cuerpo envuelto en lona dentro de la bolsa para esquís, riéndome mientras lo hacía.

El padre de Hannah era taxidermista, y la casa de los Highcliff era la peor pesadilla de cualquier vegano. Había una cabeza de vaca colgada en la pared del comedor y una ardilla espeluznante en el baño de visitas, solo por mencionar dos de las docenas de animales atropellados que había disecado y distribuido por toda la casa. Solo había estado ahí una vez, y había sido suficiente.

—Cierto. ¿Y Brittany? —Ella era la mejor amiga de Hannah.

—En una convención de dentistas en Albuquerque.

Estaba de pie sobre un cadáver, así que no tenía mucho margen para pensar en ello, pero la idea de pasar la vida limpiando dientes me parecía bastante guarra. Claro, cada uno con su profesión.

—En Coal Springs no hay acción —dije mientras me agachaba y cerraba la bolsa—. Dos semanas ahí serían una pesadilla.

Jack había dejado atrás su vida como sicario y se mudó de Denver a Coal Springs hace dos meses. Aunque nuestros roles eran distintos, trabajamos juntos con frecuencia. Salíamos. Hacíamos cosas. Luego él se estableció en las montañas con Hannah. Yo estaba ocupado hasta el cuello, pero aburrido de la rutina de desaparecer cuerpos. También estaba un poco solo. Las otras personas que me acompañaban hoy en el coche estaban muertas en el maletero.

Sin Jack, ya no era tan divertido.

El sonido del teléfono indicó otra llamada. Me giré, lo tomé del carrito y miré la pantalla.

Max Pinter.

—Lo siento. Pídeselo al hijo del vecino —le dije a Jack—. Estoy demasiado ocupado con toda la basura como para subir a alimentarlo.

—Necesitas un descanso.

Solté un suspiro. Definitivamente lo necesitaba

—No puedes darte el lujo de cometer errores —añadió. Y tenía razón. Descuidarse significaba acabar atrapado y yo era demasiado bueno para eso, pero no podía evitar preguntarme si estaba demasiado cansado. Disperso.

—Aloha, bla, bla, bla —le dije a Jack antes de deslizar la pantalla hacia la otra llamada—. Max, ¿qué puedo hacer por ti hoy?

—Puedes arreglar la cagada que hiciste con mi hijo —soltó de golpe.

Me incorporé, crují el cuello hacia la izquierda, luego hacia la derecha, antes de alzar la vista al techo abovedado de la suite. Estaba acostumbrado a clientes furiosos y resentidos. No eran más que tipos malos que usaban su dinero, poder o ausencia total de principios y conciencia para su beneficio. Hoy, sin embargo, estaba cansado, de mal humor y aún tenía que deshacerme de dos cadáveres.

—¿Qué pasa con Jason? Los cargos fueron retirados y cualquier rastro de su vínculo con la red de prostitución desapareció. Tal y como lo pidieron.

—¡Está en rehabilitación! —La forma en que lo gritó hizo que pareciera que había entregado a su hijo a un grupo de circo para ser disparado de un cañón.

Me rasqué la cabeza.

—Así es.

—Tiene trabajo. Trabaja para mí. La rehabilitación no es una opción.

Sabía perfectamente cuál era el trabajo de Jason para su padre, un traficante de drogas. Con veintidós años, el chico consumía tanto producto como el que debía vender a los otros universitarios de su fraternidad y al grupo de jugadores de fútbol. El fin de semana pasado, se pasó de cocaína y terminó metido en toda clase de estupideces, incluyendo una redada en un lugar turbio que explotaba mujeres drogadas por cortesía del suministro inagotable de su padre.

Debería haber pasado al menos quince años en prisión, pero gracias a mis conexiones, limpié el expediente para que saliera limpio. Excepto que unos días en la cárcel fueron suficientes para que Jason prácticamente se cagara de miedo.

Quería librarse de la sombra de su padre y yo le di una oportunidad. Lo arreglé todo para que fuera a rehabilitación y pusiera su vida en orden.

Recuerda: nada de drogas.

—Es mejor que pasar años encerrado —le recordé, mientras caminaba por la suite buscando cualquier cosa que perteneciera al cadáver. Por suerte, había sido bastante ordenado antes de meterse el chute que le hizo explotar el corazón. Una vez que sacara el carrito de la habitación luciría como cualquier otra: vacía y lista para que entrara el servicio de limpieza. —No puede trabajar para ti si está tras las rejas.

Max se rio.

—Claramente nunca has estado en prisión ni sabes cuántas drogas circulan ahí dentro.

—¿Querías que cumpliera condena? —Tal vez había malinterpretado lo que Max esperaba de mí. Maldición, intenté hacer lo correcto y ahora pasa esto.

—El tiempo en prisión es mejor que la rehabilitación. Ahora no me sirve de nada porque también tiene cinco años de libertad condicional. No puedo tener a la policía mirando en mi dirección.

Así es.

Arreglé las cosas para que Jason tuviera la oportunidad de enderezar su vida y librarse del control de su padre. También lo arreglé para Max, aunque quizá no de la manera que él quería.

—Saca a mi hijo de rehabilitación.

Si algo no soportaba es que alguien me dijera que hice mal mi trabajo. Yo siempre lo hacía bien, por eso era el mejor. Por eso estaba jodidamente ocupado. Pero, sobre todo, no me gustaba que me dijeran qué hacer.

—Escucha, Max. Me pagaste para que resolviera el problema y lo hice. Nuestro negocio ha terminado.

Colgué antes de que pudiera soltar otra palabra más.

Estos cabrones pensaban que me tenían bajo control, pero olvidaban que el poder lo tenía yo. Yo conocía todos los trapos sucios. Sabía dónde estaban los cadáveres. Literalmente. Podía destruirlos, y lo sabían.

Estaba bastante seguro de que Max no volvería a contratarme para otro trabajo —no era una pérdida para mí— y que tampoco montaría un escándalo, porque sabía que yo podía devolverle el golpe.

Cerré los ojos y suspiré.

—Mierda.

Jack tenía razón. Necesitaba un descanso.

Lo llamé de vuelta.

—¿Sí? —Se escuchaban los sonidos del aeropuerto de fondo: gente conversando y alguien anunciando que las filas doce a veinte podían abordar.

—Subiré a alimentar al gato. Tengo algunos encargos que atender mientras estás fuera, pero un poco de la vida aburrida de pueblo me vendría bien.

2



FIONA

TENER una audición perfecta tenía sus ventajas, pero escuchar a mi jefe hacerle una paja a uno de los chicos de informática en su oficina no era una de ellas. Eran las nueve y media de la mañana. Ojalá hubiera cerrado la puerta con llave.

Intenté concentrarme en la lista que tenía en la pantalla, los nombres que había estado recopilando desde que regresé de mi licencia médica, pero Dan Trotter, jefe de división, estaba llamando papi al que le decía que había sido malo y que debía acariciarlo más fuerte. Me balanceé en la silla, luego miré al techo, respirando hondo como un instructor de Lamaze para no vomitar.

Bebí un sorbo de mi café deseando que fuera algo más fuerte e intenté volver a enfocarme, pero me era imposible ignorarlo. Cuando alardeaba de mi capacidad auditiva, me refería a una como la de un murciélago, porque la oficina de Trotter estaba al otro lado del edificio y aun así podía oírlo todo. Todo.

Había querido estar en el FBI desde que era niña. Después de la muerte de mi madre, me enfoqué en mis estudios más que en salir de fiesta. Ya tenía siete años como agente encubierto, y no era solo disparar y escuchar el martillo del juez golpear al final de un juicio. No. También había politiquería de oficina y un sinfín de estupideces.

Jonathan Neidermeyer golpeó con los nudillos el marco de mi puerta y asomó la cabeza en mi oficina.

—¿Lista para la reunión? —preguntó.

Levanté la vista del escritorio.

—Sí.

Mi compañero tenía treinta y siete años y una calvicie en la parte trasera de la cabeza que lo hacía parecer un monje medieval. Siempre llevaba alguna mancha en la camisa. Estaba divorciado. Salía con una mujer que conoció en la inauguración de un autolavado. También era un imbécil, pero eso no iba a cambiar el hecho de que, si hacía algo de ejercicio y dejaba la comida rápida, al mirar hacia abajo volvería a ver la verga en lugar de su barriga. No es como si fuera precisamente grande. Su verga, no su barriga. No podía serlo.

—Bien —murmuró. Levantó la taza de café que sostenía y dio un sorbo. Como provenía de la máquina del área de descanso que preparaba un café tan denso que podría sellar un techo, no me molestó que no me trajera uno. —Trotter quiere una actualización del caso. Espero que estés preparada.

Su bigote se arqueó con una sonrisa furtiva.

¿Yo? ¿Preparada? Por supuesto que lo estaba. Siempre lo estaba y este era mi caso. Llevado con precisión y con una pila de pruebas sólidas tras seis meses de investigación. Los archivos impresos estaban perfectamente ordenados sobre mi escritorio, con pestañas de colores que marcaban evidencias, declaraciones, órdenes de registro y notas de entrevistas.

Neidermeyer solo estaba en este caso conmigo porque unos meses atrás había tomado una licencia médica por una semana. Ni siquiera un tumor cerebral me había alejado del trabajo más tiempo que eso y, definitivamente, él no había esperado mi regreso tan pronto. Sospechaba que ni siquiera imaginaba que volvería en absoluto, pero mi trabajo era prácticamente mi vida, el recordatorio de que efectivamente lo estaba.

—Siempre —le respondí, dando una palmada a la pila de carpetas meticulosamente organizadas, las mismas que había actualizado esta mañana cuando llegué treinta minutos antes. Él sabía que tendría todo listo, porque ser organizada y estar preparada era mi naturaleza, la suya era hacer que yo hiciera todo el trabajo y luego llevarse el crédito.

Todo en él me irritaba. Era un holgazán, se saltaba el desodorante y no seguía las reglas. De hecho, apenas trabajaba.

Este trabajo era importante para mí. Encerrar criminales era importante para mí. Éramos una pésima combinación, probablemente porque yo me preocupaba demasiado y él parecía no preocuparse en absoluto.

Seguramente deseaba que me saliera otro tumor cerebral. Yo deseaba que sus implantes capilares se infectaran.

—Vamos.

—Voy detrás de ti —le dije.

Dejé pasar un par de minutos porque lo último que quería era entrar y encontrarme con Trotter y el *papi* de informática antes de que terminaran. Por suerte, Neidermeyer había logrado distraerme y me esforcé mucho por no volver a concentrarme y averiguarlo.

Soltó un gruñido, probablemente porque la hebilla del cinturón se le clavaba y le obstruía el flujo intestinal, y se alejó por el pasillo.

Volví a centrarme en la pantalla del ordenador y en mi pequeño proyecto paralelo, ajeno al trabajo: La lista que había estado elaborando desde que recibí la carta del centro de radiación informándome que la máquina había tenido un fallo de mantenimiento durante el período en que recibí mi tratamiento.

Había podido usar las bases de datos del FBI para armar una lista de otros pacientes que habían recibido radiación entre el primero y el siete de mayo. Tener acceso a estos registros tenía sus ventajas. Aunque no podía abrir expedientes médicos por las leyes de privacidad, al menos había logrado obtener los nombres de quienes tuvieron citas en ese período.

Había una mujer en particular con la que quería reunirme. Era la única otra persona en ese lapso que también había recibido radiación con bisturí de rayos gamma y no un tratamiento para cualquier otra cosa como el cáncer. ¿Qué por qué quería hacerlo? Porque si ahora mi audición era como la de la Mujer Biónica, probablemente la de Hannah Highcliff también lo fuera. Necesitaba saber que no estaba sola con este nuevo talento secreto. Me hacía sentir aún más aislada de lo habitual. No era algo que pudiera

contarles a mis compañeros de trabajo. Me enviarían a licencia psiquiátrica, lo cual era peor que un tumor cerebral.

Durante los últimos tres meses, había intentado entrenarme para filtrar el bombardeo constante de sonidos. En un edificio de oficinas lleno, podía escuchar todas las llamadas telefónicas, el tecleo en los teclados, los inodoros descargándose, el café preparándose, las fotocopiadoras funcionando. Incluso podía escuchar las conversaciones en otros pisos.

Al principio, me causaba horribles dolores de cabeza, pero había aprendido a ignorar la mayoría de los ruidos. Sin embargo, cada vez que mencionaban mi nombre en un radio de dos pisos, afinaba la concentración de inmediato, sobre todo cuando mi jefe y Neidermeyer discutían sobre mi caso. Como ahora.

—Whitaker no necesita saber nada sobre plantar el arma —dijo Trotter.

Me quedé inmóvil, fijando la vista en la foto enmarcada del Monumento a Washington en el pasillo, escuchando a mi jefe y a mi compañero hablar de mí.

—Ella sigue demasiado al pie de la letra el reglamento —dijo Neidermeyer. —Apuesto a que organiza el armario por colores.

¿Acaso no lo hacía todo el mundo?

—Necesito cerrar más casos —añadió Trotter.

Me enderecé. Eché los hombros hacia atrás y pasé las manos por la parte delantera de mis pantalones negros de traje, aunque estaban impecables.

Me estaban esperando y yo podría espiar mientras caminaba.

—El director me está presionando —continuó Trotter.

Resoplé. Trotter no era un vendedor de autos con una cuota mensual.

—El caso de Whitaker es sólido como de costumbre, pero está tardando demasiado en construirse —dijo Neidermeyer, lo más parecido a un cumplido que podía esperar de él—. Es demasiado rígida, demasiado correcta.

Olvídalo.

—Plantar un arma conseguirá el arresto para la próxima semana. ¿Crees que debería ir en la guantera o en el bolso del gimnasio del

tipo?

Plantar evidencia también podría hacer que todas las pruebas legales y sólidas que había reunido fueran descartadas. Conmigo incluida. Porque sería a mí a quien culparían cuando todo saliera a la luz.

Seguro estaban por decir que no me funcionaba bien la cabeza.

—Bien. Encárgate de ello. Y en la guantera —ordenó Trotter.

Le sonreí a otro agente mientras cruzaba el pasillo. Tuve que frenar y hacer algo de charla porque su esposa había tenido un bebé la semana pasada. Debido a eso, perdí parte de los planes ilegales de mi jefe y mi compañero.

—Hazme saber cuando tengas más información. Mientras tanto, ocúpate de plantar el arma.

—Sí, señor. ¿Vio el final del partido de los Rockies? Remolcada forzada.

Se pusieron a divagar sobre el béisbol mientras yo avanzaba hacia la oficina. Eran unos completos imbéciles. Ahora mi trabajo era una mierda y, a menos que solicitara un traslado, estaba atrapada bajo el mando de Trotter y atrapada con Neidermeyer, quienes podrían hundirme por completo perdiendo mi placa y mi reputación en el campo. Me dejarían fuera.

Era una buena agente con un historial impecable. Demonios, incluso era la infame agente que había logrado derribar a su propio padre. Nadie más podía decir eso. Pero estaba claro por lo que había escuchado que mi carrera aquí tenía los días contados. Neidermeyer quería deshacerse de mí. Trotter tenía sus propios planes y no le importaba a quién se llevara por delante.

Yo era la agente que había tenido un tumor cerebral. Sería tan fácil culpar al tumor de cualquier irregularidad en mi trabajo. Usarlo para sacarme del juego y arruinar mi carrera. Ni siquiera podría conseguir trabajo como guardia de seguridad en un centro comercial.

—¿Dónde diablos está Whitaker? —dijo Trotter, claramente cansado de hablar de deportes.

—Aquí mismo —dije, golpeando la puerta antes de empujarla y entrar, con cuidado de no tocar el pomo ni nada más después de su

reciente sesión de negocios personales con su mano derecha. Sujetaba los archivos del caso firmemente contra mi pecho

Neidermeyer estaba acomodado en una de las sillas de oficina, con un despliegue de piernas digno de un emperador. Trotter estaba de pie detrás de su escritorio, con las manos en las caderas. Manos que, sinceramente, me preguntaba si había lavado después de…

—Bien. ¿Qué tienes sobre el caso?

Los observé. Eran más turbios que una sombrilla en la playa. Yo estaba en caída libre. Solo era cuestión de tiempo.

Respiré hondo y le di un resumen rápido de lo más reciente.

Trotter asintió con la lentitud de un muñeco bobblehead mientras yo relataba las últimas intervenciones telefónicas.

—Está avanzando despacio, y tu idea de plantar un arma definitivamente aceleraría las cosas.

Sí, dije eso.

Neidermeyer se enderezó como si le hubieran dado una descarga eléctrica. Empezó a balbucear.

—¿De qué cojones estás hablando? —preguntó Trotter, con los ojos desorbitados.

Me encogí de hombros.

—Yo diría que el bolso del gimnasio es la mejor opción para plantar algo. Más fácil de acceder.

Ambos me miraron, perplejos. La mirada diminuta de Neidermeyer se afiló. No pasé por alto el sudor acumulándose en su labio superior.

—¿De dónde sacas eso?

Me encogí de hombros.

—Deberían planear las cosas con un poco más de discreción.

—¿Ahora la Señorita Perfecta se dedica a espiar tras las puertas? —preguntó Neidermeyer.

—Así que realmente van a plantar un arma.

—No dije eso.

Asentí.

—Sí, lo hiciste. Además, lo acabas de insinuar también.

—¿Cuánto tiempo estuviste ahí afuera?

—No estuve. Pregunten a Rogers. Me entretuve hablando con él en la zona de descanso. Tiene una bebé recién nacida. Se llama Emma. Espero que ustedes dos hayan firmado la tarjeta que está circulando

Los ojos de Trotter se movieron de un lado a otro, buscando otra posibilidad.

—¿Has puesto un micrófono en mi oficina?

Llevé un dedo a mi barbilla. No había considerado esa posibilidad, pero ¡vaya! Esto era divertido. Me encantaba ver a esos dos ponerse nerviosos. Y tenían motivos para estarlo.

—Deberías llamar a los de informática y pedir que hagan una revisión. Tal vez a Brian.

El rostro de Trotter pasó del color de la avena al tono rosa chicle de la habitación de una niña de ocho años. Luego, su mirada se afiló y se volvió gélida.

—Neidermeyer, fuera —dijo, sin apartar los ojos de mí.

Por un momento, Neidermeyer pareció sorprendido de que lo echaran a él. Se puso de pie, salió arrastrando los pies y me fulminó con una mirada asesina. Como si me importara. Tenía la misma relevancia que un Santa Claus desaliñado en un centro comercial la semana después de Navidad.

—Cierra la puerta al salir —ordenó Trotter. Luego, repitió una vez que estuvimos solos—: ¿Pusiste un micrófono aquí?

Lo miré con los ojos bien abiertos, como si la idea fuera ridícula, cuando en realidad lo era.

—¿Yo? Trabajo para el FBI. ¿Para qué voy a espiar la oficina de mi jefe?

—Tú sabes…

—¿Cómo hacer mi trabajo? ¿Que has intentado joderme desde que llegaste? He estado en esta oficina mucho más tiempo que tú.

—Tienes un complejo de superioridad.

Eso ya lo había oído. Mandona era otra. Ni siquiera iba a entrar en la política de género, pero apestaba.

—No voy a caer por la evidencia ilegal que tú y Neidermeyer quieren plantar en mi caso.

—No todo tiene que hacerse siguiendo el reglamento. A veces basta con un apretón de manos.

—Creo que te refieres a una paja—repliqué.

Una vena le latió en la sien.

—Estás despedida.

Negué con la cabeza. Crecí con un padre despiadado. Aprendí desde muy temprano a tener la piel gruesa. Que los gritos eran algo soportable. También aprendí a defenderme. Él mismo me enseñó eso, me lo grabó a golpes. Lo que no esperaba era que un día me enfrentara a él. Me llevó años, pero lo hice, y ahora pasaría el resto de su vida recordándolo.

Así que, si pude lidiar con Vincent Genovese, Trotter era pan comido. No me intimidaba en absoluto.

—No, no lo estoy —repliqué—. Si lo intentas, tendrás un problema con recursos humanos y sería yo contra ti. Tengo las de ganar.

—Soy tu superior —dijo, balbuceando—. No van a escuchar a una mujer como…

Levanté una mano.

—¿Tu esposa sabe que tienes un fetiche de *papi*?

Sus labios se cerraron de golpe.

—Esto es lo que vas a hacer, Dan. Me sacas del caso. Pones a Neidermeyer como líder.

Di un paso hacia su escritorio y dejé caer mi grueso expediente sobre la superficie.

Se quedó en silencio por un momento, tal vez sin saber qué decir. Su mirada osciló entre el archivo y yo varias veces.

—Has peleado duro para sacarlo del caso. ¿Por qué te rindes ahora?

Lo miré como si fuera un niño.

—No me estoy rindiendo. Solo estoy dejando que Neidermeyer caiga en lugar de mí.

—Nosotros no…

—Sí, lo están haciendo.

Tragó saliva con visibilidad.

—¿Por qué querría hundirlo?

Conté los motivos con los dedos.

—Porque es un idiota. Un mal agente. Tiene un historial terrible. Nadie dudaría que hiciera algo sucio como plantar evidencia. Probablemente ya lo hizo. —Dejé que la idea se asentara, porque seguramente era cierto y Trotter ya lo sabía—. ¿Quieres a alguien que cargue con la culpa para que cumplas con tu cuota? No seré yo. No con todo lo que sé.

Ahora su expresión se volvió cautelosa cuando preguntó:

—¿Eso es todo?

—Voy a tomar una licencia médica indefinida.

No lo había considerado hasta este momento, pero necesitaba largarme de aquí. Lo más lejos posible de estos dos y su desastre. No tenía amigos en este edificio. Aunque algunos colaboraron para enviarme un arreglo floral cuando estuve en el hospital, hasta ahí llegó la amabilidad. Ese descanso me daría el tiempo libre que necesitaba para conocer a Hannah Highcliff.

—¿Quieres una licencia no remunerada?

Negué con la cabeza.

—Ni loco. Mi pago completo. —Así como él había tenido a *Papi* Brian hace un rato, yo tenía a mi jefe agarrado por las pelotas—. Me la darás porque estoy segura de que vas a hacer un barrido en esta oficina buscando micrófonos y no vas a encontrar nada. Siempre te preguntarás cómo sé sobre ti, sobre Neidermeyer y sobre el arma plantada. Sobre tú y Brian el de informática.

Me crucé de brazos, asegurándome de no tocar nada, y arqueé una ceja.

—¿Entonces? —No tenía más que decir, pero él no necesitaba saberlo. Respiraba con dificultad. Si las miradas mataran, yo ya estaría muerta. Había enfrentado recientemente la muerte, así que esto no era nada—. Es momento de un traslado, Trotter —añadí.

—Que te hayas largado cuando vuelva. Te doy, qué sé yo, dos o tres meses.

No tenía idea de qué iba a hacer con tanto tiempo libre, pero no quería estar aquí. Necesitaba quedar fuera del caso que estaba a punto de irse al infierno. Neidermeyer iba a caer, y no iba a permitir que su cuerpo obeso me arrastrara con él.

Trotter se quedó en silencio. Evaluando. Era un imbécil, pero no un idiota.

—Bien.

—Ah, y tengo grabado el acuerdo que acabamos de hacer. —No era cierto, pero él no lo sabía.

Se quedó rojo de rabia.

—Perra. Ojalá tu tumor cerebral regrese.

Me reí.

—¿Eso es todo lo que tienes?

Caminé hacia la puerta, la abrí, anotando mentalmente que necesitaría un poco de gel antibacterial.

—Ah, Trotter. —Frunció los labios en una línea invisible, claramente odiando su existencia en este momento—. Lávate las manos.

3



FIONA

—¿De paso o vas a Coal Springs?

Unas horas más tarde, estaba en la parte trasera de una tienda de conveniencia con un aire retro, atendida por un dueño excesivamente amigable que se presentó como Pops.

Setentón. Overol de mezclilla. Pelo gris ralo, pero unas patillas impresionantes. Tenía una sonrisa amplia, como si, a pesar de dirigir un negocio donde todos los clientes eran desconocidos, nunca hubiera conocido a uno. Incluyéndome a mí, al parecer. Como si al conocerme me adoptara de inmediato como una nieta honoraria desesperada por cafeína. No sabía cómo se sentía tener abuelos, pero suponía que su actitud amigable y curiosidad entrometida eran parte del paquete.

Para mis adentros suspiré, pero en mi exterior le devolví una sonrisa. Este hombre tenía acceso a una de mis mayores alegrías en la vida: el café. Así que cuanto más rápido respondiera sus preguntas, más rápido conseguiría mi dosis.

Después del enfrentamiento con Trotter —incluyendo la supervisión mientras llenaba el formulario de mi licencia médica— me senté frente al ordenador mientras esperaba la aprobación de recursos humanos y encontré una cabaña de alquiler en Coal Springs.

Trotter, sin duda, aceleró el papeleo porque en menos de una hora estaba fuera de la oficina. Fui a mi departamento, hice la

maleta y salí a la carretera sin siquiera tomarme el tiempo de llevarme un café para el camino. No me estaba dando mucho espacio para pensar en lo que había hecho, o había salvado mi carrera o la había destrozado. Estaba improvisando, algo impropio de mí. Yo era metódica. Lógica. Organizada. Algunos me llamaban maniática. Obsesiva. Incluso despiadada, pero eran los mismos que pensaban que había ascendido en el FBI solo para meter a mi propio padre en prisión. Y lo había conseguido.

Últimamente mi vida lucía como un completo desastre. Como un vertedero en llamas. Un tumor cerebral. Un jefe y un socio turbios. Un oído supersónico. Más café ayudaría. Pensé que este tiempo libre sería la solución, pero nunca lo había tomado antes. Tenía un montón de vacaciones acumuladas que nunca había usado, el trabajo era mi vida. O al menos lo había sido. Ahora, con suerte, lo sería una taza de café.

Encontré la cafetera casi vacía y se lo hice notar a Pops, quien se dispuso a preparar una nueva tanda mientras yo esperaba.

—Coal Springs —dije, apoyando la cadera contra la encimera mientras observaba. Sí, una cafetera de verdad, no una enorme urna industrial que, con solo presionar un botón, escupía oro negro en un vaso de papel.

—¿De vacaciones?

—Así es.

¿Se podía llamar vacaciones a un permiso médico pagado sin un problema médico real?

—¿Con la familia?

No a menos de que mi viejo padre decidiera unirse con su uniforme naranja, esposado y escoltado por guardias armados.

—No.

—¿Con el novio?

¿Novio? Ni pensarlo. Ninguno de los hombres con los que había salido tenía el valor suficiente para lidiar con una mujer que trabajaba para el FBI y se dedicaba a atrapar criminales. O quizás era solo yo. La respuesta podía ir en cualquier dirección, pero no importaba. No confiaba lo suficiente en nadie como para dejarlo

entrar en mi vida. ¿Sexo? Eso sí, aunque había pasado mucho desde la última vez. ¿Una relación? No tenía idea de cómo estar en una.

—Nop.

Sus ojos grises tenían ese brillo que ves cuando visitas la perrera local y miras a todos los adorables perros que esperan ser adoptados.

—Tienes que estar quedando con alguien, ¿no?

—Espero conocer a alguien —respondí, sabiendo que él esperaba una respuesta.

Mi objetivo ahora era encontrar a Hannah Highcliff.

—No me digas que te estás quedando sola en un hotel.

Negué con la cabeza.

—No. Me estoy quedando en una casa en Candy Cane Lane. ¿Todas las calles tienen nombres así?

No solía decirle a la gente dónde me hospedaba, pero Pops no representaba una amenaza. ¿Y Candy Cane Lane? En serio. Había oído hablar de Coal Springs y me preguntaba si sería tan peculiar y animado como decían.

Chasqueó la lengua mientras vertía agua en la parte trasera de la cafetera.

—Sí, así son todas. Una chica guapa como tú, ¿sola? No me gusta ni un poco. Tienes que venir a cenar. Sé que mi esposa, Marge, estaría encantada de recibirte. Mañana hace su famoso estofado. Dijiste que esperabas conocer a alguien. Tenemos un nieto al que podrías conocer, él…

Levanté la mano, deteniendo su intento de hacer de casamentero.

—No es ese tipo de encuentro. Pops, la invitación a cenar es un gesto muy bonito. Por favor, dale las gracias a Marge de mi parte, pero soy vegetariana.

Se detuvo a medio camino mientras echaba los granos de café en el filtro.

Mi cerebro golpeaba la mesa con los puños, repitiendo una y otra vez: café, café, café.

—¿No comes carne?

Su expresión era la misma que si le hubiera confesado que acababa de llegar del espacio y venía a llevármelo conmigo, sin el estofado.

Negué con la cabeza. Por suerte, esa revelación hizo que olvidara sus planes de buscarme pareja.

Sonrió y me guiñó un ojo.

—Eres la invitada perfecta entonces. No tendré que compartir el estofado —dijo en voz baja—. No le digas a Marge que me has oído ser tan egoísta.

No pude evitar sonreír. Marge debía ser una excelente cocinera.

—Ni una palabra.

Asintió, luego colocó la jarra de vidrio en la cafetera y presionó el botón de inicio.

—Listo. Una tanda recién hecha. Solo espera unos minutos para que se termine de colar y estarás lista para seguir.

—Gracias, Pops.

Me dio una palmadita en el hombro con una sonrisa de abuelo entrañable y volvió al frente, detrás del mostrador.

Mientras la cafetera se llenaba rápidamente, me quedé quieta y dejé que el ruido me invadiera. Empecé a escuchar todo a mi alrededor. Sonó el teléfono y Pops respondió. Era Marge. Le pedía que trajera un galón de leche y una selección de helados del congelador porque los nietos iban a tener una pijamada.

Junto a la pared de bebidas refrigeradas, dos chicos —que habían entrado mientras Pops y yo charlábamos— discutían acaloradamente sobre refresco de cereza versus vainilla. Afuera, a juzgar por el chillido estridente, un auto necesitaba urgentemente una nueva correa de dirección.

Tan pronto como la cafetera terminó su trabajo, vertí ansiosa un poco en un vaso para llevar y suspiré. El murmullo constante me agotaba. Me tomé un segundo, cerré los ojos y me concentré en apagar el ruido de nuevo. Había perfeccionado bastante la técnica, pero…

—¿Vas a compartir?

La voz, grave y profunda, llegó desde mi izquierda. Me sobresaltó, haciéndome brincar y provocando que el café salpicara

dentro de la jarra que aún sostenía.

Giré la cabeza de golpe, y ahí estaba un hombre. Justo ahí.

¿Cómo diablos había logrado acercarse sin que lo notara, si ahora podía escuchar hasta el pedo de un perro a una cuadra de distancia? Trabajaba en seguridad pública, y estar consciente de mi entorno era algo que tenía grabado en la piel.

Al igual que evaluar a un posible sospechoso.

Hombre, obviamente. Guapísimo. Treinta y pocos. Un metro ochenta y ocho. Llevaba traje, la corbata floja y el primer botón desabrochado. Con la complexión de un corredor. No, más bien de un jugador de lacrosse rico y arrogante. Excepto que sus nudillos y manos eran ásperas, como si hubieran visto demasiadas peleas. Sus ojos, azules y penetrantes, estaban clavados en mí, consumiéndome por completo.

Mis ovarios estallaron, lanzando una lluvia de confeti como invitación a que me embarazara. Cielos. Tan intenso como si estuviera parada sobre un cable de alta tensión.

Parecía estar haciéndome el mismo escaneo, analizando cada detalle de mí, aunque, con suerte, sin notar que mis pezones se habían endurecido al instante ni que mi ropa interior estaba en llamas. ¿Ese escrutinio visual significaba que también trabajaba en seguridad? Ni de riesgos. Exudaba peligro.

Si estaba en el lado equivocado de la ley, le iba bastante bien. El traje era a medida, demasiado caro para alguien con salario de policía. Lo mismo con su corte de pelo: corto en los lados, más largo arriba, con un desvanecido impecable. Seguramente estaba hecho en un sitio donde los afeitados incluían toallas calientes. Excepto que él nunca se hacía uno de esos, tenía una barba incipiente demasiado atractiva para eso.

Definitivamente, no era de aquí. En las montañas, el único traje que usaban los hombres era un traje para la nieve.

—Lo siento —dije, tragando con fuerza.

No estaba segura de qué exactamente me disculpaba. ¿Por retener el café como rehén? ¿Por mirarlo fijamente? Porque solo con verlo me daban ganas de babear. Vale, quizás estaba realmente babeando. Había pasado un buen tiempo sin hombres, pero este…

este tenía el poder de convertir la ropa interior de cualquier mujer consciente en el mismísimo infierno. Definitivamente, eran los ojos. ¿Por qué mierdas los hombres tenían pestañas naturalmente largas o pómulos marcados? ¿Desde cuándo me atraían las mandíbulas cuadradas? Desde siempre. ¿O los labios carnosos? Labios que recorrerían el interior de mi muslo y sentiría el roce de esa barba de unos días. Un cuerpo que…

—Dame el dinero de la caja registradora. —Mis pensamientos muy poco aptos para una situación pública sobre el tipo arrolladoramente intenso frente a mí se interrumpieron con una voz tensa desde el otro lado de la tienda. El hombre hablaba bajo, como si no quisiera que nadie en el lugar supiera lo que estaba pasando. Aun así, lo escuché claramente. Por supuesto que lo hice. Diablos—. Sin hacer ruido, tendré que dispararles a todos aquí —añadió el tipo, lo que significaba que tenía un arma.

Suspiré.

¿Esto de verdad estaba pasando? ¿Por qué? ¿Por qué ahora? ¿Por qué siempre me tocaba lo peor? ¿Un robo a mano armada? Por supuesto que tenía que detenerlo. No podía quedarme aquí, hipnotizada por el hombre atractivo, mientras alguien rompía la ley.

El tipo atractivo movió la mano frente a mi cara, de un lado a otro.

—¿Estás bien?

Lo ignoré. Tampoco me giré. Conocía la distribución de la tienda. La entrada principal estaba justo detrás de mí y tres filas de snacks y comida me separaban de la puerta. Los baños al fondo, a la derecha, y la caja a unos seis metros a mi izquierda.

Elevé la vista hacia el espejo alto en la pared, el que le permitía a Pops vigilar a la gente en los pasillos lejanos. Gente como yo y Mr. Traje. También significaba que podía ver la caja desde aquí. Lo suficiente como para captar una imagen ligeramente distorsionada de un tipo vistiendo una camiseta holgada y jeans apuntando con un arma a Pops.

Por suerte, la discusión sobre refrescos seguía en una esquina. No tenían idea de lo que estaba pasando. Tampoco Mr. Traje, junto a mí.

—Eh… ¿puedo coger un poco? —preguntó, refiriéndose a la cafetera que aún sostenía.

El hecho de que le gustara el café solo lo hacía más perfecto. Lástima que el deber me llamaba. Deslicé la mirada del espejo hacia él. Maldición, era alto. Lo suficientemente alto como para ser visto y disparado. Sería una verdadera pena que le pasara algo a un hombre tan jodidamente atractivo.

—Quédate aquí y… —Apoyé mi mano libre en su hombro y lo empujé—. Agáchate.

4



DAX

¿AGÁCHATE? ¿Qué cojones?

Miré hacia donde ella había estado mirando. Solté un suspiro y puse los ojos en blanco. Maldita sea.

En el espejo de seguridad vi a un tipo con un arma en el mostrador. ¿Cómo lo había notado antes que yo? Se supone que mi trabajo es lidiar con esta mierda. Debería estar al tanto de mi entorno. Claro. Me había quedado mirándola como si fuera lo más jodidamente hermoso que había visto en mi vida. Toda la sangre del cerebro se me había ido a la verga. Culpen a mi instinto.

Ya había lidiado con suficiente mierda por hoy y una mujer como ella era un buen distractor. Aún tenía dos cuerpos en el maletero de los que debía deshacerme. Tal vez necesitaba una siesta, aunque prefería estar despierto en una cama con ella y… A ver, ¿que me agache?

¿Por qué me decía eso? Porque la sexy mujer se dirigía hacia el frente de la tienda, hacia el tipo con el arma, en esos jeans que no dejaban nada a la imaginación. Por un segundo, pareció estar completamente fuera de sí. Temí que estuviera sufriendo un derrame o algo así. ¿Cómo supo que tenía que mirar al espejo de seguridad para ver lo que ocurría? Y lo más extraño, ¿por qué iba directo hacia allá?

Ella.

Una mujer deslumbrante con una jarra de café. Debería haber un calendario de eso. Mujeres atractivas sosteniendo café. Maldición. Necesitaba una mano. Y un polvo. Con ella. Justo como me gustaba el café: intenso y sofocante. Y con leche. Oh, se la daría toda.

Hace diez minutos, decidí hacer una parada rápida para café en una de las salidas de la autopista. Necesitaba recargar mi cuerpo con cafeína, no el coche. Coal Springs aún estaba a unos kilómetros, pero primero tenía que desviarme, encontrar un acantilado empinado y deshacerme de los cuerpos antes de instalarme en la tranquila vida de cuidar gatos. Los barrancos montañosos eran perfectos para que alguien desapareciera sin dejar rastro. Los animales salvajes y la nieve que pronto llegaría en estas elevaciones harían el resto del trabajo.

En lugar de una dosis de cafeína, la encontré a ella. Observaba el café con la misma intensidad con la que yo quería que me mirara a mí. Como si lo necesitara para sobrevivir. Como si fuera lo mejor que le había pasado en la vida. Como si lo ansiara.

Cuando la vi por primera vez me quedé paralizado junto a las donas glaseadas, como si me hubieran electrocutado. No pude hacer otra cosa más que mirarla. Pelo rubio. Cuerpo exuberante. Curvas que parecían no terminar nunca. Nariz perfilada. Mentón firme. Tenía un aire serio, como si cargara el peso del mundo sobre los hombros. O como si una taza de café fuera la clave de su supervivencia. El momento en que cerró los ojos por un instante me hizo preguntarme si tenía dolor de cabeza, o si le rezaba a la cafetera como yo quería hacerlo.

Nunca había tenido un tipo de mujer en particular. Siempre había sido un amante sin preferencias. Al menos, hasta ahora.

Era mi tipo.

Con jeans, una camiseta y una sudadera con capucha abierta, se integraba bien en la vida de montaña. Pero su pelo era jodidamente perfecto, incluso recogido en una cola de caballo. Llevaba maquillaje; desde aquí podía ver el brillo rosado en sus labios, lo que me hizo imaginar cómo se verían envueltos sobre mi verga.

No era exigente, aunque me había fijado en sus bonitas uñas pintadas cuando miré la jarra de café que sostenía con sus manos

femeninas. Como si no le gustara ensuciárselas. A mí me daba igual, porque era yo el de las manos sucias. Jodidamente sucias. Cubiertas de años de sangre. Yo no había matado a los dos tipos que había en el maletero, pero el hecho de que hubiera cadáveres en el maletero lo demostraba.

Yo arreglaba las cosas. Cuidaba de la gente. Me encargaba de lo difícil para que una mujer pudiera estar guapa, sonreír y gritar mi nombre cuando me la follaba duro. Hace unos meses, me reí de Jack cuando se enamoró perdidamente de Hannah después de sentarse a su lado en un vuelo desde Las Vegas. Se había vuelto un idiota por ella. Empezó a acosarla. A mirarla fijamente. A saltar en trampolines, aunque eso fue mucho más divertido de lo que esperaba.

Ahora entendía por qué había hecho lo que había hecho, porque me estaba pasando a mí. Con solo mirarla la deseaba y ni siquiera sabía su nombre. Quería respirar su aroma. Tirar de su coleta y borrar el brillo de sus labios. Así que me acerqué al mostrador de café para que luego me dijera: agáchate. Quería escucharla decir eso otra vez, pero de una forma completamente diferente; que, en lugar de empujarme el hombro, me acercara la cabeza a su coño.

Agáchate. ¿Qué carajos? Yo era quien decía eso a la gente. Podría pedírselo a ella y encima que fuera de rodillas.

Mientras pensaba en todas las maneras posibles en las que me la podía follar, ella había llegado casi al frente. ¿Qué pensaba hacer? ¿Frustrar un robo con una cafetera en la mano? En lugar de obedecerle, la seguí. Por supuesto que lo haría, de ninguna manera permitiría que le dispararan. ¿Acaso era suicida? ¿Demente?

Llevé instintivamente la mano a mi espalda y palpé la pistola oculta en mi cinturón.

—¡Demonios! —dijo ella con una voz de rubia ingenua que no había usado conmigo—. Eso es una pistola.

Con un jadeo, levantó una mano porque con la otra sostenía la estúpida cafetera, con el líquido caliente tambaleándose cerca del borde. ¿Qué cojones estaba haciendo? Definitivamente tenía ganas de morir.

El hombre mayor detrás del mostrador forcejeaba nerviosamente con la caja registradora que probablemente le habían ordenado

vaciarla y solo nos dio un vistazo rápido antes de volver a su tarea. El chico con la pistola no tenía más de veintidós años. Llevaba una gorra de los Rockies bien calada sobre la cara. Su camiseta —con un enorme pepinillo que parecía un falo verde en el frente— colgaba mucho más abajo de su cintura y sus jeans eran al menos cinco tallas más grandes de lo que deberían ser.

Era lo suficientemente flaco como para someterlo. El problema era la pistola que sostenía. No, el verdadero problema era la pistola que ahora apuntaba a mi chica y me impedía derribarlo. El niño se había girado hacia ella en cuanto se acercó y el peligro pasó del dependiente a ella. Sí, a *mi chica*. ¿Por qué pensé eso? Ni puta idea, pero de inmediato me sentí el protector de esta mujer temeraria y desquiciada.

Ella, como si nada, metió la mano en su coleta y empezó a enroscar los mechones de la punta, como una animadora en una película de terror a punto de ser asesinada.

—Solo quería saber si había crema para el café, pero…

—¡No se mueva, señora!

¿Crema? ¿Qué mierda?

El dependiente dejó de contar el dinero y la miró. Yo la miré. El chico con la pistola la miró. Si no fuera por esa espantosa canción de Karen Carpenter de los 70 que nos torturaba desde los altavoces ocultos, diría que el tiempo se detuvo.

Comencé a acercarme con pasos firmes, listo para meterle una bala al desgraciado y acabar con esto de una vez. No quería sobresaltarlo y que, en su pánico, le disparara accidentalmente. Rodeé el expositor de artículos de aseo en tamaño viajero.

—¡No te muevas! —gritó de nuevo, esta vez hacia mí, con los ojos desorbitados. El sudor perlaba su frente. Estaba claro que esto lo superaba, que empezaba a entrar en pánico. Su mano temblaba al sostener la pistola. Tenía que ser su primer robo. Sacar dinero de la caja registradora de una tienda tan vieja y apartada no valía diez o quince años tras las rejas. Apostaría un riñón a que no había más de doscientos dólares en el cajón.

—Tranquilo —le dije, intentando desviar la atención del tipo armado lejos de la mujer—. No hay necesidad de dispararle a nadie.

Desvié la mirada hacia ella y, ¿qué hizo? PUSO LOS OJOS EN BLANCO. En plena situación de rehenes. Como si fuera yo el que la estuviera molestando. Yo. No el hombre con el arma apuntándole.

—¿Te importa? —dijo.

¿Que si me importaba? ¿Si me importaba que la mataran? Estaba fastidiada porque yo la interrumpía en su intento de ser asesinada.

—Mujer, eso es un arma. —Señalé con una mano libre al tipo. La otra la mantuve oculta tras mi espalda, lista para sacar mi propia arma.

Entrecerró los ojos y, si su mirada pudiera lanzar dagas, ahora mismo estaría lleno de agujeros.

—No me expliques con condescendencia esta situación — dijo.

—Si alguna vez hubo una situación que necesitara una explicación condescendiente, es esta —repliqué—. Eso es un arma. Tiene balas. Hace agujeros en la gente.

Mientras discutíamos, ella dio un paso adelante.

—No te preocupes, este tipo no va a dispararme —dijo. La voz chillona de rubia tonta había desaparecido. Ahora hablaba con una profundidad y firmeza que hicieron que el asaltante volviera a fijar su atención en ella.

El chico tenía las axilas empapadas de sudor. Si le tomaba la presión, probablemente estaba al borde de un infarto. Su juicio no iba a ser claro.

—¿Qué cojones estás haciendo? —pregunté, avanzando un poco más.

—No te metas —contraatacó, extendiendo una mano hacia mí en un gesto de alto—. No querrás mancharte el traje.

Resoplé.

—¿Qué no me meta? Déjame repetirlo, porque parece que a tu cabeza le faltan tornillos. Él tiene un arma.

Tenía tantas ganas de azotarla y follármela hasta que entendiera quién estaba al mando.

—Hazle caso al hombre. —El chico recuperó algo de valor, porque sonrió con suficiencia. Probablemente pensaba que estaba lidiando con una mujer con síndrome premenstrual, una que preferiría recibir un balazo antes que enfrentarse a su propio periodo en un par de

días. Tal vez tenía razón—. Como él dijo, tengo un arma. —La agitó de un lado a otro, dejando claro que no tenía ni idea de cómo usarla.

—No —respondió ella—. Podrá ser un bombón, pero los hombres son unos idiotas. Y ustedes dos son el ejemplo perfecto.

La sonrisa se desvaneció. Mierda. Le dio de lleno al oso. ¿De verdad tenía instintos suicidas? ¿Vino hasta las montañas para lanzarse por un acantilado y decidió que esta era una mejor manera de morir?

—¿Ah, sí? ¿Estás tan segura de que no voy a dispararte?

Ahora estaba crecido. Obviamente, no iba a dejar que una mujer le dijera lo que podía o no podía hacer. Conocía la sensación. A la mierda con lo de agacharse. Aunque, en el fondo, también quería saber la respuesta a esa pregunta.

—Sí, estoy segura, porque el seguro está puesto, idiota —le soltó, inclinando el mentón hacia su arma. Desde donde estaba, no podía ver si tenía razón o no.

Esto era casi pornográfico.

No es que fuera lo mío, pero ¿qué hombre no se ha encontrado alguna vez con algo así? Tenía mis propios gustos, pero nunca, jamás, había imaginado que ver a una mujer despachar a un ladrón armado pudiera ser uno de ellos. Porqué los siguientes segundos fueron como la mejor película porno que había visto en mi vida. Con un movimiento casual de muñeca, le lanzó el café caliente. El líquido oscuro se derramó sobre su rostro, su torso y el brazo que sostenía el arma.

Mientras él gritaba y llevaba las manos a su rostro abrasado —olvidándose por completo de disparar— ella avanzó con paso firme. Con una patada lateral bien colocada a la parte posterior de su rodilla, lo hizo tambalearse y se desplomó.

Maldición. Ya sentía la erección.

Otro golpe frontal, esta vez con el pie entre sus omóplatos, lo hizo caer de cara contra el linóleo desgastado. Con un rápido movimiento, barrió el arma con su zapatilla y la hizo deslizarse por el suelo hasta quedar bajo un expositor de patatas.

Como si todo lo anterior no hubiera sido suficiente, se apoyó con una rodilla en su espalda y sacó su propia arma del bolso cruzado, apuntándole directamente a la sien. No era de juguete. Era una Glock 19M.

—Ahora eres tú el que no se va a mover, maldicións. Y te aseguro que está desbloqueada.

Ni siquiera respiraba agitada. Ni un solo cabello fuera de lugar. Fresca como una lechuga. Y aún sostenía la maldita cafetera.

¡Qué locura! No había experimentado nada más ardiente en toda mi vida.

Cuando levantó la mirada del imbécil en el suelo, que seguía gritando por sus quemaduras, fijó los ojos en el dependiente y le dijo:

—Creo que necesitaremos otra cafetera, Pops.

Me ajusté la verga en los pantalones y enseguida lo supe.

De pie, junto a los paquetes surtidos de carne seca, supe que esta mujer era mía.

5



FIONA

HABÍA VIVIDO en Denver durante cinco años y conocía Coal Springs, pero nunca había tenido la oportunidad de visitarlo por trabajo. Había oído que era peculiar y divertido, además de tener una tasa de criminalidad inexistente. Como esos pueblos de película de Hallmark donde una mujer de ciudad regresa a casa y termina enamorándose de un granjero que vende árboles de Navidad o del alcalde. Un lugar bastante aburrido para la aplicación de la ley. Excepto que la tasa de criminalidad pareció dispararse justo cuando salí de la autopista.

En cuanto a lo de peculiar y divertido, definitivamente podía afirmar que era peculiar. Y claro que había sido divertido derribar a ese idiota. No pude evitar esbozar una sonrisa al recordarlo. ¿Quién robaba una tienda de comestibles con el seguro puesto? Ahora pasaría entre cinco y diez años preguntándose lo mismo.

Mientras conducía por la ciudad, observé las pancartas otoñales colgadas de cada farola a lo largo de la calle principal. Fardos de heno y calabazas adornaban los escaparates. También las casas, a medida que seguía las indicaciones del GPS y entraba en la zona residencial.

El pequeño lugar que había reservado antes estaba en una calle bordeada de árboles, brillante y acogedor, cubierto de una impecable capa de pintura blanca. En el pequeño porche delantero había una

mecedora, y bajo la reluciente puerta negra, una alfombrilla que, con toda formalidad, ponía: ¡Bienvenido!

Las hojas de los árboles que enmarcaban la casa eran de un amarillo intenso, y cuando bajé del coche, el aroma a leña encendida flotaba en el aire.

Fue como una experiencia de Norman Rockwell en 4D.

Pasé dos horas atrapada en la tienda de conveniencia mientras la patrulla estatal y los paramédicos lidiaban con el idiota —y ahora también quemado— del asaltante. Mostrar mi placa del FBI ayudó. Eso redujo bastante las preguntas, aunque igual hubo demasiadas. Que por qué estaba en la tienda. Que por qué había desenfundado mi arma. Que por qué derribé a un criminal armado estando de vacaciones. Que por qué no lo reporté en lugar de actuar. Que por qué, qué por qué, qué por qué.

La respuesta era simple: estaba infringiendo la ley. Pero no pensé que les gustaría una respuesta tan obvia, así que les dije que me había impedido tomar mi café. Que, por cierto, era cierto.

Pops también dio su versión de los hechos. Luego entrevistaron a los dos chicos de las sodas y los dejaron ir con sus refrescos de cereza y vainilla. Por suerte, se mantuvieron fuera del alcance del arma, no como Mr. Traje.

¿Qué cojones le pasaba a ese hombre?

Tuvo el descaro de interrumpirme justo cuando estaba lidiando con un idiota armado. Me habría encantado preguntarle sobre su estupidez, pero entre Pops llamando al 911, agarrando cuerdas elásticas de la sección de autos y asegurando al delincuente con ellas, Mr. Traje desapareció. Literalmente. Se marchó, salió caminando y se marchó en el auto lejos de allí. Vestido como estaba, tal vez tenía una gran reunión corporativa en Denver. O un funeral, quién sabe.

¿Por qué intervino? ¿Por qué, en medio de mi enfrentamiento con un delincuente, tuvo el descaro de preguntarme qué estaba haciendo? No era ciego. No parecía estúpido. Dios no se atrevería a hacerle solo atractivo.

Estaba jodidamente bueno, pero también se había interpuesto en mi camino. Me había subestimado. Odiaba a los hombres que me

obstaculizaban. Que asumían cosas sobre mí. Mi padre. Mi compañero. Mi jefe. Cada cita que había tenido en mi vida.

Vaya día de mierda.

Resoplé. No importaba. Mr. Traje se había largado. No necesitaba otra distracción. Además, pensaba que estaba loca por enfrentarme al tipo con el arma. Cualquier hombre en mi vida tendría que aceptar que podía cuidarme sola. Y cuidar a los que me rodeaban. Era mi trabajo.

Bueno, solía serlo. Ese trabajo del que estaba en una especie de licencia médica. ¿Quién sabía qué pasaría mientras estuviera fuera? ¿O si seguiría teniendo trabajo cuando regresara? Y hablando de regresar… ¿cuándo volvería? Gruñí internamente, preguntándome cuánto tiempo más iba a estar furiosa por esto. Probablemente para siempre.

Pero ahora iba a conocer a Hannah Highcliff. Esto sí que era lo que quería. Después de recibir aquella carta sobre la máquina de radiación averiada, me había obsesionado un poco. ¿Ella también había desarrollado alguna habilidad extraña tras el bisturí de rayos gamma? Me moría por confirmar que no estaba sola.

Aquí en Coal Springs, la vida era un descanso. No tenía que ir a trabajar. Podía dormir hasta tarde. Beber todo el café que quisiera. Nadie que me molestara o me fastidiara. Tenía un bombón archivado en mi banco de fantasías. Paz y…

—¡Buenas!

Me giré tan rápido que tuve que apoyar una mano en el auto para mantener el equilibrio.

Una mujer mayor me sonreía con una expresión digna de una reina de certamen. Intentaba saludar con la mejor de sus energías mientras cargaba un plato cubierto. Podía escuchar sus pasos, su respiración. Pero también oía a una ardilla en un árbol sobre mi cabeza. Un grupo de pájaros. Niños andando en bicicleta por la calle. Una pareja teniendo sexo en una de las casas cercanas. Un avión volando a treinta mil pies de altura.

Aún no dominaba la habilidad de filtrar lo que escuchaba. Probablemente debería reunirme con un grupo de madres para que me enseñaran su técnica.

La mujer tenía unos setenta años, pero se movía con agilidad. Su cabello gris estaba corto y bien peinado. Blusa rosa pálido. Jeans capri. Zapatillas blancas impecables.

—¡Tú debes ser Fiona! Soy Hildy Dotson, pero todos me llaman Dottie. Vivo en la calle de al lado, en Dreidel Drive. Bob Gaither supuso que te quedarías aquí y me envió para darte la bienvenida y traerte la cena. Es mi famoso arroz cremoso con brócoli, ya que eres vegetariana.

Parpadeé. Nunca había visto a esta mujer. Ni había oído hablar de Bob Gaither. ¿Cómo sabía que era vegetariana? No me gustaba que alguien tuviera ventaja sobre mí. Me ponía en una posición vulnerable, lo cual era peligroso, aunque Dottie no era precisamente una amenaza, excepto para mi cintura si me comía yo sola toda una cazuela de arroz cremoso, incluso si el brócoli lo hacía parecer más saludable.

No se detuvo hasta quedar justo frente a mí y extendió los brazos para entregarme la comida. No tuve más opción que aceptar la cazuela aún tibia. El aroma a queso y especias flotó en el aire, haciéndome agua la boca.

—Eh, gracias.

Sacudió la cabeza y me miró como si fuera una tímida adolescente relegada a la esquina de un baile escolar. Con algo parecido a… lástima.

—¿Nunca te han llevado comida antes?

Negué con la cabeza.

—Primera vez. Huele increíble. ¿Quién es Bob?

Se echó a reír.

—Ay, cariño, probablemente lo conozcas como Pops.

—Ah. Sí. —Sonreí, aliviada. Luego, sorprendida—. Las noticias corren como el viento. —En menos de una hora. ¿Acaso siempre tenía un plato caliente listo para entregar?

—Esto es Coal Springs. Por supuesto que pasa.

Miró la puerta trasera abierta de mi auto, donde estaba a punto de agarrar mi bolso.

—Oh, descuida. —Volvió a coger el plato—. Así podrás ocuparte de eso.

Parecía que era hora de entrar. No estaba acostumbrada a que mujeres maternales me prepararan comida. Ni a que me siguieran.

Desde que mi madre murió cuando tenía seis años, mi padre se volvió realmente cruel. Siempre había sido así, pero hasta entonces había tenido a alguien que me protegiera. Después, aprendí a esconderme para evitar sus golpes, además de construir muros para bloquear sus insultos. Muros realmente altos, para que nada de lo que dijera él, ni más tarde otras personas en la universidad, pudiera alcanzarme. Ni ellos mismos.

NO SIRVES PARA NADA. No llegarás a ninguna parte. Señorita Perfecta. Una esclava de las reglas. Estirada.

Para cuando mi maldito cerebro y mis oídos me permitieron oír todo con perfecta claridad, ya era inmune.

Estar sola era seguro.

Me cuidaba a mí misma.

Cuando era niña, me volví realmente buena en la escuela. Estudiar era mi escape. Era fácil. Como en las matemáticas, las respuestas estaban ahí, solo tenía que conocerlas. Así que me volví lista. En muchos sentidos. Cuanto más me lastimaba mi padre, más me concentraba en mi meta de hacer que pagara. Y lo hice. Vaya que lo hice.

Ahora, una mujer alegre con un plato cubierto me ponía en alerta. ¿Cuál era su intención? ¿Era solo un gesto de amabilidad o había algo más? No tenía idea, pero no parecía que fuera a irse pronto, así que agarré mi bolso, pasé la correa sobre mi hombro y avancé por el camino. Sí, me siguió.

—¿Cómo me relacionó Pops contigo? —le pregunté, ingresando el código de la cerradura que me habían dado al hacer la reserva y empujando la puerta de entrada.

Dottie entró como si nada y fue directo a la cocina, como si supiera exactamente dónde estaba. Dejé mi bolso sobre el sofá, que parecía increíblemente cómodo, tapizado en mezclilla.

—Después de lo que hiciste en su tienda —bastante atrevido, por cierto— llamó y dedujimos dónde te estabas quedando.

La casa era pequeña, y desde el centro de la sala de estar podía verla en la cocina.

El anuncio en línea ponía: un dormitorio, un baño, todo renovado y cerca de Main Street. Todo parecía preciso. Era realmente agradable.

—Nancy Siwarski tiene un alquiler, pero actualmente hay una familia en ese. Luego están los Swizzlers, que como siempre, pasarán el invierno en Florida, pero aún no se han ido y su sobrino viene a quedarse. Solo quedaba Candy Cane Lane, pero fue bastante fácil.

Deberían ser detectives.

No debería haberle dicho a Pops dónde me estaba quedando, ni siquiera de manera general. Dottie y su cazuela de arroz claramente no eran una amenaza, pero había dejado una puerta abierta para alguien que sí pudiera serlo. No había venido aquí para hacer amigos. Tal vez con Hannah sí, pero no nos veía haciéndonos manicuras juntas. Más bien, una conexión por nuestra habilidad sobrehumana para oír.

—Impresionante —le dije. Porque, bueno, lo era.

Ella agitó la mano en el aire, quitándole importancia.

—Pueblo pequeño. Aquí todos saben todo de todos. Háblame de ti.

Diablos.

Usaba aburridos trajes azul marino o negros todos los días. Corría. Me pintaba las uñas siempre con el mismo color. Mi cabello era rubio natural y nada emocionante. Sí, tenía una colección enorme de labiales y sales de baño como cualquier otra mujer, pero ¿por qué diablos le interesaría saber de mí? Así que pregunté.

—¿De mí?

—Por supuesto, de ti.

La miré con cautela. ¿Qué podía decirle sin hacer que huyera despavorida? ¿Que era agente del FBI? ¿Que había metido a mi propio padre en prisión federal? ¿Que tuve un tumor cerebral y que desde la radiación para eliminarlo, cosas extrañas comenzaron a sucederme? ¿O que estaba chantajeando a mi jefe para no perder

mi trabajo mientras él incriminaba a mi compañero por casos ilegales?

SIN TÍTULO



Con esos ojos de perritos parecía que le encantaría cualquier respuesta que le diera.

—Yo, eh…

—¿A qué te dedicas? —preguntó, notando que estaba demasiado abrumada para responder de inmediato.

—Soy agente del FBI.

No solía compartir eso con extraños por la clase de respuestas que podían venir a continuación.

¡Guay, podemos jugar con tus esposas! ¿Puedes hacer que desaparezca mi multa por exceso de velocidad? ¿Es como en CSI?

Dottie parecía genuinamente interesada, y si decía algo estúpido, podía echarla sin remordimientos. El chantaje me dio unos meses lejos de Trotter, pero también le dio tiempo para encontrar la manera de escabullirse de su desastre. Lo más probable era que, al final de todo esto, yo me quedara sin trabajo. No importaba que fuera buena en ello. Que cerrara todos mis casos. Que le diera a los fiscales pruebas suficientes para facilitarles el trabajo

¿Mi perdición? Era demasiado buena. Lo cual, para ser honesta, era jodidamente estúpido. Si Dottie se reía, podía dejar atrás su arroz con queso y largarse. Sus ojos brillaron y juntó las manos con evidente entusiasmo. No era lo que esperaba.

—¡Maldita sea! Eres una de esas súper agentes que va derribando villanos por donde quiera que va. Estoy impresionada. Me gusta pensar que, si tuviera cuarenta años menos, sería igual que tú. Vaya, tengo tantas preguntas. Me encantan los misterios. Serías la heroína perfecta.

Me quedé en la cocina, anclada al suelo como una papa echando raíces, atónita por su elogio. Para ocultar la calidez que me invadió —y la pequeña sonrisa que amenazaba con aparecer por su emoción — levanté un borde del papel aluminio y eché un vistazo debajo. Delicioso.

Dottie se dirigió al cajón junto al lavavajillas y, de alguna manera, supo exactamente dónde guardaban los cubiertos.

—Ten. —Me extendió un tenedor—. ¿Cuánto tiempo te quedarás en Coal Springs?

Me acerqué al mostrador y fijé la vista en el arroz. Su aroma me envolvió y me hizo agua la boca. No era muy buena cocinera. Bueno, en realidad no cocinaba nada. Mi desayuno solía ser un yogur y unas cuatro tazas de café. Almorzaba comida de restaurante, casi siempre en un envase de cartón sobre mi escritorio en el trabajo. Y la cena… lo que fuera que tuviera ganas de comprar.

Este plato me resultaba celestial.

—Vamos, cariño, las mujeres inteligentes no usan platos. Así no hay que lavar nada.

Tenía razón. Retiré por completo el aluminio y hundí el tenedor en aquel manjar.

—No lo sé, pero alquilé el lugar por un mes —respondí antes de llenarme la boca con una enorme porción de arroz. Maldición, estaba increíble.

Tras otro bocado más, cogí uno de los taburetes altos que estaban metidos bajo la pequeña isla central y me dejé caer, lista para una buena carga de carbohidratos.

—Bob dijo que estás de vacaciones y que esperas conocer a alguien.

Pops hablaba más de la cuenta. Levanté una mano y, con la boca aún llena de arroz, solté:

—No me interesa el nieto de Pops.

—¿Scott? —Dottie se encogió de hombros—. Es un buen chico, pero creo que le gusta la sobrina de Wanda Shoemaker. Tiene buen corazón, pero no es lo suficientemente hombre para ti. —Fruncí el ceño, sin estar del todo segura de si eso era un insulto o un cumplido—. Necesitas un hombre de verdad, alguien que pueda manejar a una mujer fuerte como tú.

Mi mente fue directo a Mr. Traje. Él sí que era lo suficientemente hombre para mí. En cuanto a si podía manejarme, tenía algunas ideas de cómo podía hacerlo. Pero no quería que nadie me manejara. Estaba harta de eso.

—No necesito un hombre en absoluto —repliqué. Y no lo necesitaba. Era más fácil decirlo que pensar en lo contrario.

Dottie extendió la mano y me dio una palmadita.

—Cariño, solo tienes que conocer al adecuado.

No estaba tan convencida, así que, para poner fin a la conversación, me metí otro gran bocado de arroz en la boca. Ella volvió al cajón, sacó otro tenedor y tomó su propio taburete. Se sentó y tomó un poco de arroz del otro lado del recipiente. Sus ojos se encontraron con los míos, y lo único que vi fue bondad.

Era abierta y amigable. Sabía que no era la única persona a la que le había ofrecido un plato cubierto, pero en ese momento me sentí valorada. Bienvenida. Apreciada tal como era.

—Está bueno, ¿verdad?

Tragué con dificultad. Luego sonreí.

—El mejor.

—El secreto está en la cobertura de galletas Ritz. La clave es añadir un toque de ajo en polvo a la mantequilla derretida.

Sí, definitivamente. Sospechaba que usaba su arroz con queso como herramienta de interrogación. Con un solo bocado cualquiera confesaría sus secretos.

Estaba funcionando conmigo.

—El señor Dotson está en el vivero comprando crisantemos. Va a tardar un rato, así que podemos disfrutar de una buena charla. —Después de otro bocado de arroz, una chispa curiosa iluminó sus ojos—. Ahora dime, ¿cómo fue atrapar a ese ladrón?

6



DAX

DEJÉ CAER mi bolso justo al cruzar la puerta principal de la casa de Jack y Hannah. Su nuevo hogar era lo que cualquiera llamaría acogedor. El exterior parecía sacado de una serie de los años 50, donde todo era perfecto. Desde las flores otoñales en los maceteros de las ventanas hasta la clásica cerca blanca. Era pequeño, pero cada rincón había sido modernizado. Ventanas nuevas, baños renovados, cocina impecable, techo reforzado y un sistema de seguridad de última generación que emitió un sonido al detectarme.

Ingresé el código de alarma y entonces… silencio.

—Demonios —murmuré para mí mismo.

Vaya día de mierda.

Me apoyé contra la puerta y cerré los ojos. Mi chaqueta había desaparecido hacía rato. Llevaba la corbata floja y las mangas arremangadas. Dios, estaba agotado.

Había encontrado el acantilado perfecto para deshacerme de los cuerpos: remoto, empinado, y completamente aislado. Como no era un desconsiderado, tuve que cortar las lonas y hacerlos rodar por el acantilado sin ellas.

En medio de todo eso, solo pensaba en una cosa. En *ella*. La mujer del robo. En cómo había derribado a ese tipo. No podía creer que lo hubiera hecho. Jugando con su cabello y sosteniendo una cafetera mientras le apuntaban con un arma. Me enfurecía que

hubiera puesto su vida en peligro, pero eso era lo que no dejaba de reproducirse en mi cabeza.

Quería darle unos azotes, lo había estado pensando desde entonces. Luego me la follaría por estar tan buena mientras detenía ella sola un puto robo a mano armada. Sí, puede que estuviera pensando demasiado, pero no podía evitarlo.

La mayoría de las mujeres llevaban lápiz labial, pañuelos y quién sabe qué más en sus bolsos. Tenía una puta Glock. Estaba muy molesto. Y excitado. Y —Jack se partiría de risa con esto— obsesionado. ¿Quién era ella? No había podido quedarme en la tienda de conveniencia para averiguarlo. No pude conseguir su número. Ni invitarla a salir. Ni llevármela al baño de la tienda para quitarme de encima la maldita necesidad de tenerla y de bajar mi presión arterial.

Sabía que la policía aparecería, y con dos cadáveres en el maletero, ese era el último lugar en el que podía quedarme. Me fui sin saber nada sobre ella. Solo que era lo más jodidamente sexy que existía. Había oído hablar de mujeres con cojones, pero si buscara la definición en el diccionario, sin duda estaría su foto. Maldición.

Desde que me marché del lugar, había estado debatiéndome entre querer estrangularla o follármela. Tan pronto como tuve señal en el teléfono, me detuve y llamé a Nitro —un informático sabelotodo capaz de acceder a cualquier cosa o encontrar cualquier respuesta— y le encargué que rastreara las imágenes de seguridad del robo. Reconocimiento facial. Su biografía. Si alguien podía encontrar información sobre ella, era él. Descubriría quién era, le seguiría el rastro y la convencería de pasar dos semanas en la habitación de invitados de Jack conmigo.

A la mierda cualquier trabajo que surgiera. Había estado con muchas mujeres, las adoraba, pero hacía tiempo que no llevaba a ninguna a la cama. Antes me resultaba fácil llamar a una hermosa mujer de servicio para pasar un buen rato, sin preguntas sobre el trabajo ni ataduras emocionales. Era perfecto. Nunca me quedaba lo suficiente como para responder la pregunta de a qué me dedico. Podía generalizar lo que hacía si pasaba apenas unas horas con alguien.

Pero eso era imposible con una mujer a la que quisiera conservar y esa era la razón por la que nunca me había asentado. Eso y el hecho de que el amor hacía que un hombre perdiera la maldita cabeza. Lo había visto en mi padre. Se derrumbó cuando mataron a mi madre y luego recurrió al asesinato para aliviar su rabia y me lo pasó a mí. A Jack también, hasta que encontró a Hannah.

Mi padre me había enseñado que el amor era malo para la salud. Y para la cordura. Hasta ahora, nunca había importado. Nadie había conseguido envolverme como la Señorita Glock en la tienda de conveniencia. Y eso fue antes de que sacara su arma.

¿Por qué estaba intentando localizarla si no podía salir nada bueno de eso? Era obvio, mi verga era quien estaba tomando las decisiones. Iba a encontrarla y no tenía duda de ello, pero cuando lo hiciera…

Sentí algo rozar mis tobillos mientras se movía alrededor de ellos, soltando maullidos. Panqueque. Me agaché, lo levanté y le rasqué la cabeza. Era un montón de pelusa negra, marrón y blanca. Sus orejas puntiagudas se inclinaron hacia atrás y sus ojos dorados se cerraron. Si fuera una gata, sería una princesa del placer.

Maldito consentido.

—Ya sé cómo eres —le dije mientras empezaba a ronronear—. Molestas a Jack hasta que te da de comer.

Caminé hasta la cocina, lo puse en el suelo y añadí:

—Te daré tu comida, pero luego estarás por tu cuenta mientras duermo unas diez horas.

Me gustaba, sí, pero odiaba que se subiera a los mostradores. En el centro de la isla había una pila de latas de comida, una bolsa de arena y el nombre y número de una clínica veterinaria. Sobre una pequeña alfombrilla, junto a la ventana que iba del suelo al techo y daba al jardín, estaban sus platos de comida y agua, junto a su rascador.

Cada vez que lo veía, negaba con la cabeza. Era el más grande que había visto jamás, con cinco niveles alfombrados para que Panqueque descansara como un rey. Cinco. Jack incluso había colgado comederos para pájaros justo afuera de la ventana para que

pudiera observar la fauna. No sabía si eso era tortura o paraíso para el peludo.

Elegí una lata, la abrí y fui hasta su plato. Le di la vuelta y volqué la comida dentro. Panqueque me empujó a un lado, ronroneando aún más fuerte. Lo dejé disfrutar de su comida y fui a buscar el contenedor de reciclaje en la despensa. En la parte trasera de la puerta había un tablero de corcho con menús de comida para llevar y algunos cupones de la pizzería local. Pero en el centro, bien visible, había una lista. Con fotos.

Me detuve y me quedé mirándola. La había hecho Jack. En la parte superior estaba escrito: *Los malos de Coal Springs*. La palabra malditos había sido tachada, y sobre ella, en bolígrafo rojo, alguien había puesto malos. Supe al instante que había sido Hannah.

Saqué la chincheta y tomé el papel para estudiarlo. Parecía hecho en una hoja de cálculo, como si pudiera actualizarse en cualquier momento en caso de que hubiera más nombres que agregar a la lista de desgraciados. Por ahora, había nueve nombres en ella.

Estudié la información y las fotos.

Hector Lopez. 32 años. Cheques sin fondos. 764 Moose Court.

La foto tenía que ser de su licencia de conducir, porque era espantosa. ¿Cheques sin fondos? ¿La gente sigue usando cheques? ¿Por qué a Jack le importaba eso? Espera. Tal vez había girado uno en la nueva librería de Hannah. Solo llevaba abierta dos meses y, por lo que había escuchado, era un éxito total. Separarla de su negocio para irse de vacaciones había sido una hazaña monumental para Jack. No quería ni imaginar cómo había logrado convencerla. Seguro tenía algo que ver con él y su verga.

Edith Maroon. 73 años. Les gritó a los niños que atravesaban su césped en bicicleta e hizo llorar a uno. Al otro maldito lado de la calle.

Vale. Definitivamente, era una villana, al igual que el próximo.

Jason Mooner. 24 años. Conducir bajo la influencia. 12A Elk Ave.

Definitivamente investigaría a ese tipo. Después de lo que pasó con mi madre, me aseguraría de que este imbécil aprendiera la lección y dejara de conducir borracho. Porque si no, iba a ser su última vez en la vida.

El cuarto también era un capullo.

Swifty Johnson. 48 años. Usa habitualmente los estacionamientos para discapacitados, aunque está perfectamente bien. 7649 W. Mountain View Rd.

La lista seguía con una colección de idiotas y desgraciados. Tuve que reírme con el número siete.

Andy. Apellido desconocido. Alrededor de 10 años. Siempre lanza el periódico a los arbustos. Dirección por determinar.

Demonios. ¿Estos eran los malos? Después de los verdaderos criminales que Jack solía encargarse, este grupo parecía una clase de jardín de infancia. Uno de ellos, de hecho, aún estaba en primaria. ¿Por qué Jack llevaba la cuenta de estos perdedores en primer lugar? La última entrada me dio la respuesta.

Kevin Cortez. 31 años. Engañó a Hannah. Más le vale no estar en Coal Springs

Había escuchado sobre él. Jack le hizo una visita este verano con una única opción: largarse de la ciudad o morir.

Esta lista era la manera de Jack de mantener vigilada cualquier amenaza contra Hannah. Aunque, sinceramente, no veía cómo Edith Maroon podía ser un problema. A menos que estuvieran pensando en tener hijos. Me congelé con ese pensamiento. ¿Dos semanas en Hawái era un intento de quedar embarazados? Sonreí. Sería el tío perfecto, con regalos como pistolas de agua y rifles de aire comprimido.

Entré a la habitación de invitados y me desplomé sobre la cama como un árbol recién talado. Antes de poder siquiera suspirar por la satisfacción de estar sobre un colchón, mi teléfono sonó. Solté un gruñido y lo saqué del bolsillo. Era Nitro, lo que me sirvió de cafeína.

—¿Qué tienes para mí? —pregunté.

—Nada.

Jamás lo había escuchado decir eso. Nunca.

—¿Cómo que nada? —solté, irritado.

—La tienda de conveniencia no tiene cámaras de seguridad. No hay otros edificios cerca para revisar alguna grabación que pudieran tener.

Por supuesto que ese lugar no tenía cámaras. Ni siquiera tenía una cafetera decente.

—¿Cámaras de carretera? —pregunté.

Cada autopista, especialmente en las montañas donde el clima puede cambiar de un kilómetro a otro, tenía cámaras en estos tiempos.

—Sí, pero nunca dijiste qué tipo de auto tenía ella.

—Eso nunca te ha detenido antes.

Nitro era como el experto en tecnología de las películas de James Bond. Súper inteligente. Súper celoso de sus juguetes. Siempre encontraba información.

—Todo lo que me dijiste es que es rubia, lleva un arma y le gusta el café. Suena como Sarah Connor de Terminator, pero con síndrome de abstinencia por cafeína.

—Acertado —murmuré, molesto por el callejón sin salida.

Nunca antes me había sentido tan atraído. Tan furioso. Frustrado. Molesto. Excitado.

—Debe haber un informe policial sobre el robo —dije finalmente —. O lo habrá pronto. Aparecerá en la lista.

—Sí, lo revisé. Aún no hay nada. Solo el registro del 9-1-1. Te avisaré cuando haya más.

Refunfuñé y colgué.

Rodando sobre mi espalda, fijé la vista en el techo. ¿Por qué la primera mujer que realmente deseaba tenía que ser tan difícil de encontrar?

7



FIONA

CORRÍA cinco millas cada mañana antes del trabajo. Los fines de semana, iba más lejos. No había razón para dejar de lado esa rutina solo porque estaba en una baja médica falsa —porque no estaba de vacaciones— así que me levanté a las cinco y salí a correr por las tranquilas calles de Coal Springs. O al menos eso era lo que me decía a mí misma, pero en realidad estaba despierta porque había pasado la noche dando vueltas en la cama, pensando en Mr. Traje. Esa mirada ardiente. No. Esa mirada fulminante. Tenía una maldita mirada sexy. Me levanté de la cama caliente y alterada, y la única forma de quemar toda esta inquietud era pasar un rato con mi vibrador o salir a correr. O ambas cosas. Solo que no al mismo tiempo.

Tenía el presentimiento de que Mr. Traje sería el protagonista de mi bóveda de fantasías por mucho tiempo. Así que me puse unas mallas, un sujetador deportivo, una camiseta, una sudadera de manga larga y una gorra, dejando mi arma atrás. A los diez minutos de carrera, mi mente estaba más clara. Podía pensar, incluso antes del café. Sin el ruido del día bombardeándome, pude repasar mentalmente todo lo que sabía sobre Hannah Highcliff. Ex bibliotecaria de Coal Springs. Actualmente propietaria de una librería llamada *Finales Felices,* en Main Street.

Busqué el sitio web de la tienda. Mostraba una tiendita adorable, con una cantidad absurda de rosa en la decoración, y todos los libros

eran de romance. También había una foto de Hannah tras el mostrador. Su mano descansaba sobre un montón de libros de bolsillo, y en la imagen alguien había añadido pequeños corazones alrededor de ellos.

Tenía veintiséis años. Medía metro cincuenta y siete, era castaña y tenía una sonrisa enorme. Parecía agradable. No podía imaginarme a una bibliotecaria o a alguien que vendiera libros de romance siendo cruel. No parecía una mujer que hubiera pasado por cirugía con bisturí de rayos gamma, pero yo tampoco tenía ese aspecto. Sus padres vivían en el pueblo. Marcia y Bob. Contador y taxidermista, curiosamente. Tenía una hermana que vivía con ellos, sin trabajo, pero con aspiraciones de competir en los Juegos Olímpicos en trampolín. Y un hermano que, después de hacer una revisión de cinco minutos de los registros públicos de la mega iglesia que dirigía en los Springs, probablemente era un líder de culto.

Me gustaba estar al tanto de asuntos como Perry Highcliff y sus posibles actividades ilegales, pero los cultos eran difíciles de desmantelar, sobre todo porque todos sus seguidores adoraban el *Kool-Aid* que les servían. Además, afortunadamente, no caía bajo mi jurisdicción dentro de la agencia, así que esta vez iba a fingir que nunca miré al tipo. La única familia que tuve creciendo fue mi padre, y definitivamente no éramos una familia. Me odiaba desde el día en que nací. Y con los años, aprendí a odiarlo también. Así que no estaba segura de si los Highcliff eran inusuales o no. ¿Era normal que en una misma familia hubiera una aspirante a trampolinista olímpica y un líder de culto?

Girando fuera de Dreidel Drive, resoplé mientras subía una pendiente.

—Maldita altitud —murmuré y reduje el ritmo para no caer fulminada ahí mismo. El aire que exhalaba salía en pequeñas nubes blancas. El pueblo estaba a más de dos mil cuatrocientos metros de altura, lo que significaba que, con apenas medio kilómetro corrido, ya estaba sin aliento. También significaba que debía dejar de comer tanto arroz con queso.

La última dirección conocida de Hannah era un apartamento justo al este del centro. Tres minutos más tarde —sí, el pueblo era

diminuto— frené frente al edificio. El cielo estaba teñido de rosa y azul, pero el sol aún tardaría unos treinta minutos en asomarse sobre las montañas que rodeaban Coal Springs. Todo estaba en calma —incluso para mis oídos— salvo el sonido de mis pies golpeando el pavimento y mi respiración acelerada. A lo lejos, un motor rugió. Los pájaros apenas comenzaban a cantar. Todos dormían.

Observé el lugar donde solía vivir Hannah. El edificio era de ladrillo, bajo, con apenas tres pisos. Cada balcón tenía muebles bonitos y macetas con flores. No había estacionamiento privado, solo plazas en la calle. El registro de vehículos decía que Hannah tenía un SUV rojo, pero no lo vi. Di una vuelta a la manzana para asegurarme.

Después, me dirigí hacia Main para echar un vistazo a su tienda. Las calles transversales llevaban nombres de árboles. Sycamore, Elm, Oak. Al acercarme a Pine, me sorprendió ver que una de las tiendas tenía las luces encendidas, y no era una cafetería. La que pasé ni siquiera estaba abierta aún. Una camioneta estaba estacionada al frente, con el motor encendido. Dos hombres cargaban cosas dentro y fuera. A medida que me acercaba, noté que llevaban cubetas blancas de cinco galones, las que venden en las ferreterías llenas de pintura. Cruzando por la acera opuesta, reduje el paso para analizar la escena.

El letrero del negocio era como todos los demás de la calle, de madera y pintado a mano, probablemente siguiendo un código impuesto por el ayuntamiento para mantener la uniformidad y preservar el encanto del pueblo. *La Cueva del Pepinillo*. ¿Era un deli? A la izquierda del nombre en el letrero, había un pepinillo caricaturesco con una apariencia descaradamente fálica. Ya había visto ese pepino pervertido antes, estampado en la camiseta del tipo que robó la tienda de conveniencia de Pops. Si estaba en pleno centro y vendía camisetas, tenía que ser un lugar popular. También significaba que el sujeto que ahora tenía quemaduras de primer grado en la cara y los brazos probablemente era local, aunque Pops no lo reconoció.

Tal vez era una cadena. Pero ¿la cueva del pepinillo? Lo único que podía imaginar era un grupo de hombres con penes diminutos sentados alrededor de una mesa de conferencias, repensando mientras discutían el nombre. Debían haber descargado todos los pepinillos del día porque las luces del interior se apagaron, los hombres subieron a la camioneta y se marcharon.

La librería *Finales Felices* tenía un exterior alegre y exageradamente rosa. Me detuve frente a la tienda para recuperar el aliento. El escaparate estaba decorado con temática otoñal: hojas de papel en tonos naranja y amarillo colgaban de hilos, y fardos de heno —¿qué tenía este pueblo con el heno?— se apilaban con libros de bolsillo artísticamente acomodados sobre ellos junto a un letrero que ponía: *Enamórate de un libro*.

Aunque el escaparate estaba iluminado, el resto de la tienda permanecía a oscuras. Puse las manos sobre el cristal y miré entre ellas. Alcancé a distinguir fila tras fila de libros, con algunos sillones de lectura estratégicamente ubicados. Se veía acogedora.

Volvería más tarde para conocer a Hannah. Quizá hasta comprara un libro. Porque si los tipos de este pueblo tenían negocios llamados La Cueva del Penillo, tenía la sensación de que el único lugar donde encontraría buen sexo por aquí sería en una picante novela romántica.

8



DAX

DESPERTÉ de un sueño en el que me estaba asfixiando, como si estuviera siendo sometido a una tortura medieval con una enorme piedra aplastándome el pecho. Seguro tenía un nombre francés elegante, pero mi sueño no lo sabía. Solo que no podía respirar.

Abrí los ojos de golpe, presa del pánico, y entonces me di cuenta de que era Panqueque sentado sobre mi pecho.

—Diablos —murmuré, empujando suavemente al estúpido gato a un lado—. Necesitas una dieta.

Justo entonces, escuché un golpe en la puerta. Miré el reloj junto a la cama: siete y veinte. Adiós a dormir hasta tarde.

Panqueque me observó, su cola deslizándose de un lado a otro sobre el edredón.

—¿Quién podría ser? —pregunté, aunque no esperaba una respuesta de él.

Me incorporé y me di cuenta de que ni siquiera había llegado a meterme bajo las mantas, ni tampoco a quitarme la ropa la noche anterior.

Pasándome una mano por el cabello, abrí la puerta y encontré una mujer mayor en el umbral, que inmediatamente comenzó a examinarme de arriba abajo.

—Vaya, los crían grandes en Denver —soltó.

Pelo gris cortado con precisión, blusa blanca, jeans y una bufanda decorativa con volantes alrededor del cuello. Elegante, pero

sin pretensiones. En la calle, detrás de ella, un SUV compacto esperaba al ralentí. Tan limpio y ordenado como ella. Tras el volante, un hombre de su misma edad y con el mismo cabello gris.

Ahora mismo, el único peligro aquí era mi aliento matutino.

—Comí mucha espinaca de niño —respondí.

—Hace maravillas para el cuerpo —comentó con una sonrisa irónica, más burlona que perversa—. Soy la señora Metcalf. Trabajé con Hannah en la biblioteca y ahora soy medio tiempo en FF.

¿FF? ¿Qué diablos era FF?

Me rasqué la cabeza.

—Qué bien. Hola. Eh… Soy Dax, amigo de Jack. —Era temprano, pero aún recordaba mis modales.

Ella asintió.

—Sí, sé todo sobre ti.

Fruncí el ceño, sin estar del todo seguro de cuánto sabía ella. Obviamente, conocía a Jack. Pero, ¿le habría contado sobre su antigua profesión antes de retirarse del negocio de los sicarios?

—Tengo un problema —admitió.

—Probablemente pueda solucionarlo —era mi trabajo, después de todo. Aunque dudaba que necesitara deshacerse de un cadáver, borrar algunas acusaciones o recuperar dinero porque fuera una prestamista despiadada de la tercera edad.

—Sí, Hannah dijo que te gustaba arreglar las cosas.

Ah. La verdad, pero sin contexto, lo que me hacía sonar como un manitas. Mierda, ojalá no quisiera que le arreglara el triturador de basura o algo por el estilo.

—Elise va a someterse a una apendicectomía.

Fruncí el ceño, aunque no tenía ni idea de quién era Elise.

—Lamento oír eso. ¿Estará bien?

La señora Metcalf agitó una mano con gesto despreocupado.

—Sí, pero no podrá trabajar durante unas semanas.

Asentí, comprendiendo la situación. A mí me habían quitado el apéndice cuando me apuñalaron con un destornillador. Tenía veintitrés años y estaba demasiado seguro de mí mismo. Por suerte, solo me costó el apéndice. Aprendí la lección, y desde entonces no me habían vuelto a apuñalar… demasiado. Durante mi recuperación,

había tenido que recurrir a técnicas de mutilación alternativas hasta que pudiera volver a pelear a puñetazos, girar por completo la cintura o levantar a alguien. O todo a la vez.

—Es probable —respondí, porque dudaba que quisiera escuchar la historia del destornillador.

—Entonces, necesitarás reemplazarla.

Parpadeé como si acabara de arrojarme arena a los ojos.

—Eh… ¿haciendo qué?

—Trabajando en la tienda.

—¿Qué tienda?

—FF. Finales Felices. —¡Claro! Recordaba cuando Jack se enamoró de Hannah y no tenía idea de lo que significaba esa abreviatura. Tuvimos que buscarlo. No sabía qué significaba en este contexto. Como seguía mirándola fijamente, añadió—: La librería de Hannah.

Los engranajes de mis pensamientos chirriaron al frenar bruscamente. ¿Qué? No, imposible. Fue mi turno de agitar una mano y luego levantarla en señal de alto total.

—Espera. Espera. Ni hablar.

—Lo haría yo, pero el señor Metcalf y yo iremos a Arizona a ver jugar a nuestro nieto. Es apoyador en el equipo de fútbol americano de su universidad.

—Eso suena bien, pero no tengo idea de cómo manejar una librería y menos de libros de romance.

Me recorrió con la mirada de arriba abajo, evaluando mis pantalones arrugados y mi camisa. Si se preguntó por qué dormía con la ropa puesta, no lo dijo. Un bocinazo desde el coche aparcado en la acera la interrumpió.

—Te aseguro que a los clientes no les importará. —Antes de que pudiera reaccionar, me metió en la mano un llavero con una piña brillante y un pequeño trozo de papel—. Para la puerta principal. Y ahí tienes el código de la alarma, además de la contraseña para acceder al sistema de ventas. Está antes de las diez. ¡Me voy!

Tardé unos segundos en procesar lo que acababa de pasar: una anciana de metro y medio me había derrotado sin esfuerzo. Cuando

por fin reaccioné, ella ya estaba en el coche y había avanzado media calle.

Esto significaba que ahora se esperaba que trabajara en la librería de Hannah. Yo. El tipo menos romántico del planeta. ¿Qué cojones?

9



DAX

ABRÍ *FINALES FELICES* JUSTO A TIEMPO, lo que consistía en desbloquear la puerta y voltear el encantador letrero de Abierto/Cerrado. El interior de la tienda no era tan rosa como la fachada. Las paredes blancas y el suelo de madera original, reluciente tras su reciente restauración, hacían que los miles de libros destacaran. Sus portadas brillantes, muchas de ellas decoradas con hombres semidesnudos,

Solté una sarta de maldiciones mientras pasaba diez minutos tratando de descifrar el sistema de la caja registradora sin mucho éxito. ¿Era una señal de que estaba condenado al fracaso? Eché un vistazo al lugar, una fortaleza dominada por la energía femenina.

—¿Qué coño estoy haciendo? —murmuré para mí mismo.

Lo más sensato sería volver a girar el cartel y largarme. Pero esta librería era el sueño de Hannah. Había tenido que aparcarlo por culpa de un maldito tumor cerebral y las facturas médicas.

¿Quién podía ser capaz de arruinarle el sueño a una mujer que había pasado por todo eso? Yo no. Además, su hombre era un sicario. Si ella estaba triste, Jack se encargaba de la razón de su tristeza y no quería que esa razón fuera yo. No me apetecía aparecer en su lista de los *Malditos de Coal Springs*. Así que ahora estaba al mando de una librería de romance hasta que Elise se recuperara y volviera sin su apéndice.

Dos mujeres entraron, conversando animadamente sobre una postura complicada de yoga.

—La pierna izquierda se curva hacia atrás y por debajo mientras te sostienes con él…

El resto de la explicación quedó interrumpida cuando me vieron. Se quedaron congeladas.

—Santo Dios —susurró una, sus ojos desorbitados como un personaje de dibujos animados mientras se aferraba al brazo de su amiga.

No dejaban de mirarme. Me sentía expuesto. Bajé la vista, preguntándome si me había olvidado de ponerme los pantalones o algo así, pero no, era solo yo, con unos jeans y una simple camiseta blanca.

—Señoras. ¿Puedo ayudarles en algo?

«Por favor, que digan que no».

Se ruborizaron como adolescentes cuando el mariscal de campo les decía hola en el pasillo entre clases. Luego, rieron. En serio. Rieron.

—Nosotras… Eh, solo…

—Mirando. Definitivamente mirando.

Esa mujer me observó como si quisiera devorarme vivo. Como si quisiera enredar su pierna izquierda a mi alrededor. Me moví detrás del mostrador, donde le sería más difícil alcanzarme. Ahora entendía lo que sienten las mujeres en un bar cuando los hombres se acercan y las cosifican.

—Soy nuevo en esto —admití—. Pero… eh, miren a su alrededor.

¿No era eso lo que se suponía que debía decir? Nunca había trabajado en ventas, pero desde luego sí había comprado cosas.

—¿Dónde están Hannah y Elise?

—¿Eres el nuevo empleado?

Ambas preguntaron al mismo tiempo. Claramente habían venido antes, ya que conocían a las empleadas por su nombre. Las ubiqué en unos treinta y tantos años, probablemente con hijos en la escuela y con rutinas de yoga después de dejarlos. Seguramente estaban aquí para comprar algún libro que le diera un poco de chispa a su vida matrimonial.

—Hannah está de vacaciones y Elise está enferma —dije—. Yo estoy a cargo ahora.

Un gemido escapó de una de ellas. La boca de la otra se abrió antes de susurrar:

—Seguro que sí.

Me pasé una mano por la nuca.

—Avísenme si necesitan cualquier cosa.

—¿Cualquier cosa?

Mierda. No eran mujeres casadas con hijos, eran solteras al acecho. O al menos eso esperaba, porque parecía que yo era su presa y que pensaban cosas muy perversas sobre mí.

Como no dije nada y solo les lancé una mirada fulminante —la misma que solía hacer que los tipos más turbios se mearan encima— porque no me interesaba ninguna de ellas de ninguna manera más que como clientas de una librería en la que ni siquiera quería estar, se escabulleron detrás de una de las filas de libros, fuera de mi vista.

Volví a intentar descifrar la caja registradora. Toqué todos los botones posibles. Nada. Podía lograr que la gente hiciera lo que yo quisiera —o más bien, lo que me pagaran por hacer— pero no podía hacer que esta maldita máquina funcionara.

Cogí el teléfono y llamé refuerzos.

—Qué.

Nitro respondió al primer tono.

—Necesito que me enseñes a usar una caja registradora.

—¿Una caja registradora? ¿Intentas robar una tienda y no puedes llegar al dinero?

Fruncí el ceño.

—Maldita sea, no.

Suspiró.

—Bien, empezabas a preocuparme.

—Estoy al mando de una librería de romance.

El silencio duró tanto que aparté el teléfono de la oreja para ver si se había cortado la llamada.

—Aún peor. ¿Te caíste y te diste un golpe en la cabeza? ¿Estás viendo cosas? Delirar es un síntoma de hemorragia cerebral.

—No —respondí enseguida, pero en ese momento alcé la vista y vi a las dos mujeres espiándome por encima de la estantería, observándome con interés. Cuando hicimos contacto visual, se

agacharon rápidamente. Luego vinieron las risitas y el murmullo—. Tal vez. Me han liado para trabajar en la tienda de Hannah.

Ahora sí se echó a reír.

—Tengo que ver eso.

—Ven —le dije, queriendo decir que subiera desde Denver, donde vivía y trabajaba en un viejo almacén reformado. Seguía presionando botones. Palabras raras aparecían en la pantalla junto con algunos símbolos que parecían alarmantemente señales de peligro químico—. Necesito que logres hacer funcionar esta caja registradora, porque si no, tendré que aceptar solo efectivo y guardarlo en una caja como si fuera un puesto de limonada.

—Descríbemela.

—Es del tipo sofisticado que usan las cafeterías, pero que no tiene ningún sentido.

—Ah, un punto de venta.

—Lo que sea —dije—. No puedo arreglarla con mis tijeras de jardinería, así que estoy jodido.

En ese momento, una mujer con leotardos negros y una camiseta ajustada con el lema «El yoga me da vida» entró a toda prisa, como si estuviera escapando de un payaso asesino. Cuando me vio, abrió la boca de asombro.

—Bienvenida — le dije, todavía con el teléfono pegado a la oreja.

Se humedeció los labios y asintió antes de dirigirse al fondo, donde estaban las otras dos mujeres.

—¿Está encendida? ¿Está enchufada? —preguntó Nitro.

—Sí —murmuré—. Recuerda que puedo desactivar una bomba.

—Te guiaré paso a paso por teléfono, James Bond.

Tres mujeres más entraron. Me miraron, luego se dispersaron y empezaron a examinar los libros en los distintos estantes.

No habría sobrevivido como mediador si no supiera leer mi entorno. Dos salidas: frontal y trasera. Posibles amenazas, ahora estratégicamente distribuidas por la tienda, todas mirándome de una forma que me hacía estar seguro de que ninguna trabajaba para la CIA. Eran descaradas… y risueñas.

—Vale, entonces hazlo —le dije, esforzándome por no pedirle a las mujeres que me encubrieran para salir corriendo—. Si arruino la

tienda de Hannah, será peor que la paliza que me dieron en Ecuador ese grupo de matones callejeros a sueldo.

—Pulsa venta y…

La campanilla de la puerta sonó otra vez.

—Bienvenida —solté automáticamente sin levantar la vista de inmediato.

Cuando lo hice, otra mujer se quedó congelada en la entrada, mirándome fijamente. Pero esta vez, no me miraba como las primeras mujeres, en ese silencioso lenguaje que sugería que podría tener un trío con ella y su amiga. No. Era ella. La mujer de la tienda de conveniencia. Mi última obsesión.

Se me endureció al instante.

10



FIONA

—Tú —susurré.

El último lugar, el absoluto último, donde esperaba ver a Mr. Traje, era en una librería de romance.

Me quedé quieta, mirándolo fijamente, porque mi cerebro estaba demasiado ocupado tratando de procesar cómo cojones podía estar aquí, detrás del mostrador, en lugar de estar haciendo cualquier otra cosa. Cualquier. Otra. Cosa.

—¿Cuáles son los tropos de este libro? —una mujer con pinta de haber salido de una clase matutina de yoga se acercó y le preguntó. A él.

Su mirada se apartó de la mía —aunque con evidente reticencia — para responderle.

—¿Qué es un tropo?

Ella respondió con lentitud, como si estuviera hablando con alguien que acabara de aprender el idioma.

—Temas del libro. Como «macho alfa». —Recorrió la camisa blanca ajustada y los jeans con la mirada, pero se quedó enganchada en sus antebrazos, justo donde se había subido las mangas—. BDSM y proximidad forzada.

No podía haber dejado más claro cuáles eran sus intereses.

Él tomó el libro que le tendía, miró la portada, lo volteó, luego lo volvió a colocar en su posición original.

—Tropos. Bien. Un tipo que entrena pero tiene una florería y alguien intenta matarlo —dijo, devolviéndoselo. Su voz grave sonó como si hubiera sido triturada en una mezcladora de cemento.

La mujer miró el libro con escepticismo.

—¿Lo has leído?

Su tono estaba repleto de dudas, porque este tipo… ¿leyendo romance? Imposible.

Él negó con la cabeza.

—No. Pero el hombre de la portada perdió la camisa. O es día de lavandería, o hubo un viento fuerte, y está claro que está en buena forma. Hay flores por todas partes en la imagen, así que seguro trabaja en una florería. Además, hay balas metidas entre las flores, así que, obviamente, sabe disparar un arma. —Se encogió de hombros—. Nada mal para una portada. Si quieres una respuesta mejor, la dueña volverá de sus vacaciones en dos semanas.

¿Qué Hannah no volvería hasta dentro de dos semanas? ¿De vacaciones? ¿Ahora? Era de esperarse. Maldición.

La mujer parpadeó y luego dejó el libro sobre el mostrador.

—Me gusta tu recomendación. Me lo llevo.

—Solo acepto efectivo hasta que consiga abrir esta máquina. O puedes volver más tarde.

—Ah, definitivamente volveré más tarde, pero solo tienes que presionar este botón de aquí, el que dice venta —dijo, sonriendo. Se inclinó sobre el mostrador y señaló la pantalla. Si batía sus pestañas postizas con más fuerza, despegaría del suelo—. Dirijo el estudio de yoga a una calle de aquí y usamos el mismo sistema.

No podía culparla por intentarlo con él. Era aún más guapo y malhumorado de lo que recordaba de la tienda de conveniencia. Quizás todavía no había conseguido su café.

Presionó el botón indicado y refunfuñó.

—Ya está —murmuró en su teléfono antes de dejarlo sobre el mostrador.

Trasteando con la pantalla, tenía el mismo aire de un nuevo empleado de McDonald 's en su primer día.

—Escanea el código de barras en la parte de atrás con ese aparatito, luego pulsa *total* y… —Siguió los pasos de la mujer, pasó

su tarjeta y completó la venta—. No olvides pasarte por yoga. La clase de esta noche es a las cinco. Por cuenta de la casa.

¿Por cuenta de la casa? Más bien por cuenta de ella. Eché un vistazo a mi alrededor. Otras mujeres estaban en la tienda, cada una de ellas observándolo. Él ni siquiera parecía notarlo. Pero a mí sí que me notaba.

Rodeó el mostrador después de que la instructora de yoga se marchara y me señaló con un dedo.

—¿Qué te pasó ayer?

Parpadeé, sin entender a qué se refería.

—¿Qué?

Arrojó las manos al aire, frustrado.

—¿Qué? El robo.

Me encogí de hombros.

—Tenía un arma. La gente con armas infringe la ley. No me gustan los tipos malos.

—¿No te gustan los tipos malos? —se quedó un segundo en silencio, luego dijo—: A nadie le gustan los tipos malos. Por eso los llaman así. Si no, serían los buenos.

Puse los ojos en blanco, y su expresión era la misma que la de una madre al lidiar con un adolescente insoportable. Agotado, molesto y al borde de la paciencia.

—No todo el que lleva un arma está infringiendo la ley o es un tipo malo —replicó entre dientes—. Existe el porte oculto y lo sabes muy bien.

—Sí, lo sé. Como dije, él estaba infringiendo la ley. Tenía que detenerlo.

Sus ojos se abrieron de golpe y una vena comenzó a palpitarle en la sien.

—¡No te enfrentas a un hombre con un arma!

—Tampoco te enfrentas a una mujer con una, —recordé, ya que él había hecho exactamente eso.

Me crucé de brazos.

—No vas a dispararme.

Repitió palabra por palabra lo que le había dicho al ladrón el día anterior.

—¿Ayer? No. Ahora. —lo miré fijamente— Estás actuando como un idiota, así que es posible. Homicidio justificado.

Pero siguió hablando como si no hubiera dicho nada.

—¿Ah, sí? Pues yo sacaría mi arma de la espalda y te dispararía antes de que pudieras dispararme a mí.

Bajé la mirada hacia su cintura, como si pudiera ver a través de su camiseta y la pistola que supuestamente tenía oculta.

Negué con la cabeza.

—Sé cuál es tu problema.

Resopló.

—¿Tú?

—Mi arma es más grande. ¿Es eso? —Echó los hombros hacia atrás y pareció crecer una pulgada—. Cariño, soy grande en todos los sentidos.

Juraría que las mujeres en el fondo gimieron o sollozaron ante sus palabras. Yo tampoco era inmune. Estaba bastante segura de que acababa de quedar embarazada espontáneamente, sin importar mi DIU. Seguía siendo igual de intenso y malhumorado que en la tienda de conveniencia, pero sin el aura de tipo peligroso.

Su mirada me recorrió de arriba abajo. Hoy llevaba jeans a los tobillos, una camiseta blanca sin mangas y un cárdigan largo de chenilla, acogedor, el primero que había sacado de la maleta después de la ducha. Ah, y zapatillas. Nada de tacones ni trajes conservadores. Aquí nadie se arreglaba.

Sus ojos no llegaron a encontrarse con los míos, se quedaron detenidos en mi boca.

—Si tu ego fuera más grande, te caerías de espaldas —murmuré, observando cómo su lengua asomaba para humedecer su labio inferior.

Cuando finalmente levantó la mirada y sus ojos azules chocaron con los míos, sonrió. Definitivamente había tenido efecto en mí. ¿Hacía calor aquí? ¿Las tiendas en la montaña siquiera tenían aire acondicionado?

Sus dientes eran perfectos, blancos, alineados. Su sonrisa lo transformaba por completo. Si es que eso era posible. Parecía un

modelo de portada de novela romántica. Como si eso no fuera suficiente, supuestamente llevaba un arma.

La instructora de yoga podría tener un fetiche con el *bondage*, pero lo mío eran los hombres con armas y que supieran usarlas. Sobre todo, la que tenía en los pantalones, tan grande como decía.

—Abandonaste la escena del crimen —le solté, con un tono repentinamente impecable.

—¿Y? —Su ceja se arqueó, más cuestionando mi lógica que mis palabras—. Yo no lo cometí.

Me encogí de hombros.

—Aun así.

No podía evitarlo. Era un testigo y había desaparecido. Parecía… sospechoso. Tuve que explicarle a la policía quién era él, pero no pude darles más información que alto y moreno. Dejé por fuera lo guapo, porque era plenamente consciente de que ese adjetivo no se usaba en los informes.

Su mirada volvió a recorrerme y dio un paso más cerca. Y eso significaba que podía olerlo. Limpio. Especiado. Oscuro.

—¿Eres policía?

—No.

No era policía. Era agente del FBI, nada menos.

Como si hubiera entrado en su órbita, me acerqué más, lo suficiente como para que, si respiraba hondo, mis pechos rozaran su torso. Tuve que alzar el rostro para encontrarme con sus ojos.

—¿Estás evitando la ley?

No estaba segura de qué haría si respondía que sí.

—No soy el que asaltó la tienda, cariño. Soy el que se perdió una cafetera recién hecha porque tú se la arrojaste a alguien.

Solté un suspiro.

—Sí, fue una tragedia. —Admití, mirándole la boca otra vez.

—Lo fue.

Sus palabras me dejaron sin aliento.

Y entonces su mano se deslizó hasta la parte trasera de mi cuello y me atrajo para un beso.

11



DAX

MALDITA SEA, sabía tan bien.

Se sentía perfecta en mis brazos.

No tenía ni idea de qué tenía esta mujer, cuyo nombre todavía desconocía, que me volvía loco. Dijo que no era policía, pero tenía que estar mintiendo. Todo en ella, ahora que la había visto en acción, además de lo que había dicho sobre mi huida de la escena del crimen, gritaba lo contrario ¿Me importaba? No.

No era tímida. Era descarada. Atrevida. Quizás un poco tensa, pero yo era lo suficientemente inteligente como para decirle eso a una mujer a la cara. Además, ella me daba tanto como yo le daba a ella. Aparte de Jack, nadie se me había enfrentado. Nadie más tenía las pelotas. Hasta ahora. Hasta ella. ¿Discutir con ella sobre el tamaño de las armas? Molesto, pero muy excitante. La única forma que se me ocurrió para callarla fue besarla. Eso y que mi verga me lo pedía.

¿Ahora que mi boca estaba sobre la suya? La necesidad de poseerla, de estar dentro de ella, de hacerla gritar de placer, sabía que podía dárselo, era feroz.

Aprovechando el agarre que tenía en su cuello, la incliné como quería y la besé profundamente, cada vez más. Un pequeño gemido me dio el acceso que necesitaba para adentrarme en ella.

—Vale, eh, volveremos más tarde.

La voz de la mujer vino de detrás de nosotros. Era una de las clientas.

—Cierra con llave —grité, levantando la cabeza lo suficiente para hablar, y luego volví a devorarla.

—Lo haremos. Pásala bien. —Se oyeron risitas y sonó la campanilla de la puerta antes de que todo volviera a silencio.

No les presté atención. Maldición, me daba igual si se quedaban mirando. Mis labios estaban sobre la mujer que me había obsesionado desde el robo del día anterior. No podía evitar tocarla, así que deslicé la mano desde su cintura hasta acariciar su pecho a través de la camiseta. Diablos. Un puñado perfecto. Exuberante, redondo y coronado por un pezón duro y erecto.

Ella estaba tan metida en ello como yo, como si ambos estuviéramos dispuestos a un polvo furioso, porque eso era sin duda lo que estaba pasando. Me volvía loco y no tenía ninguna duda de que causaba lo mismo en ella.

Sus manos también estaban sobre mí. Primero me agarraron la camisa, luego se deslizaron por debajo y luego por mi piel desnuda hasta mi espalda. Encontró mi pistola y la sacó. Estaba tan perdido en ella que, aunque me hubiera disparado, no me habría importado.

Retrocedió. Impresionada, pero sin miedo.

—SIG Sauer P226 —No solté su cuello. No iba a dejar que se escapara ahora, no después de haberme dicho cosas tan obscenas. Sabía de armas. No le daba miedo la mía. De hecho, parecía impresionada. Levantó la mirada y se encontró con la mía—. Tienes razón. Sí que es grande.

Los dos respirábamos con dificultad.

—Te has equivocado de pistola, cariño.

Extendió la mano, dejó mi arma sobre la encimera y luego miró la parte delantera de mis jeans. Ni un ciego habría podido pasar por alto el bulto que ponía a prueba la resistencia del botón.

—Veamos.

¿Veamos? Yo estaba totalmente a favor de que una mujer supiera lo que quería, sobre todo cuando se trataba de mi verga. Pero ni siquiera sabía cómo se llamaba. Además, puede que fuera un mediador y tratara con todo tipo de gentuza, pero también era un

caballero, y las mujeres siempre eran lo primero. Especialmente esta. No se me ocurría nada que deseara más que verla venirse mientras yo la hacía llegar al clímax.

—¿Estás mojada por mí? Porque tus bragas quedarán destrozadas, cariño.

12



FIONA

DEMONIOS. No tenía filtros.

Apenas podía respirar. Apenas podía seguirle el ritmo. Mi mente estaba controlada por mi vagina húmeda que me pedía que la llevara a dar un paseo infernal.

Cuando seguí parpadeando y mirándolo fijamente, me dijo:

—¿Y bien?

En mi confusión provocada por mi lujuria, solo pude asentir. No había estado con un hombre desde mucho antes de que me diagnosticaran el neuroma. Mi cerebro estaba bloqueando todos los pensamientos importantes. Mi oído no se centraba en nada. Solo procesaba fragmentos de ruidos y voces. El claxon de un coche. Una cisterna que se descargaba; siempre había una cisterna descargando en algún sitio. Varias voces en algún lugar dentro de un radio de una manzana.

—Tiene diez meses.

—Tira los pepinillos.

—... una tienda de campaña para seis personas y que tenga...

—... envío...

Miró a la izquierda, luego a la derecha y, con la mano todavía en mi nuca, me guió alrededor de una de las largas filas de libros para que no nos viera nadie en la acera y me empujó contra ella con su cuerpo macizo. Después de eso, no oí nada más que sus palabras:

—Haré que te vengas —Sus manos hábiles se dirigieron al botón de mis jeans.

Asentí de nuevo cuando me bajó la cremallera. «Sí, por favor».

—Vale.

Cuando su mano se deslizó bajo mis bragas y me acarició, gemí. Mi piel se sonrojó.

Él gimió.

—Jodidamente perfecta.

Sus dedos se deslizaron sobre mi clítoris y yo moví las caderas. Por la forma en que me tocaba, debería ser un experto follando.

Con esos penetrantes ojos azules, me observaba atentamente, aparentemente absorbiendo cada jadeo, cada arqueo de la espalda, cada gemido, cada contracción como una señal de lo que me gustaba. Cuando deslizó no uno, sino dos de sus dedos gruesos dentro de mí, le agarré el antebrazo, no para alejarlo, sino para mantenerlo allí. Me puse de puntillas. Estaba tan llena, y eso solo eran sus dedos. Si era tan grande como decía, no estaba segura de poder soportarlo.

—Eso es. Cabalga mi mano. Maldita sea, me estás dejando empapado. —Cada cosa sucia que decía me acercaba más y más al orgasmo, que no estaba muy lejos. Era así de bueno. Debería odiarlo por ello, porque era bastante arrogante, pero no me atrevía a hacer nada que lo hiciera parar. Mis ojos se abrieron de par en par cuando estuve a punto de venirme. Contuve la respiración. Él lo sabía—. Buena chica.

Dos palabras. Esas dos palabras eran mi fetiche. No el BDSM ni cualquier otra cosa que la profesora de yoga quisiera hacer con él. Quería ser su buena chica con todas mis fuerzas.

Observa y aprende, mujer flexible. Era mi coño el que estaba tocando.

—¡Sí! —gemí, corriéndome con fuerza. No podía evitar que mis caderas se movieran, cabalgando su mano exactamente como él me había dicho—. Así. Así. Así.

Solo cuando eché la cabeza hacia atrás contra una fila de libros mientras intentaba recuperar el aliento, él deslizó los dedos fuera de

mí. Cuando se los metió en la boca y los lamió hasta dejarlos limpios, me transformé. Sí, yo.

—Más. Ahora.

Él arqueó una ceja. El movimiento de sus labios indicaba que se divertía.

Era mi turno de desabrocharle los jeans, abriendo con facilidad la bragueta y metiendo la mano dentro. Cielos, era tan grande como decía.

Echó un vistazo rápido a su alrededor, luego me quitó las manos de los pantalones y me tiró al suelo con él. Se sentó en el suelo de madera, con la espalda apoyada en la estantería, y se movió lo suficiente para sacar su verga. Era todo un espectáculo. Precioso, desenfadado. Completamente vestido, excepto por su larga, gruesa, venosa y dura, lista para la acción.

—Condón —le dije, pasando la lengua por mi labio inferior.

Sacó uno de su cartera y se lo puso mientras yo intentaba quitarme los jeans. Casi me caigo de bruces sobre una saga de libros titulada *Llámame Papi* antes de conseguir liberar una pierna. Luego me rendí porque Mr. Traje, o como quiera que se llamara, estaba tocándose y mirándome con ojos entrecerrados. Y con una emoción *enorme*.

Me senté a horcajadas sobre él, con las rodillas a ambos lados de sus muslos. Mis jeans y mis bragas formaban un ovillo enredado en mi pantorrilla izquierda. Daba igual. Nuestras miradas se cruzaron, manteniéndose fijas.

—Ni siquiera sé cómo te llamas —me dijo mientras ponía las manos en mis caderas, me levantaba lo suficiente para que quedara suspendida sobre su corona cubierta de látex y luego me bajaba sobre él. Dobló las rodillas para acunarme en su regazo.

—Fiona. Cielos. —Era enorme. Pero yo estaba tan húmeda que me llenó fácilmente. Sentí un ligero ardor al estirarme. Cerré los ojos y tuve que moverme, levantándome y volviendo a bajar con fuerza —. Sí —siseé.

—¿No quieres saber cómo se llama el tipo que te está follando? —refunfuñó, como si lo hubiera insultado.

Lo miré a los ojos mientras me agarraba por las caderas y empujaba hacia arriba cuando yo me hundía.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Dax.

Sonreí y lo apreté contra mí.

—Encantada de conocerte, Dax.

Él apretó los dientes.

—¿Te follas a todos los hombres que conoces en los atracos a mano armada?

—Sí. —Sus dedos se apretaron contra mis caderas y supe que me dejaría pequeños moretones. No le gustó la respuesta. Sonreí con aire burlón—. Nunca antes había participado en un robo a mano armada. Investigado, sí. Participado, no.

Le gustó la respuesta porque empezó a follarme de nuevo, levantándome y bajándome con facilidad, como quería.

—¿Te follas a todas las mujeres que no te escuchan durante un robo a mano armada? —le pregunté, aunque mi voz no era severa, sino ridículamente entrecortada y con un ligero gemido al final.

—Ah, sí, eso me recuerda algo —dijo en lugar de responder a mi pregunta. Me dio una fuerte palmada en el culo, y el sonido resonó en toda la tienda.

¿Qué...?

Mis ojos se abrieron como platos. Lo mismo ocurrió con el escozor en mi nalga izquierda. Entonces gemí y prácticamente me derretí.

—Maldición —refunfuñó él—. Eso fue por ponerte en peligro así. Necesitas un maldito guardián.

Negué con la cabeza y tomé el control, cabalgándolo de tal manera que mi clítoris rozaba su base. Sabía lo buenos que eran los orgasmos provocados por Dax. Quería otro.

—No te gustan las mujeres que toman el control.

Soltó un gruñido y luego me levantó.

A continuación, me puso a cuatro patas, se colocó detrás de mí y me volvió a azotar.

—Demonios, este culo se ve bien con mis marcas de manos. —Tenía la sensación de que hablaba más consigo mismo que conmigo

—. Está bien, cariño. Así es como va a ser. Déjame explicártelo como un hombre. —Luego me penetró profundamente y grité—. Yo soy el que folla.

—Te odio —murmuré.

—¿Quieres que pare?

Fruncí el ceño y admití.

—Si paras, te disparo con tu SIG.

Soltó una risita embistiéndome con fuerza, tal y como me gustaba. Otra palmada.

—Te has mojado más. Como un hombre al mando, ¿verdad?

—No.

—Quizá debería meterte la verga en la boca para que dejes de mentir.

La idea de que hiciera precisamente eso, de que me tomara como quería, de que me mostrara quién estaba al mando con su verga, me calentaba cada vez más.

Se inclinó sobre mí, apoyando una mano en el suelo junto a la mía y llevando la otra a mi clítoris. Lo rodeó con los dedos y luego lo pellizcó.

—¡Oh! —gemí y dejé caer la cabeza entre los hombros.

—Ahora sé una buena chica y córrete otra vez alrededor de mi verga.

Debería odiarlo por manejar mi cuerpo a su antojo, como si me conociera de toda la vida. Pero no podía. No cuando me decía *buena chica* y me hacía venirme. Porque, tal y como me había ordenado, me corrí, apretando su verga y jadeando su nombre.

—Demonios, Fi, tu coño es un sueño.

Una sonrisa se dibujó en mis labios cuando él gimió y se corrió justo después. Puede que él fuera el mandón, pero mi coño era la fantasía de Mr. Traje.

13



DAX

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté, desplomado contra la estantería. No me quedaban suficientes neuronas para procesar mucho. Aunque la mayor parte de mi sangre se había desplazado hacia mi entrepierna cuando ella entró en la tienda, no parecía que volviera a circular con normalidad por lo pronto. Ni siquiera con la visión de ella intentando desenredarse los jeans de un tobillo y luego poniéndoselos junto con las bragas.

—Vistiéndome.

—¿Qué? ¿Por qué? —De nuevo, sin neuronas.

Ella giró la cabeza y me miró.

—Eh, ¿porque tienes una librería que atender?

—No es mía. Solo estoy sustituyendo a alguien.

—Claro. Hannah está de vacaciones. Bueno, seguro que le encantará saber el tipo de servicio que ofreces a tus clientes.

—Solo a ti, cariño. ¿Qué tal el culo? ¿Todavía te pica?

Me miró con ira. Yo sonreí, con mi verga agitándose de nuevo. Le gustaba, pero no iba a admitirlo

—Mira, esto ha sido... divertido y todo eso —me dijo, subiéndose la cremallera y abrochándose el botón delantero de los jeans—. Pero nunca va a funcionar.

Mis ojos se agrandaron y mi boca se abrió y cerró varias veces como un pez fuera del agua. Quizás estaba en esa situación.

—¿Crees que pienso que esto es algo? —Puse la mano sobre mi pecho.

Mierda, se habían invertido los papeles. Ella era el chico, vistiéndose y largándose después de un polvo. Aunque no estábamos cerca de una cama, era como si estuviera sentado en una, con las sábanas subidas y abrazándome el pecho.

Se encogió de hombros.

Su gesto me cabreó.

—Cariño, ¿qué te he dicho antes? Aquí quien manda soy yo.

—Sí, claro —dijo ella con una risita—. Ni siquiera sabes usar la caja registradora.

—Estoy echando una mano —respondí apretando los dientes.

—Da igual. No he conseguido lo que venía a buscar, así que me voy.

¿No había conseguido lo que había venido a buscar? Lo había conseguido. Lo había conseguido. DOS VECES. Para cuando me subí los jeans por encima de las caderas, me deshice del condón usado que todavía tenía en la verga y me puse de pie, ¿sabes qué coño hizo ella? Se marchó, con la campanilla tintineando detrás de ella.

¿Por qué estaba tan molesto? Había sido solo un polvo. Sexo increíble sin ataduras. Sin vínculos emocionales, tal y como me gustaba. La única razón por la que nos dijimos nuestros nombres fue porque yo le pregunté el suyo primero.

Se había ido. Me había librado. No tendríamos que volver a vernos nunca más. Era lo que siempre había querido y siempre lo dejaba claro con las mujeres de antemano. Eso significaba diversión. Algo de una sola vez. Follar y olvidar. Podía sonreír cada vez que iba a visitar a Hannah y Jack sabiendo lo que había hecho en la sección... Busqué en las estanterías alguna pista… La sección *extra picante*.

Pero no. NO. Esta vez no. No tenía ni idea de por qué Fiona me había molestado tanto. Lo único que sabía era que no iba a dejar que se marchara. Pero ya lo había hecho. Diablos. No habíamos terminado. Ni hablar. ¿Por qué? No tenía ni idea. Porque un mediador solo follaba.

Entré en la trastienda de Hannah y encontré el software de seguridad en su ordenador de sobremesa. Después de borrar algunas de las imágenes de seguridad para que no hubiera porno nuestro por ahí, envié una captura de pantalla —con ropa— a Nitro. Con su nombre y el reconocimiento facial, lo sabría todo sobre ella.

14



FIONA

HABÍA FOLLADO con el Mr. Traje de antebrazos sexys en una librería.

Dax.

No podía creer lo que había hecho. ¿Acaso había perdido la cabeza? ¿Me había vuelto loca? Ni siquiera me gustaba ese tipo y sabía perfectamente que yo no le gustaba. Sin embargo, la química entre nosotros era increíble. El sexo era increíble.Quizás Dax también estuviera loco. Abandonó la escena del crimen, gritándome por haberme enfrentado al ladrón armado y dándome unos azotes por ello. ¿Realmente había sucedido?

Volví a mi apartamento de vacaciones, furiosa. Enfadada conmigo misma. Obviamente, verlo por segunda vez me había vuelto loca. Me volvía loca. Y me había llevado al orgasmo. Maldición, era muy hábil. Sexy. Esa barba incipiente. Esos ojos. Esos dedos. Esa verga.

Mi coño palpitaba por todo eso.

—Trabaja en una librería romántica —dije en voz alta, volviendo a meter en la bolsa las pocas prendas que había sacado—. Él. ¿Qué sabe él del romance? ¡Nada! Llevaba un arma. Y me azotó. Ese tipo no sabría lo que es la luz de las velas ni aunque se prendiera fuego.

¿Por qué estaba tan enfadada? Había tenido sexo. Sexo realmente bueno. Pero había sido con un tipo mandón y autoritario. Uno que pensaba que necesitaba que le dijeran lo que tenía que hacer y me daba azotes en el culo cuando no hacía lo que él quería.

Odiaba a los hombres como él. Los evitaba. Los arrestaba. No me acostaba con ellos ni sentía nada por ellos.

Resoplé y me pasé una mano por la cabeza.

Excepto que sí. Sentía algo por Dax. No estaba segura de qué exactamente, si era interés, deseo o ganas de estrangularlo. O las tres cosas. Por eso estaba huyendo. No necesitaba involucrarme con un tipo como él. Me habían lastimado demasiados hombres en el pasado y seguía ocurriendo. Neidermeyer y Trotter eran dos ejemplos perfectos —y recientes— de por qué los hombres apestaban.

Un encuentro fugaz en el suelo de una librería era una cosa, pero cualquier cosa más allá de eso era simplemente una estupidez.

Mi padre me había enseñado que no podía apegarme a ningún hombre. No porque fuera un padre amoroso que intentaba alejarme de los tipos equivocados y acercarme a mi príncipe azul. Sino porque era un hombre cruel, despiadado y un narcisista peligroso, el primero en destrozar mi corazón. Sabía que no debía entregar mi corazón ni ninguna otra parte de mí a nadie. Nunca.

Había estado en Coal Springs un día. ¡Un solo día! Y a excepción del arroz con queso y los orgasmos, había sido un desastre. Hannah no estaba aquí. ¿Por qué tenía que estar de vacaciones dos semanas? No había manera en el infierno de que me quedara rondando su librería, donde ella no estaba y Dax sí, aparentemente manejando el lugar contra su voluntad, esperando su regreso. No podía quedarme en este pueblo lleno de amabilidad. Podría terminar en la casa de Pops renunciando a mi vegetarianismo y comiendo carne asada si me quedaba demasiado tiempo. Yo no pertenecía aquí.

Cerré mi bolso con un zip y me dirigí al auto.

Mientras conducía por Candy Cane Lane, dos niños en bicicleta me saludaron. Me saludaron. Yo era una desconocida. Este lugar era como un episodio de *The Twilight Zone*. Crecer en una mega mansión, evitando o escondiéndome de mi padre, había sido una realidad completamente opuesta a Coal Springs, con sus bicicletas y arroz con queso.

—¿No les enseñaron sus padres a no sonreír y saludar a los extraños? —murmuré en voz alta.

A la salida del pueblo, un cartel de «Saliendo Coal Springs» tenía escrito debajo, en letras grandes y alegres: «¡No corra!»

Recordé la voz ronca de Dax ordenándome hacer justo lo contrario alrededor de su maldita…Mi cuerpo se tensó al recordar. Todavía dolía. Por lo grande que había sido.

—¡AAAAAHHHH! —grité dentro del coche. ¡¿Cómo se atrevía a tomar el control de mis pensamientos?! ¿Estaba tan molesta con él porque había hecho que mi cuerpo se enamorara de él? Eso tenía que ser.

El camino de dos carriles entre Coal Springs y la autopista serpenteaba a través de las montañas. Las barandillas que bordeaban el precipicio eran la única cosa que evitaba que los autos cayeran al vacío. Era imposible ir rápido, y sin más opción, terminé detrás de una casa rodante que iba muy por debajo del límite de velocidad.

Al tomar una curva, vi una camioneta estacionada en un pequeño desvío. Reconocí el dibujo caricaturesco de un pepinillo fálico en el costado. Las puertas traseras estaban abiertas, y un hombre estaba de pie entre ellas frente a varios tambores blancos de cinco galones cargados en el interior. Otro hombre estaba junto a la barandilla con uno de los tambores y estaba… ¿estaba arrojando pepinillos por el borde? Pasé junto a ellos y miré por el retrovisor. Sí, definitivamente estaban tirando pepinillos por un acantilado.

—¿Pero qué cojones? —murmuré.

Recordé mi carrera de esa mañana. Había visto la misma camioneta frente a *La Cueva del Pepinillo*, descargando los tambores y llevándolos al interior de la tienda. ¿Y ahora estaban tirando su contenido por un acantilado? Eso me hizo recordar algunas voces que había oído cuando estaba en la librería con Dax. Entre el ruido de los autos, los baños y las mujeres comprando ropa de bebé, había escuchado las palabras "envío y *tirar los pepinillos*".

Que alguien desechara comida no era tan raro. Tal vez los pepinillos estaban en mal estado y tenían que deshacerse de ellos por cuestiones de salubridad. Quizá querían alimentar a las cabras

montesas y a los linces que vivían en la ladera. O tal vez se habían volcado en la parte trasera de la camioneta al tomar una curva y no les quedaba otra opción que tirarlos.

Tampoco era extraño que una camioneta de pepinillos estuviera entregando pepinillos a una tienda de pepinillos temprano en la mañana. Ni tampoco lo eran las palabras *envío* o *tirar los pepinillos*. En su momento, no significaban nada, aparte de que estaba demasiado distraída. Pero ahora veía la imagen completa. O al menos una imagen más grande. ¿Qué tipo de empresa traía mercancía sólo para deshacerse de ella intencionalmente?

Obviamente, los pepinillos son un alimento popular en todo el mundo. Sin embargo, nunca, ni una sola vez, había visto una tienda exclusiva de pepinillos. Claro, una estantería de pepinillos en el supermercado o en una tienda de especialidades para barbacoas. ¿Pero en Coal Springs, donde la nieve cubría todo durante ocho meses al año, haciendo que los picnics al aire libre fueran prácticamente imposibles?

Un kilómetro más adelante, me salí del camino y me detuve en un pequeño estacionamiento en el inicio de un sendero. Golpeé el volante con los dedos, pensando. Algo raro pasaba con esta gente de los pepinillos. Algo... inusual. Tal vez incluso ilegal.

—Mierda —murmuré.

¿Podía simplemente regresar a Denver y dejar pasar este misterio? Digo, era contaminación con pepinillos, no tráfico de personas.

—Ahora entiendo cómo se sentían Scooby Doo y su pandilla.

Debería dejarlo pasar. ¿A quién le importaba? Pero ¿a qué iba a regresar? ¿A mi apartamento, en el que apenas estaba, donde había una sola foto colgada en la pared de la sala porque los anteriores inquilinos la habían dejado ahí... hace tres años?

Ni de broma volvería al trabajo después de sólo dos días. Había venido a Coal Springs por Hannah. Tenía alquilado el lugar por un mes. Podía husmear un poco y averiguar qué pasaba con *La Cueva del Pepinillo* hasta que Hannah regresara. Me daría algo en qué ocuparme.

—Mientras me mantenga alejada de Dax, todo estará bien.

15



DAX

EN LUGAR de volver a abrir la tienda, pasé media hora en la oficina de Hannah borrando las imágenes de las cámaras de seguridad. Nunca había grabado un vídeo sexual, pero tenía que admitir que verlo era muy excitante. Cuanto más lo veía, más posesivo me volvía. Nadie más debería ver a Fiona así. Desinhibida. Salvaje. Mía. Porque cada pizca de placer que veía en su rostro era gracias a mí.

Después de descargar una foto de Fiona entrando en la tienda, pulsé *borrar* e hice desaparecer las últimas dos horas de grabación. Si a Jack le molestaba que faltara algo, que le dijera a su mujer que buscara empleados que no tuvieran apendicitis.

Llamé a Nitro.

—Te acabo de enviar una foto por correo electrónico.

—Vale, espera. —Oí el ruido de unas ruedas y luego el repiqueteo de unos dedos sobre un teclado. Estaba en su oficina, escondido como en una cueva de murciélagos. Incluso cuando no estaba allí, nunca le había visto sin un ordenador, un portátil o una tableta cerca.

—Se llama Fiona —le dije.

—Estás arrasando con las chicas en Coal Springs. Quizá debería ir a echar un vistazo.

—Es la mujer de la tienda de conveniencia. Ha venido a la tienda de Hannah. —Yo también había ido a la tienda de Hannah, pero omití ese detalle—. Supongo que todavía estás esperando el informe

del robo. Empieza con la foto y mira si encuentras alguna coincidencia facial, luego pasa a su nombre y...

—Listo.

Parpadeé. Apenas habían pasado diez segundos.

—¿Qué? ¿Ya?

—Soy así de bueno. —Podía oír su sonrisa de satisfacción en sus palabras.

—No quiero insultar el tamaño de tu ego porque necesito que sigas trabajando para mí —murmuré. Lo tenía contratado para cualquier información que necesitara. Si iba a arreglar las cosas para gente sospechosa, siempre necesitaba saber primero en qué me estaba metiendo.

—Soy así de bueno, pero también obtuve un resultado inmediato porque ella está en la base de datos del FBI.

Me quedé mirando su foto en la pantalla del ordenador. Parecía que iba a pintar cerámica o algo así. ¿Qué coño?

—¿Es una criminal? ¿Ella? Lleva un puto cárdigan.

—Y está buenísima con él.

Quería atravesar el teléfono y arrancarle la cabeza por haberse fijado, pero me quedé atascado en el hecho de que era una criminal. Un golpe en la cabeza con una sartén habría sido menos impactante.

—Literalmente dijo que detuvo el robo de la tienda porque él estaba infringiendo la ley. Es como llamar a Hacienda y decirles que te han devuelto demasiados impuestos.

Nada de esto tenía sentido. Claro, era muy exigente, ordenada y pulcra. El pelo y el maquillaje perfectos. El coño depilado, lo que significaba que era muy cuidadosa con su aspecto, pero no le daba miedo ensuciarse las manos. Ni con una pistola, ni conmigo. Llevaba un arma. Sabía moverse. Tenía agallas y no sudaba ni una gota bajo presión. ¿Qué tenía el FBI en contra de ella? ¿Fraude fiscal? ¿Contar cartas? ¿Malversación?

—No es una criminal —dijo Nitro, interrumpiendo mis pensamientos—. Es peor.

Me puse de pie de un salto y empecé a caminar por la pequeña oficina.

—¿Peor?

—Es Fiona Whitaker, agente del FBI, oficina de Denver.

16



FIONA

CONDUJE DE REGRESO por Candy Cane Lane y me vi obligada a reducir la velocidad cuando Dottie me saludó desde la acera. No es como si pudiera fingir que no la había visto, considerando que parecía estar guiando un avión comercial hacia la puerta de embarque.

Miré primero por el retrovisor, luego me acerqué a la acera y bajé la ventanilla del pasajero.

—¡HOLA! —dijo, aparentemente encantada de verme. Se acercó a mi coche con un labrador amarillo a su lado. Hoy llevaba unos joggers verdes —aunque dudaba que realmente corriera—, una camisa blanca con cuello y una visera.

—Hola, Dottie. ¿Quién es tu amigo?

Sonrió y miró hacia abajo. El perro tenía la nariz en alto, captando algún olor, pero por lo demás permanecía quieto, esperando a que Dottie continuara su paseo.

—Este es Scooter. —Scooter era el tipo de perro tan tranquilo que probablemente dormía veintitrés horas al día, perseguía una pelota la otra hora y no mostraba mucho interés en nadie más allá de una olfateada indiscreta o un rasguño detrás de las orejas—. Estuve en casa de mi amiga Lureen Vidor, unas casas más abajo de la tuya.

—Qué bien.

—¿Cómo va tu visita hasta ahora? ¿Ya conociste al chico de los libros románticos? —preguntó con entusiasmo.

Mi boca se abrió y la miré con los ojos bien abiertos. Sabía que en los pueblos pequeños las noticias volaban y Dottie era prueba viviente de ello, pero esto ya era un poco exagerado. ¿Sabía sobre lo de Dax y yo en la librería? Pensé que nos habíamos escondido bastante bien, al menos después de que las clientas se fueron.

—¿Qué? —balbuceé.

—¿Encontraste ya a tu galán romántico?

Suspiré aliviada.

—No. Todavía no.

Había encontrado a uno atractivo, sí, pero no tenía nada de héroe romántico. ¿Cómo se llamaban esos tipos? Ah, sí. Los antihéroes.

—Si estás sola, puedes venir conmigo al partido de T-ball de mi nieta. —Miró a ambos lados, luego se inclinó ligeramente y susurró —: No lo disfruto porque es aburridísimo. Lo único que hacen los niños es hurgarse la nariz o arrancar dientes de león del campo, pero no puedo perderme a mi pequeña Evie.

Había estado en el equipo de sóftbol de la División de Malversación durante tres veranos y había sido aburridísimo. Jugaba con adultos y aun así se hurgaba la nariz, y ninguno de ellos era lindo.

—Yo… eh, tengo planes, pero gracias.

No tenía ninguno, pero encontraría algo —lo que fuera— para evitar ver a un montón de niños corriendo sin control.

Dottie me estudió con esa mirada que solo la gente mayor domina.

—No has comido. Tenía la sensación de que eras de esas personas que no cocinan por la forma en que atacaste ese plato de arroz. Te llevaré algo.

Oh, Dios.

—Dottie, no tienes que…

—Necesito tu número para que sea más fácil —dijo, sacando su celular de una riñonera en su cintura. —Probablemente no era la

mejor idea—. Estoy preparando burritos de verduras y frijoles —agregó.

Pensándolo bien… Le di mi número.

—Mañana en la noche es noche de manualidades, así que te llamaré antes de pasar por ti —dijo mientras guardaba su teléfono—. ¡Vendré en un rato! —agregó, alejándose con un gesto de despedida.

Scooter trotaba a su lado, sin mostrar el menor interés por la ardilla que cruzó la calle corriendo. ¿Qué diablos acaba de pasar? Todavía me preguntaba cómo me habían enredado en noche de manualidades, lo que fuera que significara, cuando estacioné en la entrada y abrí la puerta del alquiler vacacional.

Por el rabillo del ojo, vi a alguien sentado en el sofá.

Agarré mi pistola, me giré y apunté.

—Hola, Fiona.

Sentado... no, reclinado en el sofá de mezclilla, estaba Dax en todo su irritante y atractivo esplendor. Sonriendo, el desgraciado.

17



DAX

SI LAS MIRADAS MATARAN, estaría a cinco metros bajo tierra. Pero en lugar de asustarme, su mirada me excitaba. Sobre todo, porque Fiona me había apuntado con su pistola. Nunca antes me había gustado nadie de las fuerzas del orden, pero ahora sí, sin duda alguna.

—Pareces dispuesta a disparar a mucha gente —comenté.

Aunque ahora sabía por qué iba armada y era tan hábil derribando a un delincuente, no se lo iba a decir. No lo había mencionado en todo el tiempo que llevábamos juntos. Claro, la primera vez había sido durante un robo a mano armada y la segunda habíamos follado y ella no había dicho mucho más que *más fuerte* y *más profundo*.

Un mediador sabía cuándo guardar información y cuándo compartirla. Nunca sabía cuándo podría necesitar una ventaja.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sin bajar el arma.

—Para ser una mujer a la que hice venirse dos veces hace menos de tres horas, no pareces muy contenta de verme.

—¿Cómo has entrado? —Miró a su alrededor buscando una ventana rota o algo así. Como si fuera tan descuidado. Las cerraduras no me impedían entrar.

Negué lentamente con la cabeza.

—Pareces tensa. Ven, súbete a mi verga y te lo arreglaré todo.

En lugar de hacerlo, siguió insistiendo.

—Volviendo a mi primera pregunta, ¿qué haces aquí?

Levanté la barbilla.

—Mi pistola es más grande que la tuya, cariño. Sé que te gusta que sea así.

Ella puso los ojos en blanco, suspiró y bajó el brazo.

—Por Dios, Dax.

—Tú me has llamado Dios varias veces.

Me dio la espalda y se fue a la cocina. Cuando oí abrirse la puerta de la nevera y luego los sonidos del microondas, me di cuenta de que no iba a volver. No pude evitar sonreír. Maldita sea, hacía tiempo que no me divertía tanto. No me había disparado, así que había posibilidades de que volviéramos a hacer lo de antes, pero en la cama.

—¿Por qué te has ido corriendo? —le pregunté cuando la alcancé en la otra habitación.

Se dio la vuelta, con el microondas contando los segundos junto a su cabeza, y se apoyó en la encimera.

—Porque hemos follado en medio de una librería. —Me estudió —. No pareces muy cariñoso.

—Tú tampoco. —No diría que era fría como el hielo, porque había conocido a algunas mujeres que podían clasificarse como zorras despiadadas. Además, sabía con certeza que Fiona era muy apasionada. No, era... irritable. Fui lo suficientemente inteligente como para no decirlo en voz alta, aunque parecía que me excitaba lo irritable—. Bonito lugar —dije, mirando a mi alrededor.

Era una casa pequeña, renovada. Tenía dos puertas de entrada, ventanas de fácil acceso en los dos dormitorios, sobre el fregadero de la cocina y en el lavadero. Las alarmas de humo estaban en buen estado. Las cerraduras de las puertas eran nuevas y resistentes. Pero no lo suficiente como para impedirme entrar.

—Es un alquiler vacacional.

El microondas sonó y ella se giró para sacar un plato humeante. Por eso estaba allí. Para averiguar por qué una agente del FBI quería follarme en el suelo de una librería. Desde que Nitro me dio la noticia, tenía un montón de preguntas. ¿Me estaba investigando? ¿Estaba investigando a Jack? Si era así, ¿por qué? Había años y años

de porqués podía estar investigando. Asesinatos. Sobornos. Desmembramientos de cadáveres. Abandono de cadáveres. La lista era jodidamente larga. Pero ¿por qué ahora?

Ya le había dado vueltas y había llegado a la conclusión de que nuestro encuentro en la tienda había sido casual. Ella había llegado allí primero. No era como si me hubiera seguido desde Denver. No era como si supiera que un tipo iba a intentar robar el lugar. ¿Era otra coincidencia que ambos hubiéramos acabado en Coal Springs? ¿Y la librería?

Ella no estaba en la ciudad por mí.Tenía que ser Jack. Fuera lo que fuera lo que estaba investigando, tenía que ser algo antiguo. Jack y yo nos ocupamos de Sal Reggiano durante el verano para que pudiera dejar su trabajo de sicario. El mafioso estaba entre rejas hasta su juicio o hasta que llegara un acuerdo con la fiscalía. En cualquier caso, Jack había estado del lado de la ley en esa operación. Además, él no había matado al tipo.

No se me ocurría nada más.

Menos mal que Jack estaba de vacaciones, donde Fiona no lo encontraría. Obtendría la información que necesitaba y solucionaría el problema que Jack ni siquiera sabía que tenía. No, no iba a matarla. Iba a averiguar cuáles eran sus intenciones y luego quizá le diría a él que Hannah y él tenían que mudarse a un país sin tratado de extradición.

—¿Eres de fuera? —indagué.

—Has entrado en mi casa. ¿No crees que debería ser yo quien hiciera las preguntas?

—Digamos que no he tenido suficiente contigo antes.

Eso era cierto. Demonios, mis pelotas me habían estado diciendo que la localizara y me la follara de nuevo desde que me había corrido.

Sus ojos azules se clavaron en los míos y ahí estaba. La conexión. Diablos, era guapa. No era elegante, pero tampoco era una hippie de Colorado que no se depilaba las axilas. ¿Cuál era la palabra? Natural. Sin esforzarse, era impresionante. También sin esforzarse, me había atraído como una trucha a un señuelo de

mosca. Por eso quería cruzar la habitación y besarla. Inclinarla sobre la isla central. ¿Era buena idea follarme a la posible enemiga?

Cogió el plato, que parecía un montón de arroz, y sacó un tenedor de un cajón junto al lavavajillas. Todo en esa cocina era blanco. Los armarios, las encimeras, los electrodomésticos. Estaba limpia, luminosa y alegre. Luego sacó un taburete blanco y se sentó en la isla.

—Está bien. Soy de Denver.

Bien, decía la verdad.

Se llevó un poco de arroz a la boca. El aroma me llegó a la nariz. Diablos, qué bien olía.

—¿Vives en Denver y estás pasando las vacaciones en Coal Springs? —Fui al mismo cajón y cogí un tenedor. Me coloqué en diagonal a ella, en la isla, con el plato de arroz delante de mí—. Ni siquiera es el fin de semana del festival del castillo de hielo, ni la temporada de esquí, ni nada por el estilo. ¿Hay algún evento para celebrar los fardos de heno que no te puedes perder?

Cogí un poco de arroz y lo probé. Maldición, qué bueno estaba.

Ella levantó la mirada del plato. Sus pálidos ojos se clavaron en los míos. Agarró el plato y lo acercó hacia sí, casi abrazándolo. Alargué la mano y lo tiré hacia mí.

Ella refunfuñó. Yo también. Y me puse duro. *Esta mujer.*

—¿Nadie te ha enseñado a compartir? —le pregunté.

—Tienes piojos —respondió.

Al instante, sonreí.

—Deberíamos haber hablado de los piojos hace unas horas, cuando intercambiamos saliva y me metí dentro de ti.

Ella soltó el plato y cedió.

Nos quedamos sentados en silencio durante unos segundos, todo un récord para nosotros, antes de que yo preguntara:

—¿Tu hiciste esto?

Con la boca llena, respondió:

—Yo no cocino. Dottie, mi nueva mejor amiga de Coal Springs, me lo trajo ayer. Un guiso de bienvenida.

—¿Un guiso de bienvenida? —pregunté, sin saber muy bien qué era eso.

Agitó la mano libre en el aire.

—¿Verdad? Al principio sospechaba, pero me conquistó con el queso.

—Tu debilidad. Es bueno saberlo.

Me señaló con el tenedor y luego al plato que había entre nosotros.

—También es tu debilidad, por la forma en que te lo estás comiendo.

Estaba jodidamente bueno.

—¿Qué estás haciendo aquí, Fiona? —le pregunté, devolviéndole su pregunta.

Dio otro bocado, masticó y tragó. Levantó la mirada para encontrar la mía. La sostuvo.

—He venido a la ciudad para ver a tu jefe.

Fruncí el ceño. ¿Mi jefe? Yo no tenía jefe. Genial, estaba investigándome.

—Hannah Highcliff.

Me costó casi imposible tragar el último bocado de arroz. ¿Estaba investigando a Hannah? Esa mujer era como Blancanieves, con animalitos correteando a su alrededor mientras les cantaba en el bosque. Era imposible que Hannah hubiera hecho algo malo, salvo olvidarse de llevarle a su madre la ensalada de patatas.

Entonces recordé lo que dijo cuando se subió los pantalones después de nuestro pequeño divertimento en la librería. «Hannah está de vacaciones». Hannah. Nunca le dije a Fiona el nombre de Hannah, solo le dije que mi jefa estaba de vacaciones. Achaqué ese lapsus a un orgasmo que me cambió la vida. Eso significaba que ya sabía el nombre de Hannah cuando entró en la tienda. Realmente había venido a la ciudad para encontrarse con Hannah.

—En realidad no trabajo en la librería —admití, esperando que me dijera que trabajaba para el maldito FBI.

Ella sonrió.

—Qué bien. Aunque tu cara bonita podría ayudar a vender un montón de libros, eres muy malo en tu trabajo.

Era cierto, y el lugar solo había estado abierto veinte minutos antes de que cerrara por el resto del día.

—Mi cara no es bonita. —Rugosa. Guapa, tal vez. Pero no es bonita.

Ella puso los ojos en blanco, lo que me resultaba cada vez más entrañable y molesto cada vez que lo hacía.

—Está bien, eres horrible. ¿Dónde están las bolsas de papel en este lugar? —preguntó, mirando alrededor de la cocina como si fueran a aparecer por arte de magia.

—¿Estás buscando trabajo en la librería? —le pregunté, desviando la conversación de mi aspecto y poniéndola a prueba.

Ella se burló y luego se llenó la boca de arroz con queso, hinchando las mejillas.

—Definitivamente no soy del tipo romántico.

Por la forma en que hablaba con la boca llena, eso era obvio.

—¿Entonces qué?

Sus hombros se encogieron mientras seguía masticando y tragando. No apartó la mirada en ningún momento. Me estudiaba. Decidía algo. Prácticamente contuve la respiración. ¿Estaban mis amigos metidos en un buen lío?

—Hannah y yo recibimos radioterapia con bisturí de rayos gamma en el mismo sitio y quería conocerla.

18



FIONA

Los ojos se le salieron de las órbitas como los de un personaje de dibujos animados aplastado por un yunque.

—Mierda, ¿tenías cáncer? ¿Estás bien?

Dejó caer el tenedor en el plato con un estruendo.

Sus ojos azules me recorrieron de arriba abajo y, sorprendiéndome, se puso de pie de un salto. Entonces, me agarró de la mano, me llevó hacia él y me inspeccionó. Literalmente me miró de arriba abajo. Sus manos me siguieron, pero no de una forma sexy.

—No, no tenía cáncer —le dije, apartando sus manos inquietas—. Tenía un neuroma acústico.

Parpadeó y se puso las manos en las caderas.

—Explícame como a un niño.

Arqueé una ceja.

—No será difícil. —Me miró con ira, y no como cuando bromeábamos. No, una vena le latía en el cuello y parecía... aterrorizado—. Es un tumor de crecimiento lento, no canceroso, que envuelve el nervio craneal. —Me toqué la oreja derecha con el dedo índice—. Afecta a la audición. Al equilibrio. Otras cosas.

Se pasó la mano por la nuca.

—¿Cómo lo descubriste?

—Como sabes, llevo un arma.

—Probablemente deberíamos hablar de por qué vas armada.

—Soy agente del FBI. ¿Cuál es tu excusa?

Volvió a mirarme con ira.

—Me gusta protegerme. Volvamos al tumor.

—Después de una sesión de radioterapia, desapareció al cien por cien.

Sus hombros se hundieron.

—Eso es bueno, cariño.

—No soy débil —repliqué de inmediato.

La mayoría de la gente pensaba que, porque me habían operado del cerebro —aunque sin abrirme el cráneo—, necesitaba estar envuelta en plástico de burbujas o recluida en una residencia con nombre ridículo como Shady Acres.

—Nunca dije que lo fueras. Debió ser aterrador.

Las personas sabían sobre mi tumor. Mis colegas en el trabajo. Neidermeyer. Trotter. Recursos Humanos. Como no tenía más que un puñado de conocidos, no les conté mis problemas de salud. Pasé por citas médicas, el tratamiento de radiación de un día, la estancia en el hospital y la recuperación, sola. No importaba. Estaba acostumbrada a hacer las cosas por mi cuenta.

El interés de Dax era un poco inquietante por su intensidad, pero también era... agradable. Lo que significaba incómodo, porque no estaba acostumbrada a lo agradable.

—Lo realmente aterrador fue que mi puntería falló, y nunca falla —le dije—. Cuando encontraron el tumor, eso lo explicó, además del zumbido en mis oídos. Siempre pensé que todo el mundo lo tenía después de un concierto ruidoso o algo así—. Ella levantó las manos junto a la cabeza—. El tratamiento fue radiación con bisturí de rayos gamma. Me pusieron un aparato en la cabeza, algo así como el nerd de *Ghostbusters* cuando se convirtió en el *Keymaster*, y luego dispararon radiación directo a la zona.

—¿Eso es todo? —Señaló mi oído y giró el dedo en círculos—. ¿Te pusieron un colador en la cabeza, te lanzaron radiación y listo?

Me encogí de hombros, complacida internamente de que conociera mi referencia cinematográfica.

—Más o menos.

Excepto por el hecho de que dos meses después empecé a escuchar realmente bien. Luego, increíblemente bien. Luego como un maldito murciélago. Dax no me creería. ¿Quién lo haría? Se reiría de mí. Dejaría de comer conmigo las sobras del arroz con queso y saldría por la puerta. Él… no me querría.

Aunque me sacaba de quicio, la idea de perderlo no me gustaba ni un poco. No iba a admitir que me gustaba que hubiera irrumpido en mi casa. Que quisiera verme lo suficiente como para hacer algo así. Era extrañamente romántico. Y me gustaba, lo cual era un problema. Por eso había salido primero de la librería. Era más fácil no dejar entrar a la gente. Si Dax quería volver a entrar en mi vagina, estaba bien. Pero en mi cabeza o en mi corazón no pasaría.

—No es algo en lo que piense mucho. Lo tuve. Lo resolvieron. Pasó. Fin.

El centro de radioterapia tenía grupos de apoyo, consejeros y todo tipo de recursos para ayudarme con mi salud mental tras un diagnóstico así. No quería nada de eso. No lo necesitaba. Sí, era una locura, pero tal como le dije a Dax, no me detenía en ello. Lo que sí me obsesionaba era el cambio en mi audición.

Las exploraciones de rutina después del tratamiento no mostraban signos de recurrencia tumoral, así que la audición extraordinaria no parecía ser una señal de algo malo.

Luego recibí la carta del departamento de radioterapia del centro de tratamiento. Decía cosas como:

#Los tratamientos de las máquinas de radiación pueden haber sido afectados por un problema de mantenimiento. Avísenos si experimenta efectos secundarios inusuales».

La máquina de radiación que había bombardeado mi cerebro estaba rota y ahora tenía un efecto secundario muy inusual. Ni loco les contaría sobre ello.

—¿Querías conocer a Hannah para desahogarte? ¿Hablar?

Hablar. Y averiguar si ella tenía un efecto secundario extraño también.

Asentí.

—Sí, quería formar un pequeño club con un apretón de manos divertido y un código secreto para compartir mensajes.

Su mirada se estrechó, quedándose justo al borde de una expresión de irritación.

—¿El tumor cerebral te hizo así de sarcástica y amarga?

Negué con la cabeza.

—No. Esta es mi disposición naturalmente radiante. ¿Cuál es tu excusa? ¿Hemorroides?

Ahora sí, su mirada era completamente feroz.

—Tu turno —lo apremié—. ¿Qué haces detrás del mostrador en una librería de romance cuando en realidad no trabajas aquí? ¿Y con una pistola? Y no me refiero a la que llevas en el bolsillo y que la señora del yoga quería probar.

Su sonrisa letal volvió.

—¡Yoohoo!

La voz desde la puerta hizo que Jack se girara de golpe, llevando una mano a su espalda. Lo detuve con una mano sobre su antebrazo antes de que sacara su famosa pistola y disparara a Dottie. No quería que se le cayeran los burritos.

—¡En la cocina! —grité. Parecía que necesitaba mejores cerraduras en este lugar.

Dax me miró, pero no dijo nada.

Dottie entró con un plato cubierto en las manos. Sus ojos fueron directos a Dax, como un misil teledirigido hacia su objetivo. Estaba así de atractivo.

—Oh, bueno, ¿no eres tú muñeco?

—Dottie, él es mi… —¿Quién era Dax? ¿Un enemigo-amigo? ¿Un imbécil con un toque de cretino?

Dax se puso de pie.

—Novio. Soy el hombre de Fiona.

¿Qué cojones?

19



DAX

TAL VEZ FUE una estupidez decir eso, considerando la forma en que Fiona me miraba, como si quisiera matarme con sus propias manos. Conociendo la manera en que manejaba un arma, incluso después de un tumor cerebral, no me sorprendería que tuviera habilidades de ninja y pudiera hacerlo con un *Vulcan Death Grip* o algo así.

También fue una estupidez porque Dottie, la mujer mayor misteriosa y animada que entró a la casa como si viviera aquí, tenía una enorme sonrisa en la cara. De esas que dejan claro que le encanta ver a la gente emparejada y enamorada. Como si eso fuera posible.Ni siquiera me gustaba Fiona y estaba muy seguro de que, incluso después de compartir arroz con queso, ella me odiaba con todas sus fuerzas. Especialmente cuando estaba montada sobre mí.

Yo no era de novias y ahora me había adjudicado una. Era un idiota, pero Fiona me volvía completamente loco. Desde la primera vez que la vi en la tienda de conveniencia, perdí la cabeza. Tenía un tumor cerebral. Trabajaba para el FBI. Quería hablar con Hannah. Todo eso me decía que no era una máquina sin emociones. Y cuando bajó la guardia —y se quitó las bragas— pude ver otra faceta de ella. Una que quería ver una y otra vez.

Si no marcaba territorio de alguna manera, ella podría escapar otra vez.

—Sé que dijiste que esperabas conocer a alguien... —Dottie miró a Fiona y dejó la frase en el aire mientras colocaba otro plato tapado

sobre la encimera. Tenía la fuerte sensación de que ella era la responsable de las adictivas sobras de arroz y de que lo que hubiera debajo del papel de aluminio estaría igual de bueno.

Obviamente, yo no había participado en esa conversación. No me entusiasmaba la idea de que ella viniera a Coal Springs de vacaciones para ligar con un chico. Aunque eso era exactamente lo que había hecho conmigo. Prácticamente se me había echado encima en la librería. Apenas había podido defenderme de sus atenciones. Luego me había dejado tirado en el suelo, con la verga al aire.

—Supongo que es bueno que Scott esté colgado de Cammie Shoemaker —añadió.

Apreté los puños a los lados del cuerpo.

—¿Quién coño es Scott? —dije.

Fiona se apoyó en la barra e ignoró.

—Vine a la ciudad para conocer a Hannah Highcliff y me encontré con Dax en la librería.

Sí, nos conocimos y ella me dejó en el suelo con la verga fuera. La misma que me había llevado a su casa para más. Además del hecho de que era del puto FBI. Maldita sea, me había acostado con una agente del FBI. Jack se reiría a carcajadas.

Decirle a Dottie que era el novio de Fiona podía ser peligroso para mi salud, pero significaba que Fiona no iba a saltar sobre otros hombres en las tiendas de la ciudad. Como quienquiera que fuera Scott. También significaba que podía estar cerca de ella. Sí, para tener sexo, pero cualquiera que trabajara para el FBI y entrara en mi círculo, o en el de mis amigos, es decir, Jack y Hannah, necesitaba una estrecha vigilancia. Incluso si era por la razón exacta que ella había dado, conocer a Hannah debido a sus enfermedades pasadas.

Dudaba mucho, mucho, que Fiona fingiera un tumor cerebral para acercarse a Hannah con intenciones turbias. Algo que me había enseñado mi padre, Big Mike, era que, si había una amenaza o un peligro, no había que perderlo de vista. Mantenerlo cerca. Fiona levantaba más banderas rojas que un marinero haciendo señales de semáforo para comunicarse. Pero solo me lo había contado después de que entrara en su casa.

Me quedaría cerca de Fiona. Toda una vida sin confiar en nadie más que en Jack era precisamente lo que me había llevado a decirle a Dottie que era el novio de Fiona. No confiaba en ella. Vale, quizá también solté esa pequeña bomba sobre nuestra relación no tanto porque Fiona fuera una posible amenaza para Hannah, ya que ella estaba a salvo en Hawái teniendo mucho sexo, sino porque estaba obsesionado con ella. Su descaro. Su actitud distante, como la de un gato. Su coño mágico. No había terminado con ella. Ni loco.

Dottie me observó una vez más.

—Eres el hombre que estuvo a cargo de *Finales Felices* hoy. La peluquera de mi hermana escuchó de una clienta que tomó una clase de yoga esta tarde y recibió todo un relato. Tengo que decir que eres más guapo de lo que describieron.

No estaba seguro de si eso era un cumplido o no.

—Solo estoy cubriendo un turno.

—Sí, Elise tuvo una cirugía. Qué amable eres. —Se acercó, me dio una palmada en el bíceps y luego lo apretó—. Oh, vaya. —Dirigí mi mirada a Fiona y la vi morderse el labio. Era la segunda vez en el día que me sentía como un pedazo de carne—. ¿Eres amigo de Hannah? Qué dulzura de persona.

Era dulce, excepto con Jack. Tenía la sensación de que no lo dejaba salirse con la suya. Literalmente y figurativamente.

—Soy amigo de su hombre, Jack. Estoy cuidando a su gato mientras están fuera y la señora Metcalf me convenció de cubrir el lugar.

—La señora Metcalf es mi hermana.

Eso explicaba muchas cosas. Tenía la sensación de que Dottie también lograba que la gente siguiera sus reglas, igual que su hermana me había atrapado. Con una sonrisa.

Miró a Fiona.

—Trabajó con Hannah en la biblioteca. —Luego me miró a mí—. Si estás cubriendo un turno, ¿no deberías estar en la tienda?

Una sonrisa astuta se extendió por su rostro mientras nos miraba alternativamente a Fiona y a mí. Su expresión estaba llena de interés, entusiasmo y amabilidad. Fiona, en cambio, parecía lista para matar, sobre todo cuando cruzó los brazos sobre su pecho.

—Cerré temprano —le dije—. Estoy seguro de que estará bien por un día.

No estaba tan seguro, pero era una librería, no un maldito gato que actuaba como si estuviera muriendo de hambre cuando había comido en la mañana. Tanto Panqueque como la tienda estarían bien hasta la mañana siguiente.

—¿A qué te dedicas cuando no trabajas en una librería de romance? —preguntó.

Fiona arqueó una ceja y ladeó la cabeza. Parecía que ella también quería saberlo.

Ni lo sueñes, querida.

—Dottie, ¿qué nos trajiste para comer? Huele delicioso. —Levanté una esquina del papel de aluminio y eché un vistazo debajo. El aroma a ajo y especias intensas me hizo agua la boca—. Nos hemos estado terminando el arroz que trajiste y tengo que decir que es el mejor que he probado.

Le guiñé un ojo.

—Son mis famosos burritos. De vegetales y frijoles. —Se inclinó y susurró en tono confidencial—: Es vegetariana.

Asentí.

—Entendido.

—Están bañados en chile verde —añadió—. Espero que te guste lo picante.

Miré directamente a Fiona cuando respondí.

—Me encanta lo picante.

—Gracias por pensar en mí, otra vez —dijo Fiona con efusividad, sujetando los hombros de Dottie y guiándola hacia la puerta principal—. Estoy segura de que no quieres perderte el partido de T-ball de tu nieta.

Dottie miró su reloj.

—Ah, sí. Tengo las rodajas de naranja para el descanso del séptimo *inning*. No puedo llegar tarde o será un desastre. —Con un leve saludo, salió tan rápido como había entrado—. Mañana te llamo para la noche de manualidades —anunció mientras se iba.

Fruncí el ceño cuando la puerta se cerró detrás de ella.

—¿Noche de manualidades?

Fiona negó con la cabeza y se dirigió hacia los burritos.

—Ni idea.

Retiró el papel de aluminio. Maldita sea, tenía buena pinta. Pequeños balones de fútbol de pura delicia vegetariana, cubiertos con chile verde, queso derretido, tomates picados e incluso finas rodajas de cebolla verde.

—¿Qué fue eso de novio? —preguntó—. ¿Estás loco? Eso se va a difundir en el T-ball más rápido que los piojos en la escuela.

Me encogí de hombros, sin demasiada preocupación.

—Nada de Scotts para ti.

—No estoy interesada en Scott.

El plato de arroz —que estaba casi vacío— quedó olvidado cuando Fiona agarró su tenedor y se acercó más a los burritos.

—Bien. —Si lo que quería era una verga, yo tenía una—. ¿Quién es Scott?

—El nieto de Pops.

—¿Quién es Pops?

Ella ladeó la cabeza.

—No eres de Coal Springs, ¿verdad?

—No. ¿De verdad no comes carne?

Ella negó con la cabeza y yo sonreí.

—Pero te encanta la mía.

Se quedó boquiabierta y yo quería esos labios alrededor de mi verga. Ahora mismo. Toda esa discusión me había puesto duro.

—No puedo creer que hayas dicho eso.

Me encogí de hombros y fui a desabrocharme el botón de los jeans.

—Es la verdad.

Ella no lo negó y sus mejillas se tiñeron de un bonito tono rosado. Su mirada siguió la de mi mano.

—¿Qué estás haciendo?

—Yendo por la segunda ronda. —No dijo que no. No me rechazó. Lo tomé como un sí. Deslicé la mano dentro de mis jeans, que ahora estaban más sueltos, y agarré mi verga, que estaba realmente dura —. ¿Tienes hambre?

Me miró de arriba abajo, igual que había hecho Dottie, pero me gustó mucho el brillo de interés en sus ojos. Su mirada también se detuvo en mi mano metida en los pantalones.

—¿Hablas en serio?

—En serio.

—¿Como la pistola que llevas? —preguntó, volviendo a indagar en mi vida.

—Si quieres follar, aquí estoy. Nada de Scotts. Ahora soy tu novio falso.

Dejó caer el tenedor y se acercó a mí por detrás de la barra. Me deseaba más que unos burritos caseros. Eso lo decía todo. O quizás iba a darme una patada en los huevos.

—Sabes que esto es una locura —dijo señalándose a sí misma, luego a mí, con la mirada fija en mi mano y en cómo me estaba masturbando desde la raíz hasta la punta. Una gota de líquido preseminal brotó en la punta y la unté en mi piel con el pulgar.

Asentí con la cabeza.

—Lo sé.

Se humedeció el labio inferior. Diablos. Más líquido preseminal.

—No busco una relación ni un novio, aunque toda la ciudad lo creerá por la mañana.

Asentí con la cabeza.

—Bien. Con ser el novio falso me vale. Yo tampoco busco nada serio —respondí.

Sabía que quería más con Fiona. Más sexo. Más provocaciones. Más. Simplemente más.

Ella dio un paso hacia mí.

—Sabes que tengo preguntas. Como de dónde eres. Por qué estás aquí, porque eres el peor empleado de librería que he visto en mi vida. Cómo...

—Cariño, tengo la mano en la verga que montaste tan bien antes y tu mente está en otra parte.

Ella frunció el ceño.

—No es verdad.

—Tu mente tiene más pestañas abiertas que un ordenador.

Parecía enfadada, sobre todo cuando puso las manos en las caderas.

—¿Puedo recordarte que te colaste en mi casa?

—Sigues hablando. Ponte de rodillas y te daré algo para callar esa boca y ese cerebro que tienes.

Esa mirada. Demonios, era sexy. Por la forma en que le devolvió el golpe, no estaba acostumbrada a que alguien le discutiera. Yo tampoco. Estaba mojada. Tenía que estarlo. Le gustaba tanto como a mí este sexo lleno de odio. Podía negarse. Podía sentarse y comerse un burrito vegano. No hizo ninguna de las dos cosas.

Estaba muy tensa y parecía necesitar tenerlo todo bajo control. Era lógico, siendo agente del FBI. También era lógico si tenía un tumor cerebral sorpresa. La había visto relajarse. Un pequeño roce con el dedo y su mente se quedaba completamente en blanco. ¿Y cuando me cabalgaba la verga? Era jodidamente perfecta.

Quería volver a tener a esa Fiona y tenía la sensación de que yo era el único que podía conseguirlo. Y probablemente la única persona a la que ella permitía hacerlo. No parecía doblegarse ante nadie, ni ante nada. Ni siquiera ante un puto tumor. Excepto ante mí.

Nos miramos fijamente. Yo esperaría a que ella cediera. No era un amor romántico. Ni loco. Pero era algo y era explosivo. Intenso. De pie, justo delante de mí, nuestros ojos se encontraron. Entonces se arrodilló a mis pies. Era posible que me corriera allí mismo, en mis jeans, al verla. También era posible que me mordiera la verga. Era un riesgo que estaba dispuesto a correr.

—Esa es mi buena chica —le dije, acariciándole el pelo.

20



FIONA

ME ESCAPÉ de mi propia casa. ¿Por qué? Porque dejé que una verga mágica me volviera loca. Seis, no, siete veces. Debería haber echado a Dax cuando le dijo a Dottie que era mi novio. No, debería haberlo echado cuando empezó a comerse mi arroz con queso como si fuera un derecho, no un privilegio. Pero no. No. Perdí la cabeza cuando se metió la mano en los jeans y empezó a masturbarse.

Los hombres no hacían eso. Al menos los débiles con vergas sin talento que follaban sin preliminares no lo hacían. Pero Dax era diferente. Era arrogante. Sabía qué hacer con su verga. Sabía que me gustaba. No parecía un pervertido masturbándose en mi cocina. ¿Por qué? ¡Porque su verga era mágica!

Debería haberme repugnado. Debería haberle dado una patada en los huevos. Debería haberle dicho que era una infracción del código sanitario. Algo. En lugar de eso, me arrodillé como la maldita *buena chica* que era.

—Ush —refunfuñé, empezando a correr por la acera.

El sol empezaba a teñir el cielo de rosa. Todo estaba en silencio. Dax estaba en mi cama. EN MI CAMA. Desnudo. Habíamos estado de cucharita con su pecho pegado a mi espalda y su brazo alrededor de mi cintura.

Después de comerle la verga en la cocina, me echó sobre su hombro —sí, has leído bien— y me llevó al dormitorio. No salimos a tomar aire ni a comer los burritos de Dottie hasta pasadas las diez.

Dax se había saciado comiendo otra cosa. Sí, mi coño, y vaya que estaba hambriento

Volví a refunfuñar.

¿Qué me pasaba? Era razonable preguntárselo, porque había tenido un puto tumor cerebral. Pero no era por eso. Era porque era una puta adicta a la verga de Dax. Me hacía perder la cabeza. ¿Por qué? ¿Por qué un tipo que era todo lo que odiaba?

Sin embargo, en contra de todo juicio razonable, de alguna manera quería ser su *buena chica*. ¿Qué era todo eso? ¿Desde cuándo me importaba lo que pensara la gente? ¿Desde cuándo hacía lo que decían los demás?

Había chantajeado a mi jefe para que inculpara a mi colega. Metí a mi padre en la cárcel de por vida. ¿Por qué dejaba que Dax se saliera con la suya siendo mi supuesto novio, sobre todo cuando se lo contó a Dottie, la principal fuente de cotilleos de Coal Springs? Rara vez salía con alguien. Además de que el abanico de candidatos era reducido y bastante dudoso, los hombres eran arriesgados. No confiaba en ninguno de ellos tras haber crecido con un padre cruel, por trabajar con un compañero holgazán y estupido como Neidermeyer, y por tener un jefe que prefería verme incriminada y despedida.

¿Por qué todos tenían que saltarse las reglas e infringir la ley sin remordimientos? ¿Por qué tenían que hacerme daño, ya fuera físico, emocional, profesional o de cualquier otro tipo? Eso solo hacía que mi necesidad de control y límites fuera aún mayor. Depender solo de mí misma porque no podía confiar en nadie más.

Ni siquiera en Dax. Teníamos buen sexo. Muy bueno. Increíble. ¿Pero más que eso? Era una mala elección. Era bueno para el sexo y por eso no le había echado a patadas. Era bueno para mirar. Nada más.

En cuanto empezaron a cantar los pájaros —Coal Springs parecía una película de Disney—, dejé de mirar al techo, me escabullí de debajo del brazo de Dax, cogí mi ropa de correr que estaba encima de la bolsa de deporte y me escapé.

Había regresado al pueblo para investigar a la gente de los pepinillos, no para tener sexo. Eso fue un bono inesperado. Podía

hacer ambas cosas.

Esta mañana, no podía pasar más tiempo en los brazos de Dax. Necesitaba saber qué estaba ocurriendo en *La Cueva del Pepinillo*. El día anterior habían entregado pepinillos a esta hora y luego los habían desechado por la tarde. ¿Por qué? Era momento de averiguarlo. Si ese era su proceso, entonces volverían a dejar los pepinillos esta mañana. O al menos eso esperaba.

Tenía dos semanas antes de que Hannah regresara, sin mucho más que hacer aparte de comer la deliciosa comida de Dottie y tener sexo. Podía resolver esto. Para eso había sido entrenada.

Mis pies golpeaban la acera mientras giraba hacia Main, esquivando un poste de luz decorado con tallos de maíz secos y una pancarta otoñal. Hacía un frío helado, más intenso que la mañana anterior, y mi aliento salía en pequeñas nubes blancas.

Al acercarme a la manzana donde estaba la tienda de encurtidos, no reduje la velocidad. Corrí por la acera opuesta, fingiendo ser solo otro corredor madrugador. Una oleada de emoción me recorrió al ver las luces interiores encendidas. Difícil pasar desapercibido cuando el resto de las tiendas seguían a oscuras. La misma furgoneta con el logo de los pepinillos estaba estacionada afuera. Al pasar corriendo, vi a dos hombres dentro de la tienda. Junto al mostrador había una pequeña torre de barriles blancos de cinco galones apilados.

Al final de la calle, giré a la izquierda y luego otra vez a la izquierda, metiéndome en el callejón detrás de la tienda, corriendo por la parte trasera de los establecimientos de la manzana. Todo estaba oscuro y en silencio, así que rodeé de nuevo hasta el frente y me agaché detrás de un coche estacionado al otro lado de la calle. Apoyándome contra el guardabarros trasero, podía ver directamente dentro de la tienda sin ser vista.

La vigilancia rara vez era emocionante, y esta no fue la excepción. Dos hombres. Blancos. Uno llevaba un abrigo grueso y oscuro. El otro, un gorro naranja neón, el tipo que los cazadores usan para no ser confundidos con un animal y recibir un disparo por error. Treinta y tantos, quizá cuarenta y pocos. Son bastante fuertes para levantar contenedores de cinco galones. Uno por uno, movían los barriles hacia la parte trasera de la tienda.

Nada ilegal. Nada peligroso.

Reducí mi respiración y escuché. Más pájaros. Un motor arrancando. Cerca, alguien abre una puerta con una campanilla sobre ella. Probablemente la cafetería está a una cuadra. Ninguna voz. Espera…

—El último cargamento llegó a México —la voz grave del hombre sonaba tensa, probablemente por cargar barriles llenos de cinco galones—. No estoy seguro de adónde irá este.

—Se habla de duplicar el pedido.

—No sé si mi espalda podrá con más de estos malditos pepinillos.

—¿Te estás atando el zapato? —Ante la pregunta, formulada a escasos centímetros de mi oído, salté un metro, giré y golpeé—. ¿Qué cojones? —Dax exclamó, con las manos sobre la nariz, donde lo había golpeado.

Sacudí la mano, mis nudillos gritándome más fuerte que Dax.

—Cristo, ¿por qué te me acercaste sigilosamente? —No lo había oído porque había sido sorprendentemente, y ridículamente silencioso, lo cual no tenía sentido, considerando que podía escuchar —sorpresa— un inodoro descargando en algún lugar. Estaba tan concentrada en la conversación de la gente de los pepinillos que había bloqueado otros sonidos. Incluidos los más de noventa kilos de Dax deslizándose detrás de mí—. Creí que estabas durmiendo —agregué, tratando de calmar mi pulso.

—Pensé que estarías lista para otra ronda, pero aquí estamos. —Llevaba los mismos jeans y la camiseta blanca de ayer. Al menos tenía zapatillas puestas—. ¿Por qué estás tirada en el suelo? —preguntó, oliéndose la nariz y manoseándola. No se la había roto.

—Porque… porque…

¿Quería decirle la verdad? ¿Pensaría que estaba loca?

Me lanzó una mirada inquisitiva.

—Suéltalo, preciosa. Ya sé que eres una mujer loca y letal con un derechazo mortal. Menos mal, porque con ese atuendo no hay forma de esconder un arma. Pasó un dedo bajo su nariz, miró si tenía sangre. La había—. Demonios, eso dolió.

—¿Gracias? —Si eso era un cumplido, era bastante extraño.

—¿Qué está pasando? —Se incorporó, miró alrededor del coche unos segundos, luego volvió a agacharse—. ¿Por qué estás escondida, espiando la tienda de encurtidos?

—¿Cómo sabes que estoy haciendo eso?

—Cuando preguntas cosas así, insultas tu inteligencia, no la mía. —Tenía razón. Sonaba como una idiota—. ¿Estás en Coal Springs por un caso? —preguntó.

Fruncí el ceño.

—¿Qué? No. Estoy de vacaciones.

Me dedicó una mirada impasible.

—¿Pasas tus vacaciones observando una tienda de encurtidos a las cinco y media de la mañana? ¿Nunca has oído hablar de la playa y las margaritas?

—¿Por qué están trayendo pepinillos a esta hora? —le pregunté, ignorando su burla sobre mi idea de vacaciones.

—Porque venden pepinillos.

Levanté la mano y la moví de un lado a otro.

—Ninguna otra tienda está abasteciéndose. Los empleados de la cafetería a una cuadra apenas acaban de llegar.

—Tal vez tienen una ruta y deben venir temprano.

—*La Cueva del Pepinillo* no es una cadena.

Se encogió de hombros.

—¿Madrugadores? Quizá les gusta levantarse antes del amanecer y salir sigilosamente de casa.

Su pasivo-agresividad estaba en su punto.

—No andaría de puntillas si no fueras tan entrometido.

—No sería tan entrometido si no siguieras escapándote de mí.

—¡Me fui de mi propia casa! —Se quedó ahí, en silencio, moviendo los dedos sobre su nariz. Suspiré, poco acostumbrada a tener que explicarme—. Después de que te dejé en la librería ayer, decidí regresar a Denver. Vine a conocer a Hannah y descubrí que estaba de vacaciones. Así que me fui.

—¿Entonces me extrañaste y tuviste que dar la vuelta? —preguntó.

Ya quisiera él.

—Entonces vi esa furgoneta al lado de la carretera, a mitad de la montaña, tirando pepinillos de los cubos justo por el borde.

Sus ojos se abrieron de par en par. Parecía más alarmado que sorprendido.

—¿Dónde fue eso? ¿Qué montaña?

Me encogí de hombros.

—En algún desvío.

—Tal vez estaban en mal estado y no podían venderse. No estaban contaminando, los pepinillos son compostables.

—Parece que eres experto en lo biodegradable.

—Me gusta la jardinería —murmuró—. Incluso tengo unas tijeras de la suerte.

Le dediqué una sonrisa falsa.

—Qué bonito. ¿Por qué una empresa entregaría mercancía por la mañana para luego arrojarla por un acantilado por la tarde?

Él alzó una ceja, pero no pareció tener una respuesta fácil.

—Eres agente del FBI. ¿Qué opinas?

—Creo que esta tienda es una máscara.

Se rio.

—¿En Coal Springs?

—Lo sé, ¿verdad?

—¿Máscara de qué? ¿Malversación de fondos?

Mis oídos agudizados captaron una voz masculina hablando.

—*...el próximo envío es mañana, así que...*

Me quedé inmóvil, enfocando mi mirada en una grieta de la acera mientras trataba de escuchar.

—*...la entrega...*

—Cariño... —Dax comenzó a hablar cuando no respondí a su pregunta, pero lo callé con una mano en su cara.

—¡Shh! —dije, intentando volver a escuchar a los hombres de la tienda de encurtidos.

—*...medio millón...*

Me apartó la mano.

—¿Me acabas de mandar a callar?

Me concentré intensamente mientras seguía mirando la acera. Volví a hacerle una señal para que se callara. Suspiré.

¿Envío de qué? ¿Entrega de pepinillos? No había manera de que los pepinillos costaran medio millón.

—¿Estás teniendo un ataque al corazón? ¿Un derrame? ¿Es otro tumor? —preguntó, agitándome una mano frente a la cara.

De repente todo estuvo relativamente silencioso. Un bebé lloraba en algún lugar y un coche se acercaba. No podía decirle la verdad. Él sabía sobre mi tumor cerebral. Sabía que era agente del FBI. Pero no iba a contarle sobre mi audición. Así que le dirigí una mirada fulminante.

—No, no es ninguna de esas cosas. Maldición.

—¿Por qué…

Lo interrumpí.

—Creí haber escuchado algo. Por eso sigo en Coal Springs, para averiguarlo.

—¿Esto? —preguntó, claramente confundido. Era como si nunca se hubiera escondido detrás de un coche antes. Se incorporó, echó un vistazo a la tienda—. ¿Pepinillos?

—No pepinillos. La gente de los pepinillos. Son dos cosas muy diferentes.

—¿Qué más da? No están molestando a nadie.

—¿Cómo lo sabes? Podrían estar contrabandeando dinero, armas o drogas. Un *envío* podría ser cualquiera de esas cosas.

—¿Y qué?

—¿*Y qué*? Si están infringiendo la ley, deben ser detenidos.

Él ladeó la cabeza, estudiándome en la oscuridad.

—Esto realmente te inquieta, ¿verdad? Como el tipo de la tienda de conveniencia.

Asentí.

—Sí.

—La justicia no siempre es blanco o negro, ¿lo sabes?

Estaba tan equivocado. La gente mala hacía cosas malas y lastimaba a la gente buena. Debían ser detenidos. Mi padre había intentado inculcarme la idea de ser fuerte y despiadada como él. De conocer a tus enemigos, o asumir que todos eran una amenaza. La debilidad era, bueno, una debilidad. Aprendí todo eso, y también que no era como él. Todo lo que me enseñó solo sirvió para

aclararme lo que no quería ser. Hizo cosas horribles, a mí y a otros, y lo puse tras las rejas.

Era blanco y negro. Lo viví en primera persona.

—Lo es para mí —respondí finalmente.

—Está bien. Te ayudaré —Se levantó, se sacudió los jeans y me tendió la mano. La cogí y me ayudó a levantarme.

Estaba confundida.

—¿Ayudarme?

—Necesitas ayuda para resolver este rompecabezas. —Me tomó de la mano y comenzó a caminar por la acera. No se escondía ni merodeaba como yo. Parecíamos dos personas perfectamente normales, nada interesantes, dando un paseo antes del amanecer.

—No, no la necesito.

—Da la casualidad de que tengo algo de tiempo libre.

¿Él? ¿Ayudarme?

—Tienes una librería que atender. O al menos eso intentas.

—La cual está justo ahí. —Señaló al final de la manzana—. Con vistas a la tienda de encurtidos.

Tenía toda la razón. Desde el escaparate de la librería, la tienda de encurtidos se veía perfectamente al otro lado de la calle. Aun así...

—No me gusta tener un compañero —dije, irritada ante la idea de trabajar con Dax en esto. El sexo era una cosa, pero esto era mi pseudoinvestigación.

—¿Por qué no me sorprende? —murmuró.

—No me gustas —le dije cuando llegamos a una esquina.

Él ladeó la cabeza y se llevó la mano libre a la verga.

—Palabras bonitas como esas me ponen duro, cariño. Puedes montarte en mi verga cuando volvamos a tu casa.

Refunfuñé.

—¿Quieres que te vuelva a dar un puñetazo en la cara?

Se rio.

Le había dado un puñetazo en la nariz y él me ofrecía sexo entre risas. ¿Quién era este tipo? ¿Por qué me volvía loca y me empapaba las bragas? Porque estaban empapadas. Otra vez.

21



DAX

DESPUÉS DE ESCUCHAR a Dottie explicar la compleja red de chismes de Coal Springs la noche anterior, me di cuenta de que no podía mantener cerrada la tienda de Hannah por más tiempo. Me preocupaba que la noticia llegara de alguna manera hasta Hawái. Si Hannah se molestaba, Jack también lo hacía, y cuando eso pasaba, había muertos.

Por eso me dirigí a la entrada de *Finales Felices* poco antes de las diez. Eché un vistazo a la tienda de encurtidos al otro lado de la calle, pero no ocurría nada emocionante. Luego giré la cabeza hacia mi lado de la acera. Una mujer empujando un cochecito tuvo que esquivarme cuando me detuve de golpe.

Había una fila.

De mujeres.

Una fila de mujeres esperando a que la librería abriera.

Cuando me acerqué, me observaron como si fuera el cantante principal de una banda juvenil de la que tenían pósteres en su habitación.

Usé la llave para abrir la puerta y escuché susurros entre ellas. Sobre mí.

—Ahí está.

—Te dije que era guapo.

—Creo que me quedé embarazada con solo mirarlo.

—Sarah tenía razón.

Entré, tecleé el código de la alarma y luego me hice a un lado, sosteniendo la puerta abierta.

—Damas —murmuré, añadiendo un gesto de bienvenida con el brazo.

Lo que realmente hacía era usar la puerta de cristal como escudo protector.

Cuando entraron en masa y comenzaron a recorrer la tienda, fui al mostrador y puse en marcha la caja registradora, recordando las útiles instrucciones de la mujer de yoga el día anterior. En los siguientes minutos, la tienda se llenó, no tan lentamente. Miré alrededor con un ligero pánico por lo concurrido que estaba. ¿Una librería podría ser tan popular? Apenas había aprendido a manejar la caja registradora el día anterior y hasta necesité ayuda para hacerlo.

¿Qué pasaría si alguien me preguntaba por un libro?

¿O quería un recibo de regalo?

—Bueno, sin duda has atraído a una multitud.

Dottie.

Quería saltar por encima del mostrador y abrazar a alguien familiar en medio del gentío.

—Gracias a Dios. ¿Qué está pasando aquí? —le pregunté, tomándola del brazo y guiándola suavemente hacia un lado.

Dos mujeres le dedicaron a Dottie una mirada de reproche, como si estuvieran celosas de que fuera ella a quien estaba tocando. Estaba dejando que una anciana de metro cincuenta y poco más de cuarenta kilos me protegiera.

Ella rio.

Hoy llevaba pantalones negros que terminaban en el tobillo, una camiseta de una caminata contra el cáncer de mama del año anterior y zapatillas deportivas.

—Es la hora del cuento semanal.

Miré alrededor.

—Eh… ¿Dónde están los niños? —Fruncí el ceño al imaginar una habitación llena de pequeños pegajosos y llenos de gérmenes.

Se rio de nuevo. Si no hiciera un arroz excepcional y unos burritos increíblemente buenos, no me caería bien. Pero sabía

cuándo era importante mantener a alguien de mi lado. Como buen mediador, todo tenía que ver con las conexiones.

—Es la hora del cuento para adultos —explicó.

Parpadeé.

—No sé qué significa eso.

—Significa que leerás un capítulo del libro esta semana.

—¿Yo?

—Sí, tú. Trabajas aquí.

—Solo estoy cubriendo un turno. ¡No puedo leer un libro de romance! —exclamé, sacudiendo la cabeza. Preferiría desactivar una bomba.

Me dio una palmada en el bíceps y luego lo apretó, como había hecho la noche anterior.

—Usa esa voz grave y arrasarás.

Eché un vistazo alrededor. Mientras las mujeres hojeaban libros y charlaban con sus amigas, todas parecían tener un ojo puesto en mí, como lo tendrían con un niño pequeño en un lugar no apto para bebés. Serían pésimas espías.

Eso me hizo pensar en Fiona y en cómo la había dejado saciada y bien atendida después de volver a su casa. Esta vez fui yo el que salió mientras dormía. Regresé a la casa de Jack y Hannah para ducharme y cambiarme. Y para alimentar a Panqueque, que dormía plácidamente en su árbol para gatos, disfrutando de su vida libre de estrés.

—Dottie…

—El libro es *Su Novia Secuestrada*.

Señaló un cartel en un caballete sobre la mesa con la información de la hora del cuento. A su lado había una pila de libros.

—Sabes lo que eso significa, ¿verdad?

—¿Que secuestraron a una novia? —contrarresté.

—*Su* es un pronombre posesivo e indica propiedad plural.

—¿Fuiste maestra o algo así?

—Fui gerente de oficina en el Departamento de Policía de Coal Springs durante treinta años.

Diablos. ¿Cómo me había metido en esto? ¿Trabajó para los polis por tres décadas?

—Por supuesto que lo fuiste.

—Basándome en tus músculos y en tu falta de conocimiento sobre pronombres, tú no lo eres.

Estaba tanteando el terreno. Tenía que admitirlo: era buena.

—¿Por qué es tan importante un pronombre posesivo en esta conversación? —le pregunté, y luego puse las manos en las caderas —. Espera. ¿Todas estas mujeres están aquí para escuchar a un tipo ligando con dos mujeres? —Creía que entendía muy bien lo que querían las mujeres, pero quizás me había equivocado.

Ella resopló y agitó la mano como si yo fuera ridículo.

—Cariño, eso es una fantasía de hombres. ¿Ves a algún hombre aquí?

Negué con la cabeza, perdido. No, me había perdido en el momento en que la señora Metcalf llegó a la puerta principal y me dijo que tenía que sustituirla.

—¡La novia ha sido secuestrada por dos hombres! —exclamó.

Dos...

—Mierda.

—Leerás el capítulo tres.

—¿Por qué ese capítulo en concreto?

—Por el sexo. Y empiezan directamente con el anal. Lo sé porque ya lo he leído.

—A... —balbuceé.

¿Qué coño le había pasado a mi vida? Estaba hablando con una mujer de setenta y tantos años sobre sexo anal mientras empezaba a empujarme hacia el fondo de la tienda, donde había un sillón vacío. Unas treinta mujeres estaban sentadas en filas de sillas plegables, además de en el suelo y apoyadas contra las paredes, como si estuvieran esperando la visita de Papá Noel.

—No hay espadas cruzadas ni nada por el estilo —me aseguró Dottie.

Aunque parecía importante para el tema, no tenía ni idea de lo que significaba.

Me volví hacia ella y la miré fijamente.

—Si voy a hacer esto, quiero una cena casera.

Ella arqueó una ceja, pensativa.

—Conchas rellenas de espinacas.

Hice una mueca y negué con la cabeza.

—¿Espinacas? Ni hablar. Necesito carne.

Se oía un murmullo suave y repetido desde la multitud.

Capítulo tres, capítulo tres, capítulo tres.

¿Las mujeres siempre eran así cuando se reunían? Ni siquiera habían bebido.

—Estas mujeres también —añadió Dottie.

Quedé boquiabierto. Diablos. ¿Sabía Jack lo de esta hora del cuento para adultos? ¿Estaría conectado a las cámaras de seguridad desde Hawái y riéndose ahora mismo? Cielos, esperaba que no estuviera viendo ninguna de las transmisiones en directo.

—¿Y Fiona? —preguntó cuando no pude articular palabra—. Ella no come carne.

Sí que la come.

—¿Cómo sabes que cenaré con ella? —Me miró como una mujer que no tenía tiempo para preguntas estúpidas—. Está bien. Cenaré con ella. —No es que Fiona lo supiera. Me había dado plantón dos veces, así que era posible que se hubiera tomado en serio mis palabras de esa mañana y estuviera de camino a algún destino tropical para tomarse esos *mai tais.*

Yo no la estaba evitando. Ni hablar. No iba a pensar demasiado en ese momento en por qué me había enganchado a ella, a su boca descarada y a su cuerpo sexy, pero lo único que sabía era que estaba haciendo locuras por ella, como ofrecerme voluntario para buscar una tienda de pepinillos, y que no me interesaba ninguna de las mujeres locas por los hombres que tenía delante. Podía elegir a una. O dos.

—Pero ella no está leyendo una escena de sexo poliamoroso a una sala llena de mujeres un poco salvajes, así que se merece lo que se merece —añadí.

Lo pensó un momento y luego asintió con la cabeza.

—Le prepararé una ensalada. Para ti, espaguetis con salsa de carne. Hamburguesa y salchichas. Hablando de salchichas...

Le acerqué la mano a la cara, tal y como me había hecho Fiona a mí esa misma mañana, aunque de forma un poco menos grosera.

—No quiero oír nada de lo que tengas que decir sobre las salchichas.

Ella negó con la cabeza y me dedicó una sonrisa pícara. No, siniestra.

—Solo iba a decir que son picantes. —Puse los ojos en blanco. ¿Qué había pasado con mi trabajo de cuidar gatos?—. Justo como les gusta a todas estas mujeres —añadió.

Entonces negocié.

—La cena por el capítulo tres.

Ella asintió.

—Trato hecho.

Respiré hondo y me dirigí hacia la cómoda silla. Me gustaba que las mujeres me miraran. Ver el brillo de satisfacción o interés en los ojos de una mujer sin duda alimentaba el ego de un hombre. En comparación con Jack, yo era el encantador, el tipo tranquilo que podía conseguir las bragas de una mujer con una sonrisa y un guiño. ¿Pero esto? Por Dios, las mujeres de Coal Springs estaban en celo o algo así. No necesitaba que me tiraran treinta bragas por leer el capítulo tres en voz alta. Tampoco quería una revuelta, así que sonreí, me acomodé y pensé en los espaguetis, en Fiona y en mi salchicha.

—Señoras, bienvenidas a la hora del cuento. —Una mujer se levantó de un salto y me trajo el libro—. Gracias.

La portada era de temática western, con una mujer vestida con ropa vintage del Salvaje Oeste y dos vaqueros rodeándola.

—Bien, eh, el libro de hoy es *Su Novia Secuestrada*. He oído que el capítulo tres es el que todas queréis, pero ¿empezamos por el principio?

Al igual que en la vida real, el sexo anal necesitaba un juego previo antes de adentrarse. A diferencia de Fiona, que discutía constantemente conmigo, ninguna mujer se opuso.

22



FIONA

EL SOL brillaba y se percibía un ligero aroma otoñal en el aire. Los turistas, incluso en la temporada de barro (ni en verano ni antes de la nieve), llenaban Main Street. Todas las tiendas y restaurantes estaban abiertos. Deambulé por allí, intentando parecer que estaba de vacaciones y que no tenía ninguna preocupación en el mundo más allá de qué sabor de helado elegir en *Cucharadas Árticas*, por donde acababa de pasar. Llevaba jeans, un jersey gris, botas de cuero y un café para llevar. Lo único que me faltaba para parecer más local era coger un Scooter.

Sin detenerme, eché un vistazo a la librería de enfrente. Por el escaparate, que estaba decorado con motivos otoñales, se veía que dentro había muchísima gente. Era la hora del almuerzo. Yo leía, pero normalmente lo hacía en una aplicación del teléfono, así que no sabía cuál era la hora punta para la venta de libros de bolsillo. No vi a Dax allí, pero probablemente era porque lo habrían acosado unas cuantas mujeres.

Eso no me gustó, sobre todo después de la noche anterior. Ah, y de esta mañana. Dax era un misterio malhumorado, pero cumplía su palabra. Porque apenas volvimos de mi pequeño acecho me monté en su verga, tal y como me había ofrecido. Había hecho cosas con Dax que nunca había hecho con ningún otro hombre. Como hacer lo que me decía sin darle una paliza. ¿Cómo coño me había dicho que me arrodillara y yo lo hice así sin más?

Debería haberle dado un puñetazo en la garganta. En lugar de eso, le hice una mamada. Luego me folló. Y luego me folló un poco más. No iba a admitir ante nadie, y menos ante Dax, que me había encantado. Y eso fue solo anoche. ¿Esta mañana? Puede que le deba al propietario algunos daños por la forma en que la cabecera de la cama se estrelló contra la pared durante una hora y media.

Todo ese sexo me dejó en un coma inducido por el orgasmo y no me desperté hasta las once. Para entonces, él ya se había ido. ¿Creía que había salido de mi vida? Ni loco. Era como una erupción cutánea. Un hongo en el pie, pero uno misterioso porque, aunque sabía que tenía un lunar en la nalga izquierda y que su verga era impresionante y talentosa, no sabía mucho más sobre él.

No hablábamos. Bueno, sí, discutíamos. Me activaba todas las alarmas. Incluso la de mi clítoris, así que le seguía el rollo.

¿A qué se dedicaba? ¿Por qué llevaba un arma? Si se tratara de cualquier otra persona, habría conseguido un informe completo sobre él. En cambio, iba a ciegas. No sabía si era inteligente o estúpida. A mi vagina le daba igual.

Pasé junto a un grupo de *Girl Scouts*, con sus chalecos verdes y parches, que saludaban a todos por la calle mientras una pareja en una bicicleta tándem pedaleaba por la carretera.

Tuve que detenerme y observar, preguntándome en qué universo alternativo había aterrizado. ¿Por qué alguien querría estar en la parte trasera de una bicicleta, dejándose llevar a quién sabe dónde mientras solo veía la espalda de otra persona?

Además, Dottie parecía haberme adoptado como a un perro callejero al que le ponía comida. Comida realmente buena, pero igual. Y, podría haberme casado con el nieto de Pops sin siquiera haberlo visto. ¿Había drogas en el agua? ¿Esto era lo que significaba una tasa de criminalidad del cero por ciento?

Seguía pensando en eso mientras me dejaba caer en un banco y fingía disfrutar el café extra grande que compré en la tienda más abajo. Tomé una respiración profunda y abrí mi audición a todo lo que me rodeaba.

Solo podía imaginar que lo que hacía era como ponerse un audífono por primera vez y subir el volumen al máximo. Un sonido

abrumador que podía escucharse todo al mismo tiempo.

Ruido tras ruido, me concentré en filtrarlo. Las malditas *Girl Scouts* entusiastas, los autos, la charla. Conversación tras conversación, escuché y luego pasé a la siguiente cuando no era la indicada. Como deslizar a la derecha en una aplicación de citas. Seguía avanzando hasta encontrar la que quería.

—...este envío tiene que estar en Denver para el martes...

—El jefe espera que el dinero sea entregado esa noche.

—Esto traerá más de dos millones.

—Bien, porque ya me harté del olor a salmuera de pepinillos.

Un sonido molesto y fuerte de una licuadora cortó todo lo demás e hice una mueca. Me giré y noté la tienda junto a La Cueva del Pepinillo. *La Encrucijada de los Zumos.* Batidos y bebidas afrutadas.

Mis ojos se deslizaron hacia la tienda de encurtidos. ¿De qué estaban hablando que iba a generar tanto dinero? Tenía una idea bastante clara, pero ninguna prueba. No con esa estúpida tienda de jugos al lado arruinando mi espionaje.

Me puse de pie, apuré el resto de mi café y luego tiré el vaso en un basurero cercano. Era hora de entrar y echar un vistazo. Al cruzar la puerta, una pequeña campanilla sonó sobre mi cabeza. El aroma agrio del vinagre flotaba en el aire, haciendo que mi nariz se contrajera. Las paredes eran de ladrillo original, el suelo estaba cubierto con baldosas grandes en blanco y negro. Había tres pequeñas mesas, dos sillas en cada una. El mostrador estaba al fondo. Formica verde. Una caja registradora.

Junto al pepinillo fálico, en una pizarra alta sobre la pared trasera, estaba listado lo que ofrecían. O, mejor dicho, lo único que ofrecían. *Pepinillos Agridulces.* Eso era todo. No había nadie en la tienda, ningún empleado tras el mostrador. No necesitaba tener un oído agudo para captar que alguien movía algo pesado en la parte trasera. Algo deslizándose por el suelo, unos cuantos golpes y un montón de maldiciones murmuradas.

—¡Hola! —llamé.

Tras unos segundos, un hombre salió de la parte trasera y yo desplegué mi mejor sonrisa. Ojos oscuros. Calvo. Nariz rota en algún momento. Necesitaba una afeitada, porque las canas salpicaban su

barba incipiente en una mandíbula blanda, haciéndolo parecer mayor de los treinta y tantos que le calculaba. Llevaba pantalones oscuros, una camiseta blanca y Chaqueta de Cuero. Parecía más un vendedor de autos usados que el dependiente de una tienda de encurtidos.

—¡Hola! —dije, sacando mi entusiasmo de *Girl Scout*. Incluso le hice un pequeño gesto con los dedos—. Quería pedir un sándwich.

—No vendemos sándwiches.

Dejé que mi sonrisa se desvaneciera, mostrando decepción. Además, mantenerla ya era demasiado esfuerzo. No entendía cómo las reinas de belleza lograban hacerlo.

—Oh, el instructor de karate de mi prima MaryAnn dijo que este era el mejor sitio para conseguir uno de pavo con pan de centeno. —Le guiñé un ojo—. Con pepinillos, por supuesto.

Me miró como una madre tratando con un niño que ya le ha dicho que no y sigue insistiendo.

—Mire, señora, no vendemos sándwiches.

Parpadeé, tratando de aparentar confusión.

—¿Entonces solo venden pepinillos? ¿En serio?

Señaló hacia arriba, ya fuera a Dios o al tablero del menú.

—Solo pepinillos.

—Bueno, ¿qué tipos? ¿Pepino? ¿Zanahoria? ¿Cebollas? ¿Venden algo de ese kimchi probiótico? Eso es un encurtido, ¿no?

El tipo me miró como si me hubiera salido una segunda cabeza.

—Vendemos pepinillos. De los verdes.

—Ah, bueno, entonces creo que tomaré seis. —Levanté la mano y enrollé un mechón de cabello en mi dedo—. ¿Puedo pedir mitad eneldo, mitad dulces? ¿Los tienen como en Nueva York, bien curados?

Parpadeó un par de veces más.

—Estamos agotados.

—¿De cuáles?

—De todos.

—¿No les queda ningún pepinillo?

Se encogió de hombros.

—Hubo una avalancha de clientes más temprano.

Me llevé un dedo a los labios.

—Um. Deben ser realmente buenos.

La puerta de entrada se abrió y cerró, pero no le presté mucha atención. Lo que sí captó mi interés fue un brazo rodeando mis hombros.

—Aquí estás, cariño —una voz profunda retumbó en mi oído—. Creí que habíamos quedado en encontrarnos en la cafetería.

Me puse rígida y giré la cabeza. El rostro de Dax estaba justo ahí. Si me inclinaba solo un poco, estaríamos besándonos.

Sus ojos azules atraparon los míos mientras sus dedos apretaron mi hombro, sacándome de mi ensimismamiento.

Me aclaré la garganta.

—Tenía antojo de ese sándwich con pepinillos del que te hablé, querido. Pero no hacen sándwiches.

Hice un puchero fingido.

Dax giró la cabeza, le dedicó una sonrisa al tipo.

—Ya sabes cómo son las embarazadas. Adoran los pepinillos.

Aspiré aire entre los dientes.

—Están agotados —murmuré.

—Entonces será mejor que dejemos que este hombre siga trabajando.

Negué con la cabeza.

Esta era mi única oportunidad y no iba a dejar que Dax la arruinara.

—¿Dónde está el baño? —le pregunté al tipo, forzando otra sonrisa—. Cuando estás embarazada, tienes que ir todo el tiempo.

El hombre hizo una mueca y señaló con el pulgar por encima del hombro.

Me deslicé fuera del agarre de Dax y avancé por el pasillo lateral hacia el baño unisex. Luego pasé de largo y llegué a la puerta abatible con el cartel de *Solo Empleados*. Escuchando que había alguien más en la parte trasera, me detuve. Solo escuchaba una canción de Fleetwood Mac y algo pesado siendo movido.

Empujé la puerta con la punta del pie unos centímetros y eché un vistazo. Un hombre. Contenedores de pepinillos. Algunos abiertos y otros cerrados. Nada más. Ni frascos de encurtidos ni *relish*. No

veía pepinillos de ningún tipo. La puerta trasera que daba al callejón estaba entornada y el hombre estaba cargando los contenedores cerrados hacia la camioneta que esperaba afuera. Hizo lo mismo dos veces antes de que recordara que se suponía que estaba en el baño.

Al volver al frente, Dax y el tipo estaban conversando sobre las probabilidades de ciertos equipos de llegar a la Serie Mundial. Apenas tuve oportunidad de asentir con gratitud al tipo antes de que Dax me dirigiera fuera de la tienda y por la acera. Una vez fuera del alcance de la ventana de la tienda, me solté de su agarre y me giré hacia él.

Coloqué las manos en mis caderas.

—¿Embarazada?

Dios me libre. No quería hijos. Sería una mala madre. Nunca tuve una, y mi infancia desastrosa no era precisamente un gran argumento para mi currículum parental.

—¿Orinar? —contestó Dax.

—Tenía que ver qué estaba pasando ahí dentro.

—Creí que íbamos a hacer esto juntos —replicó él.

—Solo entré a la tienda. No les entregué una orden de registro.

—No eras la única que llevaba un arma —comentó.

—¿También lo notaste?

Aunque no era un día caluroso de verano, la Chaqueta de Cuero del tipo era excesiva, pero servía bien para ocultar un arma.

—Había otro hombre en la parte trasera cargando los contenedores de cinco galones a la camioneta. ¿Qué clase de tienda de encurtidos se queda sin pepinillos? —le pregunté.

—Una buena. Tal vez esté cargando la camioneta para ir a recoger más.

—Sí, tal vez, pero ¿has visto gente entrando y saliendo del lugar? Tendría que haber una demanda descomunal para vaciarlos por completo.

—La única multitud está en la librería —murmuró.

Di un paso más cerca. Lo bastante para ver sus ojos adquirir un tono azul profundo y peligroso.

—Creo que son drogas —dije en voz baja, para que los transeúntes no escucharan.

Su oscura ceja se arqueó, pero no pareció sorprendido.

—¿Por qué dices eso?

—Los escuché hablar.

Sus ojos se abrieron por un instante.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

Buena pregunta. ¿Cuándo?

Me encogí de hombros.

—Antes de que entraras.

—Escuchaste al tipo de la Chaqueta de Cuero y a alguien más hablando de drogas —Se pasó una mano por la cara—. ¿Y aún así decidiste fisgonear? Cielos, preciosa, ¿tienes instintos suicidas

—Si parece un pepinillo y huele a pepinillo, probablemente sean drogas de contrabando.

—Esa frase no se dice así.

Le hice un gesto con la mano para que se callara.

—Da igual.

—Mira, si allí dentro está pasando algo raro... —Le miré con indignación—.

...entonces no puedes entrar sola.

—¿Por qué no? Acabo de hacerlo. Necesito ver qué hay en esos contenedores —dije extendiendo el brazo hacia la tienda.

—¿Te caíste de cabeza cuando eras una bebé? ¿Quizás porque ese tipo podría ser peligroso?

De niña había corrido más peligro con mi padre que con el señor de la Chaqueta de Cuero de la tienda de pepinillos. Para empezar, yo iba armada. Por otro lado, ya no era una niña pequeña. Era más sensato. Más inteligente. Estaba preparada.

—Mi trabajo es lidiar con gente peligrosa.

—Y tenías un compañero.

Antes de pensarlo, solté:

—Que planeaba inculparme con pruebas falsas.

—¿Qué? —Me miró atónito. Después de todo lo que habíamos hablado, ¿eso era lo que le había pillado desprevenido?

Hice un gesto con la mano como si tener un compañero de mierda no fuera gran cosa.

—Ya te lo he dicho, trabajo mejor sola.

Rodeé a Dax y empecé a caminar por la acera. Me alcanzó y me agarró suavemente del codo.

—Eso no va a pasar, cariño.

—Hola, Dax —dijo una mujer. Pasaba por la acera, pero se detuvo para saludarlo y sonreírle. Dax le devolvió una especie de sonrisa, pero parecía que le dolía el estómago.

—¿Por qué estoy embarazada? —le refuté, manteniendo la atención en él. Y porque esa mujer se lo estaba comiendo con los ojos.

Ahora él entrecerró los ojos y apretó la mandíbula. Quizá necesitaría un dentista mientras estuviera aquí para arreglarse los dientes rotos.

—Necesitas alguien que te cuide.

—¿Y ese eres tú?

«Sí».

—Hola, Dax —dijo otra mujer al pasar. Las otras dos mujeres que la acompañaban se rieron como si tuvieran trece años en lugar de treinta.

Fruncí el ceño, ignorándolas y centrándome en Dax. No iba a pensar en lo que me hacían sentir esas mujeres. ¿Celos? ¿Posesión? ¿Por qué?

—Mira. Ha sido divertido, pero ¿qué es esto?

—¿Esto? —repitió él.

Señalé alternativamente a él y a mí.

—No tu club de fans. Tú y yo. Nosotros. No somos compañeros. No somos... nada. No sé a qué te dedicas, aparte de ser un empleado temporal de librería realmente pésimo que va armado.

—Eso es lo que soy, en pocas palabras.

Se acercó un tipo con un cochecito doble. Estábamos estorbando, así que Dax nos apartó para que nos quedáramos junto a una farola.

—Exacto. ¿Por qué eres un dependiente temporal en una librería y por qué llevas un arma? Incliné la cabeza hacia un lado para mirar por detrás de él. No necesitaba tener visión de rayos X para saber que llevaba su SIG escondida debajo de la camiseta.

—Hablemos de ello.

Normalmente era tranquila. Serena. Pero no con Dax. Me sentía como una tetera a punto de hervir.

—Eso es lo que estamos haciendo ahora mismo.

—Durante la cena —respondió simplemente.

—¿Qué? No.

—Mira, te necesito tanto como tú me necesitas a mí.

—Sé que el sexo es increíble y todo eso, pero...

—No estoy hablando de sexo —Luego sonrió, claramente orgulloso de sí mismo—. Y es increíble.

—Vale, entonces...

—Tienes que salvarme de las mujeres de Coal Springs —suplicó.

Lo miré fijamente. Nunca, ni una sola vez en mi vida, había oído a un hombre decir que necesitaba que lo salvaran de unas mujeres que prácticamente le lanzaban las bragas.

—¿Qué?

—Están locas. ¿Has visto la librería? ¿Las mujeres tienen grupos de chat para toda la ciudad? Son como una milicia, pero armadas con estrógenos. —Se acercó y se pasó la mano por el pelo. Era la primera vez que lo veía tan incómodo consigo mismo—. ¿Tienes idea de lo que he tenido que hacer esta mañana?

Negué con la cabeza y sabía que tenía los ojos muy abiertos.

—Tuve que leer una escena de sexo en la hora del cuento.

Me mordí el labio e intenté no sonreír. Se inclinó aún más y sentí su aliento en mi oreja. No era de deseo, sino de desesperación.

—Con dos tíos... y anal.

No pude evitarlo. Me eché a reír.

—Eso explica a todas las mujeres. Todas queremos sexo anal en secreto.

Levantó las cejas.

—¿Tú también?

Negué con la cabeza.

—No. Pero estoy segura de que todas lo imaginan, contigo.

Se puso pálido.

—Me halagas. Y me asustas. Sé mi novia y me salvarás de ellas.

—¿Te estás escuchando? ¡Estás armado! ¿Me estás pidiendo que te proteja de mujeres ansiosas y excitadas que quieren que les folles

por el culo? ¿Te dejaron caer cuando eras un bebé?

—No conozco a ninguna de ellas.

—¿Entonces tienes una regla de tres citas antes de pasar a las cosas pervertidas?

Su mirada se encontró con la mía. La mantuvo.

—La única mujer con la que quiero hacer anal eres tú. —Oh, Dios mío. Mi coño se contrajo ante la idea. Lo que estaba diciendo era que me conocía, cuando no era así—. Solo tienes que decirlo.

Tragué saliva.

—Es un paso muy grande para una cita falsa.

—Dottie está preparando la cena —replicó.

Arqueé una ceja. Eso lo cambió todo y al instante se me hizo la boca agua. Entrecerré los ojos ante su expresión tranquila y muy molesta.

—Eso es chantaje con comida. —Él se encogió de hombros porque me tenía en sus manos. Lo sabía. Entre el arroz con queso y los burritos, ambos sabíamos que cualquier cosa que preparara Dottie iba a estar increíble. Rechazar otro plato cubierto de ella era una estupidez. Refunfuñé. Mi estómago también—. Está bien. Nos ayudaremos mutuamente.

Él sonrió, luego tomó mi mano y entrelazó nuestros dedos.

—Bien. Entonces vendrás conmigo a la librería.

23



DAX

AUNQUE NO LE dije que estaba de acuerdo con ella en que probablemente había algo raro en la tienda de encurtidos, en realidad no me importaba. Conocía a los malos y sabía que querían hacer sus cosas raras y que los dejaran en paz. Hacer las cosas bien para ocultar todas las cosas malas que hacían. El hecho de que esto estuviera pasando justo en medio de este pueblo que parecía sacado de Disney ahora era un dolor en el culo.

Curiosamente, tenía problemas más importantes de los que preocuparme que la gente de los pepinillos. Tenía problemas con las mujeres. Sí, en plural. Las mujeres de Coal Springs estaban ridículamente aburridas o necesitaban echar un polvo, y uno muy bueno. Probablemente ambas cosas.

A juzgar por la gran cantidad de clientes, prácticamente todas mujeres, Hannah tenía una mina de oro con su tienda. Por casualidad, había visto a Fiona entrar en la tienda de pepinillos y les había dicho a las mujeres que se quedaran al mando mientras yo salía. Les había guiñado un ojo para sellar el trato y me había ido a enfrentarme a mi chica y su obsesión por los pepinillos. Dudo mucho que fueran a robarle a Hannah mientras yo no estaba.

Cuando volví con Fiona, la librería estaba, si cabe, aún más llena. Me puse detrás del mostrador, utilizando de nuevo los tres pies de madera maciza y laminada como protección.

¿Qué coño había pasado con el freno que Jack me dijo que necesitaba y que podía conseguir en Coal Springs? A Panqueque le importaba una mierda que yo le diera de comer y le acariciara un poco antes de irse a hacer sus cosas, lo cual estaba bien porque yo estaba demasiado ocupado para entretenerlo más.

Tenía una novia falsa que trabajaba para el FBI. Su compañero planeaba tenderle una trampa con pruebas falsas. Un chef jubilado entrometido que había trabajado en la administración de la comisaría. Unos tipos raros que hacían cosas sospechosas al otro lado de la calle y que, según la lista de *Los Malditos de Coal Springs* de Jack, aún no estaban en su punto de mira. Ah, y un trabajo en una librería local en el que tenía que leer escenas de sexo anal a mujeres cachondas.

Necesitaba un descanso de mi descanso.

Fiona se apoyó en el mostrador a mi lado y miró a la multitud con los ojos muy abiertos y fascinada.

—No tenía ni idea de que las novelas románticas fueran un negocio tan importante —murmuró—. Me alegro por Hannah.

Una mujer se acercó al mostrador con tres libros y una sonrisa descarada.

—Soy Kate.

—Está ocupado —dijo Fiona, poniéndome una mano posesiva en el hombro.

La sonrisa se le borró, pero respondió:

—Qué suerte tienes.

Ya conocía la caja registradora lo suficientemente bien como para finalizar rápidamente la venta.

—Gracias —susurré, justo antes de que otra mujer se acercara para pagar. Afortunadamente, no se presentó, ni me hizo ninguna proposición, ni me dio su número. Solo utilizó su teléfono para pagar, así que fue rápido.

—La cena de Dottie. Estoy aquí por la comida de Dottie —me recordó Fiona.

Mi teléfono sonó y vi el nombre que aparecía en la pantalla. Demonios.

—Hola —dije.

—Llegas tarde —dijo Biggles Carpiano.

Era un prestamista con un nombre estúpido. También era temido, lo que me hacía preguntarme por qué la gente le pedía dinero prestado si a menudo no podían devolverlo. Durante los últimos cinco años, mi trabajo había consistido en cobrar ese dinero o hacer que lo pagaran con otra cosa.

—Mierda —murmuré, habiendo perdido mi hora habitual de entrega. Me había olvidado por completo con la lectura sobre sexo anal.

—¿Mierda? ¿Qué coño significa eso? ¿Estás en el hospital o muriéndote o algo así?

Nunca había faltado a una cita con él. Era diligente. Constante. Y lo suficientemente despiadado como para satisfacerlo. Por eso se preocupaba por mi salud.

—Algo —respondí, mirando de reojo a Fiona, que observaba atentamente, aunque no podía oír la parte de la conversación de Biggles. Lo último que necesitaba era que un agente del FBI que olía las actividades ilegales como un sabueso pusiera también a Biggles bajo vigilancia—. Llego enseguida. —No esperé a que dijera nada más y colgué.

Tenía que ir a Denver. El único cobro que tenía que hacer hoy era a Jimmy McFee. Con suerte, cuando pasara por su bar, tendría la última cuota de su deuda de juego, porque no llevaba conmigo las tijeras de podar. Solo había tenido que cortarle un dedo para que entendiera que tenía que devolver el dinero.

—¿Qué pasa? —preguntó Fiona.

Le dirigí una mirada. No podía pasar por alto esa maldita curiosidad.

—Tengo que ir a Denver.

—¿Ahora? —Miró a su alrededor—. ¿Por qué?

—Tengo una cita que se me había olvidado.

—¿El dentista? —Sacudió la cabeza—. No, el proctólogo. Espero que encuentren lo que tienes metido en el culo.

La miré con ira.

—Es por trabajo —repliqué.

—¿A qué te dedicas? —Se tocó la barbilla—. Es verdad, nunca me lo has dicho. Estamos saliendo y ni siquiera lo sé.

—Íbamos a hablarlo durante la cena —dije, ganando tiempo.

—Ahora también vale.

Su descaro me dio ganas de besarla hasta que se olvidara de su actitud desafiante.

—Me dedico a recuperar cosas.

No estaba acostumbrado a responder a esa pregunta. No dejaba que las mujeres se quedaran el tiempo suficiente como para que fuera necesario.

Frunció el ceño.

—¿Eres un cobrador? Vaya.

Técnicamente. Recuperaba dinero, personas y otras cosas. Probablemente pensaba que me dedicaba a embargar autos y televisores que la gente no había terminado de pagar. No iba a cambiar esa percepción.

—¿Vaya? ¿Qué significa eso? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Simplemente te imaginaba haciendo otra cosa.

Fruncí el ceño, luego sentí una curiosidad intensa, aunque era un tema peligroso.

—¿Qué te imaginas que hago?

Me estudió por un minuto.

—No soy perfiladora, pero diría que no tienes jefe. No hay manera de que soportes que te digan qué hacer. —Eso era razonable —. El otro día llevabas un traje que cuesta más que mi hipoteca de todo el año.

Me gustaban los buenos trajes.

—Llevas un arma. —Sí—. Asesino a sueldo.

Me quedé paralizado. Cada molécula de mi cuerpo entró literalmente en estado de shock. Quizás ella debería ser perfiladora. Lentamente, sonreí y luego saludé con la mano.

—Me has calado. No veo las esposas. No vas a arrestarme.

Otro encogimiento de hombros.

—Estoy de vacaciones.

Vale, hora de salir de aquí.

—Tengo que irme.

Me miró con sorpresa y duda.

—¿En serio?

Estaba acostumbrado a mentir. A tergiversar la verdad. A tomarme libertades. A lidiar con cadáveres. Podía soportar la mirada inquisitiva de Fiona.

—Sí. Volveré en unas horas.

Tenía una indiferencia que me recordaba a Panqueque.

—Genial. Me comeré la cena de Dottie yo sola.

Sí, igual que Panqueque. No le importaba lo que hiciera, solo quería comer.

—Volveré para eso, cariño. Mientras tanto, asegúrate de que este lugar no se queme.

Me miró boquiabierta.

—¿Qué?

—Tienes que encargarte de la librería.

Ella negó con la cabeza y dio un paso atrás, pero le agarré la mano antes de que pudiera salir corriendo.

—No, no tengo que hacerlo.

—Sí, tienes que hacerlo. Ayer estuvo cerrada casi todo el día.

—No son mis monos, no es mi zoológico.

Fruncí el ceño.

—No sé qué significa eso.

Ella se puso la mano libre en la cadera.

—Significa que ni loco.

¿Por qué mierda me tenía que enamorar de una mujer tan contradictoria y a la que le gustaba decir palabrotas cual marinero? Jack se enamoró de una bibliotecaria tranquila. ¿Por qué no podía tener una hermana? Por dentro, me encogí, porque la tenía. Intenté ignorarla. Aunque Briana Highcliff era probablemente ridículamente flexible, también era una ninfómana lunática.

Eché un vistazo a mi alrededor con el mismo desinterés por el romance que ella.

—Si yo puedo llevar este sitio, tú también puedes.

—Oh, claro que puedo llevar una librería. Pero, como te he dicho, estoy de vacaciones.

—Sí, yo estaba tranquilamente cuidando gatos y ahora estoy llevando una librería y siendo tu novio.

Ella resopló.

—Está bien. Quiero algo a cambio.

Me acerqué y le susurré:

—¿Anal? Sé perfectamente cómo le gusta a una mujer.

Otra clienta se acercó a pagar con tres libros bajo el brazo y, por desgracia, nos oyó. Un pequeño gemido se escapó de sus labios.

—No —respondió Fiona. Por la forma en que desvió la mirada, me pareció que ese *no* era en realidad un quizás.

La clienta se entrometió en nuestra conversación.

—Cariño, si te lo está ofreciendo, tienes que decir que sí.

Sonreí.

—Escucha a la mujer, Fiona —añadí, divertido por su evidente incomodidad. Y excitado, porque eso significaba que no lo había hecho antes. O que no lo había hecho bien. Yo podía cambiar su forma de pensar. Era muy excitante, pero no era necesario, porque Fiona ya era muy sexy tal y como era.

Cogí los libros de la mujer y los pasé por caja.

—Es él quien tiene algo metido bien profundo en el culo —replicó Fiona y me lanzó una mirada desafiante,

Ah, sí. Fuego.

24



DAX

—MIERDA, pensé que te habías olvidado de mí —refunfuñó Jimmy McFee cuando lo encontré en su bar noventa minutos más tarde—. ¿Tuviste que ir a recoger las tijeras al afilador?

Era un cuarentón que fumaba dos paquetes al día y le debía más de ochenta mil dólares a Biggles. Jimmy iba a estar en mi lista de recogidas durante un tiempo.

—Imposible olvidarme de ti, Jimmy. —Excepto que lo había hecho, por culpa de Fiona.

—Si fuera cualquier otra persona, pensaría que estás coqueteando, pero luego recuerdo que eres tú.

—Es difícil contar botellas de licor con los dedos cuando te falta uno —repliqué, fijándome en su mano izquierda, a la que le faltaba un dedo porque se lo había cortado unos meses antes. Así fue como Biggles Carpiano se ganó su apodo, porque quería dedos y otras partes del cuerpo cuando alguien no podía pagar.

Biggles no era un tipo divertido, pero yo me llevaba una parte de cada pago que le traía y no me daba asco su forma de persuasión. La vida de un mediador no era todo arcoíris y unicornios.

—Por favor, dime que no tengo que quitarte otro hoy —le dije.

—¿Por qué? ¿Tienes un mal día? —preguntó con sarcasmo. Dudo que él quisiera que le cortaran otro dedo. De hecho, no estaría tan tranquilo si estuviera esperando la amputación. Rara vez trataba con

alguien que necesitara un segundo recordatorio. Aunque Jimmy no era el más listo del grupo, tampoco era tan estúpido.

—No tienes ni idea —murmuré. El olor a cerveza derramada y ambientadores baratos solo contribuía al aspecto cutre del lugar. Este no era el sitio al que acudían los mandamases a por unas copas, a menos que quisieran pillar una intoxicación alimentaria por comer alitas de pollo en mal estado.

Dejó caer su portapapeles en una estantería junto al vodka barato y pasó junto a mí hacia su oficina. No me preocupaba que huyera. Le sacaba doce centímetros, veintitrés kilos de músculo y su meñique. Además, este era su negocio, la única forma que tenía de ganar el dinero que necesitaba para pagarle a Biggles, y no con más dedos. No tenía adónde ir, así que fui paciente, o tan paciente como pude, mientras se dejaba caer en la silla de su escritorio y abría uno de los cajones laterales. Sacó un sobre grueso y me lo entregó.

No necesité contarlo para saber que era la cantidad correcta. Tenía demasiado que perder si no era así. Los gatos tienen nueve vidas. A Jimmy le quedaban nueve dedos.

—Tienes... mala pinta —dijo, estudiándome. —Seguí frunciendo el ceño—. Maldición, tienes problemas con las mujeres.

Ahora sí que lo miré con odio.

Hizo un gesto con las dos manos para que me acercara, con el muñón donde debería estar su meñique, que yo le había cortado, muy visible.

—Cuéntaselo todo al tío Jimmy.

¿El tío Jimmy? No éramos amigos. Ni siquiera éramos conocidos. Éramos... Maldita sea, ¿qué pensaba de mí, el tipo que le había cortado el meñique izquierdo con unas tijeras de podar? ¿Un capullo? ¿Satanás? ¿Y quería que le contara mi vida amorosa?

—No estoy seguro de que seas la persona más indicada para dar consejos, Nueve Dedos —murmuré.

—Ayudé a tu amigo Jack —me recordó.

Cuando aún tenía los diez dedos, Jack vino conmigo una vez a recoger a una chica. Jimmy no tenía dinero, pero Jack hizo un trato con él: yo no le cortaría el dedo si él le ayudaba a escribir un mensaje a Hannah, a quien estaba acosando sin piedad en aquella

época. Le dio consejos ridículos sobre enviar emojis y otras tonterías. No era el *Dr. Ruth* ni el *Dr. Phil.*

—Vamos —insistió—. Esta semana tengo el dinero. Somos amigos.

Resoplé. ¿Amigos? ¿Nosotros? El único amigo que tenía era Jack, y él se había retirado. Me había dejado solo para lidiar con gentuza como Jimmy. Me había instalado en un pueblo donde había una lista muy corta de tipos malos en la puerta de la despensa, y entre ellos había un niño de once años con mal tiro. En ella no figuraba el tipo de la tienda de encurtidos. Nunca lo había visto antes y, como no estaba en la lista de Jack, o no era un tipo malo o no había llamado su atención.

Pero había llamado la atención de Fiona y, por eso, tenía que investigarlo.

Suspiré y cedí, apoyándome en el marco de la puerta. No iba a tocar nada en ese lugar.

—Está bien. Hay una mujer que me está volviendo loco.

—¿No sabes si estrangularla o follártela?

Aunque lo único que habíamos hecho Fiona y yo era gritarnos y follar, no me gustaba que hablara así de ella. Pero Jack no estaba y no tenía a nadie más con quien hablar de esto. Tenía que conformarme con lo que había.

—Más o menos —respondí.

Él sonrió

—Entonces estás enamorado.

Lo miré fijamente. ¿Se había bebido su propio alcohol?

—¿De qué coño estás hablando?

Hizo un gesto con sus cuatro dedos, como una presentadora de telerrealidad

—Así es una relación. El infierno y el mejor sexo de tu vida.

—¿El infierno y el mejor sexo? Eso no tiene sentido.

—Tampoco lo tiene el amor.

Incliné la cabeza y lo miré.

—¿Cuántas veces te has divorciado?

—Tres.

—Entonces eres la última persona que debería dar este tipo de consejos.

—*Au contraire, mon frère*. —Su uso del francés lo hacía parecer ridículo. ¿Por qué estaba hablando con él sobre esto? Me hacía cuestionar mi propia cordura. Era el dueño de un antro de mala muerte que le debía una fortuna a un prestamista despiadado—. Me he jodido lo suficiente como para considerarme un experto.

—Jodedor —le recordé. Suspiré de nuevo—. Vale, a la mierda. Mis padres tenían un matrimonio perfecto. Se querían. No quiero decir que se odiaran y follaran. No quiero pensar en ellos teniendo sexo.

Me encogí.

—¿Se divorciaron? —preguntó.

—Ella murió.

Su sonrisa se desvaneció y algo parecido a la ternura cruzó su rostro curtido.

—Lo siento, tío. Eso es duro.

Me pasé la mano por la nuca, incómodo por este extraño momento de conexión con un tipo al que le había cortado un dedo con unas tijeras de podar.

—Vi lo que le pasó a mi padre después de eso.

—Sí, he oído hablar de Big Mike. Es como el misterioso lobo feroz de por aquí. Su nombre todavía se susurra con miedo por todo el pueblo.

No era de extrañar, teniendo en cuenta cómo sacaba la basura en su época. Jack y yo parecíamos novatos en comparación con él.

—No voy a ser como él —dije.

—Tío, eres igual que él. —Se recostó en la silla y cruzó los brazos sobre el pecho—. Tú y Jack, los dos.

Negué con la cabeza.

—No. Destruido por el amor.

Se inclinó hacia delante, haciendo que su vieja silla volviera a chirriar.

—Escucha, el amor destruye.

Me reí entre dientes.

—Exacto.

Él negó con la cabeza.

—¿Por qué crees que me he casado tres veces? Porque estar enamorado es lo mejor que hay. Cuando es bueno, te destruye. Cuando va mal o pierdes a alguien a quien amas, te destruye.

—Exacto. ¿Yo para qué me iba a querer meter en ese lío?

Se encogió de hombros.

—Porque vale la pena.

¿De verdad? Papá se convirtió en un maldito justiciero después de que mataran a mamá. Nos convirtió a Jack y a mí en asesinos. Jimmy conocía de primera mano el tipo de alma oscura que yo tenía. Todo porque el amor destruía. Lo que sentía por Fiona no era amor. De ninguna manera. Me volvía loco. No podía dejar de pensar en lo mucho que me había hecho sufrir. Eso, desde luego, no era amor.

Aplaudió, sacándome de mis pensamientos.

—Dime, tío. Me muero por saberlo. No es bibliotecaria como la mujer de Jack, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Peor.

Frunció el ceño.

—¿Una monja?

Hice una mueca.

—Es agente del FBI.

Jimmy empezó a reír. Y a reír. Y a reír hasta que me acerqué a él, lo agarré por la camisa y lo levanté sobre sus puntas.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—¡Estás enamorado de una agente del FBI!

—¿Qué? —Solté su camisa y él cayó sobre la silla de su escritorio, que chirrió y crujió de tal manera que era evidente que no iba a durar mucho más. Nada en este lugar lo era. La única forma de limpiarlo era quemándolo hasta los cimientos. —Claro que no.

No estaba enamorado de Fiona. No. Así que quizá llamé a Nitro mientras bajaba de la montaña y le dije que investigara a sus compañeros de trabajo. Que averiguara quién era su compañero. Que le hiciera pagar por meterse con ella. Eso no significaba que estuviera enamorado. Ayudar a un agente del FBI con un problema

con su pareja era lo más estúpido que podía hacer. Sin embargo, estaba sucediendo. Ese tipo caería. Nadie se metía con mi chica.

—Entonces tráela aquí. Estoy buscando a mi cuarta esposa.

¿Jimmy poniendo sus nueve dedos sobre Fiona?

—Ni loco. Te romperé todos los dedos y luego te los cortaré uno a uno.

Arqueó una ceja peluda y demasiado crecida.

—¿Sabes qué me motivará a conseguirle el dinero a Bones la próxima vez? Descubrir qué pasa después en el fiasco del FBI con el Fixer.

Lo miré con ira porque estaba disfrutando demasiado.

—Vete a la mierda.

Con el dinero en la mano, salí furioso de su oficina, y su risa resonó en las paredes lúgubres del pasillo. Hijo de puta.

25



FIONA

A LAS SEIS EN PUNTO, Dottie entró en mi casa con aire despreocupado. Ya había renunciado a que las cerraduras mantuvieran a la gente fuera.

—¡Buenas! —gritó.

—Aquí —respondí. Estaba sentada en uno de los taburetes de la cocina con una copa de vino. Había parado en la tienda a comprar una botella después de cerrar la librería. Me lo había ganado.

—Iba a llamar, pero decidí pasarme directamente. —Entró y dejó una bolsa reutilizable sobre la encimera. Era la vez que la había visto más informal, con unos jeans manchados de pintura, unas zapatillas viejas y una sudadera gris de la Universidad de Colorado, de la que asomaba una camiseta azul brillante— ¿Qué lees? —me preguntó.

Le di la vuelta al libro para que pudiera ver la portada. *De Vuelta al Ruedo*. Al principio, estaba dispuesta a matar a Dax por dejarme a cargo de una librería romántica. El único trabajo menos cualificado que se me ocurría era el de maestra de preescolar. Pero luego me di cuenta de que me había dejado sola y que no tenía a ningún novio falso husmeando en mis cosas. Tuve que darle la razón en que volver a la tienda de encurtidos en ese momento no era una buena idea. Pero él había dado a entender que la librería estaba al otro lado de la calle y que era el lugar perfecto para vigilar la tienda. Así que empujé una de las sillas, que eran increíblemente cómodas, hasta colocarla justo delante de la ventana delantera para poder ver

al otro lado de la calle. Para pasar desapercibida, como una buena agente del FBI que intentaba no parecerlo, traté de escuchar lo que pasaba allí. Me llevó un rato filtrar todo el ruido habitual. Al final, capté algunas cosas.

… MALDITA SALMUERA DE PEPINILLOS. Se me han manchado los zapatos. Estoy harto de olerla. Vas a llevar el envío al otro lado de la frontera, así que pronto sólo habrá cactus y tacos.

DESPUÉS ME LLAMARON para atender a un cliente y, cuando volví a mi sitio, no pude escuchar nada más. Las luces del local estaban apagadas y pude ver el cartel de *cerrado* en la puerta desde el otro lado de la calle.

Había gente hablando dentro de la librería. Mujeres que hablaban de mí. Se me erizaron los pelos, acostumbrada a que la gente se quejara de mí y cotilleara. Mi padre, por ejemplo: *¿Por qué naciste? Deberías haber sido un chico. No vales nada. Nadie te quiere.* O mis compañeros de trabajo: *Es demasiado estirada. ¿Tenemos que invitarla a la hora feliz? Creo que su tumor cerebral la ha vuelto aún menos interesante. ¿Crees que se pone traje para dormir?* Pero cuando escuché a las mujeres, oí algo completamente diferente:

—Es tan guapa.

—Me pregunto qué crema hidratante usa porque tiene una piel increíble.

—Necesitamos que nos dé consejos sexuales porque quiero un Dax para mí.

—He oído que corre. Es muy fuerte.

Sí, todo eso. Cada vez que pensaba que iban a decir algo malicioso, decían algo... amable. Quería abrazarlas a todas, invitarlas a tomar un café. A hacerse la manicura o la pedicura. A correr. Lo que fuera. Me sentía… querida. Pero no pude. Escuchar a escondidas no me hacía popular en la oficina, así que sabía que no debía ser una fisgona descarada. Solo sonreí y envolví la amabilidad de aquellas mujeres a mi alrededor como si fuera una manta acogedora.

Sin nada que hacer, cogí el primer libro que encontré en el expositor de otoño y empecé a leer. Me enganché, y solo dejaba de leer para atender a otros clientes. Incluso lo compré para poder seguir leyendo después del cierre.

—¡Oh! Eso es bueno —murmuró ella, sacando un gran recipiente de plástico de la bolsa—. Deja que llegues a la parte en que...

—¡Sí! —Mis ojos se iluminaron—. ¿Puedes creer que había dos...?

—Lo sé —respondió ella, abanicándose—. Y luego...

—Exacto. Espero que él siga...

Ella se llevó la mano al corazón.

—No te lo voy a estropear, pero las novelas románticas tienen finales felices.

Suspiré.

—Tengo que encontrarme un vaquero —susurré.

—Tú ya tienes un novio grande y musculoso, aunque dudo que sepa distinguir la parte delantera de un caballo. —Puso un segundo recipiente delante de mí—. Come.

Cuando levanté la tapa y eché un vistazo, ella cogió un tenedor del cajón para mí.

—¿Por qué sigues trayéndome comida?

—Porque es lo que se hace.

Fruncí el ceño.

—¿Qué? ¿Darnos de comer unos a otros?

Ella se rio.

—Cuidarnos unos a otros, cariño.

Fruncí el ceño al ver la ensalada que me había traído. Era una ensalada elegante con varios tipos de lechuga, cubitos de queso, arándanos secos, semillas de girasol e incluso semillas de granada. El aderezo desprendía un aroma avinagrado con un toque de ajo

Se me hizo la boca agua.

—Vaya, tiene una pinta increíble. Muchas gracias, pero no tienes por qué seguir cocinando para mí.

Arqueó una ceja plateada y me miró como si fuera un niño al que se le ha dicho que se lave los dientes y solo se los ha enjuagado con agua.

—¿Desde cuándo cocinas para ti?

Fruncí los labios.

—Desde nunca.

—Exacto.

—He comprado vino.

Aún no me moría de hambre.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Nadie cuida de tí? —Me mordí el labio—. Lo que me imaginaba. —Golpeó la encimera con el dedo—. Come. —Miró a su alrededor—. ¿Dónde está Dax?

—Ni idea —dije, pinchando la ensalada—. Tenía algo que hacer en Denver.

Cuando recibió la llamada antes, lo único que oí por el teléfono fue a un tipo gruñón diciendo que Dax llegaba tarde. Podría haber sido el dentista, pero normalmente las recepcionistas tienen un tono más amable.

—También le he traído la cena. —Me miró—. Un hombre como él necesita carne. —No le llevaría la contraria. Además, eso significaba que no tendría que compartir la ensalada con él—. ¿Cuánto lleváis juntos?

¿Desde que Dax le dijo a Dottie que era mi novio? ¿O contaba nuestro encuentro en la tienda? Me decidí por el atraco a mano armada.

—Dos días.

Dottie se llevó la mano al corazón y puso una cara de enamorada que daba vergüenza ajena.

—Amor a primera vista.

Negué con la cabeza de una forma que habría espantado a una ardilla si se hubiera agarrado a mi pelo.

—No. No. El amor a primera vista no existe.

—¿No crees en él? —preguntó.

—No creo que el amor sea para mí.

Frunció el ceño y se pareció a *Campanilla* cuando alguien le robó su polvo mágico.

—Vaya, qué pena. ¿No te lo explicaron tus padres?

Me reí entre dientes y bebí un sorbo de mi copa de vino.

—Mi vida no es una novela romántica. Es más bien un podcast de crímenes reales.

—Si quieres contármelo, soy toda oídos —dijo.

La observé mientras pinchaba un cubito de queso y se lo comía.

Dottie parecía sincera. No parecía tener ningún motivo oculto para ser amable. Simplemente lo era. Parecía saber escuchar y estaba realmente interesada en saber cosas sobre mí. Sin sentido, ¿no?

—Cuando tenía cinco años, mi madre intentó alejarnos de mi padre. Llegamos hasta la primera parada del Greyhound antes de que él nos encontrara y nos trajera de vuelta. Cuando me desperté a la mañana siguiente, la encontré muerta al pie de las escaleras. Yo llevaba mi pijama rosa con arcoíris. —Tragué saliva.

La recordaba encogida sobre la alfombra oscura, con el brazo doblado de forma extraña. Tenía los ojos abiertos y vacíos, mirando al techo. No sé cuánto tiempo intenté despertarla.

—Después de eso, me quedé sola con mi padre. —No entré en detalles porque mis pocos amigos y todas las personas de la oficina de Denver, y bastantes de otros lugares, conocían lo suficiente. Me había unido al FBI para hacer justicia.

Pero Dottie no lo sabía. Sacó un taburete y se sentó a mi lado, permaneciendo en silencio y esperando pacientemente a que continuara.

Cogí una pasa de la ensalada y la mordisqueé.

—Solo diré que no era un buen hombre. Estudié mucho, conseguí una beca para la universidad y entré en el FBI para poder meterlo en la cárcel.

—¿Lo hiciste? —susurró con los ojos muy abiertos, llenos de curiosidad, no de lástima. No se me escapó que tenía los puños apretados, como si quisiera darle un puñetazo en la nariz.

Me reí y le dediqué una gran sonrisa.

—Oh, sí.

—Claro que lo hiciste. —Me dio una palmadita en la mano que descansaba sobre la encimera—. Eres muy fuerte y valiente. Bien por ti, cariño.

¿Fuerte? ¿Valiente? ¿Eso era lo que pensaba de mí? Parecía... ¿orgullosa?

No sabía muy bien qué hacer con eso.

—¿Así que amor? No.

Volví a centrar mi atención en la ensalada. Le di un gran mordisco. Mi historia era triste, pero no del tipo que te hace llorar, sino del tipo *qué mal por ti*. Estaba bastante triste.

—¿No quieres encontrar al hombre ideal? —me preguntó.

Negué con la cabeza.

—No necesito a un hombre en mi vida para ser feliz.

—No, por supuesto que no. Pero un hombre es útil para ciertas cosas. Se me ocurren algunas solo con *De Vuelta al Ruedo*.

Era imposible no poner los ojos en blanco.

—Te refieres a Dax.

—Si te hace sentir increíble y un poco loca al mismo tiempo.

¿Lo hacía? Me hacía sentir, y eso ya era un cambio.

Me encogí de hombros.

—Me basta con Mr. Aquí y Ahora.

Ella se inclinó como si estuviera compartiendo un secreto de estado.

—Si Mr. Aquí y Ahora te habla como si hubiera leído ese libro en la hora del cuento esta mañana, eres una mujer afortunada.

Me sonrojé. Sentí las mejillas arder. No sabía qué había leído Dax en la librería, pero sí sabía cómo sonaba cuando estaba dentro de mí, diciéndome que era su buena chica por tomarlo tan bien.

Ella arqueó las cejas.

—Es el tema de conversación del pueblo.

—¿Ah, sí? —Volví mi atención a la deliciosa ensalada.

—Las mujeres están actuando como si fuera la Segunda Venida, y sus hombres no están nada contentos con ello.

Negué con la cabeza.

—Los hombres deberían estar encantados.

—¿Por qué? —preguntó intrigada.

—Esas mujeres están encendidas y necesitan resolver eso con alguien. Los chicos deberían estar comprándole cervezas y

enviándole tarjetas de agradecimiento por toda la acción que van a conseguir esta noche.

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Nunca lo había pensado de esa manera.

Yo también quería algo de acción esta noche. Pero no debía depender de Dax para el sexo, ni siquiera para que apareciera. Los orgasmos eran reales, pero lo nuestro no.

Me gustaba Dax, cuando no estaba molesto. Cuando no me interrumpía en la tienda de encurtidos. Cuando no decía que era mi novio. Cuando no me obligaba a seguir con esa farsa en la librería. Cuando no me dejaba a cargo del lugar. Era cuando no hablábamos lo que más me gustaba. Pero amor… Ni loco.

—¿No quieres un poco? —pregunté, cambiando de tema y señalando mi ensalada con el tenedor.

Ella negó con la cabeza.

—No, cariño. Ya comí con el señor Dotson. Termina, porque tenemos que irnos.

¿Irnos?

—¿A dónde?

Se frotó las manos y sus ojos se iluminaron.

—La noche de manualidades, ¿recuerdas?

Oh, no.

Levanté la mano que no sostenía el tenedor en un gesto de alto. Porque realmente quería que se detuviera.

—No creo que eso sea lo mío.

Con un gesto de su propia mano, descartó mis palabras.

—Tonterías. Es un montón de diversión para alejarnos de nuestros maridos.

Todavía no había conocido al señor Dotson, pero tenía la sensación de que era un buen tipo.

—No tengo marido —le recordé, esperando que eso me excluyera.

—Necesitas algo de diversión en tu vida —replicó.

—Creo que tenemos definiciones diferentes de diversión —murmuré—. La mía es practicar tiro al blanco y correr cinco millas.

Ella empezó a reír.

—Es hora de probar cosas nuevas en tus vacaciones.

No estaba tan segura de eso.

—¿Una noche de manualidades, en serio?

Sacó una última cosa del fondo de la bolsa.

—Sí, noche de manualidades. Aquí tienes tu camiseta.

La tomé y miré mi ropa.

—¿Qué tiene de malo lo que llevo puesto?

—Nada, pero esta noche hay una competencia de manualidades en equipo. Vamos a pintar calabazas para la noche de brujas.

—¿Pintarlas? Creía que la gente las tallaba.

—Aún faltan dos semanas para Halloween. Las calabazas talladas se echan a perder demasiado rápido. Además, los bichos se las comen, y no necesitamos otra familia de alces en el pueblo dándose un festín como hace dos años.

Bueno, entonces...

—Esta es una noche importante. Hay un ganador absoluto que recibe un premio en efectivo, además el equipo ganador tendrá sus calabazas expuestas frente al ayuntamiento durante el resto del mes.

Parece que en Coal Springs no escatimaban en la noche de manualidades.

—Come rápido. Tenemos que llegar temprano porque no quiero que Rosemary Gecker acapare todos los ojos saltones.

¿Pintar calabazas? ¿Ojos saltones? Sentía que había entrado a un universo alternativo.

Entonces desplegué la camiseta azul y leí el frente.

—¿*Equipo Artsy Fartsy*? —Negué con la cabeza con fuerza una vez más—. Ni hablar, Dottie. Definitivamente no

26



FIONA

UNA HORA MÁS TARDE, estaba en Bud 's Bar con mi brillante camiseta azul de *Artsy Fartsy*, donde se celebraba la noche de manualidades —y la competición— de este mes. Era noche de cervezas, lo que significaba que había cubos de metal llenos de hielo y botellas en nuestra mesa de trabajo.

Cuando llegamos, nos presentaron. El equipo *Artsy Fartsy* estaba formado por Dottie, Martha —una profesora de química jubilada—, su hija Mindy, y la señora Metcalf, la hermana de Dottie, que estaba fuera de la ciudad. Cuando se presentó el equipo rival, Brush Buffoons, desconecté sus nombres. Tammy, Rosemary, Marcia y tal vez Denise o Deirdre. Con sus camisetas rosa brillante, era difícil diferenciarlas. O quizás era el vino, y luego la cerveza, lo que me estaba afectando.

Después de que llegaran algunos aperitivos, terminé mi cerveza y nos acomodamos en las mesas cubiertas de periódicos para la batalla de decoración.

No tardé en terminar con más pintura en mí que en mi calabaza. Era terrible en todo lo artístico, y este proyecto sin reglas lo dejaba en evidencia. Externamente, gruñía sobre toda esta experiencia, hasta que Dottie me pasó otra cerveza y entonces me callé y… lo disfruté.

En Coal Springs no había secretos. Eso significaba que todos querían meterse en la vida de los demás como si fuera un deporte

olímpico, incluida la mía. Nadie parecía incomodarse por el nivel de invasión y curiosidad. Para mí, responder preguntas sobre mi trabajo en el FBI era como si me arrancaran un ojo con una cuchara para melón. Tenía que esquivar y sortear cómo había acabado en la profesión. Nadie querría saber de mi familia disfuncional, y por suerte Dottie no había compartido lo que le conté antes. También tenía que evitar mencionar que estaba de vacaciones. O por qué. O por qué había venido a Coal Springs. O el tumor cerebral.

Mi vida era el sueño de cualquier amante del cotilleo, así que intentaba no decir mucho.

Dottie se sentó a mi lado con una calabaza aterradora cubierta de ojos saltones. No era aterradora en el sentido de hacer llorar a los niños pequeños, sino porque era un desastre.

La mía no era la mejor.

Podría deberse a mi absoluta falta de talento artístico. O quizá al hecho de que estaba a medio camino de la borrachera. Mi calabaza tenía una gran sonrisa pintada, con un único diente torcido y blanco, además de un pelo verde digno de *Medusa*. No era fan de los ojos saltones, pero había descubierto un amor infantil por la purpurina y la esparcí generosamente sobre la pintura aún húmeda.

Escuché los susurros de las asistentes a la noche de manualidades, esperando que se burlaran de mí. Pero en lugar de eso, oí cosas como que Fiona es tan talentosa y Dottie ha dicho cosas muy lindas sobre ella, además debería venir a la noche de vino la próxima semana.

¿Les gustaba? ¿Pensaban que era buena pintando? Levanté la vista con cautela y observé al grupo. Algunas me devolvieron la mirada con una sonrisa. Una sonrisa auténtica. Dottie, sentada a mi lado, extendió la mano y me dio una palmadita. Aunque dudaba que hubiera escuchado lo mismo que yo, de alguna manera lo sabía.

Le devolví una sonrisa genuina porque formar parte de este grupo se sentía bien, sobre todo mientras pintábamos y bebíamos. Como no había sido muy comunicativa, las otras mujeres de *Artsy Fartsy* ampliaron los temas de conversación. Dejé que todo fluyera a mi alrededor. Permití que el ruido entrara, absorbiendo aquella charla ridículamente normal. No había menciones a arrestos,

órdenes de registro o recopilación de pruebas. Estas mujeres no se enfrentaban a criminales todos los días. Ni nunca.

Los problemas en sus vidas eran sencillos. Un triturador de basura averiado. Un hijo que suspendía geometría. No había disparos. Ni trampas. Ni esconderte de tu padre para que no te recordara lo inútil que eras. En Coal Springs, la vida era arroz con queso y T-ball.

—Va a tener su segundo bebé el mes que viene.

—Ya están plantando los bulbos de ajo. Hay que ponerlos en tierra en otoño, ya sabes.

—Los sofocos son lo peor. Necesito dos ventiladores por la noche.

—El nuevo sitio de desayunos hace los mejores crepes.

Levanté la cabeza de mi pintura. A pesar de la niebla mental inducida por múltiples cervezas, me di cuenta de que este pueblo de fisgones podía ayudarme con mi investigación sobre las personas de los pepinillos. Eran mejores recopilando información que todo mi piso en la oficina del FBI.

—¿Y la tienda de encurtidos en Main? —pregunté, echando un vistazo alrededor de la mesa.

Sacudí el pequeño tarro de purpurina arcoíris sobre un espacio húmedo, como si estuviera salando patatas fritas. Si había información sobre pepinillos, ellas lo sabían.

—Me dan acidez, así que los evito —dijo Martha, apoyando la mano en su camiseta, justo sobre la palabra Fartsy.

—Me encantan los pepinillos, pero los compro en el supermercado —añadió Mindy, sin levantar la vista de su calabaza, a la que estaba añadiendo un bigote rizado como de villano malvado —. A mi hijo de seis años le gusta llevar los bastones en su lonchera.

—Deben de ser buenos si se han agotado —musitó Dottie, apretando un poco de pegamento y añadiendo otro ojo saltón a la parte trasera de su calabaza.

Maldita sea. ¡No sabían nada! ¿Por qué? ¿No madrugaban? ¿No habían visto el vertido de pepinillos al lado de la montaña? ¿No reconocían que estas cosas eran señales de que se estaban llevando a cabo actividades ilegales justo ante sus narices?

Intenté insistir, pero me cortaron.

—¿Cómo?

—¡Tiempo! —Tammy… o tal vez Rosemary llamó. Se levantó de la otra mesa y recorrió la competencia con una mirada astuta y calculadora.

—Llevaremos las nuestras a tu mesa, Dottie.

Dottie asintió, deslizando su calabaza para hacer espacio.

—Bien. Queremos un juicio imparcial.

Todos nos levantamos y nos alejamos de nuestros proyectos. Juntos, eran… interesantes. Y extrañamente divertidos.

Me incliné hacia Dottie y murmuré:

—¿Quiénes son los jueces?

—Randy, el dueño. Y otros dos hombres que casualmente están en el bar y que no tienen relación con nadie de los equipos. No son familiares, ni compañeros de trabajo, ni tienen hijos que estudien con los hijos de alguien aquí. Son imparciales.

—Debe haber sido difícil encontrarlos.

—Lo fue.

Diez minutos después, Randy, el dueño del bar —un tipo de unos cuarenta años— salió del grupo que él y los otros jueces habían formado. Avanzó por la mesa y señaló.

—Esta es la ganadora.

Estaba señalando mi calabaza. La mía. *Medusa* escarchada.

—¿Qué? —chillé, llevándome las manos a la cara, probablemente esparciendo pintura verde sobre mis mejillas. Nunca había ganado nada en mi vida.

Dottie, Martha y Mindy me rodearon y gritaron. Me estremecí, pero no pude evitar sonreír ante su entusiasmo. O su borrachera.

Incluso el otro equipo se unió, aunque alcancé a oír a Rosemary murmurar tramposa.

—Además de que las calabazas del equipo estarán en exhibición, te llevas el premio de cinco dólares, querida —dijo Dottie.

—¿Gané cinco dólares?

Apenas alcanzaba para una taza de café, pero sentía que había ganado la lotería.

Dottie asintió.

Mi corazón latía con fuerza y no podía dejar de sonreír.

—Nunca he ganado nada.

Me sentía extrañamente feliz. Eufórica. Gané. Mi absurda calabaza pintada había sido considerada la mejor, lo cual era ridículo. Un grupo de niños pequeños habría hecho un trabajo mejor que todos nosotros. No importaba.

—También te llevas una banda.

Alguien detrás de mí dejó caer una tira de tela amarilla sobre mi hombro como si hubiera ganado Miss Universo. Al mirar hacia abajo, vi que claramente era hecha a mano, con un borde de pasamanería cosido como detalle decorativo. Con marcador y una elegante caligrafía, decía Mejor Pintora de Calabazas.

—Y otra cerveza —añadió Mindy con una gran sonrisa, chocando su botella contra la mía.

—Esto fue… divertido, Dottie —admití, sintiéndome ridícula y sin importarme.

Ella pasó un brazo alrededor de mí y me dio un abrazo maternal. Un abrazo.

—Oh, cariño, estoy tan orgullosa de ti.

¿Orgullosa de mí?

—Creo que a los jueces les gustó la pintura verde o la purpurina. Son algo… —dije, admirando la fila de calabazas decoradas y tratando de no pensar en por qué tenía esas nuevas sensaciones blanditas que nunca antes había tenido.

Ella negó con la cabeza y sostuvo mi mirada.

—Eres especial, y ellos lo ven. Todos lo vemos.

Oh, por Dios.

Tragué saliva con dificultad. Nadie me había llamado especial antes. Ni había dicho que estaba orgulloso de mí. Apenas recordaba a mi madre, y mi padre solo decía que arruiné su vida, que no valía nada, que nunca llegaría a nada, que era una vergüenza.

—Gracias, Dottie.

27



DAX

—¿Cómo has entrado? —murmuró Fiona, casi dormida. No abrió los ojos cuando me metí bajo las sábanas y la atraje hacia mí para quedar de cucharita.

Quería darle unos azotes en el trasero por dudar de mi capacidad para abrir una cerradura, pero estaba cálida y somnolienta, y hacía tiempo que no la veía así. El hecho de que no se hubiera asustado ni hubiera buscado su pistola, que estaba en la mesita de noche, me hizo sonreír. Confiaba en mí, o al menos cuando dormía.

—Lo de siempre —respondí, sin revelar mis secretos para forzar cerraduras. Con el brazo alrededor de su cintura, mi mano no tenía más remedio que acariciar su pecho a través de una fina camisola de algodón. No tenía otra opción.

Podría haber dormido en casa de Jack cuando volví a la ciudad. Me había pasado para ver cómo estaba Panqueque, pero no salió a recibirme, así que, después de darle de comer y cambiarle el agua, me di la vuelta y me fui.

Sus pechos eran la razón por la que no estaba pasando el rato con un gato caprichoso. Fiona era cálida. Jodidamente acogedora. Olía a salvajismo… ¿Por qué iba a querer pasar la noche solo en la habitación de invitados de mi amigo?

¿Sexo o sexo?

Mientras me acomodaba, me tomé un momento para considerar mis sentimientos. Nunca imaginé que diría esas palabras. *Considerar*

mis sentimientos. ¿No era eso algo que hacía la gente en el yoga? ¿En terapia?

Me bastaba una cama grande con una mujer flexible y luchadora. Y una llamada de Nitro con la información que había conseguido sobre Jonathan Neidermeyer, el novio perdedor de Fiona. Nunca había sentido mucha simpatía por las fuerzas del orden. No desde que mataron a mi madre y tuvieron que cumplir la ley con los conductores borrachos, aunque todo el mundo sabía que el tipo la había sacado de la carretera con más alcohol en las venas que sangre.

A lo largo de los años, yo me ocupé de mis cosas y les dejé hacer las suyas. Fiona parecía estar cambiando eso, porque por lo que Nitro había averiguado, Neidermeyer era un cabrón de mala muerte. Fiona podía cuidar de sí misma, sin duda. Pero yo quería, no, necesitaba protegerla. Me molestaba que su compañero la jodiera. Arruinara su carrera. Le dijera cosas horribles. Maldita sea, incluso traerle un café de mierda.

No podía dejar de pensar en ella. No podía dejar de desearla. Echaba de menos su personalidad molesta cuando no la veía. Me preguntaba en qué líos se estaría metiendo porque yo no la vigilaba. Necesitaba a alguien que la cuidara. Un protector. Un amante.

Ese era yo.

—Dottie te ha traído comida, por si tienes hambre —murmuró, arqueando el trasero hacia mi verga.

No había cenado, pero no era espagueti con salsa de carne lo que me apetecía. Me moví y, con delicadeza, giré a Fiona hasta dejarla boca arriba y aparté las sábanas. Bajé más y más hasta descubrir que lo único que llevaba puesto era una braguita.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó cuando le separé los muslos y coloqué mis hombros entre ellos. Levantó la cabeza y la miré desde mi nuevo lugar favorito.

Podía ver sus ojos somnolientos en la penumbra.

—Cenar.

Con una mano deslizando sus braguitas hacia un lado y la otra sujetándole un muslo bien abierto, puse mi boca sobre ella. Dulce, suave y perfumada como el cielo.

Diablos, qué bien sabía.

—¡Dax! —gritó, dejando caer la cabeza sobre la almohada y enredando una mano en mi pelo antes de tirar de él.

Allí mismo, en ese momento, estaba a salvo. Conmigo, no necesitaba tener su maldita pistola a su lado para dormir. Alguien la cuidaba.

¿Sus gritos de placer? Eran míos. ¿El dolor en el cuero cabelludo por su agarre? Merecía la pena. Porque, por alguna maldita razón, quería hacer feliz a Fiona.

Y hacerla mía.

28



FIONA

NO TENÍA ni idea de qué le había pasado a Dax la noche anterior. ¿Despertarme con la cabeza entre mis piernas? Por Dios. Había sido voraz y minucioso. Atento. Extrañamente dulce… No, dulce no. No sabía qué era, pero no nos habíamos gritado. No habíamos amenazado con usar nuestras armas. Ni siquiera habíamos hablado, salvo yo diciendo *sí*, *más duro*, y *lo necesito*, mientras Dax murmuraba cosas obscenas y maravillosas en mi oído comiéndome hasta llevarme al orgasmo y follándome hasta alcanzar otros más.

Por eso, cuando me desperté a las cinco con él abrazándome y sonreí, supe que estaba en problemas. Tenía que salir de la cama. Necesitaba espacio. Él estaba caliente y duro, por todas partes, y me sentía protegida y otras cosas que no podía procesar a esas horas de la mañana sin café.

¿Dónde vivía Dax? Dijo que no era de Coal Springs. ¿Tenía una casa aquí? Si la tenía, no la usaba. Me asustaba. Él me asustaba. No en el sentido de que estuviera en peligro, sino más bien en el sentido de, *¿qué coño está pasando aquí?* Aquella cama caliente era muy peligrosa.

¿Qué hacía yo poniéndome cómoda con un tío? ¿Dejándole entrar en mi casa una y otra vez y sin dispararle o, al menos, sin hacer que lo arrestaran? ¿Dejándole meterse bajo las sábanas, despertarme y follarme? Me deseaba, su verga dura y su insaciable apetito sexual lo delataban. Pero no habría vuelto de lo que fuera

que había hecho en Denver y metido en mi cama si no quisiera estar allí. Si no le gustaba, no tenía por qué verme. Ni lamerme el coño. Ni follarme. O peor aún. Abrazarme. Acurrucarme. Besarme la nuca.

No iba a golpearme ni a insultarme como lo había hecho mi padre. Había dejado atrás ese tipo de mierda hacía mucho tiempo y lo habría derribado como a un perro rabioso. Pero iba a joderme. De alguna manera. Tal vez simplemente desaparecería de mi vida en cuanto terminara conmigo. Porque lo haría. Pronto. Exprimiría de mí lo que necesitara y luego seguiría adelante. Dottie también. Vería quién era realmente y cambiaría de opinión sobre traerme comida, llevarme a la noche de manualidades y decirme que estaba orgullosa de mí.

Podía lidiar con eso, pero apestaría. Había estado bajando la guardia, o quizá ellos se habían deslizado por debajo de ella, como si se hubieran metido en mi casa sin tener llave.

Todo estaba por acabar, pero lo haría en mis términos. Me iría primero. Empezando ahora mismo, agarrando mi pistola, poniéndome la ropa de correr y saliendo de la casa.

Claro, los orgasmos estaban bien, y los cinco dólares de premio también, pero estaba en Coal Springs para derribar a la gente de los pepinillos. Arrestar a los malos. Confirmar que era una buena agente. Que los malos siempre pierden.

Por eso mi carrera matutina me llevó al centro de la ciudad. Antes de cruzar la segunda manzana de Dreidel Lane, un coche se detuvo en medio del cruce frente a mí. Me detuve y levanté la cabeza hacia el cielo oscuro.

—¿Qué estás haciendo? —soltó Dax tras salir del coche y acercarse.

Su motor seguía encendido, la puerta del conductor abierta.

—Corriendo —dije, mis jadeos escapando en grandes nubes blancas.

—¿De mí?

Me llevé las manos a las caderas.

—¿Qué? No.

—¿En serio? Entonces, ¿por qué no estamos en la cama en vez de en medio de la calle antes del amanecer?

—Porque…

—¿Crees que no sé que en el instante en que te levantas de la cama vas a esa puta tienda de encurtidos otra vez con una pistola?

Agitó la mano y señaló, aunque no estaba segura de cómo podía ver mi funda de hombro bajo el grueso forro polar.

Fruncí el ceño.

—Necesito saber qué está pasando.

Se pasó una mano frustrada por la nuca.

—Ya hemos hablado de esto. Pensé que lo haríamos juntos.

—La última vez que me ayudaste, dijiste que estaba embarazada. No podía imaginar algo peor.

—¿Por qué no podemos dormir un poco más y vigilarlos desde la librería?

—Estuve observando la tienda durante horas ayer, cuando me dejaste en esa librería —le recordé.

Se acercó y tomó mi mano. *Tomó mi mano.*

—Lo haremos juntos.

Su voz no era agresiva, y ese era el problema. Un Dax tranquilo me confundía.

Negué con la cabeza.

—No.

Me apretó los dedos.

—Sí. ¿Por qué no puedes aceptar ayuda?

—¿Por qué quieres dármela? ¿Qué sacas de esto?

—Quiero que estés a salvo.

—Puedo cuidarme sola.

—Se supone que eres mi novia falsa —añadió.

—Exactamente. Falsa.

Solté mi mano de la suya.

—Estás actuando como un novio de verdad.

—¿Qué? ¿Cuidarte para que no hagas ninguna locura? ¿Ayudarte?

Abrí los brazos de par en par.

—¡SÍ!

Un perro ladró a lo lejos por mi grito.

Dax dio un paso más cerca.

—¿Por qué odias que alguien haga algo por ti?

—Porque no soy tu problema.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Es que nadie puede cuidarte?

—¿Cuidarme? Puse la mano sobre mi pecho. —Yo me cuido. ¿Esto? No es real. Todo esto es falso, ¿recuerdas?

Me miró fijamente. Incluso en la oscuridad, podía ver el azul intenso en su mirada. Dio un paso hacia mí, invadiendo mi espacio.

Esta vez, en lugar de tomar mi mano, me sostuvo la cara entre las suyas. Suavemente. Tiernamente. Todos esos adjetivos cálidos y reconfortantes que no eran habituales para mí. Para… nadie.

—No todo esto es falso.

Sentí el impulso de retroceder, porque lo que dijo era cierto. No me gustaba la sensación. Me aterraba. Podría protegerme de Dax. De todos. Pero, ¿y de mi propio corazón?

29



DAX

NUNCA HABÍA VISTO a Fiona tan cerca de entrar en pánico.

Extraño, porque cuando alguien agitaba un arma, ni pestañeaba. Pero la idea de tener a alguien de su lado le hacía perder la cabeza.

Podía entenderlo. Sin Jack trabajando como sicario, me había sentido algo perdido estos últimos meses. Sabía que él me cubría las espaldas. Que recibiría una bala por mí. Había sido mi compañero, dentro y fuera del crimen, desde la primaria.

Fiona, en cambio, ni siquiera soportaba que le tomara la mano. Habíamos tenido sexo. Mucho. Pero lo mantenía impersonal. Se iba. TODAS. LAS. VECES.

Ahora, al sostener sus frías mejillas, sentí una conexión distinta. No química sexual, sino algo más. Algo más profundo. Quería atravesar esa desconfianza que tenía. Quería que me dejara entrar. ¿Por qué? No tenía sentido, porque yo era igual que ella. Manteniendo a todos a distancia. Alejando a todos de mis sentimientos. Nadie los tocaba. No.

Pero yo era el que quería tocar a Fiona. Yo era el que quería acercarse. Lo supe desde el primer segundo que la vi en la tienda de conveniencia. Era diferente. Me enganchó. Jimmy decía que el amor destruía. También era jodidamente difícil.

—El arroz con queso de Dottie es real —dije, tratando de calmarla. De mantenerla aquí, conmigo. No tenía ni idea de lo que

estaba haciendo, pero quería dejar de perseguirla en mitad de la noche.

—¿Sabes lo que pasó anoche? —preguntó, mirando sus zapatillas de correr en lugar de a mí.

Le acaricié la mejilla con el pulgar y luego deslicé las manos hasta sus hombros. Firmes y fuertes bajo su forro polar. Estábamos en medio de la calle. Hablando. Hacía frío. Estaba oscuro. Había una buena posibilidad de que Fiona me diera una patada en la rodilla o saliera corriendo. Solo podía imaginar lo que había pasado la noche anterior. Parecía que el caos la seguía dondequiera que iba.

—¿Qué?

—La noche de manualidades. Pintamos calabazas.

Me estremecí ante el horror. Era peor de lo que pensaba.

Finalmente, levantó los ojos hacia los míos. No estaban llenos de burla ni de molestia. Brillaban con una emoción cautelosa.

—Gané. Mi calabaza de *Medusa* escarchada ganó la competición. Me dieron una banda.

Mi boca se curvó en una sonrisa, divertida por lo disgustada que sonaba.

—¿Una banda? —Ella asintió, su coleta deslizándose sobre el hombro—. Fue…

Esperaba que dijera horrible. Vergonzoso. Aburrido. Ridículo. Estúpido.

Pero en su lugar, susurró:

—Increíble.

No podía imaginarme sentado pintando cualquier cosa, y menos calabazas. Pero si Fiona decía que había sido divertido, entonces tenía que haberlo sido. Ella era tan desconfiada de la gente y de las cosas normales como yo.

—Creo que quiero que Dottie me adopte —añadió.

Me guardé los comentarios, porque estaba hablando de sus sentimientos. ¿Qué tenía de malo que una mujer hablara de sus sentimientos? Entendía a las mujeres. O bueno, a las mujeres con las que había estado en el pasado que buscaban un *sugar daddy*, un marido, o lo que fuera. Sabía cómo funcionaba ese juego y me mantenía al margen. Guardaba suficiente distancia con las mujeres

con las que me acostaba para asegurarme de que no me clavaran sus garras perfectamente manicuradas.

Fiona no estaba interesada en eso.

No estaba interesada en mí.

Tenía que hacer que viera que estaba de su lado. Que valía la pena tenerme cerca. Que valía la pena no huir de mí. Que podía cargar con el peso de sus problemas.

—Me abrazó, Dax. Me dijo que estaba orgullosa de mí.

Sus ojos —al menos bajo el resplandor de las farolas— parecían llenos de lágrimas.

—Espero que no la hayas golpeado en la garganta por decir eso —dije con una sonrisa torcida—. Me debe un plato de espaguetis.

Su labio se curvó levemente.

—Está en mi nevera. Y no, salió ilesa.

—No entiendo el problema, cariño.

Le acaricié el cabello con cautela, como si fuera un animal asustadizo.

Suspiró.

—Es la primera vez que alguien me dice que está orgulloso de mí.

Ah.

Diablos. Sabía que Big Mike me quería. Sabía que estaba orgulloso de mí, aunque yo fuera un mediador que se encargaba de cadáveres y dedos amputados.

Se jubiló y literalmente me entregó su negocio porque sabía que podía manejarlo.

Que le jodan a la cautela. La atraje hacia mí. La abracé con fuerza. Le sujeté la nuca y le susurré al oído:

—Me sorprendes.

Sí, eso era lo que hacía. Me hacía feliz. Me ponía cachondo. Me hacía querer destruir. Quería arrasar el mundo por haber defraudado a Fiona una y otra vez.

—¿Lo dices porque estoy armada?

Me reí, pero vi su sarcasmo por lo que era. Una forma de desviar la conversación.

—¿Por qué crees que los cumplidos son mentiras?

Se encogió de hombros.

—No estoy acostumbrada a ellos.

Suspiré y besé la coronilla de su cabeza.

—Acostúmbrate, porque cuando los digo, son en serio. Y cuando Dottie los dice, estoy seguro de que ella también.

No respondió. Le di mucho en qué pensar. En qué sentir.

La sostuve por un rato, en medio de la calle vacía, con mi coche bloqueando la carretera. Nadie nos molestó.

—No puedes volver ahí —dije, suponiendo que ya la había presionado bastante con el tema emocional—. A la tienda de encurtidos.

—¿Por qué no? —preguntó, mirando la parte delantera de mi sudadera.

—Este es un pueblo pequeño. Todo el mundo se acuerda de todo. Si aún no han sospechado de ti, no te van a olvidar. Eres la mujer molesta con una obsesión por los pepinillos. —Fruncí el ceño —. Eso suena bastante sucio, y quizás acertado. Me gusta, siempre que sea mi pepinillo el que te obsesione.

Ella se echó hacia atrás, me miró y me dedicó una mirada de hastío.

Aflojé mi agarre, pero no la solté. Me gustaba tenerla justo ahí.

—Eso fue porque dijiste que estaba embarazada.

—La cagaste, cariño —añadí, pero en voz baja, para que entendiera que no estaba molesto.

—Ambos —corrigió. Guardé silencio, porque no había sido yo quien entró solo en la tienda—. Bien. La cagué —admitió de mala gana—. Entonces necesitamos a alguien más para ayudar.

—¿Dottie? —pregunté.

Ella negó con la cabeza.

—¿Sabías que fue la administradora de la oficina de la policía de Coal Springs?

—Eso explica muchas cosas —dijo, mirando el cielo negro como la boca de un lobo—. Llevaría a la gente de los pepinillos una cazuela y luego arruinaría su máscara haciendo demasiadas preguntas mientras la comían.

No conocía a Dottie tan bien como Fiona, pero sonaba bastante acertado.

—Cierto. Necesitamos a alguien despistado. Alguien que esos tipos jamás, pero jamás, sospecharían.

Me froté la barbilla y sonreí.

—Tengo a la pareja perfecta.

—¿Quién?

—Los padres de Hannah.

Aunque no quería que les pasara nada, tampoco me importaba demasiado ponerlos en posible peligro. Podrían ser daños colaterales. Sabía que a Jack no le importaría, y dudaba que a Hannah tampoco. Habían tenido al jefe de la mafia de Las Vegas apuntando a toda la familia con un arma en el salón y ni se habían inmutado.

Fiona frunció el ceño, confundida.

—¿Por qué ellos?

—Oh, eso tendrás que esperar y ver.

30



FIONA

A MEDIA MAÑANA, estaba junto a Dax en la puerta de una casa de dos pisos. Ordenada y pulcra —no había visto ninguna que no lo fuera— con solo dos macetas de crisantemos rodeando la entrada como decoración otoñal.

Él acababa de pulsar el timbre, y pude escuchar el sonido. Por supuesto que podía. También escuché que alguien dentro acababa de apagar la televisión, una tableta o quizá un teléfono que reproducía un sermón religioso, con la profunda voz de un hombre que decía:

—Arrepiéntete, diezma tus pecados.

Una mujer hablaba por teléfono sobre decoración de uñas.

Respiración profunda.

—Todavía tengo preguntas —murmuré a Dax, sin ganas de saber más sobre ninguno de esos sonidos.

—Lo sé —respondió—. Prometo que todas tendrán respuesta.

Me empujó el regalo de bienvenida a la casa en las manos.

—Toma. Deberías sostener esto.

Cuando nadie abrió la puerta, a pesar de que podía escucharlos dentro, me giré hacia Dax.

—¿Por qué ensalada de patata? ¿Por qué compraste un frasco de condimento de pepinillos y lo mezclaste? Sé que queremos que los Highcliff entren en la tienda de encurtidos por nosotros, pero…

Él levantó la mano.

—Confía en mí.

Por fin la puerta se abrió.

Vaya. El hombre corpulento que apareció tenía un animal de peluche —real— metido bajo el brazo. Su sonrisa era afable. Sus ojos estaban algo vidriosos. Nariz roja. El olor a alcohol lo rodeaba. A las once de la mañana. Cincuenta y tantos años, tal vez. Pelo en retroceso. Camisa de franela a cuadros con pequeñas pelusas aquí y allá, recordándome a los ojos saltones que Dottie había pegado en su calabaza.

—Oh, Dex. Hola —dijo el hombre, saludando con simpatía.

¿Dex?

—¿Alguna vez has visto un castor tan impresionante como este?

Bob Highcliff extendió el… castor y luego le acarició la cabeza.

Los ojos de plástico me miraban fijamente.

Dax carraspeó.

—Aún no he terminado con este castor —continuó Bob—. Estuve toda la noche rellenándolo.

Vaya.

—¿Quién está ahí, Bob?

—El amigo de Jack, Dex —contestó Bob Highcliff, mientras seguía… acariciando su castor.

Una mujer de cabello castaño hasta los hombros se unió a nosotros. Llevaba una camisa blanca impecable, abotonada y metida dentro de unos pantalones caqui.

La palabra monótona vino a mi mente.

Nos miró con indiferencia hasta que vio lo que sostenía. Sus ojos se abrieron de par en par y sus dedos temblaron como si apenas pudiera contenerse de alcanzarlo.

—¿Eso es ensalada de patata?

No un *¿quiénes son ustedes?,* sino un *dame la comida*.

Dax carraspeó, lo que me impulsó a responder.

—Sí, lo es. —Puse mi mejor sonrisa y se la extendí—. Dax me dijo cuánto le gusta.

La tomó con entusiasmo y se alejó, presumiblemente en busca de un tenedor.

—Oh… —Me quedé sin palabras, sin saber qué hacer.

—Vengan a la cocina.

Bob Highcliff giró sobre sus talones y se alejó también.

Miré a Dax, cuya boca se curvó en una media sonrisa. Extendió el brazo, indicándome que entrara primero.

Mientras seguía a Bob por el pasillo central, observé los diversos animales muertos en las paredes. Antílope. Mapache. Tal vez una zarigüeya. Al pasar junto al comedor, me congelé. Santo cielo, eso era una cabeza de vaca montada en la pared. Dax me dio un leve empujón entre los omóplatos para que siguiera avanzando.

En la cocina, la señora Highcliff estaba comiendo la ensalada de patata directamente del recipiente, sin siquiera ponerla en un plato. Como alguien que sostiene un envase de helado y come directamente del cartón sin intención de compartir.

Dax había ido a la tienda y la había comprado ya preparada en el deli, pero luego la trasladó a un recipiente de plástico reutilizado que encontró en los armarios de mi cocina. Después, removió un poco de condimento de pepinillos en ella.

—Escuché cuánto le gusta la ensalada de patata, así que le traje un poco —dije, recordando el plan.

—¿Quién eres? —preguntó antes de tomar otro bocado.

—Fiona. Soy… amiga de Dax—. Novia —dijo Dax al mismo tiempo.

Lo miré y él entornó los ojos. Lo había dicho con un propósito, pero no tenía idea de cuál en este caso.

La señora Highcliff no parecía una de esas mujeres en la librería que querían tirárselo. A menos que primero lo embadurnara con ensalada de patata.

—Yo soy la señora Highcliff. —No, Marcia, que según Dax era su nombre de pila. Vaya, qué estirada—. Está buenísima —murmuró.

Probablemente era una crítica entusiasta. Tenía la sensación de que se sentaba frente a su ordenador y calificaba absolutamente todo. El repartidor de pizzas. La cajera de la farmacia. La comodidad de las almohadas en un hotel.

—Tengo que volver a rellenar y aplicar crema en el pelaje de este castor.

Bob alzó el animal en el aire y luego se alejó. Se oyó un portazo y, de repente, empezó a sonar una canción de Air *Supply.*

Cielos.

Dax se inclinó y susurró:

—Sigue el plan.

Necesitaba recordarlo porque estaba un poco aturdida. Había trabajado con el FBI durante años. Conocía a muchos criminales. A mucha gente loca. Pero nunca había conocido a alguien como estos dos. Tenía un poco de miedo de descubrir que Hannah era como ellos. Me la había imaginado de cierta manera, y desde luego no encajaba con sus padres. Tenía que confiar en que, quizás, había sido adoptada.

Carraspeé.

—Gracias, señora. Le puse pepinillos.

—¿Tú hiciste esto? —preguntó, mirándome como si no creyera que fuera capaz.

No lo era, pero estaba dispuesta a sacrificarme por el equipo.

—Sí. Creo que le da un toque de dulzura, ¿no crees?

Me apegué al plan.

Ella tomó otro bocado, luego lo trabajó en su boca como si estuviera degustando un vino fino.

—Está bastante buena.

—Los compré en la tienda de encurtidos de Main. ¿Ha estado allí?

—No.

—Está justo enfrente de la tienda de su hija.

Sus labios se apretaron.

—Es bueno que su novio, Jack, sea funerario. Es un trabajo estable. Buena seguridad laboral. Siempre hace falta.

Mi mirada se dirigió a Dax, y él hizo un leve movimiento de cabeza.

Alguien subió corriendo un tramo de escaleras y, segundos después, entró en la cocina por una puerta que pensé que era la despensa, pero que, probablemente, daba al sótano. Le di un vistazo rápido a la mujer. Veintitantos años. Cabello oscuro recogido en una coleta alta. Un auricular blanco metido en su oreja derecha. Vestía

unos *leggings* de estampado de leopardo y una sudadera rosa holgada, caída sobre un hombro, al estilo de los ochenta. Iba descalza.

Sus ojos se iluminaron al ver a Dax.

No solo se iluminaron, sino que adquirieron la agudeza de las garras del castor que Bob estaba acariciando en algún lugar de la casa. Dax realmente era así de atractivo, pero las mujeres de Coal Springs se volvían prácticamente salvajes a su alrededor. Tenía que ser por las feromonas, porque mi vida había sido un caos desde la primera vez que las capté en la tienda de conveniencia.

—Hola, Dax —murmuró.

Hice todo lo posible por no poner los ojos en blanco.

Cuando se acercó más y más, Dax extendió el brazo, apoyó la mano en mi hombro y me jaló. Tropecé contra su costado y coloqué mi mano en su pecho para mantener el equilibrio.

—Briana —dijo Dax, manteniéndome cerca—. Te presento a mi novia muy seria, monógama y armada, Fiona. Cariño, ella es Briana, la hermana menor de Hannah. Es trampolinista.

¿Qué es qué?

—Soy muy flexible.

—Ella trajo ensalada de patata —añadió la señora Highcliff, sin inmutarse en lo más mínimo porque su hija estaba prácticamente en modo depredador, intentando quitarme a Dax justo delante de mí.

Briana no retrocedió. Solo mordió su labio como si estuviera tratando de no hincarle el diente a Dax.

—Sí, traje ensalada de patata. Y mi pistola —añadí, repitiendo la parte en la que podía dispararle.

Por un segundo me pregunté si la montarían en la pared si lo hacía. Dax quería que fuera su novia falsa para protegerlo de las Briana del pueblo. Y de la Briana Highcliff en concreto. Al principio, me bastaba con eso. Ahora, sentía celos y una ridícula oleada de posesividad hacia él.

Yo era con quien se metía en la cama. Yo era a quien le tomaba la mano. Yo era a quien le pidió fingir una relación. Solo fingir, excepto que ya no se sentía tan falso.

Briana me evaluó, probablemente preguntándose si podría conmigo, incluso con la advertencia poco sutil sobre la pistola.

—Hola —respondió, dando un paso atrás y retractando las garras.

—Hola—contesté.

—Me gusta esta adición —dijo la señora Highcliff, tomando otro bocado—. Tendré que ir a la tienda de encurtidos y comprar un poco.

Por suerte, cayó directamente en nuestra trampa.

Dax era un genio, o un veterano experimentado en las trincheras de la familia Highcliff.

—¿La acompaño? —le pregunté, esbozando una sonrisa que haría que Dottie se sintiera orgullosa—. Siento no haber traído más.

El lote que Dax había preparado era pequeño a propósito. No hacía falta llevar suficiente para un picnic comunitario —no es que alguna vez hubiera estado en uno, pero estaba segura de que en este pueblo los hacían todo el tiempo—, sino solo una muestra para tentar a la aficionada de la ensalada de patata.

—Así podría hacerle más.

¿Eso sonó como Dottie?

Esperaba que sí.

31



FIONA

Oh, Dios.

Literalmente no había palabras para describir a los Highcliff. Bueno, tal vez una: locos. ¿Era Hannah igual de loca que ellos? Esperaba que no, porque realmente quería que me cayera bien.

Por suerte, la señora Highcliff —aún no me dejaba llamarla Marcia— tenía el bolso al hombro y las llaves en la mano menos de dos minutos después de terminar la ensalada de patata alterada de la tienda. Nos llevó un poco apartar a Bob de su relleno de castor, pero al final, la señora Highcliff le hizo algún tipo de lectura mental, mirada de muerte incluida, y estábamos en camino hacia Main en menos de quince minutos. Definitivamente, le gustaba su ensalada de patata.

El plan que se suponía que debía seguir era que iría con ellos, al menos hasta Main Street. Dax estaría en la librería observando desde la ventana delantera. Me llamaría y yo fingiría que tenía que atender una llamada importante, dejándolos entrar en la tienda sin mí, todo esto fuera del alcance de la ventana frontal de la tienda de encurtidos.

La idea era asegurarnos de que la pareja cumpliera su promesa de comprar más condimento de pepinillos de inmediato. Si esperábamos a que fueran de compras por su cuenta, no sabíamos cuánto tiempo tomaría.¿Días? ¿Semanas? Tal vez lo olvidarían por completo. Tal vez alguien más les dejaría ensalada de patata con…

tocino y nunca más querrían pepinillos. Aunque no lo comiera, sabía que el tocino era un poderoso motivador.

El plan de Dax era bueno, sí, pero solo nos diría si hoy también estaban sin existencias.

Yo tenía mi propio plan. Uno que incluía husmear en los barriles de encurtidos en la parte trasera de la tienda mientras las personas de los pepinillos estuvieran ocupadas con los Highcliff en la parte delantera.

Tenía que ver qué había en esos recipientes. Si la tienda realmente era una máscara para el tráfico de drogas, lo sabría en cuanto metiera las manos —o algo más— en uno.

Al llegar al pueblo, señalé un espacio para aparcar en una calle lateral en lugar de justo frente a la tienda.

—Oh, ustedes dos adelante —dije, deteniéndome en la acera.

Me señalé por encima del hombro.

—Voy a pasar por la tienda de deportes al mismo tiempo que ustedes van a la tienda de encurtidos. Quiero… comprar balas para mi pistola. —Bob saludó con la mano y se alejó.

La señora Highcliff me observó por un momento más, luego asintió.

—Mi lema es siempre estar preparada.

No sabía que la señora Highcliff y los Boy Scouts compartían un lema, pero si no iba a cuestionarme nada, entonces no me importaba.

Rápidamente alcanzó a Bob —su paso era el de una velocista— y giraron la esquina hacia Main Street y el escaparate de la tienda de encurtidos.

Yo también aceleré el paso y me metí por el callejón hasta la parte trasera. La furgoneta de encurtidos estaba aparcada de cara a la salida, lista para cargar.

Sentí el teléfono vibrar en mi bolsillo.

Sabía que tenía que ser Dax al ver a los Highcliff entrar en la tienda. Lo ignoré, al igual que todos los sonidos que me bombardeaban, para centrarme en la señora Highcliff y Bob.

—¡Hola! —La señora Highcliff llamó—. ¿Hay alguien aquí?

Reconocí el sonido familiar de barriles de encurtidos pesados moviéndose.

—Podemos llevarnos unos pepinillos mientras estamos aquí —añadió Bob.

—Mierda —murmuró un hombre, claramente poco entusiasmado por tener clientes.

¿Por qué habían puesto su negocio en una zona turística tan concurrida? Me desconcertaba. Este tipo de máscara solía estar en algún almacén turbio. Estaba de acuerdo. Nadie sospecharía de tráfico de drogas en Coal Springs. Tal vez ni siquiera tenían almacenes turbios en este pueblo y la tienda en Main Street era su única opción.

—¡Hola! —Llamó de nuevo.

Pasos arrastrándose.

—Venimos por unos encurtidos —anunció.

El encargado de los pepinillos debió de salir desde la parte trasera.

—Lo siento, no tenemos ninguno.

—¿Qué? Esto es una tienda de encurtidos. Tienen que tenerlos.

Esa fue mi señal. No por sus palabras, sino por la irritación de la señora Highcliff. Tenía la sensación de que no escatimaría en compartir su frustración.

—Una amiga vino y compró pepinillos. Quiero dos frascos.

Me lancé hacia la puerta trasera, la abrí lentamente y asomé la cabeza para asegurarme de que el segundo hombre no estuviera cerca. Cuando vi que la trastienda estaba vacía, suspiré aliviada. Una torre apilada de contenedores blancos de cinco galones ocupaba una de las paredes y varios más estaban esparcidos por el suelo. Si hubiera un incendio, alguien se mataría tratando de esquivar todos esos obstáculos para salir.

—Escuche, señora, tampoco tenemos encurtidos —respondió el tipo.

Era el momento.

Me acerqué de puntillas al barril más cercano y lo empujé. Era ligero, así que supuse que estaba vacío. Giré la tapa grande, trabajándola hasta soltarla.

—No me llames señora —le dijo la señora Highcliff—. Sé que el encurtido salió de aquí. Ve a la parte trasera y prepara más.

Mi cabeza se levantó de golpe.

¿Qué? No.

—No puedo hacer más si no tengo pepinillos.

—¿Por qué no tienes pepinillos? —preguntó la señora Highcliff—. Esto es una tienda de encurtidos.

—Quisiera unos bien curados —agregó Bob—. Cinco o seis.

Volví mi atención al barril. Estaba vacío.

Metí la mano dentro y de inmediato sentí el fondo falso. Los escondites secretos eran comunes en el contrabando. Era justo lo que esperaba. El fondo cedió, revelando cómo el recipiente estaba dividido en dos. Completamente vacío. Ni drogas ni lo que fuera que estuvieran transportando. Coloqué la tapa de nuevo y me apresuré a revisar los otros contenedores, empujándolos para encontrar los que tuvieran más peso.

Destapé uno y estaba lleno de pepinillos flotando en líquido con un intenso aroma a vinagre. Era difícil determinar si tenía un fondo falso. Los pepinillos hacían un trabajo excepcional ocultando lo que pudiera haber debajo. La única manera de comprobarlo sería tirándolos. Había un fregadero industrial de acero inoxidable junto a la puerta, pero no podía verterlos por el desagüe.

Ni en la basura.

Lanzarlos por un acantilado parecía razonable en este momento.

Abandoné ese recipiente y pasé a otro. Demasiado ligero. Luego otro. Demasiado pesado. Esperaba encontrar uno que fuera justo el adecuado.

—Mire, lo siento, pero no tenemos…

—¿Qué tipo de negocio es este? —repitió la señora Highcliff—. ¿Tienen algo que vender?

—¿Venden esos *gherkins*? —preguntó Bob—. Me gustaría ponerlos en un martini.

—¿Qué mierda es un *gherkin*?

—Un pepinillo bebé.

—¿No sabe lo que es un *gherkin*? —La señora Highcliff lo miró por encima del hombro—. Quiero hablar con el gerente.

Encontré un recipiente que era ligeramente pesado, pero no demasiado. Desenrosqué la tapa y miré dentro: vacío. Piqué el fondo falso y encontré… Bingo. Bolsas envueltas en plástico. Cuatro de ellas. Tomé una y vi cientos de pequeñas pastillas azul pálido en su interior.

Fentanilo.

—Yo soy el gerente —respondió el hombre.

—Entonces quiero presentar una queja.

—Señora, el hecho de que esté hablando ya es una queja. No tengo pepinillos.

—¿Por qué?

—Porque se echaron a perder.

—¿Hubo un brote de intoxicación alimentaria? No escuché nada al respecto. ¿El departamento de salud del condado está informado?

Pude escuchar la presión arterial del hombre aumentando.

—No hay intoxicación alimentaria. Simplemente no hay pepinillos.

La señora Highcliff resopló.

—Regresaré mañana cuando se haya repuesto el suministro.

—Puede que no sea mañana. Hay una… una escasez de pepinillos.

—¿Cómo voy a hacer la ensalada de patata?

—Lo siento, señora. Cómprelos en la tienda.

—¿Alguna vez ha comido ensalada de patata comprada en la tienda? Todo huevo o toda mostaza. Sin sabor.

—Lo siento.

La señora Highcliff y Bob murmuraron entre ellos. Dudaba que el hombre pudiera oírlos, pero yo sí.

—Incompetente.

—Los pepinillos son solo pepinos.

—¿Ahora qué voy a beber?

Escuché la campanilla sobre la puerta sonar, señalando su salida malhumorada.

Eso significaba que el tipo volvería. Agarré uno de los paquetes de plástico y lo metí en la parte trasera de mis pantalones. Luego volví a colocar el recipiente y atornillé la tapa antes de salir disparada por la puerta trasera.

Tan pronto como la puerta se cerró tras de mí, escuché al tipo regresar a su trabajo, murmurando algo sobre gente loca. Al rodear la furgoneta, choqué contra alguien. Era el hombre de la Chaqueta de Cuero del día anterior.

—Mierda, lo siento —murmuré, dando un par de pasos atrás.

—Espera —dijo él—. ¿Qué haces?

—Estuve aquí ayer y…

—La mujer embarazada. Me acuerdo.

Genial. Me recordaba.

—Bueno, um, escuché a los clientes al frente decir que todavía no había pepinillos, así que vine aquí atrás para ver si había algunos en la furgoneta.

—Vaya antojo feroz —respondió, observándome.

Tragué saliva y posé una mano sobre mi vientre plano.

—En serio. No tenía idea de que sería así. No quieres meterte con una mujer hormonal. Necesito mis pepinillos —dije.

Él levantó las manos, como si tratara de alejarme, probablemente imaginando que mi cabeza iba a girar sobre su eje.

—Vale, espera un segundo.

Entró y dejó la puerta abierta, lo que significaba que no podía salir corriendo.

Observé cómo desenroscaba la tapa del primer recipiente que había probado y sacaba un pepinillo con la mano desnuda. Regresó y lo sostuvo como si fuera una paleta, luego me lo extendió de golpe.

—Ten. Quedan pocos.

Tuve que aceptar el pepinillo chorreante.

—Cielos, gracias. Me salvaste la vida.

Refunfuñó y luego volvió a entrar, cerrando la puerta tras él.

Demonios.

Tomé un segundo para calmar mi corazón, luego me lancé por el callejón y arrojé el pepinillo a un arbusto antes de llegar a la calle lateral.

Me reuní con los Highcliff en su coche y fingí revisar si tenían alguna compra.

—¿Sin suerte?

La señora Highcliff frunció el ceño.

—No tienen pepinillos.

—Vaya.

—¿Sabías que un *gherkin* es un pepinillo bebé? —preguntó Bob.

—¿Conseguiste las balas, querida? —preguntó la señora Highcliff, ignorando a su marido.

Rodeó el coche hasta el lado del conductor.

Aunque su esposo no estuviera borracho antes del almuerzo, sabía que ella sería quien conduciría. Definitivamente, era quien llevaba los pantalones en esta familia.

—Tampoco tuve suerte —respondí.

Sí que la había tenido de alguna manera. Las personas de los pepinillos realmente estaban traficando drogas. Tenía la prueba que necesitaba, escondida en mis pantalones. Excepto que, si los hombres revisaban su inventario, se darían cuenta de que faltaba algo y el hombre de la Chaqueta de Cuero definitivamente me recordaría. Porque Dax me había convertido en la loca, hormonal y embarazada.

32



DAX

DESDE LA VENTANA frontal de la librería, observé a los Highcliff entrar en la tienda de encurtidos y, cinco minutos después, salir con las manos vacías. A quien no vi fue a Fiona. Había pasado más de una hora e intenté llamarla, pero NO CONTESTÓ SU MALDITO TELÉFONO. ¿Dónde estaba? ¿En el trampolín con Briana? ¿Ayudando a Bob a acariciar su castor?

Cuando mi teléfono sonó en mi mano, lo respondí a ciegas.

—¿Qué?

Un gruñido masculino se oyó al otro lado de la línea.

—Tengo un trabajo para ti.

Aparté el teléfono de mi oído y miré el nombre en la pantalla. Mierda. Max Pinter. Mierda.

—No quedaste satisfecho la última vez. ¿Por qué debería aceptar otro trabajo? Vas a bajarme la calificación en Google.

No se río.

—Porque me lo debes.

Eché un vistazo alrededor de la librería.

Había seis mujeres en el lugar. Una estaba acurrucada en el sillón de lectura infantil. Dos estaban en la sección de historia. Tres susurraban sobre algo —probablemente subido de tono—junto a los títulos paranormales.

—Creo que tendremos que estar en desacuerdo en esto —murmuré.

—Un amigo tiene a alguien husmeando en su negocio.

—¿Eso es todo? ¿Sin cadáveres?

—Tienes permiso para solucionar el problema como sea necesario. El flujo del producto podría verse afectado, así que debes ocuparte de inmediato.

Lo que significaba que podía matarlo porque su tráfico de drogas estaba en peligro.

—¿Es de esos casos en los que dices que es para un amigo, pero en realidad es para ti?

—Me ofende que pienses que alguna vez he tenido problemas con mis envíos.

Bueno, nunca los había tenido. No en todos los años que había aceptado trabajos de él. Si su astucia para los negocios se aplicara a algo legal, sería multimillonario.

—Dile a tu amigo que lo siento. Estoy de vacaciones —dije, sin interés.

No necesitaba que me pusiera otro trabajo encima. Y tampoco necesitaba más cosas en mi plato, ya de por sí abarrotado.

Lo tenía fácil con Panqueque.

Manejar una librería, acostarme con una mujer increíblemente atractiva y frustrante, mientras evitaba que metiera la pata… Eso sí era un dolor de cabeza. No necesitaba que Max lo empeorara. Y luego estaban las personas de los pepinillos. Todo en un pueblo diminuto. ¿En qué se había convertido mi vida?

—Triste por ti. Me lo debes. Harás este trabajo para mi socio comercial. Hoy.

Miré al techo y suspiré.

No tenía idea de quién era el socio. Nunca compartimos nombres por teléfono. ¿Importaba? Porque, por haber hecho algo bueno por el hijo de Max, ahora estaba jodidamente atrapado con este nuevo encargo.

—Bien, pero dile a tu cliente que le cobraré el doble de mi tarifa habitual. Recargo por urgencia.

—Hecho. Solo arregla esta maldita situación. Te estoy enviando una foto ahora.

—¿Solo una foto? ¿Sin detalles?

—Eres el mediador. Soluciona esta mierda.

Colgó.

Un minuto después, llegó la foto.

—¡MIERDA!

Grité, mirando la imagen de Fiona caminando junto a un contenedor de basura, sujetando un pepinillo en la mano. Al fondo, una furgoneta blanca con un pepinillo animado que parecía sospechosamente a un enorme pene verde.

¿Su socio comercial era el tipo de la Chaqueta de Cuero?

No, era definitivamente su jefe. Pero igual. ¿Tenía que encargarme de Fiona? ¿Qué había hecho con los Highcliff?

33



DAX

TREINTA MINUTOS después de la llamada de Max, Fiona entró con paso despreocupado en la tienda. Yo estaba aceptando una gran entrega de cajas del cartero. Mientras firmaba distraídamente, la observé de arriba abajo. Estaba intacta. Jeans negros, suéter blanco con ribetes rojos en el cuello y los puños. Llevaba la misma ropa que en la foto que Max me había enviado por mensaje.

El cartero empujó su carrito hacia la puerta y saludó al salir.

—¿Tu teléfono está roto? —Le pregunté cuando se acercó.

Era como una adolescente que sabía que había hecho algo mal, pero que, si actuaba con normalidad, quizás no se metería en problemas.

Yo estaba jodidamente furioso, y ella definitivamente estaba en problemas. Desde el robo en la tienda de conveniencia, tenía un impulso constante de besarla y darle una nalgada. Esa mezcla de emociones no había cambiado en todo este tiempo. Era más intensa que nunca.

—No.

—¿Entonces por qué no contestaste?

—Porque pasé ochenta y seis minutos en la cocina de los Highcliff compartiendo mi receta secreta de ensalada de patata.

—Tú no cocinas.

Ella levantó las manos.

—¡Exactamente! Sé que lleva papas y tuve que fingir que buscaba la receta en mi teléfono. Recreé una de esa señora sureña que siempre pronuncia *tin foil* como *tin fall*.

Mis ojos se abrieron.

—¿Ves programas de cocina?

—Solo cuando me recupero de una cirugía —respondió.

Mierda. El tumor cerebral.

Se suponía que debía estar enojado con ella, pero me recordó que casi murió… y no por una bala. Pero no, tumor o no, ella era increíblemente impulsiva e imprudente, y no podía dejarlo pasar.

—Se suponía que tenías que llamarme. Ese era el plan —solté, con los dientes apretados.

—Tu plan —replicó.

—¿Mi plan? ¿Cuál era el tuyo?

—Usar a los Highcliff como distracción.

Mi boca se abrió y se cerró.

—¿Distracción? ¿Para qué?

Tenía una idea bastante clara, ya que tenía pruebas fotográficas.

—Para revisar los contenedores de encurtidos en la parte trasera. Tenías razón, nadie sospecharía que los Highcliff hicieran algo turbio. Lo que significaba que no podía depender de ellos.

—Los utilizaste.

—Tu plan también los utilizó. El mío simplemente obtuvo resultados.

Di un paso hacia ella, tomé su brazo y la arrastré hacia una exhibición de peluches con tentáculos junto a un estante de lo que descubrí el otro día que se llamaba *tentáculos pronográficos.*.

—¿Resultados? ¿Estás loca? —dije entre dientes.

Mi mirada recorrió su rostro.

¿Siempre había sido así o el tumor cerebral la había afectado? Había escuchado que algunas personas desarrollaban personalidades completamente nuevas tras un diagnóstico como ese. ¿Siempre había sido así de malditamente temeraria? La foto de Fiona había sido tomada mientras husmeaba. Entró justo como dijo, por la puerta trasera desde el callejón.

Parpadeó y me miró.

—¿Por qué sigues preguntándome eso?

No le apreté el brazo. Ni la estrangulé. Ni la sacudí para que entrara en razón. En cambio, giré sobre mis talones y la arrastré —apenas dispuesta— hacia la parte trasera de la tienda.

—Tú —dije, señalando con mi mano libre a una mujer que sostenía tres libros.

La mujer giró la cabeza de golpe y me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Sí?

—¿Sabes algo sobre libros de romance?

Sus ojos brillaron y sonrió.

—Por supuesto. Mi favorito es *Segunda Oportunidad*, pero últimamente me han fascinado *Clubes de Motociclistas*…

Levanté la mano.

—Tú diriges la tienda.

Su boca se abrió.

—¿Qué? ¿Yo? No sé…

Continué hacia la oficina de atrás y grité por encima del hombro:

—Tú sabes más que yo sobre esto. Lo harás estupendo.

Empujé a Fiona al interior de la oficina, entré detrás de ella y cerré la puerta, cortando el balbuceo de la mujer. Luego giré la llave en la cerradura.

—Dax, ¿qué...?

Me abalancé sobre ella en un instante, le tomé el rostro entre las manos y la besé con pasión. La sorpresa la paralizó por un segundo, pero luego me devolvió el beso. Lenguas, manos. La llevé hacia atrás, hacia el escritorio de Hannah, chocando contra él y haciendo que todo se cayera al suelo.

Todo lo que podía ver, sentir, saborear y oler era Fiona. Sentía tanto por ella que necesitaba una válvula de escape. No tocaba a una mujer con ira. No podía gritarle porque estaba claro que eso no le hacía entrar nada en la cabeza. Necesitaba una válvula de escape para esta obsesión y esta locura.

Le arranqué la camisa. Le agarré un pecho con la mano. La otra le rodeó la cintura y...

—¿Qué coño es esto? —pregunté, sacando algo de la parte trasera de sus pantalones. No era su pistola— ¿Por qué tienes un paquete de drogas? —Diablos, por Dios—. Fiona. ¿Qué coño pasa?

—Eso es lo que están pasando de contrabando en los botes de pepinillos —dijo, concentrada en desabrocharme la cremallera y bajarme los pantalones y los boxers hasta las caderas.

Nunca pensé que una mujer pudiera distraerme haciendo eso, pero Fiona encontró la manera.

—¿Les has quitado parte del material? —pregunté, mirando la gran bolsa de pastillas—. ¿Estás loca?

Mierda. Había cogido parte del producto. Según la llamada con Max Pinter, su amigo no sabía que faltaba nada. Todavía.

Por la foto que me había enviado, su petición de ayuda era muy reciente. Estaba distraído, pero era un hombre. Mi verga saltó libre, dura y lista, y ella se inclinó y lamió la punta.

—¿Por qué me lo sigues preguntando? —me preguntó, mirándome a través de sus pestañas, con mi verga justo delante de su cara. Era la imagen más bonita que había visto en mi vida. Especialmente cuando la miró y la lamió de nuevo.

Mis dedos se enredaron en su cabello y tiraron de él, inclinando su cabeza hacia atrás para que me mirara. Si ponía un poco más de esa dulce lengua y esa boca pecaminosa en mi verga, me vendría vergonzosamente rápido, pero también perdería las células cerebrales que me quedaban.

Obtuvo la respuesta que estaba buscando. La tienda de encurtidos era realmente una máscara para todo tipo de negocios turbios dirigidos por todo tipo de gente turbia. Gente turbia que era amiga de mi gente turbia, que quería que yo solucionara su problema: Ella. Eso fue antes de que ella robara un paquete de... Volví a mirar las pastillas, probablemente fentanilo, de ellos. Ahora, no solo querrían solucionarlo. La querían muerta. Nadie robaba a esos tipos. Todos, excepto Fiona, sabían que era un billete de ida directo a la morgue.

—¡No se roba a los traficantes de drogas! Estas pastillas valen una fortuna. ¡Las van a querer de vuelta! —Vale, quizá sí que tenía que gritarle.

—¿No quieres que te la chupe? —preguntó, tratando de distraerme.

No lo entendía. No entendía nada de esto. Pero lo haría antes de salir de esta oficina.

—Esto no va así, cariño.

Frunció el ceño, porque ¿qué tío no quiere que le chupen la verga?

Esto era sexo. Sin duda. También era hora de que obtuviera respuestas, porque ella era jodidamente imprudente. El único momento en el que conectábamos era cuando tenía la verga metida hasta los huevos en su coño.

Las barreras se desplomaban. La verdadera Fiona salía de su escondite. Podía verla. Tenía que pasar ahora. Necesitaba respuestas sobre por qué estaba tan obstinada en ir sola. ¿Por qué no confiaba en mí? La habían pillado. Solo que ella no lo sabía. Al atardecer tendría una marca en la cabeza. Yo también iba a tener que arreglar esto.

La levanté, la giré para que me diera la espalda y la incliné sobre el escritorio.

—¡Dax! —dijo, golpeando la madera con las manos.

Le di una palmada en el culo por encima de los jeans.

—¡Dax! —gritó de nuevo.

—Eso es por robar drogas.

Le di otra palmada.

—Eso es por ir sola.

Otra palmada.

—Ya nos ocuparemos de eso más tarde, pero ahora vas a contarme cómo iba a tenderte una trampa tu compañero —le dije mientras le bajaba los pantalones por las caderas, llevándose también las bragas. Quedaron alrededor de sus rodillas. Perfecto. Sus piernas estaban atrapadas.

—¿Qué? —me miró por encima del hombro. Tenía los ojos muy abiertos, llenos de confusión—. ¿Ahora?

No le importaban un comino los encurtidos. Le importaba que alguien estuviera haciendo algo ilegal. Podría haber sido el equipo de la noche de manualidades el que estaba malversando fondos. Si

Fiona hubiera olido algo así, también habría investigado. Su modus operandi llevaba mucho tiempo en marcha, desde antes de que ella llegara a Coal Springs.

Le di otra palmada en el trasero, esta vez en el culo desnudo, para que el sonido fuera más fuerte.

—Sí. Ahora.

Había mencionado de pasada que la razón por la que le gustaba trabajar sola era porque su compañero había intentado tenderle una trampa. ¿Era eso realmente? Parecía algo más profundo.

—Si me dices la verdad como una *buena chica*, tendrás una recompensa —le dije.

Intentó levantarse, pero una mano en la parte baja de la espalda la mantuvo en su sitio.

Entrecerró los ojos y me miró con ira. Pero cuando le pasé un dedo por el coño, se le nublaron. Me llevé el dedo a la boca y chupé esa dulce miel. Siempre estaba húmeda y lista para mí.

Mierda, estaba a punto de venirme.

—Compañero. Incriminar. Ahora —le dije.

—No le gustó —alegó.

Le di otra palmada en la otra nalga y ahora tenía dos marcas iguales en la piel. Movió las caderas y no era un castigo tan duro si le gustaba tanto como yo creía.

—No es suficiente. Chica mala.

Otra palmada.

—¡Es un vago! Es un idiota. Deja que otros hagan el trabajo y él se lleva todo el mérito.

Mi dedo volvió y rodeó su clítoris, que estaba duro y ansioso por ser tocado.

—*Buena chica*. ¿Qué más?

Ella giró la cabeza y miró fijamente al escritorio.

—Él... cree que soy demasiado lenta. Demasiado metódica. —Fiona era una de las personas más impulsivas que había conocido. Se lanzaba de cabeza a todo. Como atracos a mano armada y contrabando de drogas en tiendas de encurtidos—. Demasiado correcta.

Eso tenía más sentido.

Mi dedo se deslizó hacia abajo y dentro de ella, profundamente y con un pequeño movimiento de vaivén que sabía que le encantaba. Ahora, cuando decía mi nombre, era con un gemido. Ella se apretó contra mí y yo no podía esperar a sentir eso alrededor de mi verga. Ardiente. Húmeda. Estrecha.

—Eso no explica por qué te incriminaría. —El sudor brotó de mi frente mientras intentaba pensar, provocar y no follar.

Nunca había interrogado a alguien así antes. Solo a Fiona.

—Es amigo de nuestro jefe —añadió—. Necesitan cerrar casos y mi compañero no puede hacerlo solo, así que se pega al mío. No les importa tener un caso sólido».

Estaba chorreando por mí y era imposible resistirse. Me alineé y le metí la verga despacio mientras la elogiaba de nuevo. Tenía las manos en sus caderas, suaves y exuberantes. Un agarre perfecto para mantenerla en su sitio.

—Qué *buena chica*. Cómo aguantas mi verga. —Sus dedos se curvaron y sentí que levantaba las caderas. Me hundí más—. ¿Pero a tí sí?

¿Qué estaba preguntando? Los límites de mis pensamientos se estaban volviendo realmente borrosos.

—¿A mí sí qué? —no podía concentrarme en la conversación. Apenas podía aguantar, se sentía tan bien. Estrecha, húmeda, caliente. Perfecta.

—Te importa un caso sólido —Apreté los dientes y me retiré, golpeando profundamente.

Ella sacudió la cabeza y asintió.

—Mi trabajo es poner a los malos tras las rejas.

Otra vez eso del blanco y negro.

—¿Por qué? ¿Por qué te obsesiona tanto? —La follé despacio. Muy, muy despacio.

El sudor me goteaba por la sien mientras me contenía. Aunque mi verga pensaba lo contrario, esto no iba de sexo. Se mordió el labio, no dijo nada, así que la saqué casi por completo y le di otra palmada—. ¿Por qué?

—¡Dax! Solo fóllame.

—No. Las *chicas buenas* son folladas.

—Soy una *buena chica* —lloró.

Pasé los dedos por la huella rosa de mi mano, demostrando que eso era discutible.

—Entonces dímelo. ¿Por qué tienes que asegurarte de que todos los malos vayan a la cárcel?

—Porque te hacen daño

Mis dedos se tensaron sobre su piel. Mierda. Tenía las pelotas más grandes que había visto nunca en una mujer, así que nunca se me ocurrió que alguien pudiera hacerle daño a Fiona. Pero lo habían hecho. Alguien le había hecho daño. Todo el mundo hacía daño a los demás, pero no todo el mundo sufría daño. Puede que yo fuera un mediador, que le hubiera cortado un dedo a Jimmy McFee y hecho todo tipo de mierdas, pero nunca, jamás, había tocado a alguien que no se lo mereciera, y mucho menos a una mujer.

—¿Qué más? —dije, deslizándome de nuevo dentro de ella, recompensándola por sus palabras. Con las piernas juntas, estaba muy apretada. Puse una mano junto a su cabeza para inclinarme sobre su cuerpo. Besé su hombro desnudo.

—Te dicen que no vales nada. —Bajó la cabeza entre los hombros y apoyó la frente en el escritorio. Maldición—. Matan a tu madre.

Mis labios se detuvieron sobre su piel ardiente. ¿Qué coño?

Alguien había agredido física y verbalmente a su madre y la había matado. Imaginé a mi propia madre muerta por un conductor borracho y comprendí su rabia. La necesidad de arreglar las cosas, aunque fuera imposible. Por mucho que lo intentara, mi madre no iba a volver. Big Mike no volvería a ser el padre divertido y tonto que recordaba de antes del accidente.

—Dax —suplicó, y me di cuenta de que había dejado de moverme.

Me quedaba una pregunta, pero no iba a hacerla ahora. No mientras ella estuviera dulce y dócil. La empujé hacia el orgasmo y le susurré mientras ella exprimía el semen de mis pelotas:

—Qué bien, cariño.

Había admitido más de lo que jamás hubiera imaginado. Fue duro. Cuando descubriera quién le había hecho daño, sería aún peor.

Hasta que lo arreglara. Hasta que esa persona estuviera muy, muy muerta.

Cuando ambos recuperamos el aliento, me aparté, me dejé caer en la silla del escritorio de Hannah y senté a Fiona en mi regazo. Con los pantalones por las rodillas, se sentó de lado, pero yo la rodeaba con mis brazos. La abracé con fuerza, acunando su cabeza contra mi pecho, y le besé la coronilla.

—Eres mi *buena chica*.

Entonces, ella se echó a llorar.

34



FIONA

LLORÉ SOBRE DAX. Con mocos y todo. Las lágrimas nunca resolvían nada. Nunca mejoraban nada, así que rara vez lo hacía. Tal vez fue por el poderoso orgasmo. Tal vez por los elogios que me dio. Tal vez por el beso en la coronilla. O por el abrazo. Sí, fue por el abrazo en su regazo. Nunca me abrazaban ni me sostenían. Dottie lo hizo en la noche de manualidades. Dax me sostuvo cerca en la cocina de los Highcliff, pero no como esto. En su regazo, me sentía segura. Protegida. Cuidada. No estaba usando mis emociones o mis palabras contra mí.

—Dijiste ellos. ¿Quién te hizo daño, cariño?

Su voz era suave, casi un ronroneo hipnótico. O tal vez era el orgasmo el que suavizaba el mundo. Y quizás también fue la razón por la que le respondí.

—Mi padre.

Sus músculos se tensaron bajo mí por un breve instante.

—Háblame de él —murmuró, luego besó la coronilla de mi cabeza.

Suspiré.

—Mi padre es Vincent Genovese. —Él permaneció en silencio, lo que significaba que no reconocía el nombre infame—. Fundador de Genovese Trucking.

Se quedó inmóvil. No, se congeló.

—Demonios —susurró.

Ahora recordaba el nombre.

Salió en las noticias —dijo—. Su juicio.

Su mano siguió acariciando mi espalda desnuda. Solo llevaba mi sujetador. Mi camiseta estaba en el suelo. Mis pantalones y bragas estaban a la altura de mis muslos. Me sentía expuesta en más de un sentido.

—Lo condenaron por asesinato —añadió.

Negué con la cabeza, chocando contra su barbilla al hacerlo.

—El FBI lo arrestó por el asesinato de su esposa. Fue casi veinte años después del hecho y el único testigo de los eventos previos a su muerte fui yo, con cinco años. Lo que lo hundió fueron los cargos RICO. Extorsión. Soborno. Blanqueo de dinero.

—Espera. —Me inclinó el mentón para que nuestras miradas se encontraran—. Eres agente del FBI.

Asentí, sosteniendo su mirada azul clara.

—¿Por qué crees que lo soy?

35



DAX

ME QUEDÉ ATÓNITO. Desconcertado. Orgulloso. Un poco asustado porque nunca había conocido a nadie con esa determinación tan implacable.

—Te uniste al FBI para meter a tu padre en prisión —dije, asegurándome de que tenía los hechos claros.

Ella asintió.

Tenía las mejillas enrojecidas y los ojos enmarcados por el llanto, pero seguía siendo hermosa. Quizá más ahora.

—Encontré a mi madre al pie de las escaleras la mañana después de que intentara huir conmigo. Nos atrapó y la mató por eso. —Cielos. Un suspiro se escapó de ella como un globo desinflándose—. Como dije, tenía cinco años. Sabía que era malo, pero a esa edad solo se entiende hasta cierto punto. Aprendí rápido.

Lo último sonó ominoso.

—Te lastimó —dije, repitiendo las palabras que le saqué.

Ella volvió a asentir.

—Lo hizo. Me golpeó, pero los sirvientes lo atraparon haciéndolo. Entonces cambió a palabras. Creo que las palabras fueron peores que los moretones.

La besé. No pude evitarlo.

¿Quién dijo que las palabras eran peores que los puños?

—Para cuando tenía ocho años, entendía el mundo en el que vivía. Mi padre no estaba en la mafia, pero trabajaba con ellos.

Enviaba cargamentos para ellos.

Genovese Trucking era la mayor empresa de transporte del país. Sus camiones recorrían cada carretera. Tenía que ser una compañía cercana al billón de dólares, sobre todo si estaba financiada con dinero de la mafia. O si lo había estado. Ahora, con el CEO en prisión, la empresa seguía funcionando, pero probablemente de manera legal.

—En ese mundo, una esposa no se iba —continuó—. Una esposa no podía llevarse a su hija. Dejaba en mal lugar al hombre. Si no podía manejar su vida familiar, la mafia pensaba que no podía manejar su negocio.

Resopló, lo que pensé que era una risa, pero nada de esta mierda tenía gracia.

Guardó silencio por un momento, luego dijo:

—Una esposa no podía irse, pero sí podía morir.

Eso era jodidamente cierto. Sabía más sobre la mafia de lo que quería.

—Tu objetivo al entrar al FBI era, ¿qué? ¿Justicia?

Ella apoyó la cabeza contra mi pecho y asintió.

—Definitivamente. Era lo único que quería. Estudié justicia penal. Por un tiempo, pensé en unirme a la policía, pero me di cuenta de que no había forma de que pudieran atraparlo. Solo el FBI podía usar las pruebas que había recopilado todos esos años atrapada en esa casa.

¿Todos esos años? ¿De niña había guardado pruebas de sus actividades ilegales?

—Así que te uniste.

—Sí.

—Y conseguiste justicia.

Con otro asentimiento, dijo:

—Sí. No va a salir nunca.

La estreché suavemente entre mis brazos. Estaba sobre mi regazo, dejándome cuidarla. Consentirla. Escucharla. Creerle.

—Bien. Eso está jodidamente bien, cariño.

Nitro iba a averiguar en qué prisión estaba su padre y hacerlo desaparecer.

Su postura rígida sobre la ley tenía sentido ahora. Sus problemas de confianza. Madre muerta cuando tenía cinco años. Padre cruel y sádico. Socio que intentó incriminarla.

—No eres inútil, como tu padre te dijo —le aseguré. No creía las mentiras que su padre escupía, así que ¿por qué me creería a mí? Necesitaba acciones. Validaciones. Pruebas.

Se removió.

—Dax.

La sujeté con fuerza.

—No lo eres. Lo sabes o no habrías hecho lo que hiciste. Se lo demostraste.

Soltó una pequeña risa.

—Sí, lo hice. Soy la famosa agente del FBI que encerró a su propio padre. La fría. La despiadada. La que no siente. La que sigue la ley al pie de la letra.

—Porque si no lo hacías, tu padre podría haber quedado libre.

—Sí.

Tuvo que vivir con ese cabrón durante qué… ¿trece años después de que matara a su esposa? No podía imaginar tener que pasar siquiera una noche con el borracho que mató a mi madre.

—Y ahora tu socio está tratando de incriminarte por tu enfoque rígido hacia la ley.

Suspiró.

—Ya no.

—¿Oh?

—Chantajeé a mi jefe. Va a inculpar a mi socio en su lugar.

No pude evitar reírme, porque si fuera cualquier otra persona, no creería ni una palabra de esto. Con Fiona, era como si todas las piezas del rompecabezas finalmente encajaran.

—¿Qué tienes sobre tu jefe?

—Engaña a su esposa con un hombre al que llama *Daddy*.

Eso no me lo esperaba, pero era información bastante útil para un chantaje.

—Te das cuenta, cariño, de que no eres tan blanco y negro como crees.

Su cuerpo se tensó entre mis brazos.

—¿Oh?

Mi mano volvió a recorrer su espalda.

—Lo acabas de decir. Estás chantajeando a tu jefe lo manipulaste para que tu socio se llevara la caída en tu lugar.

—Me habrían despedido. Mi carrera arruinada. Estoy en una licencia con sueldo hasta que se resuelva. O de forma permanente. Quién sabe.

—Torcer la ley para protegerte. No llamaría *legal* al chantaje. —Se removió en mi regazo, haciendo que mi verga, que aún estaba fuera de mis jeans, se endureciera de nuevo—. Estás consiguiendo justicia, como hiciste con tu padre.

—¿Cómo sabes tanto sobre justicia?

Me encogí de hombros. Tomé aire y lo solté. Si ella estaba compartiendo, yo también debía hacerlo.

—Mi madre murió atropellada por un conductor borracho. La ley no le dio cárcel.

—¿Homicidio involuntario? —preguntó ella. Sabía de lo que hablaba.

Asentí con la cabeza.

—Sí. Salió libre. Pero mi padre consiguió justicia.

—¿Debería... preguntarlo?

—Probablemente no.

—¿También está en la cárcel?

—¿El conductor está borracho? No, está muerto. ¿Mi padre? No. Peor. Está en Florida.

—El conductor borracho mató a tu madre. Se merecía...

—¿Qué le pasó a tu blanco y negro, cariño? —Le di un golpecito en la nariz—. ¿Vas a entrar en la tienda de encurtidos con tu distracción? Has infringido las normas. De hecho, las has roto. Has robado drogas a un traficante.

Eché un vistazo al paquete que había caído al suelo.

—Podrían arrestarte por posesión.

Ella lo descartó con un gesto.

—Soy agente del FBI.

—Estás de permiso —le recordé—. Los tipos de esa tienda no son *boy scouts*. No te van a ayudar a cruzar la calle, cariño. Te

atropellarán. Y luego darán marcha atrás y te atropellarán otra vez.

—Tengo que llegar hasta el final.

Por supuesto que sí.

Señalé el paquete de drogas.

—Llévaselo a la policía de Coal Springs y deja que ellos se encarguen.

—¿A la policía? —Se puso de pie de un salto, se subió las bragas y luego los pantalones con un poco de dificultad—. Estoy segura de que las dos personas que componen todo el departamento están cualificadas y preparadas para vigilar un desfile, detener el tráfico por una manada de alces o atrapar a los que cruzan la calle imprudentemente, pero esto es una gran red de narcotráfico.

Quería decirle que podíamos simplemente conducir por el callejón y tirar la bolsa de plástico llena de fentanilo en la puerta trasera de la tienda de encurtidos, pero tenían su foto. Sabían que era una fisgona. Además, no quería que nadie más que los traficantes encontraran una bolsa llena de pastillas, especialmente los niños.

No tenía ni puta idea de qué hacer. Fiona se me había abierto, demonios, por fin. Y yo estaba jodidamente atrapado. Sus acciones me habían metido en un lío de cojones. Mientras le decía a Fiona que me dejara ayudarla a acabar con los del pepinillo, ahora estaba trabajando para ellos. Para solucionar un problema: *ella*. La mujer que estaba en mi regazo. La mujer de la que me había enamorado. La mujer que les había robado sus putas drogas.

Cuando descubrieran que faltaban algunas y que ella era la culpable, no iba a ser un trabajo fácil. Iba a ser un golpe duro. Teníamos que acabar con los encurtidos. No había otra opción para mantenerla con vida.

Como mediador, podría haber mantenido a Fiona en la cama, literalmente atada a la cabecera, para mantenerla alejada de la tienda de pepinillos y su nariz fuera de sus asuntos. Eso era todo lo que quería el cliente. Que la dejaran en paz, sin nadie husmeando. El sexo sin parar era una gran solución.

Excepto que todo cambió cuando se rebeló y se llevó sus drogas. Ahora ya no era una mujer cualquiera que miraba con demasiado

interés una tienda de pepinillos. Sabía lo que estaban haciendo y tenía pruebas de ello. No iba a dejarlo pasar. Y los de los pepinillos tampoco. Necesitaba ayuda. Solo había una persona a la que llamar y se iba a molestar muchísimo.

36



DAX

Llámame.

¿Por qué? Estoy comiendo mango bajo una palapa y contemplando a mi mujer en bikini.

Estoy enamorado de una agente del FBI.

ESO FUNCIONÓ.

Su nombre apareció en la pantalla de mi teléfono en menos de quince segundos.

37



FIONA

DESPUÉS DE LA conversación medio desnuda y reveladora con Dax, me dirigí al baño de la librería para limpiarme. En el camino, no pude evitar notar la expresión de la mujer que había sido reclutada para manejar la tienda mientras nosotros —Diablos—, teníamos sexo ruidosísimo en el escritorio de Hannah. Ella y cualquiera más en la tienda tenían que pensar que tenía una fijación con los azotes. Que, supongo, sí tenía. No hacía falta tener oído biónico para haberlo escuchado todo. Desde su puesto detrás del mostrador, sonrió e hizo un gesto de aprobación con el pulgar.

—Mejor banda sonora para una librería de romance. Vendí más de quince libros desde que ustedes dos entraron ahí.

Bien, entonces. Me miré en el espejo. Vi mis ojos enrojecidos. Había llorado. Mucho. Había sido un desastre. Lo último que un hombre quería después de sexo. Eso, y el vómito verbal en el que le conté todo sobre mi padre. Pero él no huyó. No se rio ni me dijo lo fría que era. Dijo: «Eso está jodidamente bien, cariño». Bien que metí a mi padre en prisión. Luego me contó sobre su madre, cómo su padre tomó cartas en el asunto cuando la ley no pudo darle la justicia que merecía.

Debería haberme horrorizado. Debería haberle pedido el nombre de su padre para investigarlo y arrestarlo. Eso es lo que habría hecho en el pasado. Ahora, después de pasar unos días en este pueblo estúpido, ya no sabía qué me impulsaba. Mi padre llevaba

cinco años en prisión. Desde el momento en que la puerta de la celda se cerró tras él, debería haberlo dejado ir. Debería haber seguido con mi vida. Pero no lo hice. Era demasiado rígida. Era una fanática de seguir las reglas.

¿Qué ejemplos de normalidad tuve al crecer? Ninguno. Tuve a Vincent Genovese.

Mientras abría el grifo, escuché a Dax hablando en la oficina

38



DAX

LO PRIMERO QUE Jack preguntó cuando respondí fue:

—¿Es un código para que llame al SWAT?

Luego:

—¿Panqueque está bien?

—¿Panqueque? ¿En serio? —Acababa de tener un sexo insano y la conversación más profunda de mi vida, y ¿él quería saber sobre su gato?—, Nada de SWAT. Estoy jodidamente enamorado de una agente del FBI.

No me perdí su relajada risa de vacaciones.

—¿Desde cuándo?

Fruncí el ceño, poniéndome más gruñón por momentos.

—Desde el día que te fuiste.

—¿Me estás llamando para que te dé consejos sobre tu vida amorosa?

—No. Te llamo porque necesitas traer tu trasero de vuelta. Necesito tu ayuda.

—¿Necesitas mi ayuda con una mujer? Si no recuerdo mal, me fastidiaste sin parar por enamorarme de una bibliotecaria.

—La acosaste —le recordé.

—¿Cómo se conocieron ustedes dos? preguntó.

Estaban juntos en Hawái. Obviamente, el acoso le había funcionado.

—Atraco en una tienda de conveniencia.

Guardó silencio un momento.

—¿Eso es con lo que necesitas ayuda?

—No.

—¿Entonces qué? Te lo repito, mi mujer está en bikini, así que más vale que sea bueno.

—Tengo unas cuantas caras nuevas para tu lista de *Los Malditos de Coal Springs*.

—¿Ese niño volvió a lanzar el periódico a los arbustos?

—No, peor.

Apreté los dientes porque no podía decir más por teléfono.

Cuando él regresara, no iba a dejarme vivir esto nunca.

—Solo ponle ropa a tu mujer y traigan sus traseros de vuelta aquí.

39



FIONA

—Nada de SWAT. Estoy jodidamente enamorado de una agente del FBI.

¿Qué?

Corrí a cerrar el agua. Todo quedó en silencio por un momento. ¿Estaba enamorado… de mí? Estaba hablando por teléfono. ¿Con quién? ¿A quién le importaba? Eso no era lo importante. A menos que conociera a otros agentes del FBI, estaba hablando de mí. DE MÍ.

—Desde el día que te fuiste.

—La acosaste.

Me miré en el espejo, parpadeé.

Puse las manos en mis mejillas calientes. Me había acosado hasta mi alquiler vacacional. Y había irrumpido.

—Atraco en una tienda de conveniencia.

Ok, estaba hablando de cómo nos conocimos.

—Lista de Los Malditos de Coal Springs.

No tenía idea de qué era eso, pero sonaba como algo que me gustaría.

—Estoy enamorada de una agente del FBI —susurré para mí misma.

Una sonrisa lenta y cautelosa se extendió por mi rostro, porque se sentía bien. Se sentía… feliz. Dax me amaba. También sentía algo por Dax, pero no sabía cómo llamarlo. Nunca antes había sentido

algo así, nunca supe que podía sentir esto. ¿Era amor? ¿Yo cómo iba a saberlo?

La sonrisa se desvaneció. No me lo había dicho. Se lo había dicho a alguien por teléfono. Como si fuera un problema. Una aflicción. ¿Qué debería hacer? No tenía madre. No tenía amigas a las que llamar. No…

—Dottie.

Saqué mi teléfono del bolsillo trasero.

—¡Aquí está mi agente secreta favorita!

Sonaba tan animada y emocionada de escucharme.

—Necesito un consejo.

—Dispara.

—No por teléfono.

Hubo una pausa, luego:

—Entendido. Voy a *Pies Ligeros* por una pedicura. Únete a mí. Invito yo.

Cuando salí del baño, Dax estaba apoyado contra el mostrador, de espaldas a la caja registradora. Me detuve cuando su mirada se cruzó con la mía. Dios, esos ojos azules. Me derretí. Mis bragas también lo hicieron. Sonrió. Sí. Bragas empapadas, aunque mi entrepierna seguía palpitando después de la tremenda sesión que acabamos de tener.

Entonces extendió su mano.

Dios, era tan guapo. Nadie habría adivinado que acababa de tener sexo solo con mirarlo —excepto cualquiera de las mujeres que habían estado en la tienda hace un rato— pero irradiaba masculinidad y virilidad. Era puro magnetismo. Esos ojos azules eran peligrosos. En lugar de beber el *Kool-Aid* de Dax, estaba tragando enormes bocanadas de las feromonas que estaba desprendiendo. Era fuerte, con un toque de peligro. No se doblegaba ante mi fuerza. De alguna manera, podía manejarme. Hacerme ver que estaba de mi lado, sin importar qué decisiones tomara. Incluso las potencialmente estúpidas. Quería mantenerme a salvo. Protegerme. Incluso de mí misma. Dios, sobre todo de mí misma.

A diferencia de cuando me arrastró a la oficina trasera hace un rato, esto, ahora, era mi elección. Mi decisión. Era como si este

gesto silencioso fuera mi forma de aceptar dejar entrar a Dax. De confiar en él. Observé su mano áspera, sabiendo todo el placer insano que podía brindarme. ¿Por qué confiaba en él con mi cuerpo, pero con nada más? ¿Podría darle más? ¿Podría darle todo de mí?

40



DAX

ESPERÉ PACIENTEMENTE a que Fiona decidiera si tomaría mi mano. Por una vez, su rostro era un libro abierto. Pude ver el miedo, la duda, la determinación fluir por sus hermosas facciones. La amaba. Esta mujer arisca, descarada. ¿Cómo? No tenía idea. Ni entendía cómo había sucedido tan rápido. Sostuvo una maldita cafetera y me tuvo atrapado.

—Vamos, cariño —dije suavemente, alentándola, pero tratando de no asustarla—. Puedes hacerlo.

Por favor, hazlo. Una sonrisa torcida se asomó en la comisura de su boca y vino hacia mí. Tomó mi mano. Gracias a Dios. Le apreté los dedos y levanté su barbilla.

—Ahí está mi *buena chica*.

—Tengo miedo —admitió, su mirada desviándose por un instante antes de volver.

—¿Tú?

Asintió.

—Imposible.

—Se supone que debo reunirme con Dottie en *Pies Ligeros* para una pedicura.

Mis cejas se alzaron.

—Eso sí es algo a lo que temer.

Ahora sonrió.

Pasé un brazo alrededor de sus hombros y la atraje hacia mí. La guie —no la arrastré— hacia la parte delantera de la tienda.

—Vamos, te llevo.

—No tienes que hacerlo.

—Quiero saber qué nos dará de comer Dottie esta noche.

Fiona no discutió, porque probablemente tenía la misma curiosidad.

—¿Qué pasa con el paquete que traje?

—Lo puse en la caja fuerte de Hannah hasta que decidamos qué hacer. Llamé a mi amigo Jack. Es el novio de Hannah. Vuelven antes de sus vacaciones para ayudar.

—¿Ellos? ¿Por qué?

—Porque Jack y yo solíamos trabajar juntos.

—¿En recuperación de vehículos?

Mierda, tenía muchas cosas que ocultar, incluida la más importante. Yo. El mediador. Y ella era el trabajo.

—Sí, recuperación de vehículos.

Entendería cuando le dijera la verdad. ¿Verdad?

41



FIONA

ME ACOMODÉ en la silla de pedicura con los pies sumergidos en agua caliente y jabonosa. La función de masaje estaba activada y pequeños rodillos amasaban mi espalda baja.

—Veo esa sonrisa —dijo Dottie desde su puesto junto a mí—. O nunca te has hecho una pedicura antes, o Dax te hace feliz.

Giré la cabeza hacia ella.

—¿Pueden ser ambas?

Prefería que pensara que era la silla de pedicura y no el sexo increíble.

—Mereces que te consientan, cariño.

La técnica de uñas se sentó en el pequeño taburete y comenzó a recortar las uñas de mi pie izquierdo.

—Creo que Dax está enamorado de mí —solté.

Sus ojos se iluminaron con entusiasmo.

—Yo también lo creo.

No tenía oído biónico, o al menos eso suponía.

—¿Por qué lo crees?

Agitó la mano.

—Por la forma en que te mira.

¿Me mira?

—¿Cómo es eso?

—Como si quisiera devorarte y, quizás, estrangularte al mismo tiempo.

No pude evitar reír, porque probablemente su suposición era bastante precisa.

—Creo que lo vuelvo loco.

—En todos los sentidos correctos.

—Dottie, no creo saber qué es el amor —admití, observando a la técnica de uñas en lugar de encontrarme con su mirada sabia—. Quiero decir, no tuve buenos ejemplos mientras crecía y mi trabajo trata solo con villanos. Mi vida no es como la tuya aquí en Coal Springs. Puras pacas de heno y calabazas pintadas.

Dottie levantó el pie del agua jabonosa y lo apoyó en el reposapiés cubierto con una toalla para que la técnica comenzara a trabajar.

—Ahora mismo, tu vida es como la de Coal Springs. —No le dije que me quedé en el pueblo después de saber que Hannah no estaba para husmear en la tienda de encurtidos—. Por la banda que ganaste, eres bastante buena pintando calabazas —añadió.

No pude evitar sonreír al recordar esa noche tan tonta.

—Fue divertido.

—Tú decides cómo quieres que sea tu vida. —Extendió la mano y me dio una palmadita—. Sé que tu infancia fue difícil, cariño. Que tu única meta era meter a tu padre en la cárcel.

Asentí.

—Estoy orgullosa de ti por eso. Muy orgullosa. Pero, ¿cuánto tiempo lleva en prisión?

—Cinco años.

—Y sigue ganando.

Fruncí el ceño mientras cambiaba de pie para que la técnica de uñas siguiera trabajando.

—¿Qué? De ninguna manera. Está en prisión para el resto de su vida.

—Tu objetivo era que pagara por sus crímenes. Lo está haciendo. Pero sigues persiguiendo al malo. Solo que ahora son otros. ¿Por qué?

—Porque hacen cosas malas.

Ella asintió.

—Sí, pero ¿querías salvar el mundo o solo librarlo de tu padre? —Reflexioné sobre eso. La técnica de uñas bombeó loción en sus manos y comenzó a darme un masaje en los pies—. Si quieres salvar el mundo, entonces ve por ellos. Pero necesitas ser feliz, cariño. ¿Qué te hace feliz?

—Tu comida —admití sin dudarlo.

Ella sonrió, algo tímida.

—Si te quedas en Coal Springs, puedes tener toda la que quieras.

—¿Qué quieres decir con quedarme en Coal Springs? —pregunté, con los ojos muy abiertos.

—Mudarte aquí. Quedarte. Has hecho tantos amigos nuevos. Hasta Marcia Highcliff te quiere.

No iba a preguntar cómo lo sabía.

Resoplé y volteé los ojos.

—Ella es un caso.

—Lo es, y no le gusta a mucha gente. Ni siquiera su propia hija.

Fruncí el ceño.

Había conocido a Briana y parecían llevarse bien, así que supuse que hablaba de Hannah.

—El grupo de noche de manualidades quiere que te unas.

—No me voy a mudar solo por una noche de manualidades.

—Hay otras cosas divertidas que hacer por aquí.

—Necesitaría un trabajo. Me aburriría en cinco minutos.

Pero no parecía ser el caso. Llevaba tres días aquí y esta pedicura era la primera vez que me sentaba sin hacer nada. Parecía estar más ocupada aquí —sin trabajar— que en Denver.

—Te contratarían en la comisaría en un abrir y cerrar de ojos. Con tus credenciales y teniendo una infiltrada —se señaló a sí misma — podrías estar trabajando la próxima semana.

La técnica de uñas levantó el frasco de esmalte que había elegido entre el arcoíris de opciones. Asentí, complacida con el tono azul pálido.

—Aquí no hay crimen —objeté.

Excepto por el tráfico de drogas en la calle principal.

—Tal vez una vida con más que solo villanos es justo lo que te falta. —Tal vez—. ¿Y cómo sabes que estás enamorada? ¿Eres feliz?

¿Esa persona te hace feliz? ¿Camina a tu lado y te sostiene?

La técnica de uñas de Dottie comenzó a aplicar un rojo fuego en sus pies.

—Está a mi lado todo el tiempo. Como mi propio Scooter.

—Ese hombre no es un labrador. Es un dóberman. Aunque tengo la sensación de que es más de gatos.

42



DAX

—¿Por qué no me dijiste que Fiona Whitaker, la agente del FBI, también es hija de Vincent Genovese?

Estaba en una videollamada con Nitro, después de haber dejado a Fiona en el salón de uñas con Dottie. El lugar apestaba a esmalte y estaba lleno de mujeres. Algunas las reconocí a la hora del cuento. Pero solo tenía ojos para Fiona. Estaba completamente metido con ella. Así que el saludo con el dedo que me lanzó una de las mujeres hizo que mis mejillas se encendieran, porque le había leído una escena de sexo a ella y a un montón de gente más. Podía imaginar lo que sentía un bailarín de Chippendales después de su turno.

Salí de allí y volví a la casa de Jack y Hannah. Tomé una lata de comida para gatos de la pila en el mostrador, abrí la tapa y fui hasta su plato.

El sonido de la lata abriéndose fue como una señal de murciélago para Panqueque, que salió de donde fuera que estuviera escondido y se enredó entre mis tobillos.

—Obtuve el resultado por reconocimiento facial. No me pediste que investigara más —respondió Nitro, recostándose en su silla y cruzando los brazos.

Nitro rondaba los treinta y tantos, tenía el pelo castaño despeinado y una barba igual de desordenada. Si se pusiera una camisa de franela y cargara un hacha, tendría su disfraz de Halloween listo. El estereotipo de los nerds hardcore era delgado,

pálido y débil. Definitivamente, él no encajaba en ese molde. No querría encontrarme con él en un callejón oscuro. Además, era más peligroso con un teclado, porque podía acceder a cualquier base de datos y arruinarte la vida peor que con un golpe.

Apreté los dientes, enjuagué la lata en el fregadero y la tiré al contenedor de reciclaje.

—Investiga más a fondo —ordené.

—¿Ahora?

—Ahora.

Suspiró, pero se puso a trabajar.

Escuché el golpeteo de su teclado mientras refrescaba el cuenco de agua de Panqueque.

—Fiona Whitaker. Veintinueve años. Madre: Anne Whitaker Genovese.

Así que tomó el apellido de soltera de su madre.

—Muerta. Padre: Vincent Genovese. Cumpliendo cadena perpetua en… Diablos. Ella lo metió en la cárcel.

Suspiré.

—Sí, nos faltaron algunos detalles. Necesito que averigües quién tenemos dentro. Misma prisión.

Sabía lo que estaba pidiendo.

—Voy en ello. Puedo investigar sus cuentas bancarias, hipoteca, pagos del coche, tarjetas de crédito si quieres.

Sonó el timbre y miré en esa dirección.

No era Fiona, porque no sabía que me estaba quedando aquí.

—No. No me importa nada de eso. Necesito que busques otra cosa.

—Seguro.

—*La Cueva del Pepinillo*. Es una tienda de encurtidos aquí en Coal Springs. Es una máscara para tráfico de Fentanilo. Quiero saberlo todo.

—Pensé que estabas cuidando al gato de Jack.

—Yo también.

Cuando abrí la puerta, encontré a Brittany en el umbral.

—Pensé que estabas fuera de la ciudad —le dije en lugar de saludar.

Me dio un pequeño saludo con la mano y luego se metió en la casa.

Como mejor amiga de Hannah y residente del pueblo, se sentía cómoda aquí.

—Solo puedo soportar cierta cantidad de charla sobre placa y enfermedades de las encías antes de perder la cabeza.

—Me lo imagino. Preferiría arrojar cadáveres por un acantilado antes que ser dentista.

—¿Cómo van las cosas aquí? preguntó.

—Pensé en pasar a ver. Me llegó un mensaje diciendo que estabas cuidando al gato.

—Panqueque sigue vivo, y Hannah y Jack regresarán antes de tiempo.

Sus ojos se abrieron de par en par con pánico.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Está todo bien?

Levanté la mano.

—Hannah y Jack están bien. ¿Este pueblo? Se suponía que iba a tomarme un descanso. No salió como esperaba.

—¿Qué significa…?

Nitro carraspeó.

—Dax, um, ¿quién es tu amiga?

Giré el teléfono hacia Brittany.

—Saluda a Nitro —le dije.

Ella me miró, luego al teléfono.

Se inclinó. Saludó con la mano.

—Hola, soy Brittany.

—La mejor amiga de Hannah —respondió Nitro. Conocía a todos los protagonistas cuando se trataba de Jack y Hannah—. Dentista. Antigua tejana.

Ella sonrió. Una vez se había hablado, solo una vez, cuando todos habíamos tomado unas copas, de que Brittany y yo deberíamos estar juntos. Los dos mejores amigos. Habíamos intercambiado una mirada sobre el tema y, sin decir una palabra, habíamos acordado en silencio que eso nunca iba a suceder.

Era guapa. Exigente, pero discreta. Piel morena, alta y aún más con los tacones que siempre llevaba. Incluso en Coal Springs, donde

no se vendían. No había chispas y las dos estábamos bien así.

—Así es —le dijo Brittany.

—Es Nitro —añadí—. Es mi técnico.

Reconocí el brillo en los ojos de Brittany. Era el mismo que tenían todas las mujeres que entraban en la librería cuando me miraban. Interés. Pero, afortunadamente, ese brillo estaba dirigido a… ¿Nitro?

—Tú eres el técnico —dijo ella, con tono impresionado. Probablemente había oído hablar de él a Hannah, pero nunca lo había conocido, ni siquiera por videollamada—. ¿Crees que puedes hacer que funcione mi termostato programable?

—¿Te falta calefacción? Puedo ayudarte con eso sin problema.

Nunca, ni una sola vez, había oído a Nitro coquetear. Puse los ojos en blanco.

—Sin problema —Brittany fue muy directa.

—Dax, te entregaré la información que quieres en persona. Pásale el teléfono a Brittany.

Con Brittany haciéndome señas con los dedos, no tuve otra opción.

Después de veinte minutos de conversación entre los dos, y de coqueteo intenso, renuncié a recuperar mi teléfono y me fui. Si me quedaba, podría ser testigo de sexo telefónico, y ya había tenido suficiente de eso con desconocidos en la librería.

43



FIONA

A LA MAÑANA SIGUIENTE, sonó el timbre. Estaba en la cocina arreglando mi segunda taza de café y esperaba que Dottie vociferara un saludo y entrara sin más. Se me hacía agua la boca con lo que podría traer para el desayuno. Me había puesto unos shorts cortados y una camiseta, ya que había aprendido que lo más seguro en esta casa era estar vestida en todo momento.

Dax estaba en la ducha, así que no era él en la puerta, pero si lo hubiera sido, no habría tocado el timbre. Habría forzado la cerradura y se habría colado. Por primera vez, fui yo quien abrió la puerta.

Allí, en el umbral, estaban Hannah y, por la forma en que se sostenían las manos, su novio Jack. Reconocí a Hannah por su foto del DMV que había sacado durante mi búsqueda. Era más bonita en persona. Todo el mundo se veía mejor que en su foto de licencia. Pequeña, con curvas, cabello oscuro, ojos brillantes. Llevaba unos pantalones de chándal rosa pálido, un jersey de manga larga blanco y el cabello rubio recogido en una coleta baja.

A su lado estaba un tipo grande que podía competir con Dax por el puesto al hombre más serio del mundo. No sonreía. Exudaba mal humor, lo que hacía que Hannah pareciera aún más radiante. Tenía sentido, porque creció en este pueblo de arcoíris y unicornios. Aunque conocía a sus padres, así que tenía muchas, muchas preguntas. La respuesta más sencilla: era adoptada.

—¿Dónde está Dax? —preguntó Jack. Llevaba unos jeans deslavados, una camiseta de los Colorado Avalanche y zapatillas. Su cabello estaba revuelto, como si tuviera bed-head.

Ambos estaban bronceados en octubre, lo que indicaba unas recientes vacaciones en la playa y que Dax los había sacado de ellas.

Hannah le dio una palmada en el pecho.

—¿En serio? —respondió—. Hola, soy Hannah. Este grandulón es Jack.

—Fiona.

Dios, vestida como si fuera día de lavandería para mi primer encuentro con Hannah, no era lo que quería.Me metí los mechones rebeldes detrás de las orejas.

—Dax está en la ducha.

Ninguno pareció sorprendido de que Dax estuviera desnudo en mi casa.

Di un paso atrás para dejarlos entrar y mantuve los ojos en Hannah mientras se movía por la sala de estar. Susurré entre dientes:

—¿Puedes oírme?

Nada. Ni una reacción. Mierda. ¿No tenía oído biónico también? Se me revolvía el estómago, estaba más nerviosa que cuando el tipo atracó la tienda de conveniencia.

—Eh, ¿quieren café? —pregunté.

—Haz bastante. Venimos en el vuelo nocturno —dijo Jack.

Me dirigí a la cocina y ellos me siguieron. Cogiendo unas tazas, les serví a cada uno, y luego me puse a hacer otra tanda.

—Siento que tuvieran que dejar sus vacaciones temprano —les dije, intentando hacer conversación.

—He oído que estás en el FBI —soltó Jack.

Adiós a la conversación trivial.

Asentí.

—Así es.

—¿Qué haces en Coal Springs? ¿Trabajas en un caso?

Desvié mi mirada a Hannah.

Ella era la razón por la que estaba aquí. Estos últimos meses había estado tan ansiosa por conocerla, por hablar con ella, y ahora

estaba nerviosa. ¿Qué pasaría si no tuviera oído de murciélago? ¿Qué pasaba si era normal? ¿Qué pasaría si no me creía? ¿Qué pasaba si…?

—Hey —dijo Dax, entrando a la cocina.

jeans y camiseta puesta. Pies descalzos. Cabello húmedo.

Los hombres se dieron un abrazo de camaradería.

—Gracias por volver.

—Fiona estaba a punto de decirnos por qué está en Coal Springs —dijo Jack a Dax, aunque la pregunta iba dirigida a mí.

—Para conocer a Hannah —respondió Dax por mí—. Ambas tuvieron radiación por tumores cerebrales al mismo tiempo.

Oh, Dios mío.

Podría haber escuchado a un carnero macho soltar un pedo dos condados más allá con lo silenciosa que se puso la cocina. Había practicado lo que diría a Hannah cuando nos conociéramos, cómo lo diría, pero nunca imaginé que Dax lo soltaría por mí.

Hannah me miró. Luego miró a Jack. Jack miró a Hannah, luego a mí. Dax nos miró a todos.

—¿Tú? ¿Tú también tuviste radiación con bisturí de rayos gamma? —preguntó Hannah, retorciendo las manos frente a ella. Su expresión era una mezcla extraña de aprehensión y esperanza—. ¿En mayo?

Asentí.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Y tú?

—Sí.

—¿Recibiste la carta sobre el problema de mantenimiento? —preguntó, mordiéndose el labio.

Volví a asentir.

—¿Tú…? —Aclaró la garganta—. ¿Tienes…?

Asentí otra vez.

Tenía miedo de hablar.

—Dios mío —susurró Hannah.

Extendió la mano y agarró la de Jack.

—¿Qué? —preguntó Dax, mirando entre todos, claramente perdido—. ¿Qué?

—¿Tienes oído biónico?

—¿Tú puedes levantar cosas pesadas?

Hannah y yo hablamos al mismo tiempo.

—¿Qué? —pregunté, mi boca abriéndose de golpe.

—¿Qué? —preguntó Hannah de vuelta, sus ojos muy abiertos.

—¿¡QUÉ!? —gritó Dax. —¿Tienes oído biónico?

—¿Te hizo realmente fuerte? —pregunté a Hannah, ignorando a Dax.

No me esperaba eso.

Ella asintió, luego flexionó el bíceps como en una competencia de levantamiento de pesas. Se veía un poco cómico, ya que era una mujer pequeña.

Jack sonrió, parecía orgulloso de su nueva habilidad. Era el único que no estaba en shock.

—Como *Hulk*.

Maldición.

Le creí, porque quería que ella creyera que yo podía escuchar extremadamente bien.

—¿¡QUÉ ESTÁ PASANDO!? —gritó Dax aún más fuerte—. Pensé que íbamos a hablar sobre el tráfico de fentanilo.

—¿Tráfico de fentanilo? —preguntó Hannah, con los ojos muy abiertos. —Hemos estado fuera cuatro días. ¿Qué más podría haber pasado?

—Elise tuvo apendicitis —dijo Dax—. He estado manejando la librería.

Los ojos de Hannah casi se le salieron de la cara.

—No tienes ni idea de cómo… Espera —Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada—. Apuesto a que te adoraron con esa cara guapa y esa personalidad gruñona.

Dax puso los ojos en blanco, y juraría que estaba sonrojándose.

—No tienes idea —añadí, intentando no sonreír.

—Oye, pensé que el de la personalidad gruñona era yo —dijo Jack a Hannah.

Ella se puso de puntillas y le besó la mejilla.

—Tienes todo el gruñido que quiero.

Jack, aparentemente satisfecho, se recargó en el mostrador.

—Ahora veo por qué nos llamaste de vuelta antes de tiempo.

Le lanzó una sonrisa burlona a Dax.

—¿Cómo va ese descanso?

—¿Descanso de qué? —contraataqué.

Dax ignoró a Jack y me miró fijamente. También ignoró mi pregunta.

—¿Oído biónico? ¿Por la radiación?

Asentí. Hannah también.

—Recibimos cartas informándonos que hubo un problema de mantenimiento con la máquina de radiación en el momento de nuestros tratamientos. Yo tengo oído extremadamente sensible y parece que Hannah puede levantar cosas pesadas.

No podía decir, por la expresión de su rostro, si pensaba que estaba bromeando o si estaba totalmente desconcertado.

—Sabía que eras muy fuerte —dijo Dax a Hannah—. Pensé que era por pilates o algo así. No por la radiación.

Hannah negó con la cabeza, decepcionada.

—¿Alguna vez me has visto hacer ejercicio?

Dax se tomó un momento para considerar eso, luego me miró.

—Muéstramelo.

—¿Mostrarte qué? —fruncí el ceño.

—Tu oído biónico.

—Oh, esto va a ser divertido —añadió Jack.

44



FIONA

—NO ME CREES —dije. Me dolía que no lo hiciera, aunque sonara descabellado. Dax se encogió de hombros—. Nunca te he mentido —añadí.

Podía haber tardado en decir la verdad, pero nunca le había mentido.

Se encogió de hombros otra vez.

Maldita sea su actitud indiferente. Esto era algo importante para mí. Era parte de mí, y aunque fuera una locura, esperaba que tuviera fe en mí.

—Entonces demuéstralo —dijo—. Saldré y hablaré. Mándame un mensaje con lo que diga.

No me gustaba tener que demostrarle nada, especialmente a él, pero el año pasado, antes de mi tumor cerebral, si alguien me hubiera dicho que tenía oído biónico, también lo habría dudado.

No le estaba pidiendo a Hannah que demostrara que podía hacer levantamiento de potencia. Por lo que había dicho, la había visto en acción, aunque no podía imaginar qué pensó que ocurría en una clase de Pilates si la vio levantar un refrigerador o algo así.

Asentí.

—Seguro.

No tenía muchas opciones.

Agitó su teléfono, instándome a seguir su plan, luego salió por la puerta principal.

—Yo iré con él —ofreció Jack, siguiéndolo solo unos segundos después.

La testosterona de esos dos podía hacer que las mujeres ovularan solo por estar en la misma habitación. Hannah se dejó caer sobre uno de los taburetes de la cocina y tomó un sorbo de su café.

—Tuve un meningioma. ¿Qué tuviste tú?

Nunca había oído hablar de eso. Tendría que investigarlo.

—Neuroma acústico. Empecé a oír increíblemente bien hace unos meses. Cuando recibí la carta, supe que era por la máquina.

—¡Yo también! Bueno, no escuché increíblemente bien, pero cuando recibí la carta por correo, me emocioné mucho. Respondía tantas preguntas.

—Por eso vine aquí —coincidí—, para conocerte y descubrir si no estaba sola.

Ella extendió la mano y tomó la mía. Sonrió.

—Me alegra que hayas venido. No estás sola. Y puedo hacer más que levantar cosas.

—¿Oh?

Asintió.

—También puedo teletransportarme.

Parpadeé, la miré fijamente y parpadeé aún más.

—¿Teletransportarse? ¿Como en *Star Trek*?

Sonrió con suficiencia, claramente orgullosa de su nueva habilidad.

—Sí.

Levanté una ceja.

—¿Jack lo sabe?

Se rio.

—Oh, sí. Dax no, aunque no es porque no estuviera a favor, sino porque es demasiado loco de explicar. Ya sabes, estar aquí un segundo y desaparecer al siguiente.

Abrió las manos como si estuviera simulando una explosión.

—¡Puf!

—Oh, sí.

Solo podía imaginarlo. Era imposible no escuchar el profundo tono de Dax. Las dos palabras que dijo. Tomé mi celular y le envié

un mensaje de texto.

Mantequilla de maní.

—¿Dax? —preguntó Hannah, observándome.
Asentí.
Abandonó su asiento y rodeó el mostrador para mirar el mensaje.
—¿Mantequilla de maní?
Todo quedó en silencio durante unos diez segundos.
Entonces lo escuché de nuevo y tuve que reír.

Importaciones de acero canadiense.

—¿Qué cojones? —susurró Hannah cuando escribí esas tres palabras.
Luego, al cabo de un rato, tuve que reír y sacudir la cabeza.

Pirañas devoradoras de hombres.

Luego habló de nuevo, pero esta vez en un susurro entrecortado. El mismo que usaba cuando estaba dentro de mí y me decía cosas sucias al oído.

Arroz con queso.

Sentí una mezcla de excitación y hambre mientras le enviaba el mensaje con esas dos palabras. Luego lo escuché refunfuñar.

¿Eso es lo que se supone que debo escuchar y reportar, o estás maldiciendo en voz alta?

Entonces dijo, aunque probablemente estaba a una cuadra de distancia.
—Te creo. Vamos por donas. Volvemos pronto.
—¿Qué tipo de dona te gusta? —le pregunté a Hannah.
—Um, de maple.

Compra uno de maple y otro de fresa glaseada con chispas.

—¿Van a comprar donas? —preguntó Hannah después de leer el mensaje.

Asentí y dejé el teléfono sobre la mesa.

Ella empezó a caminar de un lado a otro, agitando los brazos. Serví más café de la cafetera recién hecha.

—No puedo creer que puedas oír así. ¡Estoy emocionadisima! Y celosa, también.

Negué con la cabeza.

—No lo estés. No tienes idea de cuántas personas tienen sexo y cuántos inodoros se vacían cuando puedes escuchar todo en un radio de dos manzanas.

Frunció el ceño.

—Debe ser…

—¿No se lo has dicho? ¿Estás loco? —Era la voz de Jack, seguida por el golpe de una puerta de auto. Luego, el motor encendiéndose.

Intenté concentrarme en eso, pero Hannah dijo:

—Inodoros, sí, eso…

Tal vez fue grosero, pero la mandé a callar.

—No puedo decirle que soy un mediador —dijo Dax—. Es del FBI.

—Acaba de demostrar que tiene super oídos —contestó Jack—. Creo que puede manejar que seas un mediador

Me quedé sin aliento.

—¿Qué? —preguntó Hannah, mirando a su alrededor.

Le hice un gesto con la mano para que se callara y seguí escuchando, sin apartar la vista del microondas.

—Sí, pero ella es mi último trabajo.

—¿De qué coño estás hablando? —preguntó Jack.

Oí el clic, clic, clic de un intermitente.

—Max Pinter. ¿Recuerdas que saqué a su hijo de esa redada antidroga?

—Sí

—Esos tipos de los pepinillos son sus colegas. Da igual. Fiona ha estado husmeando por ahí y ahora quieren que me deshaga de ella.

—¿Quiénes son los de los pepinillos? ¿Te has escuchado?

—Son los que van a ir a tu lista de Los Malditos de Coal Springs y…

Su voz se desvaneció y fue sustituida por el ruido de una aspiradora que se encendía.

—Dios mío —susurré.

—¿Qué? —preguntó Hannah de nuevo. Se acercó, me agarró de los brazos y me sacudió un poco—. ¿QUÉ?

Parpadeé, tratando de entender lo que acababa de oír. Lo que sabía sobre Dax. Por qué todo tenía tanto sentido.

—Tengo que irme —le dije a Hannah.

Dax era un mediador. Como trabajaba en las fuerzas del orden, sabía que eso no significaba que mediara en una corte. Trabajaba para gente que no quería ensuciarse las manos, concretamente en cosas ilegales. Se ocupaba de problemas. De personas.

Mi mente empezó a dar vueltas. ¿Había aparecido en la tienda porque me estaba siguiendo? ¿Era yo su objetivo desde el principio? ¿Había estado entrando en mi casa para vigilarme? Dios, ¿se había metido en mi cama por la misma razón? Cada vez que intentaba escapar, allí estaba él. Llevaba un arma. Las cerraduras no eran un obstáculo. Era distante. Misterioso.

Maldita sea. ¡Demonios!

—Fiona, espera. Por favor —gritó Hannah, siguiéndome a la sala —. ¿Qué ha pasado? No oigo nada.

Me di la vuelta y la miré.

—Dax me ha engañado.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Acabo de oírlo hablar con Jack. —Me di un golpecito en la cabeza—. Se olvidaron de que podía oírlos o pensaron que estaban fuera de alcance. Da igual. Me ha estado mintiendo.

—Él no es así —me aseguró ella.

—Nunca me dijo que era un mediador. Nunca me dijo que yo era uno de sus trabajos. Nunca me dijo nada.

Y yo me sentaba en su regazo y hablaba sin parar y lloraba. Le contaba cosas de mi padre, de Neidermeyer y Trotter. De mi madre. Le decía que tenía miedo. Sonaba débil. Muy débil.

A cambio, él no me contaba nada. No, mencionó que su madre había muerto en un accidente causado por un conductor borracho. ¿Era eso siquiera cierto? Me dijo que trabajaba en el sector de los embargos. EMBARGOS. Pensé que eso significaba recuperar coches de lujo, pieles o cosas por el estilo. Me sentí como una idiota. Me sentí... utilizada.

—¿Uno de sus trabajos? —preguntó Hannah.

Asentí con la cabeza y me sequé las lágrimas de las mejillas. Dios, me estaba convirtiendo en una llorona sentimental.

—¿Sabías que era un solucionador?

Ella se encogió de hombros.

—Claro. Jack es un antiguo sicario y trabajaban juntos.

Ahora sí que se me salieron los ojos de las órbitas.

—¿¡QUÉ! ¿Volviste para que Jack ayudara a Dax a lidiar conmigo?

—Dax llamó a Jack y le dijo que teníamos que volver aquí —dijo ella.

—Porque estaba husmeando en la tienda de encurtidos —expliqué.

Frunció el ceño.

—¿La Cueva del Pepinillo? ¿El sitio que hay enfrente de la librería con el dibujo de un pene?

—Sí.

—¿Por qué husmeabas allí? ¿Por el fentanilo?

Asentí.

—Sí, lo transportan en los botes de pepinillos. Por cierto, no he tenido ocasión de dar las gracias a tus padres por ayudarme.

Se quedó boquiabierta.

—¿Mis padres te ayudaron? ¿Estás segura de que no te has equivocado de personas? ¿Marcia y Bob?

Le dediqué una enorme sonrisa falsa.

—¿Te refieres a la señora Highcliff? Y mejor no te cuento lo que hacía tu padre con un castor.

Se mordió el labio.

—¿Cómo conseguiste que hicieran eso?

—Les llevé ensalada de patata.

La confusión de su rostro se disipó.

—Vale, eso es típico de mis padres.

—Tus padres creen que Jack es funerario.

Ella negó con la cabeza mientras se reía.

—Sí, es bastante gracioso y no pienso decirles lo contrario. Pero volvamos a Dax. ¿Me estás diciendo que consiguió un trabajo con los del pepinillo para deshacerse de ti porque hiciste qué?

—Husmear.

Ella lo miró con ira y puso las manos en las caderas.

—Le dijo a Jack que estaba enamorado de ti. No puede amarte y hacer eso.

—Jodido y jodido —murmuré.

—Voy a matarlo. ¡Cómo se atreve a ser un... un idiota! —Sus mejillas se pusieron rojas y, si el humo pudiera salir por las orejas, ahora mismo saldría por las de ella—. ¿Dijiste que iban a la tienda de donas?

—Asentí con la cabeza.

Ella entrecerró los ojos y parecía enfadada. Curiosamente, el aire crepitaba con electricidad y se me erizó el vello de los brazos.

—Voy a teletransportarme a *Donas Deliciosas* y decirle lo que pienso.

Mis ojos se abrieron como platos. Nunca, jamás, pensé que escucharía esa frase.

—¿Qué? ¿QUÉ?

Cerró los ojos y respiró hondo. Luego desapareció. Puf

—¿QUÉ COÑO? —grité, pero no había nadie más en la casa para responderme.

Porque Hannah se había teletransportado, maldita sea. Me había dicho que podía hacerlo, pero verlo era creerlo.

Después de unos diez segundos parpadeando e intentando procesar lo que había pasado, cogí mi bolso, las llaves y salí por la puerta. A mí no me había tocado la teletransportación superguay. Solo tenía la estúpida habilidad de oír cosas molestas, como que Dax resultaba ser un capullo integral.

Me largaba de allí.

45



FIONA

IBA RECORRIENDO Dreidel Drive cuando vi a Dottie. Llevaba ropa deportiva y caminaba a paso acelerado por la acera. O al menos, tan rápido como Scooter se lo permitía, porque iba a su lado, con la lengua afuera.

Cuando salí de casa, me colgué el bolso al hombro y me fui. No tenía idea de adónde iba. Solo necesitaba salir. Definitivamente no necesitaba un enfrentamiento en una tienda de donas. Tampoco más chismes sobre mí circulando por el pueblo. Embarazada. Novia de Dax. Agente del FBI. Pintora de calabazas con talento. Vegetariana. Era suficiente y demasiado al mismo tiempo.

En cuanto vi a Dottie, en lugar de seguir de largo, me detuve. Ella me vio, sonrió y saludó con la mano. Se acercó al coche. Bajé la ventanilla. Cuando vio mi cara, probablemente mi cabello y la ausencia de maquillaje, se puso seria.

—¿Qué pasó?

—Hombres.

Asintió, luego abrió la puerta trasera.

—Adentro, Scooter.

El perro saltó al asiento trasero, se acercó para olfatear mi rostro y luego se acomodó.

Dottie se subió al asiento del copiloto.

—Vamos por unos tragos y hablamos.

—Son las nueve de la mañana.

—Mimosas. Tienen jugo de naranja.
Me ganó con eso.

46



DAX

—DOS DE MAPLE, una de fresa con chispas, una garra de oso y…

—Estás en grandes problemas, señorito.

Me giré de golpe al escuchar la voz de Hannah y sentir su dedo clavándose en mi brazo.

—¿Qué cojones? —murmuré, parpadeando, totalmente confundido.

—Hola, preciosa —dijo Jack, inclinándose para besar a Hannah—. Esto sí que es una sorpresa.

Eh… ¿qué? O se había deslizado sigilosamente, o Hannah había aparecido por arte de magia. De cualquier forma, me distrajo por completo de mi objetivo: las donas.

—¿Cómo llegaste aquí?

Se puso de puntillas y susurró:

—Además de la fuerza, también puedo teletransportarme.

Mis ojos se abrieron de par en par mientras estudiaba su rostro sincero y expectante.

—¿Qué?

—Me oíste.

Hablé despacio y con claridad para que entendiera lo absurdo que sonaba. Y también lo increíble. Pero ahí estaba.

—¿Puedes teletransportarte?

Ella asintió.

—Por la radiación.

Volvió a asentir.

—Fiona dijo que quería conocerte y compartir experiencias sobre el tratamiento de radiación, pero no pensé que eso significara oído biónico, fuerza y teletransportación.

—Sí, bueno, no subestimes a las mujeres. Y, oh, Fiona te escuchó —replicó Hannah.

La adolescente de cabello negro azabache detrás del mostrador carraspeó con impaciencia.

—¿Tienes una garra de oso? —pregunté.

Asintió.

—Una de esas, más dos crullers y una rellena de limón.

Pagué con el teléfono y los tres nos hicimos a un lado para esperar a que empacaran el pedido.

—¿Podemos volver al tema de la teletransportación? ¿Cómo que puedes teletransportarte? —susurré—. ¿Y por qué no me lo dijiste?

—No hay variaciones en esa palabra —dijo Hannah, dándome un golpecito en el pecho—. Estaba en otro sitio y ahora estoy aquí para decirte que estás en serios problemas.

Fruncí el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Fiona te escuchó.

—Lo sé. Me mandó un mensaje con lo que dije.

—Más allá de las importaciones de acero canadiense, imbécil. Te oyó decirle a Jack que eres un… —miró a su alrededor y bajó la voz — un mediador.

—¿Qué? Pero lo dije mientras íbamos en el coche, alejándonos.

—Sí, bueno, te escuchó. Y se volvió loca.

Tuve que recordar exactamente lo que había dicho. No tuve que pensarlo mucho, porque Jack lo aclaró.

—Sabe que trabajas para las personas de los pepinillos y que ella es el problema que debes arreglar —dijo—. Sabe que eres un mediador y que yo soy un ex sicario. ¿Me equivoco?

Miró a Hannah.

A Hannah le gustaba mucho asentir.

—Cree que estás en su cama como parte del trabajo.

Cerré los ojos.

—Diablos. No es eso en absoluto. La primera vez ni siquiera estábamos en un…

Me mordí el labio, sin querer admitir que habíamos profanado la sección erótica de su tienda. Y su escritorio.

—También cree que nos llamaste de vuelta de nuestras vacaciones en Hawái para que Jack la… —Hannah deslizó un dedo por su garganta.

—¿Qué cojones? ¡Por supuesto que no! —puse las manos en las caderas, molesto.

—Lo sé. —Se señaló a sí misma, luego a mí—. Tú lo sabes. Jack lo sabe. Fiona no. ¡Ella es del FBI! Tienes que arreglar esto. Ahora.

Hannah golpeó el suelo con la punta del zapato, como si esperara que me teletransportara hasta Fiona para pedirle disculpas.

—Estos últimos días han sido ridículos —admití, pasándome una mano por la nuca—. Entre tu tienda, la hora del cuento, el…

—¡La hora del cuento! —Hannah se rio—. Dios, ¿leíste *Su Novia Secuestrada*?

—Capítulo tres —refunfuñé.

Hannah se tapó la boca con los dedos, tratando de contener la risa, los ojos como platos. Ya había leído el libro y sabía exactamente lo incómodo que había sido.

—¿Qué pasa en el capítulo tres? —preguntó Jack, alternando la mirada entre nosotros.

Como una madre entró con dos niños pequeños saltando de emoción por una caja de donas de chocolate, Hannah se puso de puntillas y le susurró a Jack al oído.

Una lenta sonrisa se extendió por su rostro.

—No estoy para compartir, pero en cuanto a lo demás, estoy dispuesto si tú lo estás, preciosa.

Puse los ojos en blanco, sabiendo exactamente de qué estaba hablando.

—¿Podemos mantenernos en el tema, por favor? —insistí.

—¿Qué, no quieres hablar de sexo anal antes de comer tu dona? —murmuró Jack.

Levanté la mano y usé los dedos para empezar a enumerar todas las locuras que habían pasado cuando se suponía que estaba

descansando.

—Hubo un robo a mano armada en una tienda de conveniencia, Fiona husmeando en la tienda de pepinillos y tuve que decirles que estaba embarazada y tenía antojo para sacarnos de ahí. Luego tuvo que protegerme de las mujeres de este pueblo. Son… salvajes.

—Leíste el capítulo tres. Con razón son salvajes —contraatacó Hannah.

—Ahora Max Pinter quiere que me ocupe de Fiona porque sus secuaces tienen fotos de ella husmeando.

—Eso se soluciona fácil. Solo échala del pueblo —dijo Jack, como si con eso dejara el problema atrás.

Negué con la cabeza.

—Se llevó una bolsa de drogas. Ah, y están en tu escritorio, Hannah.

—¡Pedido para Dex! —llamó la chica gótica.

No la corregí cuando tomé la caja.

—¿Cómo que se llevó una bolsa de pastillas? —preguntó Jack cuando ya estábamos en el estacionamiento—. Preciosa, ¿quieres que te lleve a casa?

Hannah asintió.

Puse la caja de donas sobre el techo del coche y les expliqué:

—Descubrió que tienen un compartimento secreto en el fondo de los cubos de cinco galones donde escondían las pastillas. Se llevó una bolsa.

Nos subimos y encendí el coche. Jack sostuvo las donas sobre su regazo.

—Quieren recuperar sus drogas —supuso Jack.

Negué con la cabeza.

—Me llamaron para encargarme de Fiona antes de que supieran que faltaban las drogas.

Jack frunció el ceño.

—Eso explica el mensaje que recibí mientras estábamos en el avión.

Lo miré antes de salir del estacionamiento.

—¿Qué mensaje? Yo no te mandé nada.

—No. Fue de uno de mis antiguos clientes, sabe que me mudé a Coal Springs. Quiere que salga del retiro para solucionar un problema local. —Apoyé la cabeza en el reposacabezas, como si mis problemas fueran demasiado para sostenerla en alto. —Parece que tu novia es bastante popular últimamente —agregó Jack.

Vi la curva de sus labios. Esto le divertía. Yo le divertía.

—¿Realmente quieren que… mates a Fiona? —susurró Hannah a Jack, aunque estábamos dentro del coche.

—Buena suerte con eso —murmuré—. Derribó a un ladrón armado ella sola. Literalmente, porque lo hizo mientras sostenía una cafetera llena.

—Deberías preocuparte más porque te mate a ti, Dax —bufó Hannah.

Cuando la miré por el espejo retrovisor, se acomodó en el asiento y cruzó los brazos.

Tenía un buen punto. La primera mujer a la que dejé entrar, la primera que consideré que valía la pena el riesgo de perderla, me odiaba. Me preocupaba que la mataran o algo así, no que me dejara porque metí la pata. Pero al mantenerla fuera de mi vida, probablemente iba a perderla de todas formas.

Estaba en un enorme y jodido problema.

47



FIONA

—¿Las mimosas no se sirven en copas de champán? —pregunté.

Dottie puso frente a mí un vaso de plástico decorado con fantasmas y brujas.

—Cuanto más grande es el problema, más grande es el vaso.

Nunca había estado en la casa de Dottie, pero era justo como me la imaginaba: impecable. Una mezcla de muebles nuevos con piezas vintage, como un sofá de cuadros azul.

Era una casa de campo de madera y piedra, ubicada en un terreno arbolado con jardines espectaculares. Recordaba que Dottie había dicho que al señor Dotson le gustaba el vivero, así que asumí que el jardín era su reino.

Scooter tenía una cama para perros en cada habitación. En la cocina, su cama estaba frente a la puerta corrediza, donde el sol le caía de lleno. Estaba boca arriba, con las cuatro patas al aire, roncando.

La casa olía a pan recién horneado y a cera de limón. Olía a… hogar.

—¿Puedes adoptarme? —solté sin pensar.

Estábamos sentados en su mesa de cocina. Había manteles individuales con temática otoñal frente a las cuatro sillas.

Dottie sonrió, con un aire nostálgico.

—Oh, cariño, qué bonito que lo digas.

—No estoy segura sobre el señor Dotson, porque aún no lo he conocido, pero seguro que es agradable.

—Está jugando pickleball en el centro recreativo.

Pickleball. Pickle, pickle, pickle. Mi vida estaba en un lío de pepinillos. Maldición. No quería ver, oler ni comer un pepinillo nunca más.

—Mi vida es un completo desastre.

Deslizó el cartón de jugo de naranja y la botella de champán abierta más cerca.

—Estamos bien abastecidas para que me lo cuentes todo. —Se tocó el labio superior con un golpecito y añadió—: Creo que necesitamos papas fritas.

Solo con la idea se me hizo agua la boca.

—Dios, sí.

Se levantó y las sacó del gabinete. Quitó la pinza de una bolsa abierta de… sí, ¡sour cream & onion! Inclinó la bolsa hacia mí.

Tomé una, mastiqué y luego me metí otra.

—Siento que lo único que hago contigo es hablar de mis problemas y emociones. Y comer.

Se rio.

—Eso es lo que hacemos las mujeres.

—¿Qué?

—Parlotear. Compartir sus sentimientos. Desahogarse.

—Eres fácil para desahogarse —admití.

—Eso es porque somos amigas.

Somos amigas. Le caía bien, con todas mis rarezas y todo.

—¿No te cansas de escucharme decir lo mismo una y otra vez? —me pregunté.

Sacudió la cabeza.

—Está bien —suspiré, metiéndome otra papa frita—. Tú lo pediste. No entiendo a la gente.

Inclinó la cabeza.

—¿A la gente en general o a un hombre en específico?

—A ambos. Estoy de licencia en el trabajo porque mi jefe es un imbécil y mi compañero también.

—Por este tiempo libre, viniste aquí para conocer a Hannah.

Asentí.

—Finalmente la conocí esta mañana. Es increíble.

Dejé fuera el detalle de que era increíble porque era muy amable, pero también porque podía teletransportarse. Aún no la había visto convertirse en una Hulk femenina, pero seguro que eso también era impresionante.

—¿Está de vuelta? —Dottie parecía sorprendida. Tal vez sabía algo que estaba ocurriendo en el pueblo antes que ella.

Asentí y me metí otra papa frita en la boca. El sabor ácido junto con la sal dieron justo en el clavo.

—Dax les pidió que volvieran temprano.

—¿Por qué?

No quería responder esa pregunta, porque no creía que Dottie necesitara saber que su amado pueblo tenía un problema de drogas, así que salté directamente a la razón por la cual estaba bebiendo mimosas y comiendo papas fritas.

—Dottie, Dax me mintió.

Se echó hacia atrás en la silla.

—¿Lo hizo?

Asentí.

—No me dijo a qué se dedicaba.

—¿Y qué hace?

No creía que necesitara saber que Dax era un mediador.

—Recuperación de bienes.

Una ceja blanca se arqueó.

—¿Dax trabaja en la recuperación de bienes?

—Lo sé, ¿verdad?

—¿Te mintió y te dijo que era médico o algo así?

Negué con la cabeza.

—No. Es solo que… a veces tiene que hacer cosas ilegales para cumplir con su trabajo.

La comprensión iluminó sus ojos.

—Y tú, como agente del FBI, haces cumplir la ley.

Lancé las manos al aire.

—¡Exactamente!

La mimosa estaba bajando las papas saladas de maravilla.

—Cariño, a veces las personas buenas hacen cosas malas por las razones correctas.

Fruncí el ceño.

—Me hablaste de tu padre. De lo que hizo. Fuiste a la universidad y luego al FBI con un objetivo claro: meterlo en la cárcel. ¿Habrías hecho cosas malas si hubieran sido necesarias para lograrlo?

—Definitivamente —respondí sin pensar.

—Apuesto a que puedes recordar otras veces en las que hiciste lo incorrecto por la razón correcta.

Probablemente no debería haber enviado a los Highcliffs a la tienda de pepinillos sabiendo que los tipos que trabajaban ahí eran turbios, solo para poder husmear. Tal vez no debería haber traicionado a Neidermeyer con Trotter, pero era un imbécil y se lo merecía. Quizás no debería haber chantajeado a Trotter, pero era él o yo.

Oh. Oh.

Dax había dicho algo parecido cuando estuvimos en la oficina de Hannah, pero en ese momento no lo comprendí. Lo discutimos durante al menos cinco minutos y no me había calado. Pero ahora sí.

Tal vez había estado bien poniendo a todos ellos en situaciones difíciles porque no me gustaban Trotter, Neidermeyer y mi padre. Ni siquiera los Highcliffs. Pero me gustaba Dax.

Al incluirlo en la lista de gente que hace lo incorrecto por la razón correcta, todo tenía más sentido.

Lo que él hacía me afectaba.

Me dolía por eso. Me sentía traicionada.

—¿Crees que Dax es una mala persona?

Negué con la cabeza. No tuve que pensarlo.

Desde el principio quiso protegerme, desde el chico que asaltó la tienda de conveniencia hasta cuando fui a husmear en el almacén trasero de la tienda de pepinillos. Me abrazó. Me sostuvo. Tomó mi mano. Me dio la atención y el contacto que ansiaba. Me hizo sentir.

—No.

—Exactamente. Porque no estarías aquí, comiendo papas fritas y bebiendo mimosas, si no te importara. El amor duele.

Giré la cabeza hacia ella.

—¿Amor?

Sonrió y me dio una palmadita en la mano.

—Hace mucho que no veía a una pareja quererse tanto como ustedes dos.

Me mordí el labio.

—Dax dijo que me amaba.

Sus ojos brillaron y casi dio un aplauso de entusiasmo.

—¡Debe haber sido tan romántico!

—No me lo dijo, lo escuché.

—Oh.

—Tengo muy buen oído.

—¿Lo amas?

—Soy blanco y negro, Dottie. Él tiene tonos de gris. Yo meto a los malos en la cárcel. Él los ayuda a escapar.

—¿Lo amas? —repitió, como si fuera tan simple. Un sí o un no.

—No sé qué es el amor.

Sonrió, pero con un aire melancólico.

—Es sentirte fatal cuando no estás con él.

Fruncí el ceño.

—Eso no suena divertido. No quiero seguir sintiéndome fatal.

—Entonces tienes que ir a verlo.

—Me va a gritar. —Le gustaba hacerlo—. Es tan mandón.

—Estoy segura de que tú también le gritarás.

Me gustaba hacerlo, sobre todo cuando lo merecía.

—Eres bastante mandona. Pero después de que lo solucionen… —me guiñó un ojo.

Sentí que mis mejillas se calentaban con su insinuación de sexo de reconciliación.

—¡Dottie!

—A ver, ¿qué te parece esto? Si una persona en una relación es blanco y negro y la otra es tonos de gris, ¿imaginas lo que podrían lograr juntos? Trabajar juntos en vez de estar en lados opuestos.

—Trabajo en el FBI —le recordé—. No es como si pudiera elegir a mi novio como mi compañero.

—¿Quieres hacerlo?

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que te uniste al FBI con una única razón en mente. Tu padre. Lograste lo que te propusiste, pero ¿es realmente lo que quieres hacer?

—Odio mi trabajo —anuncié, lo cual me sorprendió tanto a mí como a Dottie.

La idea de volver, de descubrir que Trotter no había sido transferido o que de alguna manera Neidermeyer seguía en su puesto, hizo que las papas fritas se convirtieran en polvo seco en mi boca.

—Entonces consigue uno nuevo.

Lo dijo como si fuera tan simple.

—¿Haciendo qué? Lo único que sé es aplicar la ley.

Se encogió de hombros, luego me guiñó un ojo.

—Tengo contactos en el departamento de policía de Coal Springs.

—¿Mudarme aquí? —mis ojos se abrieron de par en par.

—Me encantaría que te quedaras.

—¿De verdad? ¿De verdad?

—Por supuesto. Eres una increíble pintora de calabazas.

48



DAX

DOTTIE ME ESCRIBIÓ mientras daba vueltas en la sala de Jack y Hannah, comiendo mi garra de oso. Dijo que Fiona estaba en su casa y que estaban bebiendo durante el día. Tomé eso como dos cosas. Uno, Fiona estaba a salvo. Dos, quería que fuera a buscarla y arreglara las cosas. ¿Pero estaba Fionna armada? Por supuesto que sí. Además, había estado bebiendo. Mis probabilidades de suplicar y salir con vida eran bastante bajas. Aun así, tenía que arriesgarme.

Abandoné la dona y a mis amigos —y a Panqueque, que estaba felizmente instalado en los brazos de Jack con una mirada de vete a la mierda— y conduje hasta la casa de Dottie. Me estacioné en la acera, pero no salí del coche. Solo me quedé ahí, observando la casa.

Fiona estaba adentro. Estaba a salvo, pero ¿por cuánto tiempo? Se suponía que yo debía encargarme de su problema de husmear, y Jack tenía que matarla porque descubrieron que había robado algunas de sus drogas. Si Jack y yo no nos ocupábamos de ella pronto, alguien más sería contratado para hacerlo. Fiona era mía, y protegía lo que era mío.

—Fiona, la cagué —dije en voz alta.

Si podía escucharme a tres calles de distancia dentro de un coche en movimiento, entonces podía escucharme sentado afuera en uno.

—Debí haberte dicho la verdad sobre lo que hago. En lugar de evadirte o mentir diciendo que era trabajo de recuperación de bienes. —Me pasé una mano por la nuca—. Técnicamente es cierto, porque he recuperado a muchas personas, pero ese no es el punto, y sigue estando mal.

Nunca antes había suplicado. Nunca.

Jamás había tenido a alguien a quien necesitara suplicar.

No porque fuera perfecto, sino porque no tenía muchas —o ninguna— personas que me importaran. O que les importara lo que pensaran de mí. O que yo fuera bueno.

La cagué. Hice lo incorrecto. Tenía que arreglar esto.

Maldita sea. El mediador teniendo que arreglar cosas. Para variar.

Nunca había suplicado solo en un coche tampoco. Me sentía como un idiota hablando conmigo mismo. Pero no lo estaba haciendo. Estaba hablándole a Fiona. Tenía que seguir. Tenía que decirlo todo, porque de todas las cosas que tenía que arreglar, esta era la más importante.

—Vine a Coal Springs a cuidar el gato de Jack y Hannah mientras estaban en Hawái. Panqueque es un pequeño cabrón pretencioso que necesita atención para sentirse validado o algo así. Yo necesitaba un descanso porque tenía demasiado trabajo. Sí, trabajo de mediador. Estaba agotado. Fastidiado. Aburrido de todo. Pensé que Coal Springs sería la paz y tranquilidad que necesitaba.

Me reí de mi antiguo yo y de lo ingenuo que había sido, porque el destino ciertamente me jodió.

—Estaba tan equivocado, Diablos. La locura empezó incluso antes de llegar a la ciudad. Cuando vi a esa mujer preciosa deseando una cafetera en una tienda de conveniencia apartada. Por alguna razón, quería hablar con ella. Conocerla. Follar, también. Pero entonces me dijo que me bajara de una puta vez y decidió reducir a un ladrón armado. —Negué con la cabeza y me reí—. ¿Sabes lo que hice? Se me puso dura. Sí, como un martillo clavando clavos. Verte encargarte de ese tipo, mientras sostienes tu amado café, fue lo más excitante que había visto en mi vida.

En ese momento no lo sabía, pero había encontrado a mi media naranja. Tan segura de sí misma e independiente. Recosté la cabeza

en el reposacabezas y me quedé mirando por el espejo retrovisor. No estaba seguro de que me gustara lo que veía, ni siquiera de reconocerme. Estaba diciendo tonterías en un coche vacío, dando por hecho que una mujer con un oído biónico me estaba escuchando.

—La primera vez que quise seguir hablando con una mujer, nada menos que en una tienda de conveniencia, tuve que irme. ¿Por qué? Tenía dos cadáveres en el maletero de los que tenía que ocuparme. —Negué con la cabeza como si ella estuviera mirándome—. No, yo no los maté. Se suicidaron con estupideces como las drogas. Mi trabajo era limpiar el desastre, incluidos los cadáveres que se convertirían en noticias. No tenía por qué quedarme allí después del robo con la policía apareciendo».

Apreté el volante y lo estrangulé durante unos segundos. Luego exhalé.

—La locura continuó cuando me metieron a trabajar en la librería de Hannah. ¿Yo? ¿Vender novelas románticas? Entonces apareciste tú. Tú. La superheroína del café en la que no podía dejar de pensar, tan distante como el gato de Jack. Tuvimos el mejor sexo de mi vida detrás de las estanterías —Dios, no se lo digas a Hannah ni a Jack— dejándome con la verga húmeda por tu coño perfecto.

Mi verga se endureció al recordar lo que hicimos en la tienda y me moví en mi asiento.

—No había terminado contigo. Ni de riesgos. Me tenías enganchado. Tu cara. Tu descaro. Tu coño. Estaba perdido. Desde entonces, te encerraste en ti misma. Una y otra vez. Literalmente huiste de mí. Intenté atravesar esos grandes muros que habías construido. Fui paciente y, ¿sabes qué? Me dejaste entrar. Te arrodillaste ante mí y fue lo más dulce que has hecho nunca. Me hablaste de tu trabajo. De tu madre. De tu padre. De la radiación. De todo. ¿Y sabes qué te conté yo? Prácticamente nada».

Cerré los ojos y admití la verdad.

—Tengo miedo, cariño. Lo único que sé es que el amor es peligroso. Las personas que quiero se van. ¿Y si también te pierdo a ti? Tú, sola, te acercaste a un maldito ladrón armado, luego entraste en una tienda de encurtidos y charlaste con traficantes de drogas.

Después husmearon y les robaron. Lo que tú ves cómo hacer tu trabajo, yo lo veo como una imprudencia. No porque no puedas cuidar de ti misma, porque sé que puedes, sino porque... podría perderte.

Respiré hondo varias veces.

—O peor aún. ¿Y si te digo cómo soy realmente y me dejas? No podría soportar que la mujer a la que amo se marchara. Sin embargo, me quedé callado y tú te fuiste de todos modos.

Giré la cabeza y miré la casa perfecta de Dottie. Contuve el aliento al ver a Fiona en el porche. Llevaba la ropa que se había puesto al levantarse, muy lejos de su aspecto habitual, siempre arreglada. Tenía el pelo suelto y revuelto, como si la hubieran follado bien y duro y se hubiera quedado dormida. Llevaba unos pantalones cortos jeans y una camiseta blanca sencilla, con chanclas en los pies. También llevaba el bolso cruzado, lo que significaba que iba armada. Estaba perfecta.

Tenía las manos metidas en los bolsillos delanteros y se mordía el labio. Me había oído. La esperanza me inundó el pecho.

Me desabroché el cinturón de seguridad y salí del coche, me quedé de pie junto a la puerta abierta, apoyé los antebrazos en el techo y le hablé, pero en voz baja. No había nadie alrededor. Podía desnudar mi alma solo para sus oídos biónicos.

Esperé hasta que sus ojos se encontraron con los míos. Los sostuve.

—Estoy enamorado de ti, Fiona. Me enamoré de ti en el momento en que te vi en esa tienda frunciendo el ceño ante el café. Soy un mediador. Soy un buen tipo que arregla cosas malas para gente mala. —Tragué saliva—. ¿Puede una chica buena encontrar en su corazón la fuerza para estar con un chico malo como yo?

49



FIONA

NO RECORDABA HABER SALIDO del porche de Dottie y haber corrido por el sendero de piedra hasta los brazos de Dax. Él me encontró, me levantó y me besó, con mis pies colgando en el aire, al punto de que una de mis sandalias se cayó. Era cálido y fuerte, y sentí todo lo que me había dicho en ese beso.

Lo había escuchado hablar mientras Dottie me contaba todas las razones por las que debería mudarme a Coal Springs. Levanté la mano para hacerla callar y me quedé mirando el plato giratorio sobre su mesa de cocina con su colección de saleros y pimenteros. Escuché a Dax decirme todo lo que quería oír.

Sin duda, Dottie pensó que estaba un poco loca cuando creyó que estaba distraída, pero parecía que le gustaba sin importar cuán peculiar fuera. Y yo pensaba que la gente de Coal Springs era rara. Quizás encajaba mejor de lo que creía.

Él se apartó, solo lo suficiente para que su frente tocara la mía. Olía bien. Se sentía bien. Se sentía… correcto.

—Lo siento —murmuró, inhalando mi aroma.

—Dilo otra vez.

—Lo siento.

Sacudí la cabeza, sintiendo todas las emociones al escucharle compartir sus verdades.

No me las había dicho directamente a la cara, lo que probablemente era la regla número uno de la súplica con autoridad,

pero lo había hecho aún mejor.

Me habló para que solo yo pudiera escucharlo. Lo hizo de manera que supiera que me creía. Que me aceptaba tal como era. Tenía la sensación de que no había pedido perdón muchas veces en su vida, así que me conformé con su esfuerzo.

Sacudí la cabeza otra vez.

—No, no eso.

Él frunció el ceño y su agarre se tensó un instante.

—¿Qué?

—Lo otro.

—¿Te amo?

50



DAX

Sus ojos azules reflejaban esperanza y timidez, y yo anhelaba lo primero pero odiaba lo segundo.

Sonrió. Como una reina de un concurso de belleza. Prácticamente resplandecía. Esas tres palabras hicieron eso. Yo hice eso.

—Creo que también te amo —admitió. Abrí la boca para hablar, pero me dio un beso rápido en los labios para callarme. Olía a alcohol y sabía a cítricos— Tampoco sé lo que es el amor —confesó —. No sabía que pudiera existir alguien para mí. Alguien que me apoyara en vez de apuñalarme por la espalda.

—Es un estándar bastante bajo para el amor, cariño —dije.

No quería ser simplemente el tipo que no la apuñalaba por la espalda.

—Soy un poco excéntrica —admitió.

Me reí por cómo se describió a sí misma y, quizás por primera vez, el sonido fue profundo y genuino. Algo se liberó dentro de mí y esto… esto… Esto era lo que había estado buscando al venir a Coal Springs.

Un descanso. Un lugar tranquilo —que no era tan tranquilo— donde pudiera ser yo mismo. La persona que no me estaba salvando de las mujeres demasiado entusiastas del pueblo, sino de mí mismo.

No sabía que lo que estaba buscando no era un lugar, sino una persona. Fiona era mi hogar. Me amaba. La tenía en mis brazos.

Era suficiente

51



FIONA

TAL VEZ ERA porque ahora estaba completamente enfocada en Dax.

Tal vez era porque le había enviado un mensaje a Jack y Hannah, y ellos estaban trayendo donas a la casa. Me encantaba una buena dona.

De cualquier manera, no escuché a los de los pepinillos dentro de mi casa antes de entrar. O tal vez porque estaban sentados en la isla de la cocina comiendo los restos de espagueti con salsa de carne de Dottie. Era difícil que hablaran con la boca llena.

Lo único en lo que podía pensar cuando se levantaron, tomaron las armas que tenían apoyadas en la encimera y nos apuntaron fue que esta casa de alquiler tenía unas cerraduras de mierda.

52



DAX

PERDÍ MI AGUDEZA. Tenía corazones en los ojos y había descuidado mi entorno.

Estaba furioso porque los tipos de los pepinillos —el señor Chaqueta de Cuero y, supuse, su socio— estaban apuntando con armas a mi mujer.

Y no solo eso, se estaban comiendo mis sobras.

Iban a caer.

53



FIONA

—HAS CAUSADO MUCHOS PROBLEMAS, señorita —dijo Chaqueta de Cuero, dejando caer su tenedor sucio sobre la encimera.

Tenía salsa de espagueti en la mejilla. El otro tipo estaba callado, claramente el cantante de apoyo en este dúo criminal. Aspecto típico de matón. Treintón. Calvo. Como un Kojak con sobrepeso, molesto por haber sido interrumpido mientras comía la pasta de Dax.

Me encogí de hombros ante los dos.

—Están infringiendo la ley.

Chaqueta de Cuero desvió la mirada hacia Dax.

—Se supone que debes encargarte de ella, no acostarte con ella.

Dax se tensó un segundo, luego esbozó una sonrisa astuta.

—Un buen mediador hace ambas cosas.

Chaqueta de Cuero y el corista me miraron, luego compartieron esas sonrisas asquerosas que los hombres misóginos ponen cuando creen que tienen la ventaja.

Eran unos imbéciles.

—Estabas en la tienda con ella el otro día —dijo Chaqueta de Cuero—. Están trabajando juntos.

—Para nada.

Dax se encogió de hombros, inclinó la cabeza hacia mí y me miró con sus ojos azules.

—Lo siento, cielito. —¿Cielito? Dax no se detuvo con ese nuevo y divertido término de cariño—. Siempre supe que eras del FBI.

Oh. Entendido. Puedo seguirle el juego.

Quería que supieran que era de la ley para poder… ¿qué?

—¿FBI? —Chaqueta de Cuero sonó incómodo.

Se movió de un pie a otro, como si tuviera problemas de vejiga.

—Sí, ahora ves por qué tenía que tomarme mi tiempo —añadió Dax.

El dúo se quedó en silencio.

Dax levantó una mano en un gesto indiferente.

—Llamen a su jefe si no me creen. Max Pinter me contrató para este trabajo. Soy Dax.

Chaqueta de Cuero inclinó la cabeza para indicarle al Corista que hiciera la llamada mientras mantenía una pistola apuntándonos.

Bien, esto validaba su presencia. Le dejaba ser uno de ellos. Un estúpido club de niños con armas. Lo que no sabían era que la mía era mucho más grande.

—La tenemos —dijo el Corista al teléfono.

Pude escuchar el otro lado de la conversación.

—Bien. Recuperen las drogas que tomó, luego llévenla al vertedero y terminen el trabajo.

La voz grave al otro lado de la línea tenía que ser su jefe. Solo otro peldaño en la larga escalera del narcotráfico. No sonaba como alguien agradable.

—¿Cuál es el nombre del mediador que contrataron? —preguntó el corista.

—Dice. Dick. Dex. Algo así.

Los hombros del corista se relajaron un poco.

—¿Quién lo recomendó?

—Max Pinter. ¿Por qué carajo siguen perdiendo el tiempo? Hagan su trabajo y…

El corista colgó, claramente sin ganas de que lo regañaran.

Las puntas de sus orejas se pusieron rojas y carraspeó.

—Coincide.

Exhalé lentamente, por una vez encantada de que Dax tuviera buenos amigos en lugares de mierda. Hasta ahora, su plan estaba funcionando.

—¿Por qué sigues con ella? —preguntó Chaqueta de Cuero a Dax.

—Tenía que conseguir que me dijera dónde escondió las drogas que robó —contestó Dax—. Además, mantenerla alejada de ustedes para que puedan gestionar su envío.

Tres pares de ojos se posaron en mí. Sabía que planeaban matarme y tirarme por un acantilado. Ellos no sabían que yo lo sabía. Tampoco sabían que sabía dónde estaba su sitio de desechos. No me hacía mucha ilusión morir así.

—¿Dónde las escondiste? —preguntó Chaqueta de Cuero—. Puedes decírnoslo y te mataremos rápido. O podemos divertirnos un poco primero y matarte lentamente.

No me gustaba ninguna de esas opciones.

—Las drogas están en mi coche —dijo Dax.

La sorpresa en mi rostro fue genuina.

—¿Qué? Yo pensaba que… —me mordí el labio para no decir algo estúpido.

Chaqueta de Cuero y el corista sonrieron.

—Las escondió en la librería de romance frente a la tienda de pepinillos.

Bien, era hora de volver a meterme en el juego y seguirle el rollo.

En realidad, no podía estar segura de si realmente tenía las drogas o si solo les estaba tomando el pelo.

—¿Cómo las encontraste? —le pregunté.

Sacudió la cabeza.

—No eres tan complicada, cielito.

—Ve por ellas —ordenó Chaqueta de Cuero.

Dax sonrió y asintió, tan despreocupado como si le hubieran pedido que buscara un cargador olvidado en su coche.

—Claro. Pero no la voy a dejar aquí con ustedes dos.

—¿Por qué carajo no?

Sí, ¿por qué no? Podía encargarme de ellos.

Probablemente lo sabía, y por eso dijo:

—Porque ella es mi trabajo. Puede que me divierta un poco con ella, pero no rompo mis juguetes.

Les dio una mirada que decía que sabía que ellos sí lo hacían. No quería que redujera a dos imbéciles armados. Solo me había visto encargándome de uno y seguramente temía que me lastimara. Como si siquiera fuera a romperme una uña.

Chaqueta de Cuero sacudió la cabeza.

—No la tocaremos si tienes las drogas. Ve por ellas.

Dax me miró, con una expresión que parecía una marquesina de luces parpadeantes que decía compórtate.

Puse los ojos en blanco. No pude evitarlo.

Dax salió hacia su coche en la entrada. El mío seguía estacionado frente a la casa de Dottie.

—No hagas nada estúpido, cielito —dijo Dax desde afuera.

Lo oí alto y claro, junto con el sonido de la puerta del coche abriéndose.

Por la forma en que Chaqueta de Cuero y el corista me miraban con desprecio y fastidio, ellos no lo habían oído.

—Estoy enviándole un mensaje a Jack, y él nos ayudará a lidiar con esto.

Segundos después, Dax regresó al interior y dejó caer la bolsa de plástico llena de fentanilo sobre la encimera. No sabía cuándo había movido las drogas, pero me alegraba que lo hubiera hecho.

—Drogas —dijo Dax.

—Bien. Ahora esto es lo que va a pasar. Vamos a dar un paseo.

—¿Perdona? Ya tienen sus drogas —dije, señalando la bolsa.

—Sí, pero ella es mi responsabilidad —añadió Dax.

—Sabes demasiado, señorita agente del FBI. No somos lo bastante tontos como para dejarte ir.

No, solo eran unos completos idiotas.

—Yo soy el que arregla este problema —dijo Dax.

La manera en que apretó la mandíbula fue la única señal de que no estaba contento con estos tipos.

—Entonces tú eres quien puede empujarla por el acantilado.

Dax me miró.

—Está bien. Pero yo elijo el lugar. Tiré unos cuantos cuerpos allí el otro día, cuando llegué al pueblo. No hay mucho tránsito. Es empinado. Nunca la encontrarán.

¿Qué cojones?

54



DAX

SER mediador significaba que normalmente no mataba gente. Me encargaba de los problemas. Los hacía desaparecer. Jack era el sicario. Él hacía todo el trabajo sucio. A veces lo acompañaba porque éramos amigos, y no había nada como un sábado por la noche en el que eliminaba a alguien y luego íbamos a comer panqueques en nuestro restaurante favorito.

Ese tipo de diversión quedó en el pasado. Jack ya no vivía en Denver, ya no eliminaba a nadie, y su comida favorita ya no eran los panqueques. Definitivamente, ahora era Hannah. Pero eso no significaba que no fuera a enterrar a estos dos imbéciles. O a tirarlos por un maldito acantilado.

—Vamos, cielito.

No tuve más opción que tomarle del brazo y guiarla por la puerta trasera hacia la camioneta de los pepinillos que estaba estacionada en el callejón detrás de la casa. Me alegró que entendiera el horrible apodo y que tuviera un plan. Solo tenía que confiar en que esta vez lo seguiría y no se iría por la libre.

Maldición, mujer, por favor no te vayas por la libre.

La forma más fácil de no ser devorado por un tiburón era no meterse al océano. La mejor manera de evitar que Fiona fuera arrojada a un barranco era no subirse a una camioneta de pepinillos rumbo a uno. Pero, aunque estos dos tipos de los pepinillos tenían

armas, nosotros también. Nosotros éramos los que dirigíamos este espectáculo. Ellos solo no lo sabían.

Mantuve mi agarre firme pero gentil y pasé el pulgar por la parte interna de su brazo. Chaqueta de Cuero abrió la parte trasera y la ayudé a subir. Nos lanzó una mirada de fastidio y se acomodó con la espalda contra el lateral de la camioneta.

—Yo voy al frente —le dije—. No puedo dar direcciones desde atrás.

El otro tipo se dio cuenta de que tendría que sentarse en la parte trasera y no le gustó.

Una pena.

55



FIONA

SOLO HABÍAMOS CONDUCIDO unos quince minutos antes de que Dax le dijera a Chaqueta de Cuero que se detuviera. El fuerte olor avinagrado de los pepinillos impregnaba el aire, pero arrugué la nariz cuando el corista se tiró un pedo. El hedor era tan horrible que, por primera vez, me alegré de estar en lo alto de un acantilado cualquiera de Colorado y poder salir para respirar aire fresco.

Estábamos estacionados en un área de descanso en la carretera de montaña de dos carriles. Era similar al lugar donde había visto a estos tipos deshacerse de los pepinillos, pero aún más remoto, si eso era posible en medio de la nada. Las montañas empinadas, con sus pinos y rocas de tonos anaranjados, bloqueaban el sol, incluso a esta hora de la mañana. Solo una barrera metálica separaba el carril de estacionamiento de la caída al vacío. No tenía intención de acercarme lo suficiente para ver hasta dónde llegaba. Me pregunté si Dax había dicho la verdad sobre los cuerpos en el fondo.

No pasaban otros coches. Todo estaba en silencio —hasta para mis oídos— excepto por el viento entre los pinos y el graznido lejano de un pájaro.

—Este es un buen lugar —dijo Chaqueta de Cuero, mirando alrededor mientras me empujaba hacia la barrera. Por primera vez, me resistí. No iba a caer. Tenía mi arma en el bolso y lo mataría primero. Sabía que Dax sabía que tenía mi arma. Pero ¿cuál era su plan? Solo estaba a unos pasos de cambiarlo.

—No ahora —siseó Dax a Chaqueta de Cuero—. Maldita sea, guarda la pistola. Tenemos compañía.

Inclinó la cabeza hacia la izquierda. Miramos hacia el coche estacionado más adelante en el área de descanso y a la pareja que contemplaba el paisaje con tal asombro que seguro vivían en algún lugar plano, como Nebraska.

Las armas desaparecieron de la vista.

Era mi turno de quedarme boquiabierta. ¿Esa pareja? Hannah y Jack.

Bien. Esto iba a ponerse interesante.

Se acercaron caminando, con el brazo de Jack sobre los hombros de Hannah, charlando y haciendo un excelente trabajo fingiendo ser una pareja que hacía un paseo por las montañas y disfrutaba del paisaje.

—¿Nos puedes tomar una foto? —preguntó Hannah, con una sonrisa radiante y una actitud animada mientras se aproximaban—. Acabamos de comprometernos y necesitamos una buena. Este tipo es pésimo con las *selfies*. Siempre corta mi cara en la foto. Oh, ¿venden pepinillos?

—Lo siento. No vendemos pepinillos desde la parte trasera de la camioneta —dijo Chaqueta de Cuero.

—Solo drogas, ¿no? —replicó Jack.

Apenas lo conocía, pero su voz era profunda y pausada. Tenía una calma que me recordó al ojo de un huracán.

—¿Eh?

—¿Ahora? —preguntó Hannah a Jack.

Su rostro se iluminó con tanta expectativa que cualquiera pensaría que acababa de pedir permiso para abrir sus regalos de Navidad.

Jack la miró con indulgencia, incluso la besó en los labios.

—Ahora, preciosa.

—¿Ahora qué? —Chaqueta de Cuero sonaba irritado.

Hannah se separó del abrazo de Jack, caminó hacia la camioneta de los pepinillos, se agachó, agarró el marco inferior y… la levantó.

Oh. Por. Dios.

Como un gigantesco jugador de fútbol americano que voltea refrigeradores en comerciales de televisión, Hannah levantó el lado del conductor de la camioneta y la volcó. Y cuando digo volcó, quiero decir por el maldito acantilado. Los ejes chirriaron, el vehículo golpeó y rodó por el barranco. Primero una vez, luego otra, hasta que se estrelló al fondo como en esas malas series de los años ochenta, pero sin la explosión de fuego.

Me quedé mirando. No podía evitarlo. Hannah, siendo tan pequeña como era, acababa de lanzar una camioneta por un acantilado. Chaqueta de Cuero y el Corista también miraban incrédulos.

Un segundo estaba allí, al siguiente desapareció.

Hannah se sacudió las manos y volvió con Jack. Él la atrajo hacia sí y le besó la cabeza.

—Diablos, eso fue sexy.

Miré a Dax. No estaba viendo la competencia improvisada de fuerza. Estaba observándome a mí. Sus hombros estaban tensos, pero su mirada no tenía ni ira ni frustración ni ninguna de esas miradas irritadas que me había dirigido en el pasado, sobre todo cuando tratábamos con idiotas armados. Era algo más. Como si estuviera esperándome. Este era su plan, pero me estaba incluyendo en él. Me estaba haciendo su compañera.

—¿Ahora? —le pregunté, inclinando la cabeza hacia los imbéciles.

Me moría de ganas de encargarnos de ellos porque eran idiotas, molestos, y odio que apunten con armas a mi hombre.

Sonrió rápido y seductor.

—Ahora, cariño.

¡Por fin! Cruzó los brazos sobre el pecho y observó mientras me ocupaba de los de los pepinillos. No se interpuso. No tomó el control. Ni siquiera ayudó.

Yo tampoco les dije que se tiraran al suelo.

Nos encontramos en el medio.

Tenía que admitir que cuando finalmente puse mis manos sobre el dúo de los pepinillos, fue demasiado fácil. Apenas resistieron porque seguían atónitos por la camioneta siendo lanzada. No, por Hannah lanzando la camioneta.

Cuando ya estaban en el suelo, gimiendo y retorciéndose de dolor por una dislocación de hombro —ese era Chaqueta de Cuero— y por un dedo roto y una rodilla destrozada —el corista— dos patrullas de la policía de Coal Springs llegaron con las luces parpadeando.

Me acerqué a Dax y él me envolvió en sus brazos.

Me besó.

—Estoy orgulloso de ti, cielito —dijo.

Su mirada era sorprendentemente tierna para todo lo que acabamos de vivir.

Sonreí, complacida con nosotros.

—También estoy orgullosa de ti.

Incliné la cabeza hacia el acantilado.

—¿De verdad hay cadáveres allá abajo? Porque los van a encontrar cuando llegue la DEA por esas drogas.

—¿Preocupada por mí? —preguntó, pasando un dedo por mi mejilla.

¿Lo estaba? Sí. ¿Me importaba que hubiera arrojado cadáveres por un acantilado? No.

—Hacemos un buen equipo —admití.

—¿Alguna vez pensaron en trabajar juntos? —intervino Jack.

Miré a Dax. Dax me miró a mí.

Su ceja se arqueó en una pregunta silenciosa. ¿Qué seríamos? ¿Sicarios legales? ¿Agentes del FBI fuera de la ley?

Solté una carcajada.

Él también.

Y luego me besó de nuevo.

56



DAX

TENÍA QUE ADMITIRLO, perdí los estribos un poco.

Lo único que me impidió dispararles a esos dos y acabar con esto de una vez fue que Fiona se habría molestado si le quitaba ese trabajo. Eso me hacía sonar como su perrito faldero.

Tal vez lo era.

También podía ser porque sabía que ella tenía su arma y podía defenderse. Pero las balas dejan agujeros muy grandes, y me encantaba su cuerpo tal como era. Así que volví a entrar en pánico.

Por suerte, Jack y Hannah estaban donde lo habíamos planeado. Como en los viejos tiempos, él me cubría la espalda. Pero, a diferencia de antes, dejamos que nuestras mujeres se encargaran de los malos. Literalmente nos quedamos de brazos cruzados mientras ellas hacían la limpieza.

La policía estaba ocupada esposando y metiendo a los tipos en los patrulleros cuando Fiona preguntó:

—¿Cómo va a evitar esto que tu cliente venga por ti?

—¿Por mí? —le pregunté—. ¿Preocupada por mí, preciosa? —Puso los ojos en blanco, y tuve ganas de darle una nalgada. Pero eso sería más tarde. No necesitaba estar duro frente a un montón de policías. Tomé su mano y la llevé hasta el coche de Jack. Me apoyé en el capó y la atraje entre mis piernas—. Mis clientes me piden cosas que podrían llevarlos a la cárcel.

Seguramente estarían furiosos porque sus drogas estaban al fondo de un barranco y porque habían perdido su punto de tráfico en Coal Springs. No creía que les importara demasiado que Chaqueta de Cuero y su secuaz terminaran en prisión; eran prescindibles y fácilmente reemplazables.

—Hacer esas cosas también puede llevarte a la cárcel.

—Exacto. Es un equilibrio de poder. Pero también tengo a Nitro…

—¿Tu tipo de tecnología?

Asentí.

—Sí. Le tengo buscando más mierda sobre todos ellos.

Saben que tengo mi información de protección.

Cuantas más cosas turbias hagan, más cosas sabré.

—¿Jack también? —preguntó, girando la cabeza hacia nuestros amigos.

Estaban totalmente absortos en el paisaje, envueltos el uno en el otro en su propia burbuja de amor.

—También Jack está fuera del negocio, preciosa. Míralo.

Totalmente domesticado.

Puede que reciba algo de presión, pero podemos manejarlo. Fiona estaba viva, lo que era un problema para algunos hijos de puta allá afuera, así que necesitaba asegurarme de que siguiera así. No iba a ser difícil. Mi mierda ahora era su mierda. Ella no lo sabía, pero la chica buena que no quebrantaba la ley ahora estaba bajo la protección de un tipo que sí lo hacía.

—¿Entonces… estoy segura también?

Vi preocupación en su rostro. Duda. Tal vez incluso un atisbo de conciencia sobre lo que había hecho y el peligro en el que realmente podría estar.

Le pasé los dedos por el cabello, le alcé el mentón para que sus ojos se encontraran con los míos.

—Nada te va a pasar mientras yo esté aquí. Protejo lo que es mío.

57



DAX

CUANDO FINALMENTE REGRESAMOS a la casa de Jack y Hannah después de lidiar con la policía local, Brittany y Nitro nos estaban esperando. Si es que hacer manitas en el sofá contaba cómo esperar.

—Tío, ahí es donde veo películas —dijo Jack a Nitro, sacudiendo la cabeza.

Panqueque salió trotando de la otra habitación y comenzó a enredarse alrededor de sus tobillos.

Nitro se limpió la boca con un dedo y, a regañadientes, soltó a Brittany. Ella se levantó de un salto y se acercó a Hannah, acomodándose la camiseta en el camino. Nitro, en cambio, no se movió. De hecho, agarró un cojín decorativo y lo puso sobre su regazo.

Yo sonreí. Jack frunció el ceño aún más.

—No puedo creer que volvieras temprano de tu viaje —le dijo Brittany, abrazándola.

—Si me quedaba lejos más tiempo, terminarías embarazada —replicó Hannah.

Brittany miró por encima del hombro a Nitro y se mordió el labio.

Él no parecía horrorizado por la idea.

Interesante.

—Podría preguntarte qué haces aquí, pero es bastante obvio —murmuró Jack.

Sí, ahora mismo no estábamos discutiendo los próximos pasos.

El hecho de que Nitro estuviera calentando la sala de Jack con la mejor amiga de Hannah era tema principal de conversación.

—No quiero bebés concebidos en mi sofá de películas.

—¿Nosotros? ¿Yo? —Brittany puso cara de indignada.

Luego entrecerró los ojos y me señaló.

—¿Y tú qué?

—¿Yo?

—Se dice por el pueblo que estás saliendo con una agente del FBI y que ella es la que está embarazada.

Todos giraron la cabeza hacia mi chica.

Sus mejillas se sonrojaron con un bonito tono rosa, el mismo que me encantaba ver cuando la hacía venirse.

—Eh, soy Fiona. La agente del FBI.

Mi oficina no tiene nada, y quiero decir nada, sobre Coal Springs en términos de recopilación de inteligencia.

—Definitivamente estamos saliendo —le dije a Brittany, envolviendo un brazo alrededor de Fiona y atrayéndola contra mí.

—Definitivamente no estamos embarazados —aclaró Fiona, girando la cabeza para mirarme.

Ella frunció el ceño.

Yo fruncí el ceño.

Nunca habíamos hablado de tener hijos, pero tenía la sensación de que no tenerlos era una de las pocas cosas en las que estábamos de acuerdo.

—Bueno, nosotros sí —anunció Hannah, desviando la mirada hacia Jack.

Todo el color desapareció de su rostro.

Su boca se abrió.

—¿Qué?

Brittany chilló tan fuerte que Fiona hizo una mueca.

Me hizo preguntarme si mi chica podía captar sonidos que solo los perros podían escuchar.

Hannah se acercó a él, le tomó las manos.

—Tendremos un bebé. —Su voz era segura, suave, decidida—. Iba a decírtelo en Hawái, pero el viaje se cortó antes de tiempo.

Jack la atrajo hacia sus brazos, envolviéndola en un abrazo fuerte, besándole la coronilla.

—Preciosa.

Pero luego, como si le hubieran dado una descarga eléctrica, se puso rígido y apartó a Hannah de golpe.

—Jack, ¿qué diablos…?

Sus ojos estaban enormes, aún más asustados que hace un momento.

—¡Levantaste una camioneta!

—¡Sí, ¿y qué?! —La confusión en el rostro de Hannah indicaba que no tenía idea de por qué eso era un problema.

—¡No se supone que levantes cosas!

Hannah puso los ojos en blanco.

—No pongas los ojos en blanco conmigo —le dijo Jack—. ¡Llevas a mi bebé y no puedes hacer esas cosas!

—¿Levantaste una camioneta? —preguntó Brittany—. Increíble.

—¿Qué más me perdí? —intervino Nitro.

—Fiona tiene oído biónico —dijo Hannah, claramente intentando desviar la atención.

Nitro echó un vistazo a Fiona.

—Genial.

Jack no iba a dejarlo pasar. La estrechó de nuevo en sus brazos, prácticamente dándole un latigazo cervical.

—Siesta. Vas a tomar una siesta. Y luego vamos a… ¡Cielos, Panqueque!

—¿Qué pasa con Panqueque? —preguntó Hannah, con la voz amortiguada contra la camiseta de Jack.

—Toxoplasmosis. No podemos tener un gato cerca de ti mientras estás embarazada. Y luego está todo ese queso que te gusta. Espera. Necesitas dejar de estar de pie. Nitro, mueve el culo.

Jack señaló a Nitro y luego indicó con el pulgar hacia la puerta. Hannah tuvo suficiente espacio para respirar, y vi que volvía a poner los ojos en blanco. Brittany se estaba riendo, claramente de Jack. Nitro se movió, evidentemente temeroso de que Jack realmente lo asesinara.

—Jack, estás siendo irracional —suplicó Hannah.

—¡LEVANTASTE UNA CAMIONETA! Tengo derecho a ser irracional. ¿Qué otro tipo tiene que lidiar con su mujer embarazada haciendo eso?

No habían pasado ni nueve minutos y Jack ya estaba perdiendo la cabeza. Los próximos nueve meses iban a ser interesantes.

Me incliné y le susurré a Fiona al oído.

—Hora de irnos, preciosa.

Ni siquiera dijimos adiós. Simplemente nos dimos la vuelta y nos fuimos. Nitro y Brittany venían justo detrás. Jack y Hannah no nos prestaban atención.

Para cuando la puerta se cerró, dejaron de discutir y estaban ocupados besándose en el sofá de películas de Jack.

58



FIONA

—BRITTANY PARECE AGRADABLE —dije cuando Dax abrió la puerta de mi casa alquilada. No pregunté cómo la había abierto, porque esta vez lo sabía. No la cerramos con llave cuando nos fuimos con los de los pepinillos.

—Lo es, para ser dentista —respondió Dax, girando abruptamente y atrapándome contra la puerta cerrada.

Su rostro estaba a centímetros del mío. Todo lo que podía ver era él. Sentirlo.

—No quiero hablar de ella. Quiero hablar de nosotros. Y de tu cama. Y de que no haya nadie que…

—¡No se preocupen por mí! —gritó Dottie desde la cocina.

Miré a Dax. Dax me miró a mí. Luego mis labios. Entonces sonreí. Y él también.

Retrocedió y se acomodó en sus pantalones. Fue entonces cuando percibí el aroma increíble. Galletas. Era difícil estar molesta por haber sido interrumpida por galletas.

Tomé la mano de Dax. Sí, tomé su mano y lo llevé a la cocina, donde Dottie estaba usando una pequeña cuchara de helado para colocar porciones de masa en una bandeja. Una rejilla tenía una pequeña pila de galletas ya listas. Delicioso.

—¿Son todas para nosotros? —pregunté.

—Es noche de club de lectura —dijo Dottie.

Dax refunfuñó y levantó ambas manos para bloquear a la diminuta mujer mayor.

—No pienso leer más escenas de sexo.

Dottie se rio.

—Este es un club de lectura donde en realidad no leemos los libros, solo decimos que sí para juntarnos, beber vino y chismear.

Dax se relajó visiblemente.

—Necesito todo el chisme —dijo Dottie, mirándonos a ambos con una seriedad sorprendente.

—Tú eres la que sabe todo lo que pasa en el pueblo —le dije, mientras tomaba una galleta de la rejilla de enfriamiento.

Vaya, tenían nueces.

—No desde que ustedes dos se mudaron aquí —replicó ella—. Mi contacto en la policía dice que una furgoneta de pepinillos se salió de la carretera y cayó por un precipicio.

—Vaya —dijo Dax. Solo le quedaban unos segundos de fuerza de voluntad porque había cogido una galleta—. Suena complicado.

—No me digas *vaya*, jovencito. Sé que sabes lo que pasó. No puedo dejar que Evelyn Seymour se salga con la suya.

No sabía quién era Evelyn Seymour, pero era la primera persona que no le caía bien a Dottie.

—Haré un trato contigo —propuso Dex. Los ojos de Dottie se iluminaron—. Te diré todo lo que quieras saber. La furgoneta de pepinillos. La gente de los pepinillos. Que tu dentista se ha enamorado de una amiga mía.

—Brittany conoció a... —Dottie se tapó la boca con la mano—. ¿A cambio de qué? —preguntó, sabiendo que solo era una broma—. ¿Lasaña de cuatro quesos? ¿Pan de ajo al pesto?

Eso sonaba muy bien.

Dax negó con la cabeza.

—Sal por esa puerta y vuelve dentro de dos horas. —Me miró de una forma muy traviesa, muy minuciosa—. Que sean tres.

Me mordí el labio para no reírme.

—Trato hecho. —Se dirigió al horno y lo apagó, y luego siguió con lo que estaba haciendo—. ¡Que te diviertas!

Entonces se cerró la puerta principal detrás de ella y nos quedamos solos.

—¿Deberíamos cerrar con llave? —pregunté.

—¿Impide que entre la gente? —replicó Dax, y luego acortó la distancia entre nosotros, pero sin reducir la velocidad, solo se inclinó y me echó sobre su hombro.

Luego me dio una palmada en el trasero.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté riendo mientras me llevaba al dormitorio—. Me he portado bien.

Me dejó de pie delante de la cama. Metió la mano detrás de la espalda y sacó su pistola. La dejó sobre la mesita. Luego metió la mano en mi bolso cruzado, el que no me había quitado en todo el día, y sacó mi arma. La dejó junto a la suya.

—Eso era para mí. Tengo que mantenerte a raya de alguna manera.

Me quedé boquiabierta y resoplaba.

—¿Mantenerme a raya? Te voy a decir una cosa...

Me besó. Me calló con la boca.

Luego, probablemente cuando pensó que no seguiría hablando, sus besos recorrieron mi mandíbula y bajaron por mi cuello. Mi camiseta se subió y levanté las manos para que me la quitara. ¿Sabes quién se arrodilló? Sí, yo no.

Dax se dejó caer sobre la suave alfombra que había delante de mí. Me desabrochó el sujetador con notable destreza, pero con mi pezón en su boca no le di mucha importancia. Especialmente cuando me quitó los pantalones cortos y las bragas.

—Siéntate —Levantó la cabeza y sus ojos azules se encontraron con los míos.

Yo estaba desnuda y él completamente vestido.

Dejé el trasero en el borde de la cama, que seguía sin hacer desde que nos levantamos.

—Pon las manos detrás y apóyate.

—¿Para qué? —pregunté.

Me agarró por los tobillos y me los levantó, lo que me hizo inclinarme hacia atrás. Instintivamente, eché los brazos hacia atrás

para no caerme, aunque solo habría aterrizado en la suave cama. Luego me puso las pantorrillas sobre los hombros.

Oh. Oh.

—Para que me veas mientras te como.

—Vale. —No había otra respuesta que cualquier mujer en el mundo hubiera dado. No con el guapo, descarado, molesto, protector y hábil con la lengua Dax entre sus muslos.

—*Buena chica* —dijo mientras bajaba lentamente la cabeza hacia mi coño. No apartó la mirada de mí mientras lamía mi centro y luego daba vueltas.

Oh, cielos. Luego dio un golpecito. Hubo un giro.

—¡Dax! —grité.

—Mírame, cariño.

Ni siquiera me di cuenta de que los había cerrado. Observé cómo Dax lamía y chupaba, y luego metía los dedos, todo para hacerme venirme. No tardó mucho, lo que probablemente aumentó aún más su ya enorme ego, en hacerme gritar su nombre. Pero cuando lo hice, mantuve los ojos fijos en los suyos. Observé cómo se enrojecían de satisfacción mientras me corría en su cara.

Se puso de pie, pero permaneció entre mis piernas abiertas. Se abrió los pantalones y sacó su magnífica, impresionante, enorme y asombrosa verga. Puso una mano junto a mi cabeza y se inclinó sobre mí. Tenía los labios y la barbilla húmedos por mi saliva. ¿No era eso un espectáculo?

—Esta vez no hay prisa. Tú, yo. Nadie más.

Asentí.

—Nadie más —repetí, mientras él se colocaba y se deslizaba dentro de mí.

—Dax —gemí. Era grande y, aunque me llenaba fácilmente, era demasiado.

Una vez que estuvo completamente dentro, se quedó quieto. Me miró fijamente.

—Te dije lo que sentía por ti. Me oíste —dijo y asentí—. Pero no estábamos juntos. No así. Te estoy mirando a los ojos, Fiona Whitaker, y diciéndote que eres la única para mí.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. El amor inundó mi corazón y no pude evitar sonreír.

—No podría estar con alguien que no fuera capaz de derribar a un tipo que sostiene una maldita cafetera. —Me reí y las lágrimas desaparecieron—. Yo cuido lo que es mío.

Esas palabras fueron como un bálsamo. Eran mejores que un *te quiero*. Él me lo había dicho antes y eran importantes, pero, aunque yo era ridículamente independiente y no había confiado en nadie para que me protegiera, sabía que Dax hablaba en serio. Yo era suya y él iba a cuidar de mí. Porque hasta ahora, la única persona que había cuidado de mí era yo misma.

—Yo también cuidaré de ti —admití.

Él refunfuñó, porque no parecía gustarle esa respuesta, se apartó y luego me penetró profundamente.

Gemí de placer ante esa deliciosa sensación.

—Ya lo veremos.

Encontré su mirada azul con un brillo en la mía.

—Sí, lo veremos.

Y luego no hablamos nada. Solo follamos y follamos más. Algunos incluso lo habrían llamado hacer el amor. Sea como sea, Dax se ocupó de mí, eso estaba claro. Tres veces.

59



DAX

—TE DAS CUENTA DE QUE, aunque ya hemos dicho las tres grandes palabras, todavía no sé mucho sobre ti —dijo Fiona, acurrucada en mis brazos.

Estábamos desnudos en la cama, con las piernas enredadas.

Nadie nos molestaba. Nadie nos perseguía. Nadie nos quería muertos. Por ahora.

Su cabeza descansaba sobre mi pecho y yo tenía un brazo envuelto alrededor de ella, acariciándole el pelo.

—¿Qué quieres saber?

—¿Dónde vives? ¿Tienes casa? ¿Apartamento? ¿Un plan de retiro?

No pude evitar sonreír.

—¿Plan de retiro?

Se encogió de hombros y su hombro rozó mis costillas.

—¿Cuál es el mejor programa de jubilación para un mediador?

—El tipo de programa en el que hago una cantidad obscena de dinero y no tengo que trabajar.

—¿En serio? ¿Nunca?

—Nunca.

—Eso es mucho dinero.

—¿Quieres que siga trabajando?

—¿Como mediador?

—No como uno de los empleados de Hannah.

Ella rio.

—Voy a renunciar. —Me quedé inmóvil—. Al FBI.

Sabía lo que quería decir sin necesidad de aclararlo.

—Oh. —contesté, tratando de mantenerme neutral.

Sabía que no era buena idea presionarla por respuestas. Tenía que dejar que me las ofreciera ella.

Me dio otro pequeño empujón en las costillas con un gesto despreocupado.

—Dottie me hizo pensar en lo que realmente quiero. Estuve tan enfocada en encarcelar a mi padre durante tanto tiempo que no conocía otra cosa. Era buena en ello, así que seguí adelante. Pero no me hacía feliz.

—¿Qué quieres ser cuando crezcas, preciosa? —le pregunté.

Rio.

—He oído que tengo talento como pintora. Gané cinco dólares enteros.

Sonreí y besé la cima de su cabeza.

Ella se movió y yo aflojé mi agarre para que pudiera moverse. Pensé que se estaba levantando, pero solo era para acercarse a mí. Para sentarse a horcajadas sobre mi cintura. Puse mis manos en sus caderas y la miré con ojos somnolientos y saciados. Estaba maravillosamente desnuda.

—Puede que tú tengas tu cuenta de jubilación de tipo duro, pero yo tengo toda una empresa de camiones que me paga dividendos.

Mis dedos se tensaron momentáneamente sobre sus caderas. Eso significaba que tenía una fortuna. Más de lo que yo ganaría jamás con los trabajos más lucrativos.

—Estoy pensando en la policía de un pueblo pequeño.

Mis ojos se agrandaron y luego me reí. Ella se rio.

—¿La policía de Coal Springs? —pregunté.

Ella se inclinó, rozó mi nariz con la suya y luego me besó.

—Tengo un contacto.

Entonces la besé también y cualquier plan más allá de cómo iba a montarse en mi verga quedó en el olvido.

60



FIONA

—NO CREERÁN la cantidad de dinero que gané en los pocos días que Dax manejó la tienda —dijo Hannah, sirviéndose un poco de arroz, la versión con queso de Dottie, y tomando un bocado.

Estábamos en casa de Jack y Hannah para una cena de traje. Todos nosotros.Mi nueva familia. Una locura, ¿no?

—La hora de los cuentos contigo fue un éxito, estoy pensando en…

—No voy a volver —Dax la interrumpió, levantando ambas manos frente a él.

Hannah rio.

—Oh, lo sé, grandulón. Voy a organizar un evento de citas.

Los solteros interesados en conocer muchas mujeres lo dirigirán.

—Es una idea genial —dije, imaginando la cantidad de mujeres que aparecerían.

—Hice una oferta para comprar la casa de alquiler vacacional —solté, compartiendo mi propia noticia.

Hannah, Jack, Brittany y Nitro dejaron de comer y me miraron, los ojos bien abiertos. Dottie y Dax no parecían sorprendidos, ya lo sabían. Mr. Dotson también, aunque aún no lo conocíamos. Era tan esquivo como Panqueque.

—¿Quieres vivir en Coal Springs? —preguntó Hannah, y luego empezó a llorar.

Mierda.

Mi mirada se disparó hacia Dax y entré en pánico.

Hannah levantó la mano.

—Estoy bien. Lloré esta mañana cuando el camión de basura vació mi contenedor de reciclaje. Soy un desastre hormonal. Estoy tan emocionada.

Sonreí, pero temí abrir la boca y decir algo más que la hiciera llorar todavía más.

—La mejor casa del pueblo. Excepto por las cerraduras. Esas las vamos a cambiar —dijo Dax, lanzando una mirada a cada persona, hasta posarse en Dottie.

No habíamos resuelto mucho, pero ambos sabíamos que queríamos quedarnos en Coal Springs. La única casa en la que podíamos imaginarnos viviendo era la de alquiler. Era un paso para asentarnos en nuestras nuevas vidas.

—Nunca irrumpí en tu casa —me recordó Brittany, con un guiño.

Me encantaba tener no solo una nueva amiga, sino dos.

Cómo sabía todo sobre la fuerza y las habilidades de teletransporte de Hannah, ni siquiera pestañeó cuando le dije que tenía oído biónico.

—Si todos se están mudando aquí, yo también —anunció Nitro, mirando con cautela a Brittany.

La cautela no era necesaria, porque ella empujó su silla hacia atrás, agarró al grandote y lo besó. No fue el típico beso de patio de escuela.

—Oigan, aquí hay un gato impresionable —gruñó Jack, aunque no parecía realmente molesto.

Panqueque dormía en su gigantesco árbol para gatos en la otra habitación. No tenía dudas de que no le afectaría ver a Brittany y Nitro besándose más de lo que le habían afectado todas las veces que probablemente había visto a Hannah y Jack romper varias leyes de decencia.

—¿Y qué hay de trabajar en Denver? —preguntó Jack.

—Renuncié.

Sí, lo hice. No hubo ninguna deliberación. En el fondo, sabía que era lo correcto. ¿Quería ver caer a Neidermeyer y Trotter? Por supuesto. Pero no iba a desperdiciar mi vida en ello. Eran el

problema de alguien más. Llamé a recursos humanos y renuncié por teléfono, sin necesidad de ir a la oficina. Tomó años entrar al FBI y cinco minutos para salir.

—¡Va a ser oficial de policía en Coal Springs! —exclamó Dottie.

Todos comenzaron a hablar a la vez. Levanté la mano.

—Todavía no me he decidido. Una cosa a la vez.

Cómo encontrar a Dax. Luego encontrar Coal Springs. Después encontrar a Dottie, Hannah, Jack, Brittany y Nitro. Y encontrarme a mí. Pronto sabría lo que quería hacer. Por ahora, iba a tomarme un descanso. Si es que eso era siquiera posible en este pueblo.

Mi celular sonó justo cuando Nitro se llevó a Brittany fuera de la habitación. Gracias a Dios, porque no estaban soltándose en los besos.

—¡No en mi sofá! —llamó Jack.

Miré la pantalla y mi corazón dio un brinco.

La expresión en mi rostro hizo que Dax tomara mi mano.

—¿Quién es?

No respondí, solo contesté la llamada.

—¿Hola?

—¿Fiona Whitaker?

—Sí.

—Soy el alcaide de…

Para alguien que escuchaba tan bien, solo procesé la mitad de lo que el hombre dijo.

—¿Está muerto? —pregunté cuando finalmente terminó.

—Sí. Quedó atrapado en medio de una pelea entre dos bandas rivales. Apuñalado.

—Gracias —respondí, y colgué. —Todos me estaban mirando—. Mi padre ha muerto —anuncié.

Nadie dijo nada.

Me quedé inmóvil, mirando mi plato de salmón a la parrilla con arroz. Luego mi cerebro reaccionó y miré a Dax. Me observaba con atención. Mi mano seguía en la suya.

Levanté una ceja.

—Yo cuido lo que es mío.

61



DAX

ERA imposible que dejara vivir al padre de Fiona después de lo que ella me había contado. Nitro estuvo de acuerdo y fue fácil matarlo sin que pareciera un asesinato. Aunque alguien sospechara, a nadie le importaba. Nadie veía con buenos ojos a alguien que se metía con una niña.

En cuanto a los otros nombres de mi lista mental de Los *malditos de la vida de Fiona*, cada vez era más corta. Neidermeyer se estaba hundiendo solo. Lo habían pillado colocando pruebas falsas en su caso y estaba a punto de ser despedido. Con suerte, quizá consiguiera un trabajo de seguridad en un centro comercial. La esposa de Trotter recibiría unas fotos muy interesantes en los próximos días. También el sistema de mensajería interna de la cuarta planta de la oficina de Denver.

—Yo también renuncio —anuncié.

—Te aburrirás —dijo Jack.

No pude evitar reírme y luego llevé la mano de Fiona a mis labios.

—Lo dudo.

No con Fiona. De ninguna manera la vida podría ser aburrida. Iba a pasar el resto de mi vida demostrándolo.

—Podríamos abrir una tienda de pepinillos —dijo Fiona.

Todos se quedaron en silencio.

Entrecerré los ojos y luego me levanté. Tiré de Fiona para que se pusiera de pie.

—¡Gracias por la cena! —grité, y luego me eché a Fiona al hombro.

Nos fuimos de allí.

—¡Dax! —gritó ella, riendo.

Le di una palmada en el trasero una vez que estuvimos fuera y de camino a mi coche.

—Si quieres un pepinillo —te daré mi pepinillo.

Cuando la dejé en el suelo junto a la puerta del copiloto, me miró y sonrió.

—El mejor de la ciudad, o eso he oído.

¿Quieres más romance pueblerino? No te pierdas la serie Cacería de hombres. ¡Lee Buscando Mi Hombre ahora!

¿Qué sería peor que derramar el café encima de mi jefe millonario? Enviarle accidentalmente un correo electrónico con mis respuestas a un cuestionario de sexo.

Esa soy yo. Lo hice. Tal vez sea muy inteligente, pero eso fue realmente muy tonto.

Cuando me escabullo en su oficina para eliminarlo es muy tarde. Él ya conoce mis fantasías más osadas.

Sin embargo, en vez de despedirme, quiere cumplir cada una de ellas.

Él es todo lo que no sabía que quería: mayor que yo, ferozmente protector y con un costado posesivo del tamaño de Montana.

Pero ¿de verdad puede querer a alguien como yo, alguien con un pasado lleno de conflictos con los hombres y una cabeza repleta de problemas matemáticos?

Descubre la respuesta en este romance tórrido en un pueblo pequeño, donde una heroína muy inteligente es superada en una

prueba de amor por un millonario del tamaño de un leñador. Con los libros de la serie de Cacería de hombres, es temporada alta para encontrarlos.

¿Quieres más romance pueblerino? No te pierdas la serie Cacería de hombres. ¡Lee Buscando Mi Hombre ahora!

CONTENIDO EXTRA



¿Adivina qué? Tengo contenido extra para ti. Así que regístrate en mi lista de correo electrónico. Habrá contenido extra especial, solo para mis suscriptores. Registrarte te permitirá saber sobre mi próxima publicación tan pronto como esté disponible (y recibes un libro gratis… ¡uau!)

Como siempre… ¡gracias por amar mis libros y las montadas salvajes!

http://vanessavaleauthor.com/lista/

¡RECIBE UN LIBRO GRATIS!

Únete a mi lista de correo electrónico para ser el primero en saber de las nuevas publicaciones, libros gratis, precios especiales y otros premios de la autora.

http://vanessavaleauthor.com/v/ed



TODOS LOS LIBROS DE VANESSA VALE EN ESPAÑOL

https://vanessavaleauthor.com/book-categories/espanol/

ACERCA DE LA AUTORA

La exitosa *bestseller* Vanessa Vale escribe romance seductor de chicos malos implacables que se enamoran con todo su corazón. Ha vendido más de un millón de ejemplares. Vive en el oeste de los Estados Unidos y allí siempre se inspira para escribir su próxima novela. No será tan buena con las redes sociales como sus hijos, pero le encanta interactuar con los lectores.

---

https://vanessavaleauthor.com



Table of Contents

Cubierta
Portadilla
Créditos
Índice
Blurbs
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Sin título
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Contenido extra

¡Recibe un libro gratis!
Todos los libros de Vanessa Vale en español
Acerca de la autora